



sf

**PIERRE FOUGEYROLLAS
LOS PROCESOS SOCIALES
CONTEMPORANEOS**

Primera edición en francés,
Primera edición en español,
Primera reimpresión,

1980
1982
1985

PRIMERA PARTE
NATURALEZA Y DESARROLLO DEL MODO
DE PRODUCCIÓN CAPITALISTA

Título original:
Les processus sociaux contemporains
© 1980, Payot, Paris

D. R. © 1975, FONDO DE CULTURA ECONOMICA, S. A. DE C. V.
Av. de la Universidad 975; 03100 México, D. F.

ISBN 968-16-1168-3

Impreso en México

I. LAS LEYES DEL MODO DE PRODUCCIÓN CAPITALISTA

"LA RIQUEZA de las sociedades en que impera el régimen capitalista de producción se nos aparece como 'un inmenso arsenal de mercancías'.¹ Esta primera frase de *El capital* tiene un alcance que, lejos de ser exclusivamente económico, concierne a la totalidad de los aspectos de todos los procesos sociales observables en nuestra época. Si no se le conoce o se le reconoce, el análisis de esos procesos queda fragmentario y finalmente sucumbe a la atracción de la especulación ideológica; como hemos visto [cfr. *Ciencias sociales y marxismo*, FCE, 1981], esto es lo que ocurre normalmente en las "ciencias sociales".

En la Antigüedad, en la Edad Media y al principio de los tiempos modernos, es decir, en el marco de los modos de producción llamados por Marx asiático, esclavista y feudal, la mayor parte de la humanidad permanece, esencialmente, sometida a las diversas formas de la economía de subsistencia, aun cuando una parte de la producción, variable según las sociedades y las épocas, sea entregada al mercado y constituya así una economía mercante. En contraste, en el curso de los tiempos modernos, se invierte la proporción entre la cantidad de bienes dependientes de la economía de subsistencia y la que depende de la economía mercante hasta el punto en que, en nuestros días, esta última se ha impuesto a toda la humanidad, mientras que la economía de subsistencia ya no es más que un conjunto de fenómenos residuales.

Las más de las veces, las "ciencias sociales" oponen las sociedades modernas calificadas como industriales a las sociedades anteriores, calificadas de agropastorales. Esta dicotomía nos remite, ciertamente, a un aspecto real de las fuerzas productivas consideradas en su desarrollo histórico. Pero deja en la sombra o hasta oculta la naturaleza de las relaciones sociales fundamentales que constituyen, sobre la base de las fuerzas de producción, las sociedades llamadas agropastorales o tradi-

¹ Marx, *El capital*, libro I, primera sección, cap. I, trad. fr. Pléiade, 1965, página 561.

cionales, así como las sociedades llamadas industriales o modernas.

En realidad —se olvida con excesiva frecuencia—, no es la industrialización la que ha creado al capitalismo; por lo contrario es el capitalismo, como sistema específico de relaciones sociales, el que ha hecho posible y finalmente ha engendrado la industrialización. Por ello, el análisis de Marx no parte del carácter industrial de las fuerzas productivas consideradas aisladamente, para comprender la naturaleza y el funcionamiento de las sociedades llamadas modernas; parte del dominio y de la universalización de la economía mercante para alcanzar la relación fundamental entre clases que ha determinado el advenimiento y el triunfo del reino de la mercancía.

Como veremos más adelante, esta relación no es otra cosa que el capital que constituye la sociedad llamada moderna como sociedad propiamente capitalista, es decir, sometida a las leyes económicas, sociales, políticas e históricas del mundo de producción capitalista.²

Desde que la economía mercante triunfa por completo sobre la economía de subsistencia de la humanidad antigua, la mercancía constituye el fenómeno fundamental, cuyo análisis dialéctico-materialista nos permite captar la naturaleza y el funcionamiento de las sociedades en cuestión. Para hacerlo, Marx prolonga y remata el examen de la relación entre los seres humanos y los bienes materiales, o sea del valor de esos bienes, que había sido emprendido por Aristóteles y proseguido, en condiciones nuevas, por los maestros de la economía política inglesa: Smith y Ricardo.

En efecto, Aristóteles ya había distinguido el valor de uso de un bien material, a saber, su capacidad de satisfacer en un momento dado la necesidad de un individuo dado, y su valor de cambio, es decir, su capacidad de ser cambiado según una cantidad definida, por un bien distinto. Pero, precisamente, el

² "La producción capitalista tiene, histórica y lógicamente, su punta de partida en la reunión de un número sumamente grande de obreros que trabajan al mismo tiempo, en el mismo sitio (o—si se prefiere, en el mismo campo de trabajo), en la fabricación de la misma clase de mercancías y bajo el mando del mismo capitalista." (*Ibid.*, p. 859.)

reino de la mercancía determina una relación nueva entre el valor de uso y el valor de cambio.

Como valores de uso, las mercancías representan, ante todo, cualidades distintas; como valores de cambio, sólo se distinguen por la cantidad: no encierran, por tanto, ni un átomo de valor de uso.

Ahora bien, si prescindimos del valor de uso de las mercancías éstas sólo conservan una cualidad: la de ser productos del trabajo. Pero no productos de un trabajo real y concreto. Al prescindir de su valor de uso, prescindimos también de los elementos materiales y de las formas que los convierten en tal valor de uso. Dejarán de ser una mesa, una casa, una madeja de hilo o un objeto útil cualquiera. Todas sus propiedades materiales se habrán evaporado. Dejarán de ser también productos del trabajo del ebanista, del carpintero, del tejedor o de otro trabajador productivo concreto cualquiera. Con el carácter útil de los productos del trabajo, desaparecerá el carácter útil de los trabajos que representan y desaparecerán también, por tanto, las diversas formas concretas de estos trabajos, que dejarán de distinguirse unos de otros para reducirse todos ellos al mismo trabajo humano, al trabajo humano abstracto.

¿Cuál es el residuo de los productos así considerados? Es la misma materialidad espectral, un simple coágulo de trabajo humano indistinto, es decir, de empleo de fuerza humana de trabajo, sin atender para nada a la forma en que esta fuerza se emplee.³

Así, el valor de uso, en ausencia del cual no se produciría ningún bien material, sigue presente en las mercancías, aun cuando la economía mercante llegue a un predominio absoluto. Pero este valor de uso aparece entonces como el aspecto subjetivo del valor de las mercancías, en tanto que su valor de cambio demuestra ser un aspecto objetivo. En el marco del modo de producción capitalista, el valor de las mercancías —lo que permite su intercambio según proporciones definidas— se reduce al único elemento que tengan en común, a saber, el trabajo, y se mide por la cantidad de trabajo efectuado para su producción.

³ *Ibid.*, pp. 564-565.

De allí, la ley del valor, que Marx presenta así:

Se dirá que si el valor de una mercancía se determina por la cantidad de trabajo invertida en su producción, las mercancías encerrarán tanto más valor cuanto más holgazán o más torpe sea el hombre que las produce o, lo que es lo mismo, cuanto más tiempo tarde en producirías. Pero no; el trabajo que forma la sustancia de los valores es trabajo humano igual, inversión de la misma fuerza humana de trabajo. Es como si toda la fuerza de trabajo de la sociedad, materializada en la totalidad de los valores que forman el mundo de las mercancías, representase para estos efectos una inmensa fuerza humana de trabajo, no obstante ser la suma de un sinnúmero de fuerzas de trabajo individuales. Cada una de estas fuerzas individuales de trabajo es una fuerza humana de trabajo equivalente a las demás, siempre y cuando que presente el carácter de fuerza media de trabajo social y dé, además, el rendimiento que a esa fuerza media de trabajo social corresponde; o lo que es lo mismo, siempre y cuando que para producir una mercancía no consuma más que el tiempo que representa la media necesaria, o sea el *tiempo de trabajo socialmente necesario*.⁴

La ley del valor, tal como Marx la ha establecido, a saber, que el valor de una mercancía reside en la cantidad de trabajo *socialmente* necesario a su producción, es, al mismo tiempo, la ley general de la producción mercante y la ley fundamental del modo de producción capitalista, en tanto que, precisamente, este último consiste en la generalización y la universalización de la economía mercante. Esta ley constituye el remate y la superación teóricos de la economía política inglesa clásica. No es notable que, desde Marx, la economía política burguesa (Böhm-Bawerk [1851-1914] y los marginalistas; Keynes [1883-1946] y los poskeynesianos) haya concentrado su trabajo en los precios —que son, en realidad, expresiones monetarias del valor de las mercancías en condiciones de mercado determinadas—, abandonando el estudio del valor y, llegado el caso, calificándolo de “metafísico”.

Y es que, repitámoslo, la ley del valor no se reduce, en Marx, a la expresión científica de una relación exclusivamente

⁴ *Ibid.*, p. 606.

económica. Es la ley a partir de la cual son científicamente comprensibles todos los procesos de la sociedad capitalista. Así, la economía política burguesa de los últimos cien años se ha negado a reconocer el carácter capitalista de nuestras sociedades, evacuando el estudio del valor para limitarse a especulaciones, más o menos refinadas, sobre los precios, sin llegar a prevenir sus fluctuaciones, las cuales siguen determinadas —a través de las crisis cíclicas y la crisis general del capitalismo— por el funcionamiento de la ley del valor.

Si fuera necesario volver a demostrar que la ley del valor no se reduce tan sólo a los aspectos económicos de la vida social, sino que domina todos sus procesos, habría que remitirse al final del capítulo primero de *El capital*, intitulado “El fetichismo de la mercancía, y su secreto”. Dice allí Marx:

¿De dónde procede, entonces, el carácter misterioso que presenta el producto del trabajo, tan pronto como reviste *forma de mercancía*? Procede, evidentemente, de esta misma forma. En las mercancías, la igualdad de los trabajos humanos asume la forma material de una objetivación igual de valor de los productos del trabajo, el grado en que se gaste la fuerza humana de trabajo, medido por el tiempo de su duración, reviste la forma de magnitud de valor de los productos del trabajo, y, finalmente, las relaciones entre unos y otros productores, relaciones en que se traduce la función social de sus trabajos, cobran la forma de una relación social entre los propios productos de su trabajo [...].

Lo que aquí reviste, a los ojos de los hombres, la forma fantasmagórica de una relación entre objetos materiales no es más que una relación social concreta establecida entre los mismos hombres. Por eso, si queremos encontrar una analogía a este fenómeno, tenemos que remontarnos a las regiones nebulosas del mundo de la religión, donde los productos de la mente humana semejan seres dotados de vida propia, de existencia independiente, y relacionados entre sí y con los hombres. Así acontece en el mundo de las mercancías con los productos de la mano del hombre. A esto es a lo que yo llamo el fetichismo bajo el que se presentan los productos del trabajo tan pronto como se crean en forma de mercancías y que es inseparable, por consiguiente, de este modo de producción.⁵

⁵ *Ibid.*, p. 606.

En el marco de la economía mercante, y en especial en el marco del modo de producción capitalista, la relación social de los hombres entre sí, es decir, una relación entre clases determinadas, toma para esos hombres la "forma fantasmagórica de una relación entre objetos materiales". Ahora bien, ese fetichismo, inherente al modo de producción capitalista, la economía política burguesa y las otras "ciencias sociales" no lo toman y no pueden tomarlo en cuenta. Por ello, el estudio científico de los diversos procesos sociales debe comenzar, en nuestra opinión, por el reconocimiento del fetichismo que los envuelve y los afecta.

La relación social constitutiva del modo de producción capitalista y, a través de él, de los procesos sociales que allí se desarrollan, es la relación entre la burguesía o clase capitalista, propietaria de los principales instrumentos de producción, y el proletariado, clase de los trabajadores modernos, reducidos por la coacción económica a vender a la burguesía su fuerza de trabajo, engendrando así la plusvalía del capital.

Desde 1849, en *Trabajo asalariado y capital*, Marx estableció que el capital era una relación social, precisamente aquella de la que acabamos de hablar:

También el capital es una relación social de producción. Es una relación burguesa de producción, una relación de producción de la sociedad burguesa. Los medios de vida, los instrumentos de trabajo, las materias primas que componen el capital, ¿no han sido producidos y acumulados bajo condiciones sociales dadas, en determinadas relaciones sociales? ¿No se emplean para un nuevo proceso de producción bajo condiciones sociales dadas, en determinadas relaciones sociales? ¿Y no es precisamente este carácter social determinado el que convierte en capital los productos destinados a la nueva producción?*

Esta relación social entre la burguesía y el proletariado, es decir, el capital en su esencia misma, ha determinado el triunfo total de la economía mercante sobre la antigua economía de subsistencia, y constituido el modo de producción capitalista cuya expresión fundamental es la ley del valor, y cuyo efecto más general es el fetichismo de la mercancía.

* *Trabajo asalariado y capital*, tr. fr. Éditions sociales, 1972, p. 36.

Prosiguiendo con su análisis del modo de producción capitalista, Marx estudia la formación y el desarrollo de la moneda como medio de cambio que históricamente triunfó sobre el trueque inicial. Según él, la moneda es una mercancía que, en una sociedad determinada, se ha convertido en equivalente general de todas las demás mercancías. Cabezas de ganado, después: piezas metálicas. La moneda comporta en sí misma un valor mensurable por el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción. Y después, la moneda fiduciaria, el papel-moneda sólo tiene eficacia económica por relación a valores definidos por *cuentas* de trabajo social.

Con el nombre genérico de dinero, la moneda permite efectuar intercambios entre mercancías de igual valor de cambio que, de hecho, son intercambios entre *cuentas* de trabajo social igual. Designando al dinero, como moneda, por D, y la mercancía por M, Marx formaliza el proceso de la circulación de mercancías de la manera siguiente:

M — D — M

Ahora bien, cuando el dinero funciona, ya no como moneda, sino como capital, el proceso es completamente distinto. De medio que era, como moneda, el dinero se ha convertido en fin, como capital.

En efecto, disponiendo de cierta suma de dinero, el capitalista invierte, como se dice, su capital; ello quiere decir que va a comprar un terreno, locales, máquinas, materias primas, fuerza de trabajo o, por lo menos, a participar en su compra. La fuerza de trabajo proletaria transforma entonces las materias primas en productos industriales que finalmente serán vendidos por el capitalista en el mercado.

El proceso de transformación del dinero en capital se enuncia, pues, de la manera siguiente:

D — M — D

Así pues, parece que el fin del capital es el capital mismo, en tanto que las mercancías (instrumentos de trabajo, materias primas y fuerza de trabajo) se han convertido en medios de producción y de reproducción del capital.

Desde luego, el capitalista trata de llegar, al término de ese proceso, a un capital de un valor superior al que inicialmente había invertido, de tal manera que la fórmula general del capital se enuncia así:⁷

$$D - M - D'$$

$$D' > D$$

No sólo el fin del capital es el propio capital, sino que también es el aumento de su valor; es la producción de la plusvalía del capital. Por ello, en el modo de producción capitalista, las mercancías no son más que el medio de esta producción de la plusvalía del capital.

La economía política inglesa clásica había comenzado el estudio del problema planteado por la reproducción aumentada del capital. Había indicado que la tierra daba lugar a la renta territorial, el trabajo al salario y el capital a la ganancia. Pero tocaba a Marx elucidar plenamente la cuestión de la plusvalía del capital. Y esta elucidación resulta de una aplicación rigurosa de la ley del valor, antes expuesta.

En efecto, Marx comprueba que lo que el capitalista compra al proletario no es su trabajo, como lo pretende la ideología económica burguesa, sino su fuerza de trabajo. Ahora bien, en el modo de producción capitalista, la fuerza de trabajo es una mercancía que, como todas las demás mercancías, tiene un valor mensurable por el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción. Para que los obreros puedan vender su fuerza de trabajo, tienen que comer, vestirse, alojarse, etcétera; de manera mínima; y para que la fuerza de trabajo se reproduzca y se perpetúe, es necesario que los trabajadores tengan hijos. Todas esas condiciones materiales determinan el valor de la fuerza de trabajo, tomando en cuenta el tiempo de trabajo socialmente necesario, que es más largo para formar un obrero calificado que un peón.⁸

⁷ *El capital*, op. cit., libro I, segunda sección, cap. IV. La fórmula genérica del capital, pp. 691-702.

⁸ "Visto superficialmente, en el plano de la sociedad burguesa, el salario percibido por el obrero se presenta como el precio del trabajo, como una determinada

Así, el salario retribuye no el trabajo prestado por el asalariado, sino la fuerza de trabajo comprada y utilizada por el patrono durante una jornada de trabajo. Y el salario por piezas, como lo muestra Marx, no cambia en nada la naturaleza de la retribución salarial. Ahora bien, si la fuerza de trabajo es, en el modo de producción capitalista, una mercancía, también es la única mercancía que tiene la propiedad de engendrar, cuando transforma la materia prima en producto industrial, mayor valor del que tiene en sí misma.

Supongamos el caso de un obrero que trabaja ocho horas. Durante cuatro horas produce, en realidad, un valor igual al que le es cotidianamente necesario para reproducir su fuerza de trabajo, es decir, un valor igual al de su salario cotidiano. Por tanto, durante las otras cuatro horas, realiza un trabajo no pagado; esto es lo que Marx llama el *plus-trabajo*. Este plus-trabajo engendra un valor que queda en manos del patrono capitalista y que constituye, precisamente, la llamada *plusvalía* de su capital.

Al aplicar la ley del valor a esta mercancía que, en un régimen capitalista, es la fuerza de trabajo, Marx ha llegado a su principal descubrimiento económico, cuya importancia no se reduce a los procesos económicos sino que, por lo contrario, concierne al conjunto de los procesos sociales, y que ha expuesto en su teoría de la plusvalía. Esta teoría muestra que la producción de la plusvalía del capital resulta de la explotación del trabajo asalariado por la clase capitalista. Propietario de los instrumentos de producción, el capitalista dispone, por ello, de la capacidad de apropiarse de la parte no pagada del trabajo proletario, mientras compra al proletario, mediante el salario,

suma de dinero que se paga por una determinada cantidad de trabajo. Se habla del *valor del trabajo*, llamando *precio necesario* o *natural* de éste a su expresión en dinero. Y se habla también de los *precios comerciales del trabajo*; es decir, de los precios que oscilan por encima o por debajo de su precio necesario [...]. En efecto, el poseedor de dinero no se enfrenta directamente, en el mercado de las mercancías, con el *trabajo*, sino con el *obrero*. Lo que éste vende es su *fuerza de trabajo*. Tan pronto como su trabajo comienza a ponerse en acción, ha dejado de pertenecerle a él y no puede, por tanto, vender lo que ya no le pertenece. El trabajo es la sustancia y la medida inmanente de los valores, pero de suyo *carece de valor*.⁹ *Ibid.*, libro I, sexta sección, "El salario", cap. XIX. Cómo el valor o precio de la fuerza de trabajo se convierte en salario, pp. 1029 y 1031.

la mercancía que éste le vende, a saber, su fuerza de trabajo (y comprándola a la mitad de su valor).

En contra de la ideología burguesa que opone a la explotación del trabajo de los esclavos y de los siervos el régimen del asalariado como un régimen de contrato libre entre patronos y empleados y como un régimen sin explotación, con excepción de diversos abusos, el análisis marxista, mediante la teoría de la plusvalía, reduce el salariado a un caso histórico de explotación del trabajo social, como, en otras formas, lo fueron la esclavitud y la servidumbre. Para Marx y Engels, el salariado es la forma moderna de la esclavitud en tanto que régimen de la explotación del proletariado por la burguesía.

La abolición de la esclavitud y de la servidumbre por la revolución democrática burguesa no ha entrañado la supresión de la explotación del hombre por el hombre; solamente ha remplazado las antiguas formas de esta explotación por una forma nueva y, en cierto modo, simplificada.

En efecto, en los modos de producción anteriores al capitalismo, la división de las sociedades antiguas y medievales en clases que gravitaban en torno a dos clases principales antagónicas (amos y esclavos, barones y siervos) queda disimulada u oscurecida por la complejidad de los nexos interpersonales, de los estatutos de nacimiento y de las instituciones de castas o de órdenes. Con el advenimiento del capitalismo, se destruyen esos lazos y esos estatutos. Nadie queda obligado por su nacimiento a trabajar para otro individuo determinado. Tan sólo la coacción económica obliga al proletariado a vender su fuerza de trabajo a la burguesía y a abandonarle, sin retribución, su plus-trabajo.

En el capitalismo, la explotación de clases funciona, pues, de manera simplificada por relación a los modos de producción anteriores. No por ello deja de ser cierto que el fetichismo de la producción mercante tiende a disimular la naturaleza de esta explotación como fundamento del capitalismo, y que este fetichismo hace que el salario generalmente sea percibido como retribución del trabajo y no de la fuerza de trabajo. Las formas de la inversión ideológica propias de la sociedad burguesa son, asimismo, productos del fetichismo en cuestión, que sin cesar hace renacer en la ideología dominante al idealismo,

aunque invalidado y desmentido por el desarrollo de los diversos procesos sociales.

El positivismo de las "ciencias sociales" les impide captar el carácter enajenado, es decir, ajeno a sí mismo, de los procesos que tratan de estudiar. Por otra parte, en reacción contra ese positivismo, una especulación filosófica residual y cada vez más decadente pretende tomar en cuenta esta enajenación. Pero sólo es para remontarse de Marx a Hegel, y de este último a la antigua teología cristiana del pecado original o de la finitud desesperadamente insuperable del hombre, lo cual viene a ser lo mismo.

En realidad, de lo que sufre la humanidad actual o, si se prefiere, lo que le impide satisfacer sus necesidades fundamentales y sus aspiraciones esenciales, no podría explicarse suficientemente mediante los atentados al equilibrio ecológico, los desequilibrios demográfico-económicos, el gigantismo de los aparatos de gestión y de gobierno o el retardo de las mentalidades por relación al despliegue de las nuevas técnicas, pues, estos fenómenos, lejos de ser explicativos en sí mismos, exigen, por lo contrario, ser elucidados, comprendidos y explicados.

Pueden empezar a serlo cuando se les remite al modo de producción mundialmente dominante, que sigue siendo el modo de producción capitalista, y desde que se hacen esfuerzos por apreciar objetivamente la fase de descomposición en la que se encuentra en nuestros días ese modo de producción. Tanto al nivel de las sociedades globales como al nivel de los agrupamientos que las componen o de los fenómenos micro-sociológicos que se producen en los grupos pequeños —para retomar la clasificación de Gurvich— la ley del valor, el proceso de producción de la plusvalía del capital y los efectos irradiantes del fetichismo de la producción mercante confieren a los procesos observables su carácter enajenado, y dominan su representación social.

Y los que pretenden estudiarlos sin "preocuparse" por los descubrimientos de Marx y las adquisiciones de su análisis, serían comparables, si acaso, a géometras que pretendieran estudiar los sólidos reduciéndolos a sus proyecciones en un plano; pues esos descubrimientos y esas adquisiciones consti-

tuyen no sólo un conocimiento científico de la base de la vida social, es decir, de las relaciones sociales de producción, sino, asimismo, un conjunto de métodos metodológicos para captar objetivamente los procesos de su superestructura.

Queda en pie el hecho de que *El capital* no se reduce a la exposición de la ley del valor y de la teoría de la plusvalía. En efecto, Karl Marx prosigue su análisis del modo de producción capitalista por el examen de la formación de la ganancia, esa parte de la plusvalía del capital que la burguesía se apropia al término del proceso de reproducción aumentada del capital.

Para comprender el mecanismo de esta formación, Marx procede a una distribución en el interior mismo del capital, aplicando, por cierto, su teoría de la plusvalía. Antes que él, los economistas clásicos habían distinguido el capital fijo (instalaciones materiales y máquinas) y el capital circulante (materias primas y pagos de los trabajadores), por razón del hecho de que la rotación de la primera parte les parecía más lenta, y la de la segunda, más rápida. Esta oposición es sustituida por Marx por la oposición entre el capital constante (C), a saber, las instalaciones materiales, las máquinas y las materias primas, y el capital variable (V), a saber, la parte del capital que sirve para pagar los salarios durante un tiempo determinado de producción. Pues, más allá de la rapidez aparente de rotación del capital, está el hecho fundamental del carácter constante del valor de una parte del capital y del carácter variable de la otra parte, la que, por la retribución del trabajo necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo y la no-retribución del plus-trabajo, permite la producción de la plusvalía y, en el interior de esta plusvalía, de la ganancia.

Marx ha establecido aquí lo que llama la composición orgánica de los capitales, que se define como la relación del capital constante al capital variable: $\frac{C}{V}$. A partir de allí, debiera poder inferirse lógicamente que cuanto más débil es la composición orgánica del capital de una empresa o de una rama de la industria, más elevada es la tasa de ganancia; y, a la inversa, que cuanto más fuerte es esta composición, menos elevada es la tasa de ganancia. Ello debiera significar, por ejemplo, que los capitalistas de la industria ligera se beneficiarían de una tasa de ganancia relativamente elevada, mientras que los de la in-

dustria pesada no obtendrán más que tasas de ganancia relativamente menos elevadas. Ahora bien, en realidad, generalmente no es eso lo que ocurre, pues de suceder así todos los capitales tenderían a invertirse en la industria ligera, y ya no quedarían para hacer funcionar la industria pesada.

Marx observa, al respecto, la formación de una *tasa de ganancia media* entre ramas de la industria, que hace posible y aun efectivo el funcionamiento de las economías nacionales. Esta es la que se puede llamar ley de la perecuación de las tasas de ganancia, que establece que el juego de los precios de producción tiende a corregir las disparidades resultantes teóricamente de las composiciones orgánicas diferentes de los capitales en las diversas ramas de la industria.⁹ A través de esta perecuación de las tasas de ganancia y la formación de una *tasa de ganancia media*, la burguesía adquiere cierta homogeneidad de clase explotadora, pues la tasa de ganancia de cada capitalista, lejos de depender mecánicamente de la composición orgánica propia de su capital, participa de una media que es una media de clase. En cambio, ante la explotación que sufre, la clase obrera no dispone de ninguna base de homogeneización en la economía capitalista; así pues, debe conquistar su homogeneidad en la lucha que la enfrenta a la burguesía y por medio de la organización revolucionaria. Procedente del capital, como relación social entre burgueses y proletarios, la ley de la perecuación de las tasas de ganancia y de formación de una tasa de ganancia media da, así, una base a la lucha de clase que oprime el proletariado a la burguesía.

Al mismo tiempo que se efectúa esta perecuación de las tasas de ganancia y esta homogeneización de la clase explotadora, el desarrollo de las fuerzas productivas modifica, de manera general, la composición orgánica de los capitales: la mecanización creciente se traduce en un aumento relativo del capital constante y en una disminución relativa del capital variable, de tal manera que la composición orgánica de los capitales no deja de crecer, lo cual hace tender, en el límite, la tasa de la ganancia media a cero.

⁹ Cfr. *El capital*, libro III, tr. fr. La Pléiade, t. II, pp. 935-965.

La ley de la baja tendencial de la tasa de ganancia ha sido expresada por Marx de la manera siguiente:

El aumento progresivo del capital constante por relación al capital variable necesariamente tiene por efecto una baja gradual de la tasa de ganancia general, permaneciendo igual la tasa de plusvalía, o grado de explotación del trabajo por el capital.¹⁰

Esta ley es el resultado del análisis del modo de producción capitalista tal como ha sido efectuado por Marx en *El capital*. No significa en absoluto que el modo de producción capitalista debe desaparecer y ser remplazado por el modo de producción comunista en virtud de un proceso económico de naturaleza automática. Significa, antes que nada, que a partir de cierto momento de su historia, el capitalismo ya no permite a las fuerzas de producción desarrollarse y satisfacer las necesidades mínimas de la humanidad. En segundo lugar significa que, contra la opinión de los liberales, de los reformadores y de los reformistas, la economía capitalista constituye un impedimento al desarrollo de la producción, que no podrá superar ninguna transformación gradual. Significa, por último, que la burguesía, tratando de contener la baja de la tasa de ganancia media y de conservar tanto como sea posible la masa global de las ganancias capitalistas, inevitablemente contribuye a intensificar la lucha de clase que opone el proletariado a su sistema de explotación y de dominación.

Para atenuar los aspectos de la baja tendencial de la tasa de ganancia media, la burguesía ha recurrido a dos medios esenciales: por una parte, ha intensificado la explotación del trabajo asalariado por la organización de la productividad, es decir, la aceleración de los ritmos de ese trabajo, buscando así en la plusvalía relativa un refuerzo complementario a la plusvalía absoluta; por otra parte, ha extendido el espacio de su explotación mediante la exportación de capitales a países no industrializados, cuyas masas debían ofrecerle tasas de ganancia más elevadas. Y es en su fase imperialista, en su fase actual, donde el capitalismo debía conocer y conocer efectivamente los aspectos más profundos y más vastos de la ley de la

¹⁰ *Ibid.*, p. 1091.

baja tendencial de la tasa de ganancia media contra la cual el proletariado mundial no puede luchar más que por la acción revolucionaria organizada.

A través de la ley del valor, la teoría de la plusvalía y la ley de la baja tendencial de la tasa de ganancia media, tal parece que, en el medio de producción capitalista, "el muerto agarra al vivo", como dice Marx, sirviéndose de una fórmula jurídica tradicional. En efecto, el trabajo muerto, convertido en capital constante, permite explotar al trabajo vivo, por el cual los asalariados transforman materias primas en productos industriales.

En contraste con los modos de producción anteriores, en que la tendencia fundamental era la reproducción sencilla de la masa de riquezas, el modo de producción capitalista caracterizado por la reproducción aumentada del capital a través de la producción de la plusvalía ($D' > D$) determina —en su base de competencia— un desarrollo sin precedente de las fuerzas productivas, acompañado por la acumulación de la riqueza en un polo de la sociedad y por la acumulación de la miseria en el otro polo. Sin relación controlable con la cantidad y la calidad de las necesidades de la humanidad, la reproducción aumentada del capital desemboca en un fenómeno nuevo en la historia universal, a saber las *crisis cíclicas de sobreproducción*, científicamente estudiadas por Marx y Engels.

Periódicamente, en el curso del siglo XIX, cada siete a diez años, el mecanismo de la economía capitalista se desorganiza a consecuencia de la producción de mercancías en tales cantidades que no son absorbibles por la demanda solvente de los consumidores. Esto no quiere decir que haya globalmente demasiadas mercancías en relación con las necesidades del conjunto de los individuos; solamente quiere decir que la mayoría de esos individuos no dispone, por razón misma de la explotación capitalista, de un poder adquisitivo suficiente para procurarse todas las mercancías producidas. Entonces, es la crisis cíclica la que determina el desempleo, la quiebra de los negociantes, la bancarrota de las firmas capitalistas más débiles y la destrucción de existencias que habrían podido satisfacer las necesidades esenciales. Después de esas destrucciones humanas y materiales, mediante las cuales el muerto ha capturado al vivo, la

máquina de la economía capitalista vuelve a ponerse en marcha hasta que la anarquía de una producción exclusivamente dedicada a crear ganancias desemboca en una nueva crisis cíclica.¹¹

El desempleo (pérdida del empleo o imposibilidad de conseguir uno) y la inflación (disminución del poder adquisitivo de las masas a consecuencia de la depreciación de la moneda) han sido, durante todo el siglo XIX, los indicadores por excelencia de las crisis cíclicas de sobreproducción. Amenazada en su dominio de clase por los efectos sociales de esta crisis, la burguesía de nuestro tiempo ha recurrido a paliativos, sobre todo después de la gran crisis mundial de 1929-1934. Pero el espectáculo del mundo actual demuestra sobradamente que no ha logrado impedir un desempleo en masa y una inflación casi continua.

El modo de producción capitalista no sólo sigue sometido a las crisis cíclicas de desorganización analizadas o previstas por Marx y Engels, sino que ha entrado, a consecuencia de las condiciones insuperables que son suyas, en la que hay que llamar su crisis general, perfectamente anunciada en *El capital* y en el *Anti-Dühring* y que es el efecto global de la fase imperialista del capitalismo, considerada en el capítulo siguiente.

El análisis marxista de la crisis cíclica y de la crisis general ante cuyo fondo se prosiguen hoy las crisis cíclicas nos permite comprender el carácter paradójico y no paradójico de la civilización contemporánea. La paradoja reside en el hecho de que potencialmente las invenciones técnicas y los descubrimientos científicos del siglo XX debieran permitir la satisfacción de las necesidades fundamentales (nutricionales, sanitarias, etcétera) y de las aspiraciones esenciales (ecológicas, culturales, políticas) de toda la humanidad, mientras que esas necesidades y aspiraciones son, para el mayor número, no satisfechas y aspiradas por los medios de represión más o menos feroces. La paradoja reside en el hecho de que el modo de producción capitalista, por virtud de su naturaleza y de las contradicciones que lo caracterizan, es totalmente incapaz, en adelante, de po-

¹¹ Cfr. Engels, *Anti-Dühring* (1878), tr. fr., Éditions Sociales, 1973, pp. 312-313.

ner en acción el potencial tecno-científico y, más generalmente, de desarrollar las fuerzas productivas con vistas a la satisfacción de esas necesidades y de esas aspiraciones.

En efecto, según Marx y Engels, la contradicción fundamental del capitalismo —contradicción que domina todas las demás— es la que oprime las fuerzas productivas cuyo carácter es cada vez más colectivo, cada vez más social, a las relaciones capitalistas de producción que se expresan en la propiedad privada de los medios de producción; hasta podría decirse, en la propiedad cada vez más privada de esos medios, tomando en cuenta la concentración cada vez más marcada del capital en las manos de omnipotentes oligarquías financieras. Es, sin duda, esta contradicción, inherente a lo que algunos llaman púdicamente la "economía de ganancia" y que nosotros llamaremos sencillamente el modo de producción capitalista, la que impide que el potencial productivo sea puesto al servicio de la humanidad y desarrollado con vistas a su satisfacción global.

La contradicción, descubierta por Marx y Engels, entre las fuerzas productivas y las exigencias de su desarrollo, por una parte, y las relaciones capitalistas de producción, así como las relaciones de propiedad que las expresan, por la otra, determina la lucha que oprime al proletariado y la burguesía en el mundo actual. Y, pese a las diversas especulaciones ideológicas a las que se entregan los políticos burgueses y numerosos especialistas en "ciencias sociales", los procesos sociales observables desde hace cien años no han dejado de confirmar la existencia de la contradicción fundamental de la que acabamos de hablar y la persecución, bajo formas variadas, de la lucha de clases que la expresa.

No cabe duda de que la composición sociológica del proletariado se ha modificado desde los tiempos de Marx y Engels. Pero hemos de recordar aquí que no es la naturaleza de la actividad profesional (manual o no manual) ni, como tal, el nivel del ingreso salarial lo que define la pertenencia de los individuos al proletariado. Lo que la define es el salario mismo, es decir, la venta de la fuerza de trabajo bajo la coacción económica y la contribución, bajo diversas formas, a la producción de la plusvalía del capital a partir del sobretrabajo. Así los empleados, los maestros y aun cuadros privados o pú-

blicos, que no son propietarios de ningún instrumento de producción y que deben trabajar para vivir, forman parte, en un sentido general, del proletariado, de la clase de los trabajadores (*Arbeiterklasse*), aun si ellos mismos no producen directamente plusvalía.

Comprendido científicamente, el proletariado, mientras cambia de composición sociológica interna, no ha dejado de aumentar sus efectivos, como lo había previsto el materialismo histórico desde hace más de cien años. En la medida en que las "ciencias sociales" no se percatan o rechazan esta verificación, inevitablemente se dejan invadir por una ideología idealista que trata de reducir los procesos sociales a un juego de representaciones, a una evolución de las mentalidades cuyos datos objetivos supuestamente serían los productos o, por lo menos, los efectos. Hemos visto ya a qué callejón sin salida ha conducido este idealismo a las "ciencias sociales".

El rápido recordatorio de las leyes del modo de producción capitalista al que nos hemos dedicado, tiene por objeto incitar a los investigadores en "ciencias sociales" a tomar en consideración, con toda prioridad, el contenido de clase de los procesos sociales que tratan de estudiar. Sin duda, semejante método global no puede abolir el fetichismo de la producción mercante que envuelve y afecta esos procesos; tampoco puede dispar íntegramente las alteraciones que la ideología dominante hace sufrir a las representaciones de esos mismos procesos. Sin embargo, puede permitir una medición de los obstáculos que impiden a las "ciencias sociales" transformarse efectivamente en *ciencias* y colaborar al avance hacia la ciencia que ya ha logrado el materialismo histórico.

Ya se trate de fenómenos propios de los aparatos de Estado, de la organización de las empresas, de las estructuras de la familia, de la enseñanza, de los organismos de salubridad o de diversiones; ya se trate de los aspectos económicos, psicossociales, culturales o políticos de esos fenómenos, no nos parece posible emprender su elucidación y, menos aún, tratar de prever su curso sin captarlos como manifestaciones de una sociedad de clase—sometida, en este caso, a las leyes del modo de producción capitalista— y como productos particulares de cierta relación determinada existente entre las clases de la

sociedad en cuestión: pues esos fenómenos no son más que los aspectos visibles de procesos—en parte visibles, en parte invisibles— que se desarrollan en las sociedades contemporáneas y que determinan su devenir. Y esos procesos siguen siendo inteligibles para quienes desconocen o se niegan a reconocer su modo de producción, a saber, la forma en que se producen y se reproducen en el marco de una sociedad, definida y determinada ella misma por el modo de producción, por las relaciones de clase que funcionan sobre la base de las fuerzas productivas propias de esta sociedad.

Desde ese punto de vista, *El capital* sigue siendo estrictamente actual en tanto que nos entrega el análisis no superado de los mecanismos de la sociedad que es la nuestra. Pero, desde luego, el análisis inaugurado por Marx y Engels no se ha detenido con ellos. Así pues, vamos a examinar, en el capítulo siguiente, el desarrollo de este análisis y los nuevos resultados a los que ha llegado a caracterizar el estadio contemporáneo del modo de producción capitalista.

II. LA FASE IMPERIALISTA DEL CAPITALISMO

A los que pretenden que el marxismo ya está superado porque se quedó en la economía y la sociedad del siglo XIX, hay que recordarles que son los marxistas los que, desde el comienzo de nuestro siglo, emprendieron el análisis de los fenómenos característicos del nuevo período histórico.

En 1910, Rudolf Hilferding publica *El capital financiero* y, en 1912, Rosa Luxemburgo hace otro tanto con *La acumulación del capital*, obras en las cuales estos dos dirigentes y teóricos del movimiento obrero tratan de explicar las nuevas formas adoptadas desde unos veinte años antes por el funcionamiento del modo de producción capitalista.¹

Marx había mostrado que la burguesía había creado el mercado mundial a partir del auge de las fuerzas productivas capitalistas. Rosa Luxemburgo muestra que el capitalismo, que se ha vuelto el amo del mundo, se ha constituido en un *sistema* en el cual las ganancias obtenidas de las masas de la periferia (países no industrializados) se concentran y se acumulan en el centro, es decir, en las manos de los grandes capitalistas de los países industrializados. Hilferding comprueba que la antigua división entre un capitalismo comerciante, un capitalismo industrial y un capitalismo bancario va cediendo progresivamente el lugar a un capitalismo concentrado y fusionado; descubre así la formación del *capital financiero* que asegura a una oligarquía financiera el dominio del mercado mundial.

Después de estudiar la formación del capitalismo en Rusia y el lugar de las inversiones extranjeras —especialmente francesas e inglesas— en ese proceso, Lenin publica, en 1916, una obra de síntesis en la cual aísla los caracteres esenciales de la nueva fase histórica del desarrollo del capitalismo: *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*.²

Se revela en estos trabajos que la economía del siglo XIX se caracterizaba por la existencia de un gran número de empre-

sas medias sometidas a las leyes de la competencia como expresión directa del funcionamiento del mercado capitalista; era el capitalismo de libre competencia o, si se prefiere, la fase competitiva del capitalismo. Y el propio Marx había previsto que a través de las crisis cíclicas, la destrucción de las empresas más débiles por las más fuertes modificaría los caracteres de esa etapa. Había escrito: "La competencia se transforma en su contrario, el monopolio".

De hecho, a partir del período 1880-1890, la concentración del capital en las empresas que se convierten en empresas gigantes, se acelera, confiriendo a las más poderosas de ellas un monopolio por relación a una parte variable del mercado mundial. Este fenómeno se produce en los Estados Unidos, en la Europa occidental, y, por último, en Japón. Lenin verifica, así pues, que a finales del siglo XIX, el capitalismo competitivo ha cedido el lugar al capitalismo de los monopolios o, mejor dicho, que el capitalismo ha pasado de su fase de libre competencia a la fase monopolista que califica de imperialista y cuyo carácter históricamente final muestra.

En esa etapa monopolística final, el capitalismo sigue sometido a las leyes descubiertas por Marx: las leyes del valor, de la formación de la plusvalía y de la baja tendencial de la tasa de ganancia. No se trata, pues, de un modo de producción nuevo, como la ideología burguesa aún trata de hacernos creer en nuestros días. Se trata del modo de producción estudiado por Marx, que ha llegado a las últimas consecuencias de su lógica interna y que así ha adoptado cinco caracteres esenciales enumerados y analizados por Lenin.

1. LA CONCENTRACIÓN DE LA PRODUCCIÓN HA ENGENDRADO LOS MONOPOLIOS

A este respecto, Lenin escribe:

El colosal incremento de la industria y el proceso rapidísimo de concentración de la producción en empresas cada vez más grandes son una de las peculiaridades más características del capitalismo [...]. En los Estados Unidos de Norteamérica, casi la

¹ Rosa Luxemburgo, *La acumulación del capital*, tr. fr. Maspero, 2 vols., 1969, 279 y 224 pp.

² Tr. fr. Editorial Progreso, Moscú, 1969, p. 175.

mitad de la producción global de todas las empresas del país se encuentra en las manos de *una centésima parte* del total de empresas.³

Para superar las crisis cíclicas que se agravaban a fines del siglo XIX, las empresas se fusionan o, por lo menos, se asocian. Así nacen los cárteles, más conocidos con el nombre inglés de *trusts*. Precisa Lenin:

Así pues, el resumen de la historia de los monopolios es el siguiente: 1) Décadas del 60 y 70, punto culminante del desarrollo de la libre competencia. Los monopolios no constituyen más que gérmenes apenas perceptibles. 2) Después de la crisis de 1873, largo periodo de desarrollo de los cárteles, los cuales sólo constituyen todavía una excepción, no son aún sólidos, aún presentan un fenómeno pasajero. 3) Auge de fines del siglo XIX y crisis de 1900 a 1903: los cárteles se convierten en una de las bases de toda la vida económica. El capitalismo se ha transformado en imperialismo.⁴

El proceso de la formación de los cárteles reviste diversas formas. Ocurre que unos capitalistas se entienden para poner la mano sobre todo un sector industrial, como el petróleo en los Estados Unidos: se trata en este caso de un trust horizontal. Otros, mediante sus inversiones, se apoderan de las fases de la producción, desde la extracción del mineral hasta la venta de los productos terminados, como los años del acero en Alemania, en Francia y en Japón: se trata, aquí, de trusts verticales. Pero bajo el empuje de la concentración de la producción y a través de las crisis sucesivas, los trusts horizontales y verticales se mezclan, formando una red completa en la cual están presentes los mismos grandes capitalistas. Cada vez más poderosos, esos trusts eliminan o someten a las empresas capitalistas de pequeña o mediana importancia. Al hacerlo, precisamente, se convierten en monopolios que se emancipan de la competencia sobre tal porción del mercado, pero que hacen nacer una competencia aún más feroz entre ellos mismos.

³ *Ibid.*, pp. 15, 17.

⁴ *Ibid.*, pp. 23-24.

Desde hace unos diez años se ha publicado una abundante bibliografía relativa a las *firmas multinacionales*, como se les llama hoy. Ciertos autores y comentaristas proceden como si esas firmas fueran una novedad absoluta y como si, por primera vez, se hubiesen constituido centros de explotación y de dominio que han sometido a los Estados nacionales y sus gobiernos, o, al menos, los han puesto fuera de condición de controlar su potencia de monopolio.⁵

Ahora bien, en su obra de 1916, Lenin muestra, con mucha claridad y precisión, que las firmas monopolísticas, lejos de encontrarse bajo el control de los Estados nacionales, es decir, de los Estados burgueses, desde fines del siglo XIX los han sometido por completo a sus intereses de clase. Pero, desde luego, a través de las competencias a que se entregan los trusts por el dominio del mercado mundial, Lenin discierne las contradicciones que oponen entre sí a las diferentes burguesías imperialistas.

Ciertos autores recientes han presentado la potencia de las firmas multinacionales como una especie de poder supranacional, que trasciende las oposiciones entre las burguesías de las diversas potencias imperialistas. En realidad, es fácil verificar que, en cada "multinacional", existe un capital "nacional" predominante y que en el noventa por ciento de los casos, es el de la burguesía imperialista de los Estados Unidos, lo que corresponde perfectamente a las relaciones de fuerza existentes entre los imperialismos en nuestros días.

Las "multinacionales" no son ni excrecencias anormales que hayan brotado en el terreno del mercado mundial, ni premisas de una organización nacional de la economía planetaria.

Las "multinacionales" son, en las formas jurídicas actuales, los trusts, tal como Lenin los había analizado como resultado de la concentración de la producción y del capital en el marco del capitalismo monopolístico e imperialista.

⁵ Como ejemplo de esta bibliografía: A. Sampson, *ITT. L'Etat souverain*, tr.

fr. Editions Alain Moreau, París, 1973, 473 pp.

2. EL PAPEL DOMINANTE DE LOS BANCOS HA DESEMBOCADO EN LA CONSTITUCIÓN DEL CAPITAL FINANCIERO Y DE LA OLIGARQUÍA FINANCIERA

Lenin precisa, al respecto:

La operación fundamental e inicial que los bancos realizan es la de intermediarios en los pagos. Debido a ello, los bancos convierten el capital monetario inactivo en activo, esto es, en capital que rinde beneficio; reúnen toda clase de ingresos metálicos y los ponen a disposición de la clase capitalista.

A medida que van aumentando las operaciones bancarias y que se concentran en un número reducido de establecimientos, los bancos se convierten, de modestos intermediarios que eran antes en monopolistas omnipotentes que disponen de casi todo el capital monetario de todos los capitalistas y pequeños patronos, así como de la mayor parte de los medios de producción y de las fuentes de materias primas de uno o de muchos países. Esta transformación de los numerosos y modestos intermediarios en un puñado de monopolistas constituye uno de los procesos fundamentales de la transformación del capitalismo en imperialismo capitalista.⁶

Ello significa que la concentración de la producción en las empresas gigantes ha hecho cada vez más necesario que éstas recurran a los créditos y a las facilidades de pago de que disponen los bancos y, entre los bancos, el proceso de la concentración ha actuado, igualmente, de tal manera que algunos bancos omnipotentes han terminado por eliminar o por someter a los bancos de importancia mediana o pequeña. En suma, la concentración de la producción ha ido acompañada de la del capital bajo la hegemonía creciente del aparato de los grandes bancos convertidos en verdaderos trusts bancarios.

Siguiendo a Hilferding, Lenin comprueba que ese doble proceso ha entrinado, progresivamente, la fusión del capital bancario, del capital industrial y del capital comercial que, en el siglo XIX, correspondían a tres fracciones socialmente distintas de la burguesía. Concretamente, los mayores industriales y

⁶ *Ibid.*, pp. 35-36.

los mayores comerciantes han sido llevados a ocupar posiciones en los estados mayores de los bancos, en tanto que los mayores banqueros adquirirían, en cantidad creciente, partes del capital de las empresas industriales y de los establecimientos de comercio.

La oligarquía financiera es el estrato superior de la burguesía —a la vez minoritaria y omnipotente— cuyos miembros se encuentran, a la vez, en los consejos administrativos de los grandes bancos, de la gran industria y del gran comercio; es, por excelencia, la burguesía imperialista.

Combinada con la multiplicación de las sociedades por acciones, la concentración bancaria ha puesto la economía nacional a disposición de la oligarquía financiera. Lysis, observador francés de principios de siglo, citado por Lenin, podía escribir: "Cincuenta personas, que representan un capital de ocho millones de francos, disponen así de *dos mil millones* colocados en cuatro bancos." Y de allí su conclusión: "La República francesa es una monarquía financiera"; "la dominación de la oligarquía financiera es absoluta, manda en la prensa y en el gobierno".⁷

La transformación de la banca de Francia, en 1937, y de los mayores bancos franceses, en 1945, en establecimientos administrados por el Estado no ha puesto término a la hegemonía de la oligarquía financiera; en efecto, ésta, por medio de los bancos de negocios que han seguido siendo privados, por una exportación de capitales a lugares extranjeros, y, sobre todo, por el dominio de clase que ejerce sobre el Estado burgués, sigue siendo el ama y señora integral de la economía y de la sociedad. Los bancos nacionalizados, como concesión al avance de las masas, han resultado, según costumbre, un excelente aparato de gestión del capital-dinero, es decir, de los depósitos del mayor número, por cuenta y en provecho de la clase dominante que, en el marco del modo de producción capitalista actual, no puede ser más que la oligarquía financiera, que la burguesía imperialista.

⁷ *Ibid.*, pp. 68-69.

3. LA EXPORTACIÓN DE LOS CAPITALES ES TESTIGO DEL CARÁCTER IMPERIALISTA DEL CAPITALISMO MONOPÓLICO Y FINANCIERO DE NUESTRO TIEMPO

La acumulación de enormes cantidades de capitales en las grandes bancas y la necesidad, para los capitalistas, de conservar tanto como sea posible la tasa de ganancia media han determinado, a partir de finales del siglo XIX, la exportación de una parte de esos capitales a comarcas no industrializadas con vistas a la obtención de una tasa de ganancia más elevada.

Lo que caracterizaba al viejo capitalismo, en el cual dominaba por completo la libre competencia, era la exportación de *mercancías*. Lo que caracteriza al capitalismo moderno, en el que impera el monopolio, es la exportación de *capital*, escribe Lenin, y añade:

Mientras el capitalismo sea capitalismo, el excedente de capital no se dedica a elevar el nivel de vida de las masas del país, ya que eso significaría mermar las ganancias de los capitalistas, sino a acrecentar estas ganancias mediante la exportación de capitales al extranjero, a los países atrasados. En estos países atrasados las ganancias suelen ser generalmente elevadas, pues los capitales son escasos, el precio de la tierra es relativamente pequeño, los salarios bajos y las materias primas baratas. La posibilidad de exportación de capitales está determinada por el hecho de que una serie de países atrasados ha sido ya incorporada a la circulación del capitalismo mundial, se han construido las principales líneas ferroviarias o se ha iniciado su construcción, se han asegurado las condiciones elementales de desarrollo de la industria, etc. La necesidad de exportación de capitales obedece al hecho de que, en algunos países, el capitalismo está ya "demasiado maduro", y al capital le falta (dados el desarrollo insuficiente de la agricultura y la miseria de las masas) campo para su inversión "lucrativa".⁸

Cierto es que en el curso de la historia universal, el expansionismo y el anexionismo, así como la colonización, son fenómenos que se remontan a la antigüedad. En diversas épocas, las clases dirigentes de ciertos Estados han exportado hombres

⁸ *Ibid.*, pp. 77 y 78-79.

para conquistar y colonizar países extranjeros, y en el largo período de formación y de desarrollo del capitalismo competitivo (siglos XVI-XIX) las burguesías de Europa han exportado una parte de su producción mercante y colonizado vastos territorios no europeos para asegurar el funcionamiento eficaz de esta exportación de mercancía.

Pero, como lo observa Lenin, a fines del siglo XIX, las cosas cambian: la transformación del capitalismo competitivo en capitalismo monopolístico y financiero hace necesaria la exportación de un excedente de capitales de las potencias industriales hacia el resto del mundo, hacia las inmensidades territoriales de África, de Asia y de la América Latina; en la propia Europa, esta exportación de capitales va de las potencias occidentales hacia los países retardatarios de la península Ibérica, de la Europa balcánica y oriental, y, por fin, hacia el imperio zarista.

El imperialismo de nuestro tiempo no es un simple expansionismo como el de los grandes Estados imperiales de la antigüedad y de la Edad Media; tampoco se reduce al colonialismo europeo —exportador de mercancías— que funcionó desde los alrededores de 1492 hasta cerca de 1850. Este imperialismo nuevo es el carácter central del capitalismo monopolístico y financiero; es un rasgo estructural y funcional de la etapa última del capitalismo.

Ya en 1902, un economista inglés, J. A. Hobson, cuyo punto de vista fue calificado por Lenin de "social-reformista burgués y pacifista", había publicado una obra titulada *El imperialismo*. Sin dejar de calcular falsamente, como poco después lo haría Kautsky, que el imperialismo, concentrando la producción y el capital, prepararía la unificación pacífica de la humanidad, Hobson había sido el primero en describir la conexión existente entre los nuevos rasgos de la economía capitalista y el expansionismo de los trusts y de los Estados dominados por ellos.

Prosiguiendo, rectificando y superando esta descripción, Lenin llega al análisis que estamos resumiendo: el imperialismo contemporáneo resulta, necesariamente, del carácter monopolístico y financiero del capitalismo que llega a la que, según veremos, será su última etapa; al mismo tiempo, este imperialismo ha determinado la repartición del mundo entre los trusts

y las potencias capitalistas, y el fin de esa repartición del mundo con las consecuencias destructoras inevitables.

4. LA FASE IMPERIALISTA DEL CAPITALISMO HA DETERMINADO LA REPARTICIÓN DEL MUNDO ENTRE LOS AGRUPAMIENTOS CAPITALISTAS Y LAS GRANDES POTENCIAS

Lenin muestra que los trusts se reparten, primero en los países industrializados, el mercado interior, destruyendo o sometiendo a las firmas más débiles que ellos:

Pero en el capitalismo, el mercado interior está inevitablemente enlazado con el exterior. Hace ya mucho que el capitalismo ha creado un mercado mundial. Y a medida que ha ido aumentando la exportación de capitales y se han ido ampliando en todas las formas las relaciones con el extranjero y con las colonias y las "esferas de influencia" de las más grandes asociaciones monopolistas, la marcha "natural" de las cosas ha llevado al acuerdo universal entre las mismas, a la constitución de cárteles internacionales.⁹

Por ejemplo, en el dominio de la electricidad, dos trusts se repartían la tierra entera en vísperas de la primera Guerra Mundial: la compañía Thompson-Houston, de origen norteamericano, y la Sociedad General de Electricidad (AEG), de origen alemán, hasta el punto de que un economista pudo decir, en aquel momento, que "no existen en el mundo otras sociedades de electricidad que sean *enteramente* independientes".

El estudio de las actuales "multinacionales" confirma por completo esas verificaciones del comienzo de nuestro siglo, sobre cuya base definió Lenin la repartición del mundo entre los mayores trusts, entre los "supermonopolios", como rasgo característico de la etapa imperialista del capitalismo. Esa repartición del mundo entre los trusts es, al mismo tiempo, una repartición entre las grandes potencias cuyos Estados son utilizados por esos trusts en sus luchas entre ellos por la hegemonía:

⁹ *Ibid.*, p. 85.

La época del capitalismo contemporáneo nos muestra que entre las alianzas de los capitalistas se están entablando determinadas relaciones *basadas* en el reparto económico del mundo, y que, al mismo tiempo, en relación con esto, se están estableciendo entre las alianzas políticas, entre los Estados, determinados vínculos basados en el reparto territorial del mundo, en la lucha por las colonias, en la "lucha por el territorio económico".¹⁰

Confirmación resonante del concepto de Marx, según el cual el Estado, superestructura esencial de la vida social, es un instrumento de dominación de una clase sobre otra, la repartición del mundo entre los "supermonopolios" va acompañada de la repartición del mundo entre los grandes Estados capitalistas que son los instrumentos del imperialismo de esos "supermonopolios". La Conferencia de Berlín (1885) en el curso de la cual el África fue territorialmente dividida entre las potencias europeas, ha demostrado, en el tiempo mismo en que el capitalismo se volvía monopolístico, que el nuevo y último estado del capitalismo entrañaría la repartición entera del mundo entre los grandes Estados burgueses, hasta que no quedara ningún otro territorio por repartir. Demostraba también, a los observadores atentos, que ninguna repartición podría ser definitiva, por razón de la incesante evolución de las relaciones de fuerza entre esos Estados. Las diferencias entre los imperialismos inglés y francés, entre estos dos y el imperialismo alemán, habían de confirmarlo largamente en el curso del periodo que terminó al estallar la primera Guerra Mundial.

5. EL FIN DE LA REPARTICIÓN DEL MUNDO HA HECHO INEVITABLES, EN EL MARCO DEL SISTEMA CAPITALISTA, LAS GUERRAS IMPERIALISTAS

La exportación de los capitales necesarios para el capitalismo monopolístico y financiero para reproducirse y para sobrevivir, entraña el apareamiento, por los trusts, de todos los territorios no industrializados o débilmente industrializados, sin excep-

¹⁰ *Ibid.*, p. 96.

ción. Como lo muestra Lenin, a las colonias —países directamente administrados por un Estado extranjero— se añaden entonces toda clase de protectorados y de países dependientes:

Puestos a hablar de la política colonial de la época del imperia-
lismo capitalista, es necesario hacer notar que el capital finan-
ciero y la política internacional correspondiente, la cual consiste
en la lucha de las grandes potencias por el reparto económico y
político del mundo, originan abundantes formas *transitorias* de
dependencia estatal. Para esta época son típicos no sólo los dos
grupos fundamentales de países —los que poseen colonias y las
colonias—, sino también las formas variadas de países depen-
dientes que desde un punto de vista formal, político, gozan de
independencia, pero que, en realidad, se hallan envueltas en las
redes de la dependencia financiera y diplomática.¹¹

La América Latina y Portugal, que cita Lenin, Grecia, Serbia, Bulgaria, Rumania, etcétera, son ejemplos de países dependientes, de *semi-colonias* de comienzos de nuestro siglo. Hoy, lo que se ha llamado la “descolonización” no ha sido, en realidad, más que el abandono, por las potencias, de la administración directa de países de África y de Asia para permitir a la dominación imperialista ejercerse más eficazmente sobre las masas en cuestión, con la colaboración de las clases privilegiadas (burguesía *compradora*, propietarios tradicionales de la tierra) de los países en cuestión.

Pero como la superficie del globo es limitada e inextensible, ocurrió —a comienzos de nuestro siglo— que la separación del mundo entre las potencias se terminó, por falta de nuevos territorios que subyugar. Ahora bien, la rapidez de desarrollo de las fuerzas productivas en los diversos Estados capitalistas es desigual. Así, a comienzos del siglo xx, era claramente mayor en Alemania que en la Gran Bretaña y en Francia, como en el curso del tiempo había de ser, en conjunto, mucho mayor en los Estados Unidos que en la Europa occidental.

Combinada con el fin de la reparación del mundo, la rapidez desigual de desarrollo de las economías capitalistas ha causado antagonismos entre las potencias, y las ha exasperado:

¹¹ *Ibid.*, p. 109.

unas de ellas, cuyo desarrollo se volvió más lento, trataban de conservar sus colonias, sus zonas de influencia, en suma sus mercados; las otras, de desarrollo más rápido, trataban de obtener una nueva repartición del mundo, más favorable a ellas. A partir de este análisis de Lenin, se comprende que la guerra entre los Estados imperialistas —que arrastró tras ellos a los Estados dependientes— inevitablemente había de resultar de la agravación continuada de los antagonismos citados.

Lenin sustituye la imagen de Jaurès —“el capitalismo lleva en sí la guerra como la nube lleva la tormenta”—, que sigue siendo una imagen, por el análisis científico de los procesos inherentes al imperialismo que han desembocado en dos Guerras Mundiales. Lejos de ser la “etapa organizada” del capitalismo y de preparar la unificación pacífica del mundo, como lo creía Kautsky, el imperialismo es la fase de la exasperación general de las contradicciones propias al modo de producción capitalista. Así, esta fase histórica queda definida por Lenin como “*el tiempo de las guerras y las revoluciones*”. En nuestros días, ¿quién podría refutar lo bien fundado de esta caracterización, de esta previsión?

De lo anterior resulta que, en tanto que dure el modo de producción capitalista, del que se sabe que ha llegado a su fase imperialista, es seguro que nada podrá preservar a la humanidad de la guerra, producto natural del imperialismo. La guerra puede revestir, como ha ocurrido en dos ocasiones, la forma de una conflagración mundial generalizada; también puede revestir, como lo confirman ejemplos sucesivos y casi ininterrumpidos, la forma de conflictos locales en que las potencias se encuentran inevitablemente implicadas. La conclusión del análisis marxista, en la materia, es perfectamente clara y rigurosa: tan sólo la victoria completa de la revolución proletaria mundial y la construcción de la sociedad sin clases y sin Estado del comunismo pueden eliminar definitivamente de la historia universal el fenómeno de la guerra.

Como conclusión de los análisis que hemos referido, Lenin hace del imperialismo la definición siguiente:

Por eso, sin olvidar lo convencional y relativo de todas las definiciones en general, que jamás pueden abarcar en todos sus

aspectos las relaciones de un fenómeno en su desarrollo completo, conviene dar una definición del imperialismo que tenga sus cinco rasgos fundamentales, a saber: 1) la concentración de la producción y del capital llega hasta un grado tan elevado de desarrollo, que crea los monopolios, los cuales desempeñan un papel decisivo en la vida económica; 2) la fusión del capital bancario con el industrial y la creación, en el terreno de este "capital financiero", de la oligarquía financiera; 3) la exportación de capitales, a diferencia de la exportación de mercancías, adquiere una importancia particularmente grande; 4) se forman asociaciones internacionales monopolistas de capitalistas, las cuales se reparten el mundo, y 5) ha terminado el reparto territorial del mundo entre las potencias capitalistas más importantes.¹²

En contra de una opinión muy común, el imperialismo no se reduce a una política que algunos gobiernos, llevados por el "medio de los negocios" de sus países, practicarían, en tanto que otros no la practicarían. No es el nacionalismo agresivo de ciertos gobiernos el que da lugar, en circunstancias determinadas, al imperialismo. Por lo contrario, es el imperialismo, como etapa particular del capitalismo, el que, en diversos momentos, se traduce en actividades agresivas de los gobernantes. La política opresiva expansionista, casi diríamos anexionista, de los Estados burgueses del siglo xx, no es más que un efecto de la naturaleza imperialista del capitalismo monopolístico y financiero de nuestra época.

Pero, según Lenin, el imperialismo no sólo es una fase particular del capitalismo cuyos caracteres esenciales acabamos de ver; también es su fase superior, es decir, *final*. En ello, Lenin ha abierto un debate —de hecho, un combate entre el marxismo y la ideología burguesa— que aún prosigue en nuestros días.

Según los conservadores, los reformadores y los reformistas que siguen reduciendo el imperialismo a la política de ciertos gobiernos "agresivos", el capitalismo de libre competencia, condenado a cierta anarquía, en el siglo xx habría cedido el lugar a un capitalismo cada vez más organizado. La concentra-

¹² *Ibid.*, p. 114.

ción de la producción y del capital sería, finalmente, un proceso benéfico, generador de racionalidad económica. Bastaría con llevar adelante esta concentración para que los conflictos entre las clases quedarán definitivamente superados y la competencia criminal entre los grandes trusts se transformara en una organización planetaria armoniosa de la explotación y de la distribución de los recursos naturales y humanos. Ya Kautsky, convertido en reformista y en oportunista, pretendía, en vísperas de la primera Guerra Mundial, que los imperialismos rivales un día podrían dar nacimiento a un "superimperialismo" unificador y pacífico, del cual pudiera brotar el socialismo, en cierto modo, sin tropiezos. En nuestros días, la ONU, la UNESCO, la Conferencia Norte-Sur son lugares en que se pretende poder armonizar al mundo sin trastornar sus estructuras económicas y sociales. Así pues, en esta perspectiva, el imperialismo sería una fase en vía de superación; como la lucha de clases y las guerras mundiales, pronto pertenecería al pasado.

Por desgracia para este género de optimistas, los hechos han desmentido y siguen desmintiendo sus proclamaciones. No sólo la crisis mundial de 1929-1934, y su resultado, la segunda Guerra Mundial, han revelado la incapacidad del sistema capitalista mundial para resolver pacíficamente sus contradicciones y en favor de la mayoría, sino que la crisis generalizada que ha comenzado en 1972-1973, y que sigue ante nuestros ojos, a través de los fenómenos masivos de la inflación y del desempleo, ha confirmado la descomposición irreversible de un modo de producción impotente para satisfacer las necesidades vitales y las aspiraciones esenciales de la humanidad actual.

Para comprender esta situación, hay que volver a Lenin, que caracterizó finalmente al imperialismo como un capitalismo víctima del parasitismo y de la putrefacción, como un "capitalismo agonizante".¹³ En efecto, la edad de oro del capitalismo correspondió a su fase competitiva en el curso de la cual, pese a las crisis cíclicas, tuvo lugar un prodigioso desarrollo de las fuerzas productivas. En cuanto al capitalismo imperialista, se formó, en gran parte, como reacción contra la tendencia a la

¹³ *Ibid.*, p. 165.

baja de la tasa de ganancia media. Lejos de desarrollar las fuerzas productivas de los países industriales y de favorecer el auge de las fuerzas productivas en los continentes no industrializados, acentuó las desigualdades de desarrollo, agravó los desequilibrios económicos y desembocó en el enorme problema mundial que, en nuestros días, ha sido impropriadamente designado por diversas corrientes de opinión como problema del "subdesarrollo".¹⁴

Desde el comienzo de nuestro siglo, el Estado burgués se ve obligado a acudir en auxilio de la deficiente economía capitalista, y es amenazado cada vez más por crisis cíclicas agravadas y por la crisis general del capitalismo que es, en realidad, inseparable de su fase imperialista. Citando a Hobson, Lenin menciona:

... los lazos que unen el imperialismo con los intereses de los "financieros", el aumento de los beneficios resultantes de las adjudicaciones, de los suministros de guerra, etc.; por eso, Hobson decía: "En muchas ciudades, las ramas más importantes de la industria dependen de los pedidos del gobierno; el imperialismo de los centros de la industria metalúrgica y de las construcciones navales depende en gran parte de este hecho".¹⁵

El parasitismo reside aquí en el hecho de que para sobrevivir, la economía capitalista se ve obligada a remitirse, cada vez más, a la producción de guerra y a la explotación de las colonias y de las semi-colonias con objeto de dar, mediante este artificio, trabajo a los asalariados de la metrópoli y de compensar a una minoría de entre ellos mediante una política de altos salarios. La "aristocracia obrera", base social del reformismo, se muestra aquí como producto del parasitismo del capitalismo convertido en imperialismo.

La intervención del Estado en los procesos económicos ha sido y aún es presentada por los ideólogos burgueses como un medio privilegiado de organización del capitalismo, casi como un proceso que anunciará su superación y la forma-

¹⁴ Será tratado en detalle este problema más adelante: Terrera parte. La Revolución mundial, cap. III: "La cuestión del desarrollo", pp. 263-282.

¹⁵ *Ibid.*, p. 132.

ción de una economía por fin racional. Sin embargo, ¿quién no puede ver que este intervencionismo consiste esencialmente en un conjunto de paliativos que sacan de la masa de los contribuyentes los recursos destinados a asegurar la pervivencia del capitalismo? Pues el Estado burgués sigue siendo, por esencia, un instrumento de dominación al servicio de la clase de los capitalistas, y es claro que sus intervenciones y los controles ejercidos por él sobre los sectores económicos que subvencionan o que administran, funcionan para asegurar el salvamento de la economía existente.

El parasitismo propio de la fase imperialista del capitalismo va acompañado de lo que Lenin llama los fenómenos de "putrefacción". Evoca, a este propósito, los movimientos internacionales de la mano de obra:

Entre las particularidades del imperialismo relacionadas con los fenómenos de que hemos hablado figuran el descenso de la emigración de los países imperialistas y el aumento de la inmigración (afluencia de obreros y éxodo) de países más atrasados, donde el nivel de los salarios es más bajo.¹⁶

Así, no sólo el imperialismo es incapaz de desarrollar suficientemente las fuerzas productivas en los países no industrializados, sino que agrava su "retraso"; hace en realidad, de sus "países atrasados" al privarlos de una parte importante de sus fuerzas productivas, es decir, de esos trabajadores que lleva a los Estados industrializados para someterlos a una explotación máxima y tratar de oponerlos a los trabajadores originarios de esos Estados. Los efectivos actuales de inmigrantes —arrancados al África, al Asia y a la América Latina— que trabajan en la América del Norte y en Europa, y a los que debemos añadir los trabajadores originarios de los países europeos retardados y que participan en la producción de los países más avanzados, muestran que el análisis de la putrefacción del capitalismo imperialista que llevó a cabo Lenin sigue siendo perfectamente actual y hasta resulta más ampliamente confirmado que en 1916.

Entre 1960 y 1970, una ideología triunfalista ha pretendido que en 1916.

¹⁶ *Ibid.*, p. 137.

dido calificar el cuadro económico, social y cultural en que se suponía la humanidad iba a entrar progresivamente con el nombre de *sociedad de consumo*.¹⁷ Después de la crisis comenzada en 1972-1973, hoy aparece claramente que la realidad era totalmente distinta.

En efecto, para seguir funcionando, para disminuir lo más posible los efectos de la baja tendencial de la tasa de ganancia media, el capitalismo se ha esforzado —sobre todo desde la década de los treinta en los Estados Unidos, y luego en la Europa occidental y en Japón— por estimular el consumo. Tal es la función de la publicidad, de la que se sabe que sus gastos a veces alcanzan el 20% del presupuesto de ciertas empresas gigantes; al mismo tiempo, es la función del sistema generalizado de crédito, generador de “capitales ficticios” —es decir, no integrados a una producción ya efectuada—, cuyo aumento desmesurado ha contribuido largamente a desencadenar la crisis actual.

Lejos de significar el advenimiento próximo de una “era post-industrial”, o simplemente la existencia actual de un sedicente “neo-capitalismo”, la “sociedad de consumo” —con sus artificios y sus tergiversaciones— no es más que el resultado actual de la agonía histórica del capitalismo, diagnosticada por Lenin mediante la observación de los fenómenos de parasitismo y de putrefacción.

De acuerdo con el pensamiento de Lenin, Trotsky sintetizaba, en 1938, el análisis marxista del imperialismo, al declarar: “*Las fuerzas productivas de la humanidad han dejado de crecer*.”¹⁸ Lo que significa que, en contra del capitalismo en su etapa competitiva, que había provocado el mayor auge de las fuerzas productivas de la historia universal, ese mismo capitalismo, llegado a su fase imperialista, se había revelado y se revela incapaz de cumplir con esta tarea fundamental de la que depende el porvenir de la humanidad.

No cabe duda de que el siglo xx ha sido más fecundo —con

¹⁷ Cf. J. K. Galbraith, *The affluent society*, Hamish Hamilton, Nueva York, 1958.

¹⁸ L. Trotsky, *La agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional. Programa de transición*, tr. fr. Folio, p. 9.

mucho— en invenciones técnicas y en descubrimientos científicos y, sin duda, en el pasado nunca ha habido tantas máquinas ni tan poderosas como las que, en todos aspectos, existen hoy. Pero para el marxismo, las fuerzas productivas no se reducen a los instrumentos; consisten ante todo en la fuerza de trabajo —con su nivel de calificación— y, en seguida, en los instrumentos de producción, productos de una fuerza de trabajo anterior o instrumentos de la fuerza de trabajo actual.

Ahora bien, precisamente, el mantenimiento de las masas de los continentes dominados en un estado tecno-económico atrasado, la descalificación impuesta por el capitalismo al proletariado de los países industriales y, por fin, la parte creciente acordada por estos últimos a las producciones de guerra muestran que en la etapa del imperialismo, el auge global de las fuerzas productivas ha cedido el lugar a una insuficiente progresión y a fenómenos masivos de descomposición, de regresión y de destrucción.

No se trata de negar la existencia de lo que algunos llaman la “revolución científica y técnica” de nuestro tiempo. Se trata de verificar que el potencial creador engendrado por los descubrimientos científicos y las invenciones técnicas no es puesto en obra por el capitalismo actual: o bien es frenado y hasta destruido con el fin de salvar la tasa de ganancia, o es pervertido en una imagen militar destructiva que sirve de último medio a una economía moribunda.

Las fuerzas productivas no son neutrales; en el sistema capitalista, son *capitalistas* porque su fin inevitable es la reproducción del capital. Y lo que Trotsky verifica, en 1938, es que el capital, considerado a la escala de la humanidad, se encuentra condenado a devorarse a sí mismo para prolongar su supervivencia; al hacerlo, el potencial creador de la humanidad queda bloqueado, lo que se refleja, en el plano cultural, por la multiplicación y la agravación de los síntomas de crisis, de marasmo, de descomposición; pues la no conclusión de la revolución mundial, de la transición revolucionaria del capitalismo al socialismo, entraña una putrefacción de las condiciones generales de la existencia de la humanidad.

De la ley de la baja tendencial de la tasa de ganancia media establecida por Marx al análisis del imperialismo como fase fi-

nal del capitalismo y a la verificación de Trotsky del cese del crecimiento de las fuerzas productivas consideradas a la escala de la humanidad, se manifiesta la continuidad teórica y metodológica del materialismo histórico.

Por relación a esta continuidad se plantea, en toda su gravedad, el problema de la elección de un concepto fundamental y de un método global de enfoque de los procesos sociales: o bien los diversos aspectos de esos procesos son considerados como simples hechos sin estar relacionados con la agonia histórica del modo de producción capitalista, y entonces no se ve cómo podrían ser comprendidos unos fenómenos crecientes en número y en intensidad de dispersión, de disfuncionamiento, de desviación o de anomia; o bien, esos mismos aspectos son captados en su relación con el devenir general del modo de producción capitalista, y entonces la vía de acceso a la ciencia nos parece abierta y continuado el avance del materialismo histórico hacia la ciencia.

La afición desmesurada que la ideología dominante ha provocado entre los investigadores en "ciencias sociales" con relación al simbolismo social considerado en sí mismo, como si fuera independiente de los procesos objetivos, es un síndrome de fuga, una reacción de sustitución de los que, rechazando la apertura ofrecida por el materialismo histórico, "subliman" en cierto modo la vivencia individual y colectiva de la crisis final del capitalismo en una concepción metafísica de la enajenación humana tratada como proceso originario e intemporal. Así, creemos nosotros que una visión rigurosa de la realidad del mundo actual es indispensable para desbloquear las investigaciones de los procesos sociales. ¿Qué hacer con la herencia teórica y metodológica del materialismo histórico para contribuir en todo lo que sea posible a ese desbloqueo? Tal nos parece que es hoy la pregunta decisiva que conviene plantear, y tratar de resolver.

III. EL MERCADO MUNDIAL Y LA CRISIS FINAL ACTUAL DEL CAPITALISMO

LA HERENCIA teórica y metodológica del marxismo hace posible un enfoque científico de los procesos sociales de nuestro tiempo, a condición de que su realidad sea correctamente captada en el espacio que los condiciona —el del mercado mundial— y en el tiempo que los determina: el de la crisis final del modo de producción capitalista. No dejemos de añadir a ello que este espacio y este tiempo son absolutamente inseparables el uno del otro y no pueden ser examinados válidamente más que por relación el uno del otro.

El mercado mundial es, al mismo tiempo, resultado del advenimiento del modo de producción capitalista y de su desarrollo —especialmente de su "edad de oro" en el siglo XIX— y el marco global que ha hecho y sigue haciendo posible el funcionamiento de ese modo de producción.¹ Reside en el hecho de que los intercambios necesarios para la producción de las mercancías engloban, en adelante, a todo nuestro planeta.

Con la creación del mercado mundial, la burguesía ha determinado la transformación del modo de producción dominado por ella en un sistema cuyas partes todas, cuyos sectores de actividad son interdependientes y están en una situación de acción recíproca. En efecto, en los modos de producción anteriores al capitalismo, la parte de la economía de subsistencia era tanto más grande que la de la economía mercante y existían espacios económicos, sociales, culturales y políticos netamente distintos los unos de los otros; dicho de otra manera, "mundos" enormemente separados los unos de los otros: mundo chino, indio, mediterráneo, africano, oceánico y americano, de la Antigüedad, de la Edad Media y de los comienzos de

¹ "Espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear vínculos en todas partes."

Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía dio un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países." Marx-Engels, *Manifiesto del partido comunista* (1848), Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, tomo I, p. 25.

los tiempos modernos. En cambio, el modo de producción capitalista, acompañado de la hegemonía creciente y, por último, del triunfo completo de la producción mercante sobre la producción de subsistencia, ha destruido esta pluralidad de "mundos" y ha engendrado un mundo único, aquel en el que actualmente vivimos.

La producción industrial contemporánea exige la utilización de materias primas, cuyos yacimientos o fuentes se hallan repartidos por el mundo entero; el paso de esta producción, necesario para la reproducción aumentada del capital, implica la apertura de mercados en todos los continentes; y, tanto más, como lo hemos visto, cuanto que la tendencia a la baja de la tasa de ganancia media ejerce su presión continua y creciente sobre los capitalistas. Así pues, no son esencialmente los medios de transporte de los hombres y de las mercancías y los medios de comunicación de masa los que crean la "mundialización" por la necesidad de una infraestructura técnica planetaria. Es el mercado mundial creado por la burguesía el que ha hecho posibles y necesarios esos medios planetarios de transporte y de comunicación y sus implicaciones específicas.

Así pues, esta "mundialización" no es portadora en sí misma y por sí misma de una unificación de la humanidad generadora de paz y de armonía; tras ella, el análisis marxista descubre la realidad efectiva del *sistema capitalista mundial* con todas las contradicciones, las desigualdades, las deformaciones que han hecho de él lo que es.

Un enfoque científico de los procesos sociales exige, por tanto, que se recusen dos puntos de vista fundamentalmente erróneos:

1. El punto de vista *culturalista* que, aislando las herencias culturales de su "base real", pretende que existen "mundos" suficientemente distintos y separados para que cada uno de ellos obedezca a una lógica histórica propia: el "mundo capitalista", el "mundo socialista", el "tercer mundo".

2. El punto de vista *tecnicista* que, al levantar acta de la universalización creciente del uso de los ordenadores, de los aviones de reacción, de los medios de información de masas, etc., pretende que las desigualdades entre las sociedades y en el interior de las sociedades se resolverán, tarde o temprano, y

serán superadas por la virtud esencial de la "revolución científica y técnica".

El punto de vista culturalista actúa como si el mercado mundial no existiera o como si fuese un "mal" del que dicha sociedad pudiera curarse separándose de él. De hecho, entendemos bien que un pueblo principalmente explotado y dominado por fuerzas sociales exteriores aspire a liberarse de ellas; pero esta liberación, que directamente se vincula con el movimiento histórico de ciertas clases contra otras clases, a la vez exteriores e interiores a la sociedad considerada, no nos parece poder alcanzar completamente su objetivo sin la destrucción del sistema internacional del imperialismo —fuente actual de todas las explotaciones y de todas las opresiones—, destrucción que pasa por el proceso de la revolución mundial. Donde existen estas aspiraciones, la cuestión real reside en su integración al proceso a la vez nacional e internacional de la lucha de clases.

El punto de vista tecnicista hace como si las fuerzas productivas existieran independientemente de las relaciones de producción, de las relaciones de clase que son, ellas mismas, la fuerza productiva que confiere su carácter social a todas las demás. Desconoce o trata de disimular el hecho de que las condiciones y las desigualdades propias al sistema internacional del imperialismo, lejos de atenuarse, se agravan y hasta se exasperan cada vez más, amenazando a la humanidad con una caída en el caos. La liquidación de esas contradicciones y de esas desigualdades supone, pues, que las fuerzas sociales que las aprovechan para sobrevivir, finalmente sean destruidas por aquellas cuyos intereses de clase y aspiraciones esenciales exigen esta liquidación. El estado actual de la humanidad sobre la base del mercado mundial dominado por el imperialismo, revela al mismo tiempo los fundamentos objetivos del proceso de la lucha de clases y la función decisiva de ese proceso en la determinación del porvenir.

No cabe duda de que existe cierta relación entre el logro de la transformación, al comienzo de nuestro siglo, de la economía capitalista en un sistema mundial, el del imperialismo, y la obsesión de las "ciencias sociales", por relación al concepto de sistema. Pero, aquí, toda la cuestión se reduce a saber a cuál realidad objetiva debe aplicarse este concepto. En economía, es

claro que, en contra de un prejuicio tenaz, la empresa industrial no constituye una totalidad que se baste a sí misma, y que lo mismo se puede decir de la economía nacional. En sociología, también parece que la idea de "sociedad global" conduce a aislar arbitraria y falazmente los procesos que se desarrollan en un país de los procesos más vastos de que forman parte, y fuera de los cuales son ininteligibles. Lo mismo puede decirse de la antropología en lo que concierne a las tentativas funcionalistas y estructuralistas de identificación de las culturas; pues, por la fuerza de las cosas, ya no existe en la actualidad ninguna manera fundamental de sentir, de actuar y de pensar que no sea determinada, ante todo, por su lugar en el sistema mundial y por la potencia estructurante de ese sistema. Por lo demás, el marasmo de las investigaciones psicológicas y, pese a la importancia de la herencia de Freud, los callejones sin salida del psicoanálisis contemporáneo son inseparables del punto de vista que hace como si la personalidad pudiera ser considerada como una realidad autónoma. En fin, la lingüística misma, al erigir cada lengua en un sistema, se impide comprender el juego de las importaciones y de las aportaciones que, sin embargo, se expresa hoy en una hegemonía de la lengua inglesa correspondiente a las relaciones de fuerza mundiales que, en su origen, no tienen nada de lingüística.

Así pues, hay que ver el sistema donde efectivamente está. Ese lugar es precisamente el mercado mundial dominado por el imperialismo. Por relación a esta totalidad fundamental, los procesos sociales observables y sus diversos aspectos se ordenan sin formar otras totalidades que legítimamente pudieran ser erigidas en objetos suficientes de la investigación científica. Ello significa que semejante investigación sólo puede ser dialéctica, aplicada a discernir las interdependencias y las interacciones, a la vez horizontal y verticalmente.

En el plano horizontal, los fenómenos observables nos remiten a conjuntos de la misma naturaleza de los que son aspectos sectoriales. Así, la economía de la empresa, más allá del establecimiento de una simple contabilidad—necesaria pero insuficiente—, nos remite a la de un sector de producción, la cual, simultáneamente, nos remite a la economía nacional y a un sector de la economía mundial para conducirnos, finalmente, a

la propia economía mundial. Así, la "sociedad global" nos remite a las sociedades del mismo tipo y, a través de ella, a las relaciones sociales generales que funcionan sobre la base del mercado mundial. Así, el estudio de una cultura implica la referencia a las culturas emparentadas y a los fenómenos culturales que en nuestros días se califican, precisamente, de "mundializantes". En cuanto al estudio del psiquismo individual, no puede pretender un acceso, y ni siquiera tratar de acceder a la ciencia, más que captando la personalidad como el producto complejo de una interacción social. Y, en cuanto a la lingüística, más allá de una tipología general de los fonemas, no puede explicar la pluralidad de los fenómenos de que se ocupa más que colocándose en el centro de las interacciones generadoras de las lenguas.

En el plano vertical, los fenómenos observables no pueden convertirse en objetos científicos más que siendo reconocidos como aspectos de procesos, ninguno de los cuales es reducible al campo de exploración de una disciplina cualquiera de las "ciencias sociales". Los fenómenos de producción y de intercambio de bienes materiales sólo se aclaran suficientemente a partir de las relaciones sociales fundamentales en las que, por así decir, se inscriben. Los fenómenos sociológicos que aceptan las instituciones y la participación de los individuos en esas instituciones sólo son descifrables por relación a la base real de la sociedad, es decir, a las relaciones entre las clases existentes y al devenir de esas relaciones. Los fenómenos culturales sólo pueden ser elucidados como expresiones de esas mismas relaciones y de ese mismo devenir que atraviesan y modelan la existencia de los individuos engendrando la fantasmagoría objetiva descubierta por Marx con el nombre de "fetichismo de la mercancía". Los fenómenos psíquicos sólo se vuelven inteligibles en el espacio de intersección del condicionamiento socio-histórico y del condicionamiento biográfico, espacio que se trata de reconocer como tal, sin ocultarse, sin embargo, que este reconocimiento es impotente para hacer desaparecer el citado fetichismo social. Por último, los fenómenos lingüísticos—independientemente del partido que haya sido posible sacar de su reducción a sus aspectos fonológicos—para ser científicamente

aclarados, exigen ser puestos en relación —lo que no quiere decir reducidos— con las prácticas sociales de que proceden.

En suma, si se puede hablar limitativamente de fenómenos económicos, sociológicos, culturales, psicológicos o lingüísticos, hay que saber que no existen procesos legítimamente calificables de económicos, de sociológicos, de culturales, de psicológicos y ni aun de lingüísticos; en rigor, existen *procesos sociales*, cuyos fenómenos enumerados no son más que aspectos relativos a las disciplinas académicas que tratan de apoderarse de ellos con todo desprecio de la dialéctica materialista necesaria para esta tarea.

Por muy lejos que cada uno de esos fenómenos parezca estar de él, el mercado mundial dominado por el imperialismo no sólo es su marco de aparición, sino también la realidad fundamental a la cual pertenecen los procesos de los que no son más que aspectos sectoriales y fragmentarios. Sin tal reconocimiento y sin admitir las implicaciones teóricas y metodológicas de este reconocimiento, las "ciencias sociales" están condenadas a no producir más que conocimientos sectoriales y fragmentarios y a abandonar el cuidado de la sistematización a la ideología dominante.

Queda en pie el hecho de que, para referirse científicamente a la realidad del sistema mundial actual, hay que comprender su génesis histórica: el tiempo se combina con el espacio al engendrar procesos sociales. Esta génesis se remonta al siglo XVI, al momento de la historia universal en que en ciertos países —a saber, los de la Europa occidental— la burguesía llega a modificar la relación de fuerzas existente entre ella y la clase nobiliaria, de tal manera que abre así el camino a la instauración futura del modo de producción capitalista.

Paul Bairoch nota significativamente que:

...hasta el fin del siglo XVII, las diferencias de los niveles de desarrollo económico y técnico de los diversos países eran poco importantes. A lo cual añade: el nivel de los países desarrollados de hoy era entonces vecino, en ciertos casos y en ciertos dominios, o hasta inferior al de la mayoría de los países hoy subdesarrollados. Ciertamente entre la Francia de Luis XIV, la

Inglaterra de Guillermo II, la Prusia de Federico I y la Rusia de Pedro el Grande, por una parte, y la India de Aurangzeb, la China de Kiang-Hi, por la otra, para no hablar más que de Europa y de las dos principales potencias de Asia, había diferencias profundas en las estructuras sociales y religiosas de las sociedades que las componían. También había, y aquí se trata de un elemento persistente, diferencias climáticas importantes. Pero, en conjunto, resulta muy difícil determinar cuál de esos dos grupos de sociedades había llegado, en esa época, a un nivel de desarrollo económico más avanzado, cuál de los dos tenía un nivel de vida más elevado. En ese dominio, ciertamente había mayores diferencias de un país a otro en el interior del mismo grupo, que de un grupo a otro.²

Así pues, se trata de comprender cómo y por qué, a partir del siglo XVII, de ha creado una brecha creciente que en nuestros días se ha convertido en un foso entre una minoría de países llamados desarrollados y la masa de países llamados subdesarrollados. Pese a la complejidad inherente a los procesos históricos y la pluralidad de sus determinantes, nos parece que esta diferenciación proviene esencialmente de este hecho: el avance decisivo de la burguesía hacia el poder, y luego su acceso al poder como nueva clase dominante, han ocurrido tan sólo en ciertos países mientras que los demás permanecían bajo el dominio de las clases nobiliarias.³ Esta hipótesis plantea inevitablemente la pregunta siguiente: ¿A qué se debe que la burguesía haya logrado este avance y esta conquista del poder tan sólo en algunos países y no en el conjunto del globo?

Para contestar esta pregunta, formularemos una segunda hipótesis: lejos de ser un fenómeno de extensión universal, el modo de producción feudal caracterizaba, en la Edad Media, tan sólo a los países de la Europa occidental y central. Bajo este modo de producción los comerciantes, los maestros artesanos y los prestamistas pudieron reforzar progresivamente su poten-

² Paul Bairoch, *Le tiers-monde dans l'impasse*, Gallimard, 1971, p. 9.

³ Esta observación es válida para el período anterior a 1917. Pues, después de esta fecha, la URSS y los países emparentados con ella han conocido un potente auge de las fuerzas productivas, pese a las distorsiones y al contención de este auge por culpa de la burocracia y de su opresión de "casta".

cia económica ante un poder dividido y, por tanto, relativamente debilitado de los señores feudales. Asimismo, en el periodo de los siglos XVI y XVII, esos mercaderes, esos maestros artesanos y esos prestamistas, erigidos en *burguesía*, pudieron anotarse victorias de clase decisivas contra los señores feudales, mientras que en el resto del mundo—donde el modo de producción no era propiamente feudal—, los comerciantes, los maestros artesanos y los prestamistas no llegaron a transformarse en clase burguesa ni pudieron destruir la dominación de la clase nobiliaria que se había salvado de la división de su poder.

En suma, las clases nobiliarias dominantes de China, de la India, de Persia, del Imperio otomano, y de vastas regiones del África y de la América que hoy se llama precolombina, se encontraban integradas a Estados monárquicos, cuyo poder gubernamental no había conocido duraderamente la división feudal, propia de la Europa occidental y central—de la cristianidad romana—del siglo V al XII. De allí el hecho de que, en esta parte de Europa, se constituyeran nuevos Estados a partir del siglo XIII, con el apoyo de la burguesía y a través de la regresión política de la nobleza, hasta el punto de que, progresivamente, se convertirán en Estados monarca-feudales, donde la burguesía ocupará posiciones claves, mientras que, en otros lugares, los antiguos Estados, al declinar, impedirán el auge de nuevas fuerzas productivas y la formación de una burguesía capaz de promoverlo.

Ahora bien, desde el siglo XVI, las burguesías de la Europa occidental han adquirido ventajas en la mayor parte de los países de esta región puesto que conquistaron las Américas, destruyendo la mayor parte de su población india, y emprendieron el sometimiento de África, de Asia y de Oceanía. El colonialismo que comienza, en ese momento, por el genocidio de los pueblos indios y la trata de esclavos africanos, engendra la separación—ya observable a fines del siglo XVII—entre las economías capitalistas de las metrópolis europeas y las economías de los países en los cuales no se ha producido semejante transformación. Más tarde, a partir del siglo XIX, es el triunfo del modo de producción capitalista en esas metrópolis el que tendrá por efecto impedir el advenimiento de la burguesía y el

acceso autónomo al capitalismo en los países colonizados o semicolonizados. Tan sólo el Japón, omitido—por consecuencia de una conjunción de circunstancias—por la expansión colonial, accederá por sí mismo al modo de producción capitalista a fines del siglo XIX, para convertirse en una potencia imperialista. Prueba a contrario del hecho de que el “subdesarrollo” no es el producto de un simple retardo histórico, sino el efecto de la dominación extranjera, colonialista y después imperialista.

El colonialismo, del siglo XVI al XIX, ha destruido en los países dominados por él las relaciones de producción precapitalistas y ha impuesto, en su lugar, las relaciones capitalistas de producción, haciendo de las economías de los países colonizados simples complementos de las economías metropolitanas, limitando la industrialización a la extracción de minerales y organizando la agricultura en el marco de monocultivos de exportación. Para finales del siglo XIX, el imperialismo ha re-matado la obra de explotación y de opresión del colonialismo. Y, en la secuela de la segunda Guerra Mundial, ante el movimiento de las masas, en Asia y en África, ha abandonado el régimen de administración directa heredado del colonialismo para seguir ejerciendo su dominio por intermedio de las clases privilegiadas de los países sometidos, como el capitalismo de los Estados Unidos ya lo había hecho en lo que concierne a la América Latina. Tal es, a nuestro parecer, la génesis del sistema mundial actual.

En ese sistema mundial, el imperialismo ha instaurado una especie de división del trabajo, según la cual las industrias de transformación han quedado reservadas largo tiempo a los países cuyas burguesías son dominantes, nacional e internacionalmente, mientras que el resto del mundo quedaba condenado a la agricultura y a la cría no industrializadas y a las producciones extractivas. Hoy, los dirigentes y los ideólogos del imperialismo hablan de un “nuevo orden económico mundial”. Esta fórmula es reveladora de su inquietud ante la situación cada vez más explosiva que determina, en la lucha de clases, el orden imperialista mundial. También expresa los esfuerzos por tratar de establecer una nueva división internacional del trabajo en la cual los países sometidos quedarían a cargo, cada vez más, de las tareas de la producción industrial,

con excepción de las industrias principales, reservadas a las metrópolis imperialistas, con el solo objeto de conservar para la burguesía de estas últimas una tasa de ganancia media tan elevada como sea posible o, por lo menos, una masa global de ganancias tan grande como sea posible. Este "redespiegue" de los medios de acción del capitalismo mundial, que no entraña ningún desarrollo global de las fuerzas productivas —por lo demás, imposible en ese sistema—, tropieza a la vez con la coyuntura (la crisis general manifiesta desde 1972-1973) y con el movimiento revolucionario ⁴ de las masas en los países directamente interesados, como lo prueba sobre todo el caso de Irán que ya ha servido de campo para este tipo de "experimento".

En el marco del sistema imperialista mundial, una minoría de países industrializados vende sus productos a la masa de los países no industrializados o muy insuficientemente industrializados, a los cuales compra materias primas y productos de su agricultura y su cría de ganado. De allí resulta, o, antes bien, en ello consiste el *intercambio desigual* sobre las formas contables del cual ya se ha polemizado bastante, pero cuya realidad no deja duda para ninguna persona informada. La desigualdad reside en el hecho de que los amos del aparato industrial, los trusts, están en situación de comprar a los precios más bajos los productos de la agricultura y de la cría de los países dependientes, en razón de la competencia victoriosa que imponen a esto la recría y la agricultura industrializadas de las metrópolis imperialistas. Asimismo, las materias primas, por preciosas que sean, quedan bajo el control de las burguesías imperialistas, ayudadas por las burguesías de los países en que se encuentran las fuentes, y el precio de la fuerza del trabajo permanece, él mismo, en el nivel más bajo en los países en cuestión. Como lo veremos después, la liquidación del "subdesarrollo" pasa necesariamente por la revolución social.⁴

A través del intercambio desigual y, en términos globales, del carácter cada vez más desigual de este intercambio, las di-

⁴ Recordemos que los intercambios entre los países llamados socialistas y los países llamados subdesarrollados se hacen según los precios del mercado mundial, lo que confirma la universalidad actual de ese mercado y el mantenimiento del modo de producción capitalista a la escala mundial, en tanto que la revolución proletaria, mundial ella misma, sigue inconclusa.

ferencias aumentan sin cesar entre "países desarrollados" y "países subdesarrollados", aun si hipócritamente se califica a estos últimos de "países en vías de desarrollo", y hasta de "países en desarrollo". Para utilizar una imagen de referencia, digamos que, en el tiempo de la redacción del capítulo de esta obra, esta distancia global se ha acrecentado, aun cuando se trate de un crecimiento casi infinitesimal. Esto es lo que A. G. Frank ha llamado el "desarrollo del subdesarrollo".⁵

A esta verificación hay que añadir que si el imperialismo estuviera en condiciones de realizar el "nuevo orden económico mundial" de que hablan sus representantes, el intercambio desigual no dejaría de funcionar entre las economías especializadas en las industrias de vanguardia y las economías encargadas de las otras labores de producción industrial. Pues la diferencia del valor de la fuerza del trabajo, en uno y otro casos, reproduciría automáticamente la desigualdad del intercambio entre los productos así engendrados. Por lo demás, las desigualdades del desarrollo de las fuerzas productivas, en el interior de los países industrializados, van acompañadas de una desigualdad del ingreso medio entre la población de las regiones "avanzadas" y la de las poblaciones "retardatarias" de los países en cuestión: fenómeno emparentado con los que caracterizan a los continentes dominados, y que confirman la imposibilidad, para el imperialismo, de producir el desarrollo armonioso en las propias metrópolis imperialistas.

El análisis de los procesos sociales, que es objeto de este libro, exige, por tanto, la referencia constante al sistema del imperialismo mundial; también exige que ese sistema sea comprendido como un resultado de su génesis histórica, tal como acabamos de evocarla. Pero hay más: ese sistema está en crisis, y es en relación con esta crisis como los procesos sociales contemporáneos pueden ser correctamente captados y evaluados.

No hay duda de que el paso del capitalismo competitivo al capitalismo monopolístico y financiero es, en sí mismo, el paso de una "edad de oro" del modo de producción capitalista a su

⁵ André Gunder Frank, *Le développement du sous-développement*, tr. fr. Maspero, 1972, 307 pp.

edad de crisis. Sin duda, la primera Guerra Mundial y, en el tiempo mismo de esta guerra, el comienzo de la revolución proletaria mundial en 1917 constituyen manifestaciones indudables de una crisis que ya no es simplemente cíclica, sino que es la crisis general y final del capitalismo; de allí la expresión de "agonía del capitalismo" empleada por Lenin y por Trotsky. Pero parece particularmente útil remontarnos a la gran crisis comenzada en 1929, por el famoso *crack* de Wall Street, para tratar de apreciar, en rigor, la situación actual, sin olvidar los datos que acabamos de evocar; pues, al cabo de una breve fase de estabilización (1923-1928), la crisis de 1929 reveló brutalmente que el capitalismo imperialista —el de la época de las guerras y de las revoluciones— ha entrado irremediablemente en su agonía histórica.

En efecto, en esta crisis se combinan las manifestaciones de una crisis cíclica de sobreproducción y fenómenos nuevos que indican que "las cosas ya no serán nunca como antes". Realmente, a continuación de las crisis cíclicas del siglo XIX y comienzos del XX, la economía capitalista encontró un nuevo equilibrio provisional, un nuevo impulso, temporal, sobre la base de la acción reguladora del mercado. Nada de ello queda después de la crisis de 1929, puesto que los mecanismos de intervención estatal puestos a funcionar "en caliente" habrán de ser mantenidos "en frío" para impedir un desplome de la economía.⁶

Estos mecanismos consisten en cierto control de los precios y de los intercambios exteriores, así como en una organización del plan de trabajo y en una práctica de subvenciones en favor de empresas o de sectores de producción particularmente amenazados. En suma, son paliativos que el capitalismo norteamericano se ha visto obligado a utilizar para superar los efectos catastróficos de la crisis de 1929, y a los cuales los demás gobiernos o los Estados capitalistas no han dejado de recurrir en formas y grados diversos. El empleo continuo de esos paliativos constituye, por tanto, una confirmación del estado de crisis

⁶ Esos mecanismos empezaron a ser colocados en los Estados Unidos en el marco de la política que diseñó y llevó a cabo el presidente Franklin Delano Roosevelt, llamada el "new deal".

general y final en el cual se encuentra la economía capitalista habiendo llegado a su fase imperialista.

Al capitalismo de competencia había correspondido la ideología liberal: libertad de la empresa, libertad de los ciudadanos. Así quedaba idealizada y camuflada la economía capitalista. Desde que el capitalismo monopolista y financiero ha sucedido al capitalismo competitivo, la ideología liberal pierde toda base real y pierde influencia ante el público. Una ideología nacionalista, estatista, y tecnocrática, cuyo concentrado más virulento es el fascismo, se desarrolla en el terreno de la economía imperialista.

Esta ideología, que de nuevo no tiene más que los medios materiales de su difusión, la propaganda, sólo es comprensible como ideología de crisis, así como el Estado fascista no es más que un Estado burgués de crisis obligado a recurrir al terrorismo militar-policíaco como medio de gobierno.

El estallido de la segunda Guerra Mundial, en 1939, y los conflictos llamados locales que se han sucedido prácticamente sin interrupción de 1945 a nuestros días, muestran la importancia del capitalismo imperialista para resolver sus contradicciones de no ser mediante el monstruoso paliativo de la guerra moderna que no es, en el fondo, más que el síndrome de la crisis general y final del modo de producción capitalista. Así, el estudio de los fenómenos institucionales e ideológicos inherentes a la preparación, al desencadenamiento y a la puesta en vigor de esta guerra moderna no puede tratar de volverse científico más que captándolo en relación con el proceso global de la crisis en cuestión.

Desde luego, los miembros de la oligarquía financiera y sus expertos han discernido, sobre todo, a partir de 1929, los caracteres esenciales y las consecuencias previsibles de la crisis del sistema imperialista mundial. Son ellos quienes han impuesto a los políticos el recurso continuo a los paliativos que hemos evocado. Así han evitado, o por lo menos diferido, el desplome de ese sistema, sin llegar, empero, a impedir la continuación de la lucha de clases, nacida de la contradicción principal del capitalismo y portadora, a la postre, de su destrucción.

Los Estados Unidos, seguidos por los otros Estados capita-

listas, han desarrollado, con potencia cada vez mayor, la publicidad, con el fin de invitar a las masas al consumo. Hasta habría que decir, para imponerles el consumo de las mercancías de tal modo que se evite el fenómeno crítico de la sobreproducción. Correlativamente, el capitalismo ha organizado, en grande escala, el crédito que permite a las masas consumir pese a la insuficiencia de su poder de adquisición inmediata.

Obsesionados por la amenaza del retorno de la crisis cíclica de sobreproducción, los grandes monopolios han tratado de escapar mediante la combinación de la acción publicitaria y la oferta de crédito. Al hacerlo, han llegado a engendrar *capital ficticio*, del que hemos dicho que no estaba calculado sobre el valor de trabajo ya realizado. Paliativo supremo, el crédito facilita los intercambios anticipándose a la creación del valor. En la escala masiva, transporta finalmente la crisis cíclica de sobreproducción al nivel monetario y determina la desorganización de los movimientos monetarios necesarios al funcionamiento del mercado mundial.

La creación de capitales ficticios, mediante la organización generalizada del crédito, permite a las masas consumir productos antes de que hayan obtenido por la venta de su fuerza de trabajo un valor equivalente al valor de esos productos. Aparte de los riesgos que corran los usuarios del crédito, con relación a su futuro reembolso obligatorio, hay que notar el efecto inevitable del crédito masivo sobre la moneda, a saber, su inflación; pues la creación de capitales ficticios por el crédito entraña, a la vez, el aumento de la cantidad de moneda en circulación y la depreciación de la unidad monetaria corriente puesto que una cantidad mayor de moneda está dividida entre una cantidad de productos del trabajo menos grande en valor que la cantidad monetaria. Al anticiparse a las posibilidades inmediatas de su poder de adquisición, el usuario del crédito contribuye, por el juego de la inflación así producida, a la depreciación de la moneda y, por consiguiente, a la baja de poder adquisitivo de las masas.

Fuga hacia adelante, organizada por el capitalismo contra la crisis de sobreproducción de tipo cíclico, la creación de capitales ficticios entraña una desorganización irremediable de la circulación monetaria. Considerada en el tiempo, esta crea-

ción, que nos había parecido una anticipación sobre el valor por producir, es, más profundamente, una manera para el capital de vivir sobre sus adquisiciones anteriores, una especie de consumo, por tanto, de destrucción, de un capital antes engendrado por la fuerza de trabajo y que entonces ya no podrá entrar en un nuevo ciclo de reproducción aumentada.

La crisis comenzada en 1972, que la mayoría de los políticos occidentales han intentado explicar por el aumento del precio de los hidrocarburos —pues solamente intervino en 1973-1974, después de la guerra de octubre entre, por una parte, Egipto y Siria y, por otra parte, el Estado de Israel—, es el resultado inevitable de la creación generalizada y acelerada de capitales ficticios durante una veintena de años. Por ello esta crisis que, como las crisis de sobreproducción de tipo cíclico, entraña el desempleo en masa y la quiebra de un número creciente de empresas, no va acompañada (o todavía no) por los fenómenos de sobreproducción tradicionales. Su punto de partida se sitúa en la moneda, es decir, en la inflación y en el encarecimiento de las mercancías, en el interior de cada Estado, y en la desorganización cada vez más grave de los intercambios internacionales.

En efecto, la ley de la desigual rapidez de desarrollo de las economías capitalistas continúa funcionando. Así, resulta que los fenómenos inflacionarios revisten, en un momento dado, mayor gravedad en ciertos países, y menor gravedad en otros. Así pues, al nivel de las paridades monetarias se manifiestan los primeros signos y los primeros efectos de la crisis.

Que la crisis comenzada en 1972 no se presente como una crisis de sobreproducción no significa que, por su naturaleza, sea menos grave que la de 1929. En realidad, reside en el paso de la crisis general y final del capitalismo a un nivel de gravedad más elevado que el nivel anterior. La crisis de sobreproducción frenada por el uso de los paliativos que conocemos no sólo se transforma y rebota como crisis monetaria, sino que, además, esta crisis no ofrece ninguna perspectiva de solución próxima o lejana. Y esto es lo que impide a los economistas asignarle, ni siquiera hipotéticamente, un término preciso.

En suma, la desorganización fundamental de la economía capitalista es, cada vez menos, un fenómeno cíclico superable;

es, cada vez más, la profundización, la extensión, en suma la agravación de la crisis general y final del capitalismo, comenzada con el debut mismo de la fase imperialista, manifiesto a partir de la crisis de 1929 y de sus consecuencias, y por fin evidente a través de la descomposición del modo de producción capitalista cuya crisis actual—ciertamente económica, pero también social, cultural y política—es el síndrome irreversible.

La propaganda puesta en acción por los Estados capitalistas y, a través de ella, la forma revestida por la ideología burguesa, desde 1973, nos permiten comprender que la oligarquía financiera se esfuerza por habituar a las masas a este carácter irreversible de la crisis, presentado bajo las especies de una epidemia fatal, cuya causa serían los excesos de la modernización. En suma, esta ideología trata de presentar como una crisis de crecimiento, como una crisis que acompaña el paso de la sedicente sociedad industrial a una sedicente sociedad post-industrial, fenómenos que testimonian, por el contrario, la senectud muy avanzada o, por mejor decirlo, los progresos de la agonía del modo de producción capitalista.

Lo irreversible de la crisis general y final del capitalismo en sus manifestaciones actuales nos parece atestiguado por los progresos de la inflación, de los que no se ve cómo sea posible frenarla seriamente, y aun menos detenerla en el marco del sistema actual, y por la extensión del desempleo que tiende hacia su límite de tolerabilidad económica y social, respecto del cual no se ve, tampoco, cómo el actual sistema podría contenerlo, y menos aún, hacerlo cesar por completo.

En suma, nada nuevo bajo el sol con relación al modo de producción capitalista para quien haya comprendido la significación de la célebre fórmula de Rosa Luxemburgo, repetida por Trotsky: *socialismo o barbarie*. Al menos, la novedad reside en el paso de lo latente a lo manifiesto de los efectos de la crisis general y final del capitalismo. Pues la crisis en que nos encontramos revela cada vez más netamente, que la solución de los problemas vitales ya no está—suponiendo que alguna vez lo estuviera—entre las manos de la oligarquía financiera. De allí el hecho de que, tarde o temprano, las masas serán llevadas a destruirla.

El famoso gusto desmesurado de las actuales "ciencias so-

ciales" por la especulación sobre el "simbolismo" o lo "imaginario social" que ya hemos sometido a nuestra crítica, corresponde a la creación de capitales ficticios de los que el sistema de la economía mundial dominado por el imperialismo obtiene la prolongación de su agonía histórica.⁷

Para librarse del oscurantismo de esas especulaciones, las investigaciones de los procesos sociales no disponen más que de un medio, a la vez teórico, metodológico y aun, si se quiere, epistemológico, que reside en la referencia de todos los fenómenos observables a la crisis general y final del modo de producción capitalista en su fase actual.

Pero nuestro estudio habría sido incompleto si no hubiésemos recordado que, en esta crisis, la competencia entre las diversas potencias imperialistas no dejaba de profundizarse y de intensificarse. El desencadenamiento de una nueva fase de la crisis, en 1972, ha arrastrado al imperialismo de los Estados Unidos, es decir, al imperialismo más poderoso, a actuar de manera que fuesen los otros imperialismos—los de la Europa occidental y el de Japón—los que soporitaran, antes que él mismo, los efectos de la depresión general; tal era el sentido de la política de Nixon, cuya continuación, aunque menos firme, puede verse bajo Ford y Carter.

Así el desequilibrio entre las economías nacionales de los países industrialmente más avanzados da lugar a una desestabilización de las antiguas paridades monetarias que antes habían buscado su expresión en acuerdos como los de Bretton Woods, a continuación de la segunda Guerra Mundial. Detrás de las competencias de bolsa entre el dólar, el marco y el yen o entre el franco francés, el franco suizo, la libra y la lira, son los diferentes imperialismos los que tratan de atenuar—cada quien por su cuenta—las consecuencias nefastas de la crisis global. Y las consecuencias sin piedad entre esos imperialismos transforman lo que antes se llamaba "el orden mundial" en un caos, públicamente designado por un físico francés con el nombre de "gran mierda".

⁷ Habría que decir que a la producción de capitales ficticios corresponde la elaboración ideológica de "conceptos ficticios" o, por lo menos, una fijación ideológica sobre el campo de lo ficticio-simbólico, para algunos, imaginario, para otros.

Nada es más notable que la contradicción que opone las aspiraciones múltiples de las masas contemporáneas, especialmente de las generaciones jóvenes —la igualdad entre los sexos, el respeto de las diferencias individuales y colectivas, una armonía con el medio natural, la satisfacción de los deseos como medio de la realización de sí mismo, etc.—, y el despotismo rígido resultante de la descomposición cada vez más avanzada del modo de producción capitalista. ¿Qué valen entonces las especulaciones sobre la “trasmutación de los valores” que se sitúan obstinadamente al nivel de las mentalidades, sin remitirlas a los procesos fundamentales de que acabamos de hablar?

Por último, la humanidad actual lleva en sí un potencial creador más importante que todos los de los siglos pasados reunidos. Pero la conservación de las estructuras económicas, sociales, culturales y políticas del sistema mundial del capitalismo imperialista le impide disponer de ese potencial y utilizarlo libremente para sus propios fines. Es esto lo que confiere a nuestra época su carácter históricamente aleatorio y su dimensión existencialmente trágica.

Hay dos fuerzas en conflicto: una fuerza de vida que se alimenta de las reivindicaciones y de las aspiraciones de las masas, y una fuerza de muerte que saca de la propiedad privada del capital su capacidad de resistencia a la innovación y a la creación del porvenir. Pero esas fuerzas no son principios abstractos.

El análisis marxista permite comprender que se trata de fuerzas de clase: por un lado, la oligarquía financiera, las burguesías nacionales o *compradoras* que le están sometidas, con los restos de las clases privilegiadas anteriores al modo de producción capitalista; del otro lado, el proletariado, las masas enormes del campesinado pobre y las otras “clases medias” que constituyen los aliados potenciales de ese proletariado. Así pues, es la lucha de clases el proceso central y determinante del curso actual de la historia universal.

El conocimiento científico de los procesos sociales que se desarrollan ante nuestros ojos nos remite, a la vez, a las contradicciones del capitalismo agónico que forman las condiciones *objetivas* del devenir histórico que engloba esos procesos, y a la capacidad del proletariado mundial y de sus aliados para

organizarse a fin de cumplir con el paso revolucionario del capitalismo al comunismo; es esto lo que constituye las condiciones *subjetivas* de ese mismo devenir. Por tanto, es necesario, para quien desee estudiar científicamente los procesos en cuestión, captar el engendramiento de esas condiciones subjetivas en la historia del movimiento obrero.

Zona oscura de las “ciencias sociales”, al menos zona muy insuficientemente aclarada, esta historia del proletariado que trata de erigirse en clase revolucionaria nos parece que es la clave de la elucidación del devenir mundial actual y de los procesos que, en cierto modo, lo forman.

SEGUNDA PARTE
EL MOVIMIENTO OBRERO

IV. EL PROLETARIADO Y SUS ORGANIZACIONES

HAY QUE entender por *movimiento obrero*, el movimiento histórico a través del cual, durante los últimos ciento cincuenta años, la masa de los trabajadores asalariados se ha organizado para resistir a la explotación patronal, mejorar sus condiciones de existencia y tratar de destruir el propio modo de producción capitalista.

Para comprender semejante proceso, primero hemos de recordar la definición que Marx da del proletariado; a saber, el conjunto de los individuos obligados, para vivir, a vender su fuerza de trabajo a los capitalistas, propietarios de los instrumentos de producción, y de engendrar así, de manera directa o indirecta, la producción de la plusvalía del capital.¹

A diferencia de los esclavos y de los siervos, los proletarios no están sometidos a ninguna obligación estatutaria, a ninguna obligación de nacimiento de trabajar para un individuo de estatuto privilegiado (el amo o el señor feudal). La coacción que pesa sobre el proletariado es una coacción económica. Esto es lo que permite a los ideólogos de la burguesía presentar la sociedad capitalista como una sociedad de "contrato libre" entre el patrono y el empleado, puesto que ningún estatuto de nacimiento interviene en sus relaciones mutuas. Así, el mérito de los que después serían llamados socialistas utópicos (los franceses Saint Simon y Fourier, y el inglés Owen) reside en el descubrimiento de la coacción económica capitalista, en tanto que no deja al proletariado más que una libertad efectiva: la de morirse de hambre.

El proletariado no se define esencialmente ni por el ejercicio del trabajo manual ni por la miseria, aunque los observadores del siglo XIX —de Villerme a Marx— hayan podido comprobar que por entonces estaba principalmente integrado por trabajadores manuales de la industria y que estaba sumido en una miseria extrema. Lo que define al proletariado es la *condición salarial*. Pues, como hemos visto, Marx ha establecido que el salario retribuía no el trabajo entregado por el asalariado,

¹ Cfr., *Manifiesto del Partido Comunista*, tr. fr. Editions Sociales, 1972, pp. 40-44.

sino la compra por el capitalista de su fuerza de trabajo, contra que le hace posible su explotación.

La composición del proletariado, es decir, de la masa de los trabajadores asalariados, ha cambiado desde hace ciento cincuenta años. La proporción de los trabajadores no manuales, no individualmente productivos, ha aumentado por relación a la de los trabajadores manuales directamente productivos. Pero la clase de los asalariados sigue, como hace 150 años, sometida a la coacción económica, generadora de la plusvalía del capital a partir de su plustrabajo, y completamente excluida de la dirección y del control del proceso de producción y del conjunto de la vida social. Y no insistiríamos en estas "trivialidades" si la ideología dominante no pretendiera permanentemente negarlas o tratarlas como si estuviesen en vías de superación.

La formación de la clase proletaria se remonta a comienzos del siglo XIX. Es una consecuencia de las victorias obtenidas, durante los tres siglos anteriores, por la burguesía sobre la nobleza, heredera de la antigua clase de los señores feudales. Durante este periodo, el capitalismo aparece en su forma mercante, luego se vuelve manufacturero y, por último, gracias al empleo generalizado de las máquinas, se transforma en capitalismo industrial.

El capitalismo manufacturero de los siglos XVII y XVIII va acompañado por la formación de una clase de *obreros* que se distingue progresivamente de la de los artesanos-compañeros, originaria de la Edad Media. Pero tan sólo al comienzo del siglo XIX, cuando el capitalismo se vuelve industrial—por la creación de fábricas que utilizan máquinas—, empieza a constituirse el proletariado como nueva clase de la sociedad burguesa. Hace entonces su aparición en Inglaterra, en Francia, en Holanda, en Bélgica, en Suiza, en Alemania y en los Estados Unidos.

Los efectivos del proletariado en formación provienen principalmente de las masas rurales, a través de las migraciones internas de los campos hacia las ciudades en lo que concierne a Europa y a través de la migración trasatlántica de campesinos europeos hacia América en lo que concierne a los

Estados Unidos, como perfectamente lo ha observado Tocqueville.²

Las victorias obtenidas por la burguesía sobre la nobleza corresponden a la descomposición y al desplome del modo de producción feudal y a su remplazo por el modo de producción capitalista. De allí resulta una ruina generalizada del antiguo tipo de agricultura y la necesidad, para un número creciente de campesinos, de abandonar sus comunidades aldeanas para ir a buscar trabajo (asalariado) en las fábricas de las aglomeraciones urbanas.

Así, Marx ha descrito al proletariado naciente como un producto de la descomposición de diversas clases: la de los campesinos pobres, la de los campesinos medios, la de los artesanos de las antiguas corporaciones y, por último, la de los pequeños burgueses arruinados y obligados a adoptar la condición salarial. Apiñados en los barrios de las grandes ciudades en vías de extensión, alojados en tugurios, sufriendo los efectos de la promiscuidad, obligados a trabajar, a menudo, más de quince horas diarias, muy débilmente pagados y obligados a frecuentes cambios de ubicación para encontrar o reencontrar trabajo, los proletarios de la primera mitad del siglo XIX (hombres, mujeres y niños) constituyen una masa miserable, excluida de todas las ventajas sociales y, por decir así, de la propia sociedad burguesa. Por cierto, esta masa es considerada por ciertos ideólogos de la clase dominante como una "población bárbara" que acampa a las puertas de la ciudad.

La observación del "fenómeno proletario" ha llevado a ciertos burgueses a preconizar el refuerzo de los aparatos de represión contra la amenaza de los "bárbaros", en tanto que otros, más sutiles, prefieren remitirse a los procedimientos caritativos y paternalistas de la limosna, de la evangelización cristiana y de la moralización pequeñoburguesa.³ Pero mucho más importante y más interesante es saber cómo el propio proletariado ha reaccionado a las condiciones de explotación y de miseria que se le habían impuesto.

² *Cfr. La democracia en América*, ICE.

³ *Cfr. L'exclusion sociale*, número especial del *Droit social*, núm. 11, noviembre de 1974.

Entre 1810 y 1830 aparecen, sobre todo en Inglaterra y en Francia, las primeras sociedades de socorro mutuo entre los obreros de las fábricas. Se trata, por ejemplo, de cubrir los gastos de un entierro decente cuando la muerte llega a un miembro de la familia obrera. Para ello, los trabajadores entregan cotizaciones cuyo aumento constituye un fondo de reserva. Se trata, en seguida, de ensanchar esas acciones de solidaridad mutua a otras circunstancias particularmente penosas: las enfermedades, las pérdidas temporales de empleo, la instalación en un empleo nuevo. Así pues, puede decirse que las *mutualidades* han sido la primera forma de autodefensa del proletariado por la organización de una solidaridad entre sus miembros.

Durante el mismo periodo, unos trabajadores asalariados que habían conservado ciertas tradiciones del antiguo artesanado, organizaron las primeras *cooperativas obreras*. Consistían en el agrupamiento de las compras de bienes de primera necesidad con vistas a obtener de los vendedores precios menos elevados que los que se cargaban al menudeo. Frecuentemente efímeras, esas cooperativas, que se encuentran en Suiza, en Bélgica y en Inglaterra, no dejan de constituir, también ellas, una forma de defensa económica obvia del proletariado y una experiencia de auto-organización.⁴

No cabe duda de que las primeras mutualidades y las primeras cooperativas obreras soportan a veces el patrocinio de elementos no obreros: pastores protestantes o curas católicos, burgueses y pequeñoburgueses que practican el paternalismo. Sin embargo, los trabajadores que a ellas se han adherido aprenden allí el uso de la organización y descubren la eficacia de la solidaridad organizada. Esto es lo esencial, y allí se sitúa la preparación del porvenir, bajo otra forma, para un proletariado cuya explotación despiadada aún no es limitada por ninguna disposición legal y contra el cual funciona el conjunto de las leyes y de los reglamentos administrativos instituidos por la burguesía.

Entre 1830 y 1848, los trabajadores tuvieron acceso a un

⁴ Cfr. E. Dolléans, *Histoire du m. uvement ouvrier*, tomo I (1830-1871), A. Colin, pp. 13-48.

nivel superior de su organización de clases por la creación de sus primeros *sindicatos* y de sus primeros *partidos políticos*.⁵

Las crisis cíclicas de sobreproducción de 1825-1830 y de 1835-1837 se traducen, para cierto número de asalariados, en el ingreso al desempleo, que les parece como un peligro que puede caer sobre ellos en cualquier momento. A través de esas crisis, el patronato organiza la competencia entre los trabajadores con el fin de mantener en lo más bajo los salarios de quienes emplean, amenazándolos con reemplazarlos por desempleados. Esto es lo que Marx analizará cuando hable de esos desempleados como de un "ejército de reserva del capital".

El sindicato aparece entonces como un medio, para los proletarios, de enfrentarse a los peligros de la situación. Por el sindicato y en el sindicato, se presentan en bloque al patrono, al que obligan a tratar con ellos colectivamente, en lugar de arreglar las cuentas de cada uno por separado y aisladamente. Sobre la base de una empresa y luego, de un sector industrial, el sindicato se constituye y, progresivamente, los sindicatos van federándose, estableciendo un frente de clase contra la explotación capitalista.

Las más de las veces, la formación del sindicato está relacionada con la *huelga*, a la que recurren los obreros para mantener sus medios de existencia; incluso hay que decir, para tal época, sus medios de vida. A diferencia de la solidaridad propia de las mutualidades y cooperativas, que es una acción de defensa propia, la solidaridad que se organiza en los sindicatos es al mismo tiempo una acción de defensa propia (conservar el empleo y el poder adquisitivo) y una acción ofensiva contra la clase capitalista, cuya posibilidad de explotar "libremente" a los asalariados pone en peligro, por la fuerza de las cosas.

En estas condiciones, no es de sorprender que el nacimiento de los primeros sindicatos y el de las primeras organizaciones políticas obreras sean contemporáneos. En efecto, participando en las huelgas, los trabajadores comprenden, en número creciente, que la lucha contra la explotación capitalista exige, para ser llevada a buen término, la destrucción del orden social existente y la edificación de una sociedad liberada

⁵ *Ibid.*, pp. 111-168.

de la explotación del hombre por el hombre. Estas últimas ideas, difundidas con el nombre de comunismo o de socialismo, se discuten en sociedades de pensamiento que se convierten en organizaciones políticas embrionarias del proletariado.

Sería un error creer que los trabajadores han construido primero sus sindicatos y tan sólo después sus organizaciones políticas. En realidad, se trata de actividades simultáneas, a través de las cuales el movimiento obrero se afirma históricamente, sobre todo en los años que precedieron a la explosión revolucionaria de 1848.⁶ La diferencia entre esas dos formas de organización se debe tan sólo a que el sindicato se implanta en la empresa, en relación inmediata con el curso de la lucha de clases y en el terreno mismo, mientras que las sociedades políticas, los embriones de partidos políticos del proletariado, se crean a partir de concepciones programáticas y sobre la base de encuentros y de discusiones entre obreros de diversos cuerpos de oficio y, muy a menudo, de diversas nacionalidades.

Pero nada opone entonces a los militantes de los sindicatos y a los militantes de las sociedades políticas proletarias. Las más de las veces, por cierto, son los mismos los que se encuentran en los unos y en las otras. Surgido, antes de 1830, sobre todo en las mutualidades y las cooperativas, el movimiento obrero se forja, entre 1830 y 1848, en y por la creación de los sindicatos y de las organizaciones políticas obreras. Salido de una masa de trabajadores miserables, víctimas de la forma moderna de esclavitud —el salarioado—, ese movimiento histórico brota de la convergencia de los esfuerzos tendientes a transformar la masa proletaria en una clase revolucionaria organizada, es decir, consciente de sus intereses fundamentales, de sus objetivos y de los medios que hay que poner en acción para llegar a la defensa de los primeros y la victoria de los segundos.

Para comprender semejante proceso, hay que referirse para empezar al país capitalista más avanzado de la época, In-

⁶ Cf. Elie Halévy, *Histoire du socialisme européen, Idées/Gallimard, 1974*, páginas 28-30.

glaterra, y a la forma adoptada en ese terreno por la lucha de clases a través del *movimiento cartista*.

En 1836 se funda la Asociación de Trabajadores Londinenses que adopta, dos años después, un programa conocido con el nombre de *Carta del Pueblo*.⁷ Combina las reivindicaciones obreras (ejemplo: la jornada de 10 horas) y las reivindicaciones democráticas (ejemplo: el sufragio universal). Organiza poderosas manifestaciones: en 1839, elección de delegados en las grandes ciudades en el curso de mítines, algunos de los cuales reúnen a más de cien mil personas; en 1842, petición general, que obtiene 3 millones trescientas mil firmas; por último, en 1848, marcha sobre el parlamento que termina con el fracaso del movimiento a consecuencia del reformismo y del legalismo de la mayor parte de sus dirigentes.

Este fracaso final no debe hacernos olvidar la importancia histórica del movimiento cartista en la organización y el combate del proletariado, no sólo en Inglaterra, sino también, por razón de su carácter ejemplar, en la Europa continental y en la América del Norte. Al afrontar directamente a la clase capitalista y al Estado burgués, los trabajadores reunidos en el movimiento cartista y en torno a él, han hecho la prueba de que el triunfo de sus reivindicaciones sólo podría resultar de su auto-organización de clase. También han mostrado que la realización completa de la democracia política sólo podía ser una obra de las masas dirigidas por el proletariado organizado. Por último el fracaso del cartismo, en 1848, ya permite comprender que el reformismo, el legalismo y el oportunismo de los dirigentes obreros conducen inevitablemente a la victoria de las clases dominantes.

Lo específico del movimiento cartista, en el periodo anterior a la Revolución de 1848, consiste en haber cumplido con una primera fusión entre las reivindicaciones económicas y las reivindicaciones políticas sobre la base del movimiento mismo de la clase obrera inglesa.

Durante el mismo periodo, surgen organizaciones políticas entre los trabajadores de diversos centros industriales, en Francia, en Bélgica, en Suiza, en Alemania y en los Estados

⁷ *Ibid.*, pp. 55-58.

Unidos. En este último país, los obreros de Filadelfia se ponen en huelga y, al término de esta lucha, consiguen la jornada de 10 horas, en 1835. En Francia, el sindicato general de zapateros se crea en 1833. Y los militantes obreros descubren, en número creciente, que durante la Revolución de 1830, la burguesía ha tratado de utilizar al proletariado para sus propios fines burgueses, sin dejar de prestarse a componendas con la clase nobiliaria. Así comenzó a quedar planteado el problema de la independencia de clase de las organizaciones proletarias.

A este respecto, se recordará un ejemplo particularmente instructivo: el de una organización de emigrados políticos de la Europa central, fundada en París, en 1834, con el nombre de *Liga de los Proscritos*. En esta organización, se codean trabajadores (obreros, artesanos) y miembros de las profesiones liberales (intelectuales pequeñoburgueses). En 1836, los trabajadores se separan de los pequeñoburgueses y dan a la organización el nuevo nombre de *Liga de los Justos*. Ello significa que los militantes obreros se negarán a que su acción quede subordinada al movimiento democrático burgués y que estarán en busca de la independencia de clase para una organización que se afirmaba cada vez más proletaria y revolucionaria.

Pero la *Liga de los Justos* sigue siendo recorrida por corrientes ideológicas muy diversas. Se organizan comunidades políticas que se esfuerzan por hacer funcionar en torno a ellas otras sociedades de educación popular o secciones sindicales. Su red se extiende a diversas ciudades de Francia y a varias regiones de Suiza, de Bélgica y de Alemania, sin olvidar una implantación en Londres donde se instalará finalmente su dirección central. Las orientaciones varían de una comunidad a otra: en Londres prevalece el espíritu revolucionario de la lucha de clases, mientras que en Suiza reina cierto comunismo utópico de tendencias místicas.

En junio de 1847, un primer congreso al que las diferentes comunidades envían delegados transforma la organización en *Liga de los Comunistas*. Entre ese congreso y el segundo, celebrado en diciembre del mismo año, Marx y Engels se unen a la Liga, donde muy pronto asumen responsabilidades de dirigentes. Por proposición de Marx, la antigua divisa de la *Liga de*

los Justos, "todos los hombres son hermanos", es remplazada por una divisa de alcance muy distinto: "Proletarios de todos los países, uníos." Encargados de redactar el programa de la organización revolucionaria en construcción, Marx y Engels redactan el célebre *Manifiesto del Partido Comunista*, que será publicado en el año 1848.⁸

Antes de entrar en contacto con la *Liga de los Comunistas* y antes de adherirse a ella, Marx y Engels, cada uno por su lado, habían evolucionado del movimiento por la democracia burguesa —tal como se expresaba especialmente a través de las tesis de los intelectuales "radicales" (jóvenes Hegelianos)— al movimiento obrero revolucionario. En *La ideología alemana*, redactada en 1845, habían echado las bases del materialismo histórico y del socialismo científico.

En 1846, Marx había propuesto a Proudhon constituir en común "comités de correspondencia comunista que se ocuparían de poner en relación a los socialistas alemanes, franceses e ingleses, con el fin de mantenerlos al corriente de los progresos del socialismo en cada país". Expresaba así la convicción según la cual el movimiento obrero revolucionario debía organizarse a la escala internacional para hacer prevalecer sus intereses internacionales sobre los de la burguesía, dividida en clases nacionales y que se esforzaba ya por utilizar al nacionalismo contra el socialismo.

Proudhon, consciente del antagonismo existente entre el internacionalismo revolucionario de Marx y su propio reformismo, le responde: "Yo creo que no necesitamos eso para triunfar, y que, por consiguiente, no debemos plantear la acción revolucionaria como medio de reforma social".⁹

En esta oposición entre Marx y Proudhon, puede verse cómo se esboza el enfrentamiento entre dos maneras totalmente antagónicas de construir el movimiento obrero y de presarlo teóricamente.

⁸ Cfr. B. Nicolaievsky y O. Männen-Helfer, *La vie de Karl Marx. L'homme et le lutteur*, Gallimard, edición de 1970, cap. XI: "La ligue des communistes", pp. 145-162. Esta referencia a una obra traducida al francés no debe hacernos olvidar la excelencia del *Karl Marx* de Franz Mehring (*K. Marx, Leben und Werk*, Leipzig, 1928), que, desgraciadamente, no ha sido objeto de traducción.

⁹ Cfr. K. Marx, *Oeuvres*, tomo I, *Chronologie*, por M. Rubel, Pléiade, 1965, p. LXXI. Rubel minimiza, por cierto, la oposición así revelada en Marx y Proudhon.

Para Proudhon, definitivamente marcado por sus orígenes artesanales, lo que cuenta, ante todo, es el acceso progresivo de los trabajadores a la capacidad de administrar sus producciones y, a través de ella, la economía de la sociedad. Así, se remite al desarrollo de mutualidades y de cooperativas para avanzar hacia semejante fin. Lo importante para él, es lo local, lo que se queda a la escala de las antiguas comunidades artesanales. La fábrica, el Estado y las organizaciones políticas, en razón de su dimensión creciente, le parecen constituir el mal absoluto. Se niega al ingreso del proletariado en la escena política y trata de mantenerlo en el terreno económico: de allí el reformismo inherente a su socialismo pequeñoburgués.

En cuanto a Marx y Engels, no tienen origen obrero. Pero Engels en Inglaterra, y Marx en Alemania descubren la importancia histórica, presente y sobre todo futura, del proletariado, cuyos efectivos crecen rápidamente por obra de la industrialización. Comprenden que ese proletariado es la única clase radicalmente revolucionaria de la sociedad capitalista y que, por consiguiente, el porvenir de la humanidad pasa por su lucha contra las clases dominantes y los Estados que les sirven de instrumentos de opresión y de represión. En esta lucha, las mutualidades y las cooperativas tienen una utilidad innegable y los sindicatos son necesarios para realizar la defensa de los intereses de los proletarios. Pero la lucha de clases del proletariado no puede alcanzar su objetivo histórico —la destrucción del modo de producción capitalista y la construcción de la sociedad sin clases y sin Estado del comunismo— más que si se convierte en una lucha por el poder, que si se transforma en una lucha fundamentalmente política. Así, Marx y Engels estiman en 1846-1847, que el proletariado debe transformarse de *clase en sí* (conjunto de los asalariados que sufren la explotación capitalista) en *clase para sí* (clase revolucionaria para alcanzar sus objetivos históricos y, por ello, la conciencia de sí misma como tal). Y el medio por excelencia de esta transformación es, para ellos, la construcción del *partido obrero revolucionario mundial*, que expresará el avance fundamental del partido hacia el comunismo y le dará los medios de orientación y de coordinación, en suma, de *dirección*, de que tiene necesidad.

Desde los "comités de correspondencia comunistas" hasta

la Primera Internacional y, para Engels, la Segunda Internacional, Marx y Engels no dejaron de trabajar para la construcción de la dirección mundial del proletariado revolucionario. Así pues, debe decirse que en vísperas de la Revolución de 1848, Marx y Engels aportaron a la *Liga de los Comunistas* la estrategia fundamental del socialismo científico; a saber, la lucha por la construcción del partido revolucionario mundial.

Esta estrategia se funda sobre una comparación histórica entre el proceso de la revolución democrática burguesa, ya victoriosa en los países industrialmente más avanzados, y el proceso de la revolución socialista proletaria en vías de gestación a través de la lucha de clases de los trabajadores contra la explotación capitalista.

En efecto, el análisis de la revolución democrática burguesa muestra a Marx y a Engels que, desde los siglos XII y XIII, la burguesía en formación, es decir, los comerciantes, los maestros-artesanos y los prestamistas, ha comenzado a crear las bases de la futura economía capitalista en el interior del modo de producción feudal. Del siglo XVI al XVIII, la potencia económica de las burguesías de Europa y de la América del Norte no deja de crecer, de tal modo que las revoluciones de los Países Bajos, de Inglaterra, de las colonias de la América del Norte, que están convirtiéndose en los Estados Unidos, y por último de Francia, han consistido principalmente en la conquista del poder político por burguesías ya desde tiempo atrás dueñas de las economías de su país. Esta observación no debe hacernos olvidar, por cierto, que la revolución democrática burguesa, considerada en el conjunto de su movimiento histórico, ha sido plenamente una *revolución social*, como lo muestra el remplazo de las antiguas relaciones feudales de producción por relaciones capitalistas de producción y como lo confirma el remplazo de Estados feudales y monarcos feudales por Estados burgueses.

El estudio de Marx y Engels del proceso de la lucha del proletariado contra la burguesía y de la marcha de esta lucha hacia la revolución socialista proletaria les permite comprender que esta última revolución no se realizará ni podrá realizarse de la manera en que antes se ha realizado la revolución democrática burguesa. Pues, contra lo que ha ocurrido a la

burguesía, el proletariado no puede crear, en el interior del modo de producción capitalista, las bases de una economía nueva.

Clase radicalmente explotada, la clase obrera ni siquiera tiene alguna otra categoría social a la que pueda explotar. Las mutualidades y las cooperativas obreras se inscriben por completo en el modo de producción capitalista y no constituyen en absoluto el esbozo o el embrión de una futura economía socialista y comunista. El proletariado no tiene ningún medio de crear tales esbozos ni tales embriones que, más adelante, pudiesen, como manchas de aceite, extenderse por el conjunto del campo económico. Por ello, la autogestión proudhoniana y las variantes que la han sucedido se derivan de la mistificación ideológica más retrógrada.¹⁰

Así pues, si el proletariado no puede echar las bases de la economía futura en el marco del modo de producción capitalista, está a su disposición una sola arma: su organización como fuerza política revolucionaria capaz de destruir al Estado burgués y al sistema capitalista, y de edificar, en seguida, la sociedad comunista. En tanto que el marxismo pretende ser la unidad entre la práctica de clase del proletariado y la teoría científica de la revolución social, pasa necesariamente por la construcción del partido revolucionario mundial como tarea absolutamente prioritaria. Y, en realidad, de 1848 hasta nuestros días, la historia del movimiento obrero está atravesada y moldeada, desde el interior, por ese proceso de construcción que sucesivamente ha engendrado cuatro Internacionales.

A través de los acontecimientos de la Revolución de 1848, y especialmente los de febrero y de junio en París, Marx y Engels discernen la entrada del proletariado en el escenario de la historia. La victoria de la contrarrevolución en 1849, les lleva a pensar que las tareas, aún inconclusas, de la revolución democrática burguesa no podrán ser ejecutadas, en adelante, más que bajo la dirección del proletariado, a través del proceso de la revolución socialista. Esto es lo que expresan en una circular del comité central de la *Liga de los Comunistas*, llamando a la

¹⁰ Puede leerse con provecho un estudio crítico bastante reciente sobre la cuestión: *Les marxistes contre l'autogestion*, Selio, París, 1974, 216 pp.

“revolución permanente” (marzo de 1850). En suma, el enfrentamiento de la revolución y de la contrarrevolución, a mediados del siglo XIX, los convence no sólo de la necesidad sino de la urgencia de la construcción del partido proletario mundial.

La actividad incansable de la vanguardia revolucionaria en la dirección de este objetivo encuentra circunstancias favorables a comienzos del decenio de 1860. En efecto, delegaciones de obreros ingleses y franceses que tratan de liberarse de la tutela de sus respectivos gobiernos, se reúnen en ocasión de manifestaciones comerciales. En 1862, esos militantes se ponen de acuerdo entre sí sobre la necesidad de unas relaciones internacionales permanentes. En 1863, en ocasión de una acción común contra la opresión zarista en Polonia, deciden fundar una asociación obrera internacional. Por fin, el 28 de septiembre de 1864, en el curso de un mitin celebrado en Londres (en Saint-Martin's Hall), es proclamada la Asociación Internacional de los Trabajadores y elegido el comité provisional encargado de organizarla.¹¹

Llamado a participar en los trabajos de este comité provisional, Marx, que lleva consigo la concepción del socialismo científico y su experiencia de dirigente de la *Liga de los Comunistas*, desempeña un papel considerable, para hacer que la Asociación se construya sobre una base proletaria revolucionaria. Para hacerlo, se opone al nacionalismo pequeñoburgués de los emigrados italianos (Mazzini), polacos y húngaros que subordinan la lucha de clases a la cuestión nacional y por ello a la burguesía de sus países respectivos y que preconizan la preparación de golpes de mano inevitablemente ajenos al movimiento profundo de las masas. Se opone también al reformismo de ciertos representantes de sindicatos británicos y a la negativa de la lucha política profesada por los proudhonianos de Francia y de Suiza.

Conforme a los estatutos elaborados por Marx y aprobados por la Conferencia de Londres de 1865, la Asociación Internacional de los Trabajadores trata de englobar al movimiento obrero en su integridad: a las organizaciones políticas y las or-

¹¹ Léase, a este respecto: *Le mouvement social, revue trimestrielle de l'Institut français d'Histoire sociale*, París, abril-junio de 1965, 138 pp.

organizaciones sindicales que aceptan participar en la Internacional. Esta última está constituida por "grupos nacionales y locales" brotados de las organizaciones proletarias adherentes.

La orientación de la Internacional, su estrategia y su táctica son definidas por los congresos de la asociación que reúnen a los delegados elegidos por los grupos nacionales y locales. Esos congresos internacionales se celebraron efectivamente en Ginebra, en 1866, en Lausana, en 1867, en Bruselas, en 1868, y en Basilea en 1869. Entre cada congreso, el Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores, elegido por los congresistas, se encargaba de aplicar la política de la Internacional.

La historia de esos congresos y la historia de las actividades del Consejo General ofrecen cierto contraste: en los congresos, el enfrentamiento de las tendencias que se reparten el movimiento obrero ocupa el frente del escenario; pero las actividades del Consejo General, en cuyo centro siempre se encuentra presente Marx, revelan la preocupación de hacer prevalecer sobre las divergencias la unidad y la independencia de clase del movimiento obrero internacional.¹²

Encargado por el Comité de Saint Martin's Hall de redactar el discurso de inauguración de la Primera Internacional, Marx termina su tarea un mes después. Este texto puede inscribirse en la misma línea del *Manifiesto del Partido Comunista*, de 1848, y atestigua la continuidad histórica que va de la Liga de los Comunistas a la Primera Internacional y a sus estatutos, redactados por Marx.

Escribe Marx:

La emancipación de la clase obrera debe ser obra de los propios trabajadores. Como la emancipación del trabajo no es un problema local ni nacional, sino social, abarca todos los países en que existe la sociedad moderna y para su solución necesita el concurso teórico y práctico de los países más avanzados.¹³

¹² Puede consultarse, sobre este punto: *Colloques internationaux du CNRS. La Première Internationale. L'institution, l'implantation, le rayonnement*. París, 16-18 de noviembre de 1964, Editions du CNRS, 1968, 495 pp.

¹³ Cfr. *El Consejo General de la Primera Internacional*, tr. fr. Ediciones de Moscú, 1972, tomo I, p. 243.

Ello significa que la revolución socialista no podría resultar de la actividad de "minorías activas" ni de la propaganda de grupos intelectuales que se dirigieran a las masas pretendiendo, como se dice en nuestros días, "concientizarlas". La revolución socialista es un proceso histórico que viene y proviene de las propias masas, especialmente del proletariado. La tarea del partido obrero mundial, de la dirección mundial del movimiento obrero, consiste no en mandar a los trabajadores, en ordenarles pensar o hacer esto o aquello, sino en *expresar* el movimiento histórico de la clase de los trabajadores, en *organizar* o, si se prefiere, *facilitar* su *auto-organización* en los diversos niveles, hasta el nivel supremo, es decir, mundial.

Lo que Marx combate en el discurso, como lo había hecho en el *Manifiesto*, es el particularismo, ya sea categorial en el interior del proletariado de un país dado, ya sea local o nacional en el interior del proletariado internacional. En contra de las acusaciones de los proudhonianos, de los bakunistas y de algunos otros, no hay ningún "autoritarismo" en el pensamiento y la acción de Marx quien, en la dirección de la Primera Internacional, no ha dejado de combatir a los líderes que trataban de imponer a las masas una construcción ideológica, un "proyecto de sociedad", como se dice hoy, en lugar de partir del "movimiento real" de la clase obrera tratando de expresarlo y de forjar los medios de su victoria.

Los enfrentamientos que tuvieron lugar en los congresos de la Primera Internacional, no consistieron, en absoluto, en combates que opusieran los "autoritarios" a los "no autoritarios". Lo que verdaderamente estaba en juego, como lo veía Marx mejor que nadie, residía en el trabajo de construcción del partido obrero revolucionario mundial. Los que, como Mazzini, pretendían dar la prioridad a las luchas de liberación nacional, obstaculizaban esta construcción, impidiendo al proletariado darse organizaciones de clase *independientes*; los que, como los proudhonianos y algunos trade-unionistas, pretendían limitar la lucha de la clase obrera al plano económico y en una perspectiva ceñida a la obtención de reformas, obstaculizaban también esta construcción al impedir al proletariado darse de organizaciones *revolucionarias*. En cuanto a Bakunin y sus partidarios, que habían entrado en la Internacional a fina-

les del decenio de 1860, ponían en duda y contribuían a arruinar la construcción del partido obrero mundial al desarrollar una teorización especulativa de la espontaneidad y practicar intrigas que, después de la prueba histórica de la Comuna de París, debían conducir a la Primera Internacional a su autodestrucción.

Del Congreso de Ginebra al Congreso de Lausana, los partidarios del socialismo científico se anotan puntos muy importantes contra los proudhonianos que pretendían limitar la acción de clases del proletariado al nivel de las reivindicaciones salariales y de los esfuerzos de organización de mutualidades y de cooperativas. En el *Discurso inaugural*, Marx había escrito:

La conquista del poder político se ha convertido, pues, en el primer deber de la clase obrera. Parece haberlo comprendido, pues en Inglaterra, en Alemania, en Italia, en Francia, se han visto renacer al mismo tiempo esas aspiraciones comunes, y al mismo tiempo se han hecho iguales esfuerzos por reorganizar políticamente al partido de los trabajadores. Hay un elemento de triunfo que posee este partido: cuenta con el número; pero el número no pesa en la balanza más que si está unido por la asociación y guiado por el saber.¹⁴

Si, en cuatro años, los partidarios del socialismo científico han triunfado sobre sus adversarios, es porque, efectivamente, expresaban ese "movimiento real" de la clase obrera, llevándola a plantearse práctica y teóricamente la cuestión del poder político, a través de los numerosos enfrentamientos con los aparatos de los Estados burgueses. Y, en 1872-1873, será cuando los bakunistas triunfen temporalmente en la Internacional sobre los marxistas, después del fracaso de la Comuna, en un período caracterizado por una extrema represión contra las organizaciones obreras y una regresión momentánea del "movimiento real" del proletariado, que conducirá a la necesidad —bien vista por Marx y Engels— de remplazar la declinante Asociación Internacional de los trabajadores por una nueva Internacional.

El contraste del que hemos hablado entre los congresos in-

¹⁴ *Ibid.*, p. 241.

ternacionales en que las tendencias se enfrentan con violencia y en que sus partidarios se desgarran entre sí, y el Consejo General de Londres, en que prevalece la influencia de Marx y en que su papel dirigente es más generalmente reconocido, exige ser más aclarado aún. Por una parte, la Asociación Internacional de los Trabajadores es una federación de organizaciones políticas y sindicales muy diversas: en Inglaterra, las *trade-unions* constituyen su fuerza más importante; en Suiza, en Italia y también en Francia, grupos con tradiciones todavía artesanales marcan esta fase del movimiento obrero; por último, en ninguna parte —ni en Europa ni en los Estados Unidos— existen aún partidos obreros de dimensión nacional. Por tanto, a través de la heterogeneidad de los grupos nacionales y locales, era inevitable que las ideologías diversas actuaran como fuerzas centrífugas. Por otra parte, en Londres, Marx está en contacto directo y continuo con los otros miembros del Consejo General; el saber del que es portador, es decir, el materialismo histórico, le permite convencer a esos íntimos camaradas de combate. Y si se considera que Engels, retenido por su actividad profesional en Manchester hasta 1869, sólo pudo participar en el Consejo General a partir de 1870, hemos de convenir en que el papel de Marx —no sólo como teórico sino también como organizador y dirigente— ha sido inmenso a partir de la posición privilegiada conquistada por él en el Consejo General y en razón de la influencia que esta posición le ha permitido ejercer sobre la Internacional, de 1864 a 1873. Por otra parte, esta verificación no es descubrimiento reciente de la investigación histórica, pues el Congreso de Bruselas, en 1868, le dedica una ovación, consciente de que sin él, su enseñanza científica y su acción dirigente, la Asociación Internacional de los Trabajadores no habría podido llegar a ser lo que era, a saber, una primera dirección internacional del movimiento obrero.

El fin del decenio de 1860 se caracteriza por una agravación general de las contradicciones económicas, sociales y políticas en todos los países industrializados. Los trabajadores res-ponden con una verdadera oleada de huelgas: huelga de los cinteros y tintoreros de la seda en Basilea, huelga de los trabajadores de la construcción y de la imprenta en Ginebra; huelga

de los mineros de Bélgica y de Francia en el Borinage y en Saint-Etienne, y de los trabajadores siderúrgicos del Creusot, así como de los diversos cuerpos de trabajadores en unión; huelgas, asimismo, en los Estados Unidos, en Alemania, en Austria-Hungría y en la Gran Bretaña. Contra ese movimiento amenazante, la burguesía recluta rompehuelgas y utiliza sus soldados y sus policías para tratar de aplastar la lucha de los trabajadores.

Durante este mismo periodo, la acción de la Internacional se intensifica y amplifica.¹⁵ El Consejo General organiza y coordina colectas de fondos para ayudar a los huelguistas; se esfuerza por hacer prevalecer los intereses internacionales de la clase obrera sobre las maniobras de división a que se entregan las diversas burguesías y sus gobiernos. Y el Congreso de Basilea (1869) saca el balance positivo de los progresos prácticos del internacionalismo proletario, de los esfuerzos del Consejo General para ayudar a los trabajadores de Europa y de los Estados Unidos a erigirse en clase revolucionaria internacional.

Inmediatamente después de ese congreso, la Internacional se ve sometida a dos pruebas históricas decisivas: la guerra franco-prusiana (1870-1871) y la Comuna de París (1871).

Ante esta intensificación del peligro y el estallido de la guerra, Marx utiliza los nexos que tiene con los dirigentes del Partido Socialdemócrata de Alemania y con los militantes de la Internacional que se encuentran en Francia para sincronizar la acción del proletariado de los dos países contra la guerra. Y, efectivamente, estallan manifestaciones que se desarrollan por los grandes centros industriales de Francia y de Alemania contra la guerra desencadenada por el régimen bonapartista de Napoleón III con la complicidad activa de Bismarck.

En el *Discurso contra la guerra*, que Marx redacta en nombre del Consejo General de la Internacional, podemos leer:

¹⁵ Puede tenerse una idea de la actividad de la Primera Internacional por el repertorio de las publicaciones de sus organizaciones. Véase, a este respecto, *Répertoire international des sources pour l'étude des mouvements sociaux aux XIX et XX siècles*, vol. I. *La première Internationale. Périodiques, 1864-1877*, et vol. II. *La Première Internationale. Imprimés, 1864-1876*, A. Collin, 1958 y 1961, 81 y 86 pp.

Mientras que la Francia y la Alemania oficiales se precipitan en una lucha fratricida, los obreros de Francia y de Alemania intercambian mensajes de paz y de amistad. Este hecho único, sin paralelo en la historia del pasado, abre el camino a un porvenir más luminoso. Prueba que, en contraste con la vieja sociedad, con sus miserias económicas y su delirio político, está naciendo una sociedad nueva, cuya regla internacional será la paz porque en cada nación reinará el mismo principio: el trabajo. Pionera de esta sociedad nueva es la Asociación Internacional de los Trabajadores.¹⁶

Cierto, la Internacional no ha impedido la guerra franco-prusiana, porque no tenía medios de hacerlo. Pero esta guerra no ha entrñado ni su dislocación ni su desplome, como ocurrirá a la Segunda Internacional en agosto de 1914. Así como lo observa Marx, el movimiento obrero internacional testimonia, a pesar de la conflagración militar, su vitalidad y su capacidad de preparar el advenimiento de una sociedad nueva, liberada del azote de la guerra.

Después de la caída del Segundo Imperio y la proclamación de la República en París (4 de septiembre de 1870), Marx actúa, a partir del Consejo General, para obstaculizar la política de Bismarck.

En un segundo discurso sobre la guerra franco-prusiana (6-9 de septiembre de 1870), escribe:

¡Que las secciones de la Asociación Internacional de los Trabajadores en todos los países llamen a la acción a la clase obrera! Si los obreros olvidan su deber, si permanecen pasivos, la terrible guerra actual no será más que la precursora de conflictos internacionales aún más terribles y conducirá en cada nación a un triunfo renovado sobre el obrero de los señores del sable, de la tierra y del capital. ¡Viva la República!¹⁷

Pese a la represión que en Alemania y en Francia se abate sobre los militantes revolucionarios, la lucha contra la guerra, contra la anexión de Alsacia-Lorena y por la salvaguardia del

¹⁶ *El Consejo General de la Primera Internacional, 1870-1871*, tr. fr. Moscú, 1975, pp. 284-285.

¹⁷ *Ibid.*, p. 291.

internacionalismo proletario se prosigue, preparándose el porvenir.

En lo que concierne a la Comuna de París (18 de marzo-28 de mayo de 1871), las cosas ocurren, para la Internacional, de manera diferente. En Londres, Marx y Engels temen un levantamiento de los obreros parisenses, del que piensan que irá seguido de una represión feroz, de consecuencias nefastas para el desarrollo del proletariado internacional, pues las condiciones objetivas y subjetivas de la victoria de la revolución proletaria aún no les parecen maduras. En una carta a Sorge, Engels escribirá ulteriormente: "La Internacional no ha movido un dedo para hacer la Comuna", sin dejar de reconocer que la Comuna de París "era indudablemente hija espiritual de la Internacional". Esto permite comprender que el Consejo General, especialmente Marx y Engels, hayan aconsejado, antes del 18 de marzo, prudencia a los militantes revolucionarios parisenses y que, a partir del 18 de marzo, se hayan movilizado todas las secciones de la Asociación Internacional de los Trabajadores para organizar la solidaridad proletaria al servicio de los insurrectos, de quienes Marx escribe entonces que "suben al asalto del cielo".

Acontecimiento histórico mayor de la época de la Primera Internacional, la Comuna de París no por ello ha dejado de desarrollarse fuera de la dirección de la Asociación y de su Consejo General. En el Consejo de la Comuna, los miembros de la Internacional estaban en minoría y, entre ellos, tan sólo el obrero Frankel puede ser calificado como partidario del socialismo científico.

Calificada por Marx y Engels como primera forma realizada de la dictadura del proletariado, la Comuna de París muestra, por el estallido de la insurrección, que el desencadenamiento de la crisis revolucionaria proviene esencialmente, no de la actividad de una vanguardia, sino del movimiento mismo de las masas, es decir, del desarrollo de un proceso histórico objetivo. El aplastamiento de la Comuna por la burguesía francesa que se beneficia con el apoyo de Bismarck y, más generalmente, con la ayuda activa de la clase capitalista en la escala internacional, demuestra que la victoria de la revolución proletaria exige que se realicen las condiciones objetivas ten-

dientes al nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y a la existencia de un proletariado con efectivos de suficiente importancia, y las condiciones subjetivas tendientes a la existencia de una dirección revolucionaria de ese proletariado.

La derrota de la Comuna y la represión antiobrero que la sigue entrañan el fin de la Primera Internacional. Se abre un nuevo período para el movimiento obrero, que se caracterizará por la construcción de grandes partidos de masas de dimensión nacional y por la creación, en 1889, de la Segunda Internacional. Para ser correctamente comprendido, ese período exige que se estudie el proceso histórico que va de la Comuna de 1871 a la aparición de los primeros consejos obreros en la Rusia de 1905: los soviets.

V. DE LA COMUNA A LOS SOVIETS

NINGÚN actor histórico, ningún testigo, ningún observador de la época se ha equivocado: la Comuna de París dio lugar, durante 10 semanas, a un modo de existencia social y a un tipo de poder político enteramente nuevos, que inmediatamente suscitaron el entusiasmo de las generaciones obreras y el terror de las generaciones burguesas. En y por la Comuna, el comunismo del que hablaban Marx y Engels, en 1847, como de un fantasma que recorría Europa, ha empezado, por así decirlo, a encarnar.

La historia burguesa se ha esforzado por minimizar el alcance de la Comuna de París y a deformar su significación social. Durante largo tiempo la ha presentado como una revuelta patriótica del pueblo de la capital, después del sitio del invierno de 1870-1871 y de unas componendas y traciones del gobierno provisional; en suma, como una reacción desesperada contra la invasión y la ocupación prusiana. Más recientemente, ha tratado de presentar a la Comuna como una "fiesta" anarquizante, autogestionaria y poética; en suma, como un entreacto sentimental en el curso realista de los acontecimientos del siglo XIX. De hecho, bajo la bandera roja de los comuneros, ha funcionado un sistema institucional, un poder de la clase obrera que ha constituido el punto culminante del devenir mundial moderno antes de la Revolución soviética de 1917.

El sistema institucional puesto en vigor el 18 de marzo de 1871 tiene por origen la capacidad de crear organizaciones, cuyos efectos hemos podido notar desde los comienzos del movimiento obrero. De la construcción de las primeras mutualidades y de las primeras cooperativas de trabajadores a la de los sindicatos y de las organizaciones políticas proletarias y, por fin, a la instauración del Estado-Comuna, hay una continuidad rica en enseñanzas; pues, en su lucha contra la explotación capitalista, la clase obrera ha aprendido, a todo lo largo del siglo XIX, que la única arma de la que realmente podía disponer era la de su propia organización, es decir, un conjunto de instituciones salidas de ella e inevitablemente antagónicas por

relación al sistema institucional burgués que constituye la su perestructura del modo de producción capitalista. Más que una revuelta, más que una fiesta, la Comuna de París es el remate, la concreción de medio siglo de lucha de clases y de construcción de organizaciones de clase del proletariado revolucionario. Es también un punto de partida para la continuación de esta lucha de clases y para la construcción de organizaciones revolucionarias nuevas.

Sin duda, hay que recordar brevemente las circunstancias en que nació la Comuna: la tentativa de Thiers de desarmar a la Guardia Nacional parisense y de arrancarle sus cañones, la resistencia victoriosa de los trabajadores a esta operación y a esta provocación, en fin, la evacuación de la capital por los poderes públicos y su repliegue a Versalles, por órdenes de Thiers.

Dolléans interpreta así el comportamiento de Thiers: "La psicología de Thiers y su pasado son testimonios de sus intenciones secretas del 18 de marzo; obedecen a la tradición que siempre ha seguido en el poder: provocar el motín para poder reprimirlo salvajemente".¹ Pero, más allá de la "psicología" del político orleanista, hay que discernir la relación que se establece, al término de la guerra franco-prusiana, entre la burguesía, cuyo Estado bonapartista se ha hundido, y el proletariado que se lanza por la gran brecha así abierta.

Esta relación cambiante de fuerza, a partir de la cual Thiers despliega su táctica de provocación y de evacuación de París, conduce el 18 de marzo, a circunstancias muy particulares, a saber, a la ausencia física en la capital de la burguesía y de su aparato de Estado. Tan sólo quedan, en efecto, en sus barrios, los trabajadores asalariados, los artesanos, los pequeños comerciantes y una franja de elementos pequeño-burgueses más cercanos a las masas que a la clase capitalista. En suma, los barrios del oeste pierden una gran parte de su población habitual en tanto que los del este y del centro conservan sus habitantes.

En el vacío creado por la evacuación de los poderes públicos,

¹ E. Dolléans, *Histoire du mouvement ouvrier, tome I (1830-1871)*, A. Colin, 1967, p. 369.

las masas avanzan. La multitud que se reúne, desde la mañana del 18 de marzo, en la plaza del Ayuntamiento proclama espontáneamente la Comuna. Así se realiza la creación de un sistema institucional radicalmente nuevo, utilizando la vieja institución comunal, anterior al Estado burgués y aun al Estado monarcafeudal.

Recordemos que, cuando la descomposición y el desplome del Imperio romano, a través de los municipios, de las comunas libres, las clases populares resistieron a las invasiones y a los poderes guerreros generadores de la feudalidad que trataba de someterlos. Recordemos que, en ocasión del primer impulso de la burguesía en formación —a partir del siglo xii—, fue constituyendo comunas como los burgueses arrancaron a los señores feudales las franquicias y se erigieron en francoburgueses. Recordemos, por último, que durante la Revolución francesa, fue la Comuna de París la que, en 1792-1793, constituyó un lugar de reunión y de dirección del movimiento de las masas, destructor del Estado monarcafeudal, y que, en 1830 y 1848, el Ayuntamiento era la carta de triunfo de las clases que se disputaban el poder.

En 1871, los trabajadores de pronto son los amos de París y se apoderan, contra el Estado burgués, de la antigua institución comunal, o, antes bien, de su forma, a la que dan un contenido nuevo. Un fenómeno similar se produce simultáneamente en unas ciudades de provincia (Lyon, Saint-Etienne, Marsella, Narbona, Limoges, Toulon), pero el aparato militar-policíaco de la burguesía pronto lo controla.² Tan sólo en París, donde la concentración proletaria es mucho mayor que en otras partes, el nuevo movimiento comunal puede desarrollar todas sus consecuencias.

Las elecciones consecutivas al 18 de marzo son, en la forma, elecciones democrático-burguesas. Cada barrio elige consejeros municipales, cuyo conjunto forma el Consejo de la Comuna de París. Pero la partida de la burguesía y de su séquito habitual, y la evacuación de los poderes públicos, confieren una hegemonía de hecho al electorado proletario y el ca-

² Véase P.-O. Lissagaray, *Histoire de la Commune de 1871*, Maspero, 1972, pp. 153-170.

rácter de un gobierno al Consejo de la Comuna. Así, desde las primeras medidas adoptadas por esta instancia suprema, la minoría de los elegidos contrarrevolucionarios abandona, a su vez, la capital.

La situación de guerra civil que se establece entre la Comuna y el gobierno del Estado burgués con sede en Versalles da, evidentemente, un papel particular a la Guardia Nacional parisense, cuyos batallones (los Federados) se convierten en el ejército de la Comuna. Asimismo, en lo que concierne al desarrollo de las operaciones militares, el Comité Central de esta Guardia Nacional toma la apariencia de gobierno de excepción, en tanto que el Consejo de la Comuna desempeña el papel de asamblea que controla los actos de ese gobierno.

Pero los términos de gobierno y de asamblea resultan engañosos aquí si se les utiliza en su acepción burguesa. En relación con el movimiento revolucionario de las masas y para expresar fielmente ese movimiento, el Consejo de la Comuna decidió que sus miembros, elegidos por sufragio universal, fueran revocables y que serían efectivamente revocados en cuanto un número suficiente de sus electores les hubiese retirado —por una petición apropiada— su confianza. Decidió, además, que esos mismos elegidos serían retribuidos sobre la base del salario percibido por los obreros calificados de la capital. Al hacerlo, el Consejo de la Comuna se convierte en una cosa totalmente distinta de un parlamento burgués; revocables en su permanencia y pagados como proletarios, sus elegidos forman una especie de convención proletaria, la primera que jamás haya existido.³

Por otra parte, el ejército de los Federados no es un ejército como los demás. Los oficiales y los suboficiales son elegidos por sus soldados que, en mayoría, son de origen obrero. Como los miembros del Consejo de la Comuna, oficiales y suboficiales federados son revocables por sus electores y retribuidos al nivel proletario. Así pues, ya no se trata de un ejército de tipo feudal o burgués, parte integrante de un aparato de Estado que funciona al servicio de una clase explotadora y opresiva,

³ *Ibid.*, pp. 225-242.

sino del pueblo en armas y, más precisamente, del ejército del proletariado, al servicio de la clase de los trabajadores.

Por ello es difícil discernir, día tras día, el papel desempeñado por el Consejo de la Comuna y el papel desempeñado por el Comité Central de la Guardia Nacional elegido por el conjunto de los Federados. En realidad, estos dos hechos son radicalmente distintos de los órganos del Estado burgués; en ellos se expresa el movimiento revolucionario del que han surgido. Así, son las circunstancias de la vida social en París y de la guerra civil entre la Comuna y los versalleses las que han dado, ya al Consejo de la Comuna, ya al Comité central de la Guardia Nacional, la función de un gobierno revolucionario. Queda en pie el hecho de que la llamada separación de poderes que disimula, en el Estado burgués, el poder total de la clase capitalista, ya no tiene ningún sentido en el funcionamiento del Estado-Comuna.

El primer mérito histórico de la Comuna de París es haber hecho la prueba, en la vida misma, de que una sociedad podía funcionar sin explotadores capitalistas y sin Estado burgués. Mejor aún: ha reanimado y reorganizado la vida económica de la capital que el régimen capitalista, que siguiera funcionando durante la guerra franco-prusiana y durante el sitio, había gravemente deteriorado y paralizado.

Su segundo mérito es la obra considerable que ha logrado realizar en tan corta duración. Acabamos de ver los aspectos de esta obra concernientes al Consejo de la Comuna y la organización de los Federados. Pero en realidad, se ha extendido a todos los aspectos esenciales de la existencia social.

La Comuna ha remplazado el viejo cuerpo burocratizado de los funcionarios del Estado por administradores elegidos, en todos los niveles, por ciudadanos, también revocables según procedimientos democráticos apropiados— y retribuidos igualmente como trabajadores calificados. Ha remplazado la magistratura profesional—servil ante los regímenes de opresión sucesivos de la época— por jueces elegidos, revocables y proletariamente pagados por sus actividades.

Por ello, la Comuna no se ha contentado con apoderarse de la máquina del Estado burgués; la ha destruido y, mediante la electividad de todas las funciones, la revocabilidad de la

permanencia de los elegidos y su retribución a un nivel proletario, ha impedido que pudiera constituirse una nueva burocracia. Ha quitado toda base económica y social a la reconstrucción de una capa burocrática que era inevitablemente contrarrevolucionaria.

La Comuna también ha transformado de punta a cabo el sistema de la enseñanza. Ha instituido la enseñanza pública, gratuita y obligatoria para todos los niños de uno y de otros sexos. Ha hecho de esta enseñanza una enseñanza laica, arrancándola al control de la Iglesia y de cualquier otra institución confesional. Ha confiado las escuelas así creadas a institutores, a profesores que, al quedarse en París, habían mostrado su apego a los trabajadores y a su causa. La personalidad notablemente rica de Louise Michel, maestra y militante revolucionaria, permite comprender la potencia innovadora de que disponía, en el dominio de la instrucción y de la educación, el movimiento de la Comuna.

Bajo la presión del proletariado, ávido de saber, y que trataba de apropiarse de las armas que el saber entrega, la burguesía será obligada, diez años después de la Comuna, a instaurar la escuela primaria, gratuita, obligatoria y laica, sin dejar por ello de esforzarse por subordinar su funcionamiento a sus intereses de clase dominante. No por ello es menos cierto que la escuela del pueblo, para el pueblo y por el pueblo se ha anticipado por el movimiento obrero revolucionario durante el tiempo de la Comuna de París. Y aún queda mucho por hacer, a través del mundo actual, para realizar plenamente ese gran designio.

Añadamos a ello que, en el París de la Comuna, las actividades culturales conocieron una notable efervescencia. Sabios y artistas de vanguardia, como el pintor Courbet, intentaron entonces romper los nexos por los cuales la burguesía somete a la creatividad. Un poeta como Rimbaud testimoniará en su obra la potencia creadora inherente al movimiento de la Comuna. Su famoso "cambiar la vida"—manchado en nuestros días por diversos ideólogos y políticos— lleva su fuente en la experiencia histórica incomparable de ese movimiento.

En realidad, los testigos y los historiadores atónitos—Lissagaray, pero no solamente él—están de acuerdo en reconocer lo

que llaman el "cambio de las costumbres" durante el periodo de la Comuna.⁴

La abolición del orden burgués ha sido acompañada espontáneamente por un cambio radical de las relaciones entre los hechos y entre las generaciones, así como por un trastorno de las relaciones interpersonales. La revolución de la Comuna también ha sido, en el sentido pleno de esta expresión, una *revolución cultural*. Pero, los hechos lo muestran, esta revolución cultural es un aspecto del proceso global de la revolución social que se realiza, y no una efervescencia ideológica organizada y manipulada por aparatos.

Marx escribe, a este propósito:

Maravilloso en verdad fue el cambio operado por la Comuna en París. De aquel París prostituido del Segundo Imperio no quedaba ni rastro. París ya no era el lugar de cita de terratenientes ingleses, absentistas irlandeses, ex esclavistas y rastacueros norteamericanos, ex propietarios rusos de siervos y boyardos de Valaquia. Ya no había cadáveres en el depósito, ni asaltos nocturnos, ni apenas hurtos; por primera vez desde los días de febrero de 1848, se podía transitar seguro por las calles de París, y eso que no había policía de ninguna clase. «Ya no se oye hablar —decía un miembro de la Comuna— de asesinatos, robos y atracos; diríase que la policía se ha llevado consigo a Versalles a todos sus amigos conservadores». Las cocotas habían encontrado el rastro de sus protectores, fugitivos hombres de la familia, de la religión y, sobre todo, de la propiedad. En su lugar, volvían a salir a la superficie las auténticas mujeres de París, heroicas, nobles y abnegadas como las mujeres de la antigüedad. París trabajaba y pensaba... luchaba y daba su sangre; radiante en el entusiasmo de su iniciativa histórica, dedicado a forjar una sociedad nueva, casi se olvidaba de los canibales que tenía a las puertas.⁵

El tono exaltado de Marx; que escribió su texto en el marco de un discurso del Consejo General de la Internacional, en el tiempo mismo en que la Comuna de París sucumbía bajo la

⁴ Lissagaray, *Histoire de la Commune de 1871*, op. cit., cap. xvii: "Les Parisiennes", pp. 216-218.

⁵ Marx, *La guerra civil en Francia* (1871), tr. fr. Editions sociales, 1975, pp. 74-75.

feroz represión versallesca, no nos disimula hoy su rigurosa pertinencia histórica.

Al participar en todas las actividades de la Comuna, las trabajadoras de París conquistan, en fiera lucha, su igualdad con el sexo masculino y emprenden la destrucción de su condición sometida, cuya expresión fundamental había de dar Engels al escribir: *en régimen capitalista, la mujer es el proletario del hombre*. Esta modificación de las relaciones entre los sexos, observable en el tiempo de la Comuna de París, debería de incitar a la reflexión a ciertas feministas actuales que, confiando el movimiento de la revolución proletaria y ciertos aparatos brotados de la clase obrera, plantean el problema de la liberación "específica" de las mujeres fuera del contexto —sin embargo, determinante— de la lucha de clases.

Como en todas las revoluciones, la juventud aparece en el primer plano de la vida de la Comuna, no sólo en los batallones de los Federados, sino también en puestos de responsabilidad, de los que poco antes estuviera excluida por la sociedad burguesa. Y, entre las masas en movimiento, las antiguas relaciones conflictivas entre los viejos que tratan de conservar sus puestos y los jóvenes que tratan de arrancárselos ceden el lugar a relaciones nuevas fundadas sobre una convergencia de los esfuerzos de los unos y los otros al servicio de la revolución.

Por último, las oposiciones entre las nacionalidades, tan minuciosamente mantenidas por la burguesía, ceden el lugar, en el París comunero, a una fraternidad internacionalista: un trabajador húngaro es parte del Consejo de la Comuna, dos polacos desempeñan un papel dirigente a la cabeza de los Federados, unos italianos han ido a París para batirse por el proletariado insurgente, etcétera. Se encuentran así prefiguradas la superación de las nacionalidades y la abolición de las barreras y de las fronteras nacionales en la sociedad sin clases y sin Estado del comunismo.

En el meollo de la experiencia histórica que constituye la Comuna de París para el movimiento obrero internacional, está la cuestión del Estado. Ya hemos mostrado que en ese movimiento habían aparecido tres orientaciones sobre esta cuestión en el curso del siglo XIX: el reformismo, que cree poder conservar el Estado burgués realizando más y mejor sus

principios democráticos y haciéndolos pasar a la vida económica y social; el anarquismo, que pretende destruir la entrada al Estado para remplazarlo por comunidades de productores libres, y por último el marxismo, que considera necesario destruir el Estado burgués y remplazarlo por un Estado obrero que asegure la transición socialista del modo de producción capitalista al modo de producción comunista. Ahora, ha llegado el momento de indicar que fue la Comuna de París la que permitió, de manera decisiva, a Marx y a Engels, elaborar su teoría del Estado obrero, del Estado de la dictadura del proletariado.

En *La guerra civil en Francia*, Marx declara:

Al alborotar el 18 de marzo de 1871, París se despertó entre un clamor de gritos de «¡Vive la Commune!». ¿Qué es la Comuna, esa esfinge que tanto atormenta los espíritus burgueses?

«Los proletarios de París—decla el Comité Central en su manifiesto del 18 de marzo—, en medio de los fracasos y las traiciones de las clases dominantes, se han dado cuenta de que ha llegado la hora de salvar la situación tomando en sus manos la dirección de los asuntos públicos... Han comprendido que es su deber imperioso y su derecho indiscutible hacerse dueños de sus propios destinos, tomando el poder». Pero la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como está y servirse de ella para sus propios fines.⁶

Como Marx y Engels lo han desarrollado ampliamente, el proletariado, vencedor de la burguesía, debe de quebrantar, destruir el Estado burgués, el Estado y la dictadura minoritaria del capital, y remplazarlo por el Estado obrero, el Estado de la dictadura mayoritaria, democrática del proletariado, sobre los escombros de las antiguas clases dirigentes y privilegiadas. Esto fue precisamente lo que comprendió la Comuna de París destruyendo al antiguo aparato burocrático e instaurando el régimen de la elegibilidad y la revocabilidad de todas las funciones, en un régimen de retribuciones de nivel proletario.

⁶ *Ibid.*, p. 59.

En el prólogo a una nueva edición alemana del *Manifiesto del Partido Comunista*, con fecha 24 de junio de 1872, Marx y Engels declaran que el programa del *Manifiesto* "ha envejecido en algunos de sus puntos", y añaden: "La Comuna ha demostrado, sobre todo, que la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como está y servirse de ella para sus propios fines".⁷

En realidad, esta idea fundamental había sido concebida por Marx desde 1852, como lo indica en una carta a Kugelmann del 12 de abril de 1871:

... Si te fijas en el último capítulo de mi *Discurso Brunario*, verás que expongo como próxima tentativa de la revolución francesa, no hacer pasar de unas manos a otras la máquina burocrática y militar, como venía sucediendo hasta ahora, sino *romperla* (subrayado por Marx; en el original: *zerbrechen*), y esta es justamente la condición previa de toda verdadera revolución popular en el continente. En esto consiste precisamente la tentativa de nuestros heroicos camaradas de París.⁸

Así pues, es la experiencia de la Comuna de 1871 la que ha confirmado la hipótesis de 1852 y conducido a la teoría de la dictadura del proletariado, que desde entonces ha sido y seguirá siendo un elemento central del marxismo. Por cierto, esta teoría no se ha impuesto al movimiento obrero revolucionario sino con grandes dificultades y enconados debates internacionales, como lo muestran la *Crítica del programa de Gotha*, redactada por Marx en 1875, y *El Estado y la revolución*, escrito por Lenin, en 1917, contra los anarquistas y contra los reformistas; pues el marxismo, como expresión consciente del movimiento obrero revolucionario, ha debido luchar permanentemente contra el reformismo que trata de "adaptar" la estrategia del movimiento a la sociedad capitalista circundante, en lugar de destruirla, y contra el anarquismo que se niega obstinadamente a reconocer la inevitabilidad, la necesidad de un período de transición socialista entre el capitalismo y el comunismo.

⁷ *Ibid.*, p. 59.

⁸ Citado por Lenin en *El Estado y la revolución*, Moscú, p. 319.

Retomando la herencia de Marx, escribe Lenin:

Con su genial talento crítico-analítico, Marx vio en las medidas prácticas de la Comuna *el viraje* que temen y no quieren reconocer los oportunistas por cobardía, por falta de deseo de romper irrevocablemente con la burguesía, y que los anarquistas no quieren ver o por apresuramiento o por incomprensión de las condiciones en que se producen las transformaciones sociales masivas en general. "No cabe ni pensar en destruir la vieja máquina del Estado, pues ¿cómo vamos a arreglármolas sin ministros y sin funcionarios?", razona el oportunista impregnado de filisteísmo hasta la médula y que, en el fondo, lejos de creer en la revolución, en la capacidad creadora de la revolución, la teme como a la muerte (igual que la temen nuestros mencheviques y eseristas).

"Sólo hay que pensar en destruir la vieja máquina del Estado, no hay por qué ahondar en las enseñanzas *concretas* de las anteriores revoluciones proletarias ni analizar *con qué y cómo* sustituir lo destruido", razonan los anarquistas (los mejores anarquistas, naturalmente, pero no los que van a la zaga de la burguesía tras los señores Kropotkin y Cia.). De ahí resulta que los anarquistas propugnen la táctica de *la desesperación* y no la táctica de una labor revolucionaria con objetivos concretos que sea implacable y audaz, pero que tenga en cuenta, al mismo tiempo, las condiciones prácticas del movimiento de masas.

Marx nos enseña a evitar ambos errores, nos enseña a ser audaces y abnegados en la destrucción de toda la vieja máquina del Estado, pero, a la vez, a plantear la cuestión de un modo concreto: la Comuna pudo en unas cuantas semanas *empezar* a construir una *nueva* máquina del Estado, una máquina proletaria, de tal y tal modo, aplicando las medidas señaladas para ampliar la democracia y desarraigando el burocratismo. Aprendamos de los comuneros audacia revolucionaria...⁹

Esta enseñanza obtenida por Marx y Engels de la experiencia histórica de la Comuna de París será retomada y desarrollada por Lenin y Trotsky en relación con la Revolución rusa de 1905 y la Revolución de 1917. Pero, en 1872-1873, aún está lejos de ser comprendida y asimilada por la mayoría de los

⁹ *Ibid.*, pp. 383-384.

militantes obreros, en tanto que —consecuencia de la derrota de la Comuna— la Primera Internacional va rápidamente a su fin. Marx y Engels enfocan entonces lo principal de sus esfuerzos a la organización del movimiento obrero en Alemania, país que, durante todo el nuevo periodo que se abre se encuentra en el centro del movimiento internacional.

De hecho, el primer gran partido obrero se constituye, en 1875, en Alemania por la fusión de la Asociación General de los Trabajadores Alemanes, de origen lassalliano, y del Partido Socialdemócrata de los Trabajadores, dirigido por militantes próximos a Marx y a Engels, como W. Liebknecht y A. Bebel. Este partido, que en el Congreso de Erfurt, en 1891, tomara el nombre de Partido Socialdemócrata de Alemania, será el partido más poderoso, y casi la organización política obrera modelo hasta comenzar el siglo xx.

Conforme a las previsiones de Marx y Engels, y en consecuencia de sus esfuerzos, se constituye en 1889 una nueva internacional con el nombre de Internacional Obrera. Reuniendo numerosas organizaciones proletarias de Europa y de América, contribuirá a la creación y al desarrollo de poderosos partidos obreros de masas, como el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (1903), el Partido Socialista sfio de Francia (1905), el Labour Party, de la Gran Bretaña (1906). Queda en el activo de la Segunda Internacional, pese a su ulterior degeneración reformista y su desplome, en agosto de 1914, esta potencia de organización notable del movimiento obrero durante los primeros años de nuestro siglo. Y, con base en su Partido Socialdemócrata de Alemania —que Engels ha ayudado con sus consejos, hasta su muerte en 1895—, la Segunda Internacional ha conocido un auge y una influencia realmente notables del marxismo defendido entonces en Alemania por Kautsky, introducido en Rusia por Plejánov y desarrollado por Lenin y Trotsky, propagado en Francia por Guesde, etcétera.

El desarrollo del movimiento sindical desemboca, en el mismo tiempo, en la formación de grandes centrales de dimensiones nacionales. Pero, con excepción de la Gran Bretaña, en que las Trade Unions son adherentes del Labour Party, las centrales sindicales obreras no se han integrado a la

Segunda Internacional, en contraste con lo que había ocurrido en los primeros sindicatos en la época de la Asociación Internacional de los Trabajadores. Esta separación organizacional entre casi todas las centrales sindicales y los partidos socialdemócratas desempeñará un papel en los debates que oponen los reformistas y los revolucionarios de 1900 a 1914, como lo veremos en el capítulo siguiente.

Por el momento, registremos que, bajo la dirección de la Segunda Internacional, el movimiento obrero se ha convertido en una potencia con la que los gobiernos han comprendido que habrían de contar en adelante: de allí la creación del imperio del trabajo, de allí el establecimiento de la jornada de ocho horas de trabajo, de allí toda una gama de "medidas sociales" con el fin de impedir la explosión de la revolución proletaria y de frenar los progresos de la organización sindical y política de los trabajadores.

Pero, precisamente, durante este periodo, que va del comienzo del siglo hasta el estallido de la primera Guerra Mundial, explota una revolución que se difunde durante todo un año por el Estado más vasto del mundo: se trata de la Revolución rusa de 1905. Y aquel es, sin duda, el hecho más importante del periodo de que hablamos.

El 3 de enero de 1905 estalla una huelga en la fábrica Putilov, en Petrogrado, a saber, la fábrica más grande del país. Escribe Trotsky:

El 7 de enero los huelguistas eran ciento cuarenta mil. La huelga alcanzó su apogeo el 10 de enero. El 13, se reanudó el trabajo. Así, nos encontramos en presencia de un movimiento primero económico que parte de un motivo ocasional. Este movimiento se extiende, arrastra a los obreros por decenas de miles y se transforma, por consiguiente, en un acontecimiento político. A la cabeza del movimiento se encuentra la "sociedad de los obreros de las fábricas", organización de origen policíaco. Los radicales... arden de impaciencia. Están descontentos con el carácter puramente económico de la huelga y ponen al frente al provocador del movimiento, Gapone. Éste se lanza por la vía de la política y encuentra en las masas obreras tal desbordamiento de descontento, de irritación y de energía revolucionaria que los planes de sus inspiradores liberales se pierden y se

ahogan allí. La socialdemocracia pasa al primer plano. Es recibida con manifestaciones hostiles, pero pronto se adapta a su público y lo subyuga. Sus lemas se vuelven los de la masa y quedan fijados en la petición.¹⁰

Es sabido lo que siguió: la manifestación pacífica del 9 de enero y la matanza de los manifestantes por la policía y el ejército zaristas que servirá de señal al estallido de la revolución.

Ante esta revolución, la Oficina Socialista Internacional—órgano permanente de la Internacional Obrera—multiplica las declaraciones de hostilidad contra el régimen zarista y de solidaridad con las masas rusas. Pero la mayoría de los miembros de esa Oficina probablemente no tienen una visión correcta del proceso revolucionario que se desarrolla en Rusia. Para esta mayoría, que ha caído ya en el reformismo, el proletariado ruso no es más que la punta de lanza de una revolución democrática burguesa contra el Estado monarca-feudal del zarismo. El objetivo de esta revolución habría sido, según ella, el remplazo de este régimen arcaico por un régimen parlamentario como los que ya existían en Occidente.

Hoy comprendemos tanto mejor lo que ha ocurrido cuanto que Trotsky, desde 1909, aplicó el hierro y el fuego del análisis marxista a esta llaga, y cuanto que la revolución mundial, comenzada en Rusia en 1917, iluminó con luz retrospectiva los acontecimientos de 1905, captables en adelante como "ensayo general" de los de 1917. Lo que ocurría era que la burguesía rusa—atrofiada, debilitada por la larga persistencia del zarismo—era incapaz de cumplir con las tareas históricas de su propia revolución de clase contra el orden monarcafeudal; por tanto, estaba condenada a la traición de la Revolución de 1905 y a la componenda—históricamente vergonzosa para ella—con el zarismo. Lo que ocurría es que, conforme a la previsión de Marx y Engels en 1850, un proceso de revolución permanente se desarrollaba, cuya fuerza social y políticamente dirigente era el proletariado, porque no podía haber mas que él para dirigirla. Allí donde los reformistas veían una revolución democrática burguesa, cuya masa combatiente era aportada en

¹⁰ L. Trotsky, 1905, tr. fr. Ed. de Minuit, 1969, pp. 73-74

esencia por el proletariado, Trotsky discierne, en su análisis de 1909, el movimiento mismo de la revolución proletaria que en su proceso histórico específico cumple con las tareas inconclusas de la revolución burguesa.

Pero así como la teoría de la dictadura del proletariado en Marx y Engels sólo pudo ser plenamente elaborada y constituida a partir de la experiencia de la Comuna de París, así la teoría de la revolución permanente, descubierta por Marx y Engels, sólo pudo ser continuada y enormemente enriquecida por Trotsky a favor de un aspecto capital de la Revolución de 1905, a saber, el surgimiento de los *soviets*.

Dirigente del soviét de Petrogrado, Trotsky, actor histórico y analista marxista de su propia acción, ha escrito:

¿Cuál era el carácter esencial de esta institución que, muy pronto, conquistó un lugar tan importante en la revolución y marcó con un rasgo distintivo el apogeo de su potencia?

El soviét organizaba las masas obreras, dirigía las huelgas y las manifestaciones, armaba a los obreros, protegía a la población contra los pogroms. Pero otras organizaciones revolucionarias cumplieron con la misma tarea antes que él, al lado de él, después de él: sin embargo, no tuvieron la influencia de que gozaba el soviét. El secreto de esta influencia reside en que esta asamblea surgió orgánicamente del proletariado en el curso de la lucha directa, predeterminada por los acontecimientos, que llevó al mundo obrero a la conquista del poder. Si los proletarios, por una parte, y la prensa reaccionaria, por la otra, dieron al soviét el título de "gobierno proletario" es que, en efecto, esta organización no era otra cosa que el embrión de un gobierno revolucionario. El soviét encarnaba el poder en la medida en que la potencia de los barrios revolucionarios se lo garantizaba; luchaba directamente por la conquista del poder, en la medida en que éste aún estaba en manos de una monarquía militar y policiaca.¹¹

Esto significa que en la historia del movimiento obrero internacional se ha producido algo nuevo desde la Comuna de 1871. Se trata de los soviets, de los consejos obreros, surgidos espontáneamente en la Rusia de 1905 como medio de unifica-

¹¹ *Ibid.*, pp. 222-223.

ción de las fuerzas revolucionarias del proletariado y como tentativa de constituir un poder de clase al servicio de los trabajadores. A este propósito, precisa Trotsky:

Antes de la existencia del soviét, encontramos entre los obreros de la industria numerosas organizaciones revolucionarias de dirección sobre todo socialdemócrata. Pero son formaciones en el interior del proletariado; su meta inmediata es luchar para adquirir influencia sobre las masas. El soviét se convierte inmediatamente en la organización misma del proletariado; su objetivo es luchar por la conquista del poder revolucionario.¹²

La Comuna era una organización de origen antiguo, de naturaleza inicialmente burguesa y antifeudal, que el movimiento obrero revolucionario transformó radicalmente, en París, en 1871. El consejo obrero, esta asamblea de delegados elegidos por los trabajadores de una empresa es, en su base, creación del genio proletario en estado puro. Esta asamblea se compone, a la manera de los miembros de la Comuna, de elegidos en permanencia revocable por sus electores proletarios. Pero, a diferencia de la Comuna, su base es la empresa capitalista misma. En el interior de las fortalezas del capitalismo, el soviét constituye una organización no esencialmente defensiva como lo era el sindicato en su origen, sino una organización inmediatamente ofensiva, orientada directamente hacia el poder y que funciona con vistas a la destrucción del poder burgués y su remplazo por el poder de clase del proletariado.

El surgimiento de los soviets, en la Revolución de 1905, es testimonio de un nivel más elevado que en 1871 del proceso espontáneo de la revolución proletaria. Y ese carácter espontáneo explica que Lenin, esencialmente ocupado en la construcción del partido obrero-revolucionario, haya tenido algunas dificultades para integrar esta creación de masas a su análisis y a su empresa histórica capital. Trotsky, por lo contrario, aún no unido a la concepción leninista de la organización proletaria centralizada, comprendió más pronto la importancia histórica decisiva de los soviets, en razón especialmente de su participación dirigente en el soviét de la capital del imperio zarista.

¹² *Ibid.*, p. 223.

Y es que los trabajadores rusos no sólo han construido, en 1905, consejos obreros en las fábricas; al mismo tiempo, han edificado una red para centralizar la representación proletaria de las empresas en soviets de ciudades, entre los cuales el soviét de la capital estaba destinado a un papel político de particular importancia.

La Comuna de París sólo fue realizable gracias a las circunstancias, singularmente a la evacuación de la capital por los poderes públicos burgueses. Los soviets de 1905 no disponían de la ventaja de tales circunstancias. Se han formado, en la huelga general y la insurrección, en el interior mismo de la sociedad rusa y contra ella; han sido, a la vez, organizaciones de unificación revolucionaria del proletariado y organismos de un poder de clase en formación y antagónicos al poder del Estado zarista.

En lo político, el proletariado de Rusia se encuentra reparado, en aquel momento, entre los bolcheviques y los mencheviques, tendencias del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia que, en 1912, se convertirán de hecho en partidos distintos, y los socialistas revolucionarios, herederos de la tradición populista, a los cuales hay que añadir la masa de los desorganizados. Los soviets obreros, formados por delegados en permanencia revocable, que funcionan a la escala de la empresa, del barrio y de la ciudad y que tratan de unificarse y de centralizarse a la escala de la sociedad global, son para los trabajadores un medio de superar sus decisiones políticas o sindicales; es la forma más elevada de su unión de clase: lo que después se llamará *su frente único* de clase.

Al mismo tiempo, los soviets constituyen, contra el Estado zarista dislocado y amenazado de ruina por la revolución, este embrión de poder proletario que prepara el replazo del poder de Estado de los propietarios latifundistas y de los capitalistas por el poder de Estado proletario, por la dictadura del proletariado. En relación con la Comuna, de la cual los trabajadores parisenses hicieron el uso histórico que es sabido, los soviets representan un progreso histórico realizado en la continuidad con lo que la Comuna antes había hecho para constituir una forma de la dictadura del proletariado.

Queda en pie el hecho de que los soviets no deben ser consi-

derados como la solución lograda del problema de la conquista del poder y de la instauración del Estado obrero por las masas de insurgentes; pues esos soviets, en 1905, ya son un terreno de enfrentamiento entre las tendencias constitutivas del movimiento obrero. El error propio de la ideología "consejista" que se ha desarrollado en Europa a partir de los años 1918-1920, reside precisamente en el hecho de que considera la creación espontánea de los consejos de trabajadores como un instrumento *suficiente* para la victoria de la revolución socialista proletaria.¹³ Ahora bien, si los soviets del imperio ruso efectivamente hicieron nacer, en octubre de 1917, la dictadura del proletariado y la victoria de la revolución, no por ello es menos cierto que los consejos de obreros y de soldados, en la Alemania de 1918-1923, no alcanzaron ese fin. Y sin embargo, la organización de los consejos ha brotado de la espontaneidad revolucionaria del proletariado alemán, como había brotado de la espontaneidad del proletariado ruso en 1905 y en 1917.

La victoria en el primer caso, la derrota en el segundo, no pueden comprenderse sino a partir del hecho de que, terreno del frente único obrero, los consejos de obreros son, al mismo tiempo, el terreno de enfrentamiento entre las organizaciones políticas revolucionarias de los trabajadores (ejemplo: el Partido Bolchevique) y de las organizaciones reformistas, contrarrevolucionarias de la clase obrera (ejemplo: la socialdemocracia alemana y su aparato dirigente, entre 1918 y 1923).

En suma, la Revolución de 1905 ha mostrado que los consejos obreros eran y seguían siendo la condición *necesaria* de la victoria de la revolución socialista como forma suprema de la realización del frente único proletario y como comienzo de la construcción del Estado obrero, pero que no eran, en cambio, la condición *suficiente*. Esta condición suficiente, cuando los últimos datos objetivos de la revolución socialista son realizados históricamente, reside en la existencia y la actividad de un partido revolucionario capaz de asumir la dirección del movimiento de las masas hasta el extremo: es lo que el Partido Bolchevique de

¹³ Sobre el punto de vista "consejista", véase Korsch, Matick, Pannekoek, Rühle, Wagner, *La contre-révolution bureaucratique*, 10/18, 1976, núm. 760.

Lenin y de Trotsky ha sabido hacer en 1917; es lo que el Partido Comunista de Alemania no ha sabido hacer, ante la política de colaboración de clase y de contrarrevolución del aparato de la socialdemocracia, en 1923.

Indiscutiblemente, la Comuna de París se ha producido y desarrollado fuera de la dirección de la Primera Internacional y la Revolución rusa de 1905 se ha efectuado fuera del control de la Segunda Internacional, y aun sin que la mayoría de los dirigentes de esta última comprendieran su carácter fundamentalmente proletario. Y sin embargo, estas dos revoluciones se inscriben en un proceso objetivo de lucha revolucionaria de clase, cuyas expresiones organizadas han tratado de ser las Internacionales Obreras.

El marxismo, especialmente a través de la teoría y la práctica de la revolución permanente en Trotsky y a través de la teoría y la práctica de la construcción del partido revolucionario en Lenin (centralismo democrático), ha sacado de allí la enseñanza fundamental según la cual, la revolución proletaria es un proceso que se manifiesta a través de la espontaneidad creadora de las masas, y según la cual la victoria de esta revolución depende, ante todo, de la existencia de un partido obrero internacional capaz de asumir la dirección del proceso histórico objetivo.

En cuanto las condiciones objetivas de la revolución socialista proletaria se han producido a partir de las contradicciones propias del modo de producción capitalista llegado a su fase imperialista, al comienzo de nuestro siglo, la pregunta decisiva es la de las condiciones subjetivas de esta misma revolución, a saber, de la existencia y de la actividad suficientemente eficaz del partido mundial del proletariado. El antagonismo entre las tendencias revolucionarias y las tendencias reformistas, en la Internacional Obrera, de 1900 a 1914, y luego el antagonismo entre las fuerzas de la revolución y las de la contrarrevolución con el desarrollo del movimiento obrero, de 1917 a nuestros días, permiten, a quien los analiza con rigor, comprender no sólo la historia de ese movimiento, sino también el devenir de los procesos sociales de nuestra época, el devenir de la humanidad contemporánea en conjunto.

VI. ¿REFORMISMO O REVOLUCIÓN?

LA FORMACIÓN y el desarrollo de los grandes partidos obreros que constituyen las secciones nacionales de la Segunda Internacional se han efectuado en el tiempo mismo en que el capitalismo pasaba de su fase competitiva a su fase imperialista. Esto significa que en el momento en que el proletariado llegaba a erigirse en clase organizada y consciente de sí misma y hacerse reconocer como tal por la burguesía, la concentración de la producción y del capital determinaba la creación de empresas gigantes y de *trusts* dominados por un gigantesco aparato bancario que entrañaba un remodelamiento de la economía y de la sociedad, cuya naturaleza y alcance no han sido correcta e inmediatamente captados por la mayoría de los dirigentes del movimiento obrero.

Habría que esperar los análisis de Lenin, en 1916, para que el imperialismo sea científicamente definido como una fase del capitalismo y no como una simple política de los grandes Estados modernos, y para que sea identificado como la fase última de la evolución del capitalismo con su cortejo de fenómenos parasitarios y putrefactos. De 1900 a 1914, los rasgos propios de esas fases supremas son, las más de las veces, percibidos como señales de refuerzo, hasta de racionalización progresista, del sistema capitalista.

Inicialmente contruidos con vistas a la destrucción del orden burgués, es decir, con vistas a la revolución proletaria, los partidos socialdemócratas sufren, bajo diversas formas, las presiones ejercidas sobre ellos por el imperialismo, cuyo objetivo es, evidentemente, obstaculizar el proceso revolucionario y su dirección por la Internacional Obrera. Y a partir de allí debemos tratar de comprender lo que ha ocurrido durante el cuarto de siglo de existencia y de funcionamiento de la Segunda Internacional (1889-1914).

Después del fin de la Asociación Internacional de los Trabajadores, Engels había proclamado que la próxima Internacional sería marxista. Y de 1889 a 1895, efectivamente, Engels hizo todo lo posible para que la nueva dirección del movimiento obrero fuera revolucionaria, es decir, marxista.

En realidad, en los diez últimos años del siglo XIX, los progresos del marxismo, en detrimento de las tendencias proudhonianas y bakunistas, son sensibles en la mayor parte de los países del continente europeo. Progresivamente, los anarquistas son excluidos o se excluyen ellos mismos de los partidos socialdemócratas en formación. Tal es el caso especialmente en Austria-Hungría, en Italia, en España, en Rusia y en Francia. La victoria del marxismo se traduce en el rechazo del antiguo economismo y en la adhesión generalizada a la lucha por la conquista del poder político como imperativo supremo del movimiento obrero.

No sólo el marxismo anima la socialdemocracia alemana, sino que también guía las actividades de la socialdemocracia en Austria-Hungría, en Rusia, en los Países Bajos, en Bélgica y en los países escandinavos. Las primeras obras de Lenin muestran que, para él y otros militantes, la socialdemocracia se confunde con el marxismo, y que el Partido Socialdemócrata de Alemania es el hogar del cual parte la influencia del marxismo sobre el conjunto del movimiento obrero.¹

No cabe duda de que la influencia del marxismo sigue siendo débil en el interior de las organizaciones proletarias de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos. Pero la sólida implantación del marxismo en el corazón del continente europeo, y, sobre todo, su progresión espectacular permiten apreciar el período de fines del siglo XIX como el de una verdadera primavera histórica del movimiento obrero revolucionario internacional. Así, no es sorprendente comprobar que casi todas las grandes organizaciones obreras de hoy tienen sus orígenes y sus raíces en esa primavera de la Internacional Obrera.

El paso del capitalismo de su fase competitiva a su estado imperialista da a la burguesía de los grandes países industriales ciertos medios circunstanciales para oponerse al progreso de la Internacional y al ascenso de las fuerzas revolucionarias. Esos medios tienen esencialmente por base la formación de una capa superior de trabajadores que la explotación de las colo-

¹ Cf. *Ce que sont les "amis du peuple" et comment ils luttent contre les socialistes démocrates* (1894), tr. fr. Editions du Progrès, Moscou, 1966, 309 pp.

nias permite a la burguesía imperialista retribuir de manera relativamente elevada; se trata de ese estrato llamado por Lenin la *aristocracia obrera*.

El imperialismo, ya lo hemos dicho, se caracteriza especialmente por la exportación de los capitales de los países industriales hacia los países no industriales transformados, a fines del siglo XIX, en colonias o semicolonias. La explotación y aun la sobreexplotación de la mano de obra de esos países — en el lugar y a través de la migración forzada de una parte de esta mano de obra a las metrópolis coloniales — dan a las burguesías imperialistas enormes ganancias. En esas condiciones, no dejan de abandonar a un estrato superior del proletariado de los países industriales lo que llama Lenin las "migajas" del festín imperialista con el fin de corromper a esta "aristocracia obrera" y separarla de la masa del proletariado y su combate de clase.

Así, escribe Lenin:

Es preciso hacer notar que, en Inglaterra, la tendencia del imperialismo a escindir a los obreros y a acentuar el oportunismo entre ellos, a llevar a cabo una descomposición temporal del movimiento obrero, se manifestó mucho antes de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Esto se explica porque, desde mediados del siglo pasado, existían en Inglaterra dos importantes rasgos distintivos del imperialismo: inmensas posesiones coloniales y situación de monopolio en el mercado mundial. Durante decenas de años, Marx y Engels estudiaron sistemáticamente esa relación entre el oportunismo en el movimiento obrero y las particularidades imperialistas del capitalismo inglés. Engels escribía, por ejemplo, a Marx el 7 de octubre de 1858: "El proletariado inglés se va aburguesando de hecho cada día más; por lo que se ve, esta nación, la más burguesa de todas, aspira a tener, en resúmenes cuentas, *al lado* de la burguesía, una aristocracia burguesa y un proletariado burgués. Naturalmente, por parte de una nación que explota al mundo entero, esto es, hasta cierto punto, lógico."²

¡Hasta cierto punto, solamente! Pues es bien claro que la burguesía imperialista no puede aburguesar al proletariado

² Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, op. cit., pp. 138-139.

explotado por ella, en su conjunto. Pero la formación de la "aristocracia obrera", es decir, de un estrato aburguesado del proletariado basta, como lo muestra Lenin, para introducir la división en la clase obrera y para utilizar esta división con fines contrarrevolucionarios.

Se plantea entonces una nueva pregunta: el movimiento obrero internacional, dirigido por la Segunda Internacional, ¿cómo ha podido, mediante un número importante de sus dirigentes, abandonar a tales presiones del imperialismo? La respuesta se sitúa, según nosotros, en la estructura y el funcionamiento de los partidos socialdemócratas, al menos en lo que ha ocurrido en este funcionamiento.

Estos partidos, vastas organizaciones de importancia nacional, están organizados sobre una base las más de las veces territorial; sus secciones son, en su mayoría, secciones locales, antes que secciones de empresas. En esas secciones, elementos de origen pequeñoburgués (abogados, médicos, profesores, administradores) rodean a los militantes de origen proletario: situación nueva por relación a la Primera Internacional cuyos efectivos eran casi exclusivamente obreros. Estos intelectuales de origen pequeñoburgués disponen en las secciones de los partidos socialdemócratas de las ventajas de la elocuencia y de cierto saber por relación a los obreros, culturalmente mutilados por la explotación capitalista. Así, esos intelectuales han llegado bastante pronto a ser proporcionalmente más numerosos que los obreros en las diferentes instancias responsables de los partidos y sobre todo en los puestos conquistados por sufragio universal: municipalidades, asambleas cantonales y regionales y parlamentos nacionales. A través de estos fenómenos se ha constituido progresivamente una especie de *capa dirigente* de los partidos socialdemócratas sobre la cual han perdido control los militantes de base.

Las organizaciones de la Primera Internacional eran de dimensiones reducidas y funcionaban, por consecuencia de la represión de los gobiernos burgueses, en la clandestinidad. Por causa de ello, o a pesar de ello, el control de los responsables por los militantes de base no planteaba aún graves problemas. En cambio, las organizaciones de la Segunda Internacional contaban con adherentes por millares y aun por decenas

de millares. Por ello han tenido que resolver problemas de funcionamiento. Para asegurar su buen funcionamiento, los partidos socialdemócratas y, al mismo tiempo, las confederaciones sindicales se han dotado de servicios administrativos indispensables; esto es lo que se llama su *aparato* (del término alemán *Apparat*). Y son precisamente esos aparatos, formados por militantes convertidos en los permanentes de la organización, los que han escapado del control democrático de la base de los partidos y de los sindicatos.

La afirmación de que el movimiento obrero había de desembarzarse de todo aparato y remitirse a la espontaneidad revolucionaria de las masas está desprovista de consistencia, pues, para vencer en la lucha que las oprime al sistema capitalista y, finalmente, para destruirlo, esas masas tienen necesidad de dar a su movimiento espontáneo los medios de la organización. Ahora bien, la organización, a cierta escala, no podría prescindir de esta estructura interna, indispensable a su funcionamiento, que es precisamente un aparato. La verdadera pregunta planteada al movimiento obrero desde la época de la Segunda Internacional y que sigue vigente hoy —aun cuando sea a partir de elementos en parte diferentes— no es la existencia o la no-existencia de aparatos políticos y sindicales; es el ejercicio de un control de esos aparatos por la base del partido o del sindicato de tal manera que las organizaciones obreras (incluso sus indispensables aparatos) funcionen al servicio de los intereses fundamentales del proletariado.

Los problemas de las relaciones entre los seres humanos y las instituciones de su vida colectiva, que las "ciencias sociales" plantean hoy de manera demasiado a menudo abstracta, tienen, en realidad, sus raíces esenciales en la historia del movimiento obrero, especialmente en el periodo de la Segunda Internacional. En todo caso, es allí donde encontraron su concreción por excelencia; pues esta historia, entre 1900 y 1914, se vuelve la de la transformación de la mayor parte de los partidos socialdemócratas, de instrumentos del combate revolucionario del proletariado, que eran inicialmente, a instrumentos de la colaboración de clase, por culpa de las burguesías imperialistas.

En efecto, en esos partidos se opera progresivamente una

distinción entre lo que se ha convenido en nombrar el *programa máximo* de la socialdemocracia, a saber, la revolución proletaria y la instauración del socialismo, y lo que se llama el *programa mínimo*, es decir, reformas de tal naturaleza que atenúen los aspectos de la explotación capitalista sobre la suerte cotidiana de las masas y que mejoren las condiciones de existencia del proletariado. A partir de esta distinción, dirigentes políticos y sindicales, en número creciente, se ocupan cada vez más de obtener reformas, y cada vez menos de preparar la revolución socialista. El *reformismo* es fundamentalmente este abandono de la revolución en provecho de una política exclusivamente orientada hacia la obtención de reformas, en el marco mínimo del sistema capitalista, contribuyendo así a su mantenimiento.

Las causas del reformismo son claras: residen en las presiones que el imperialismo ejerce sobre el movimiento obrero organizado y sobre las masas en conjunto. Sus medios no son menos claros: consisten en alentar el desarrollo de la "aristocracia obrera" y en desviar, mediante la burguesía, los aparatos del movimiento obrero y de sus cuadros para sustituir la práctica de la lucha revolucionaria del proletariado por la de la colaboración de las clases, bajo pretexto de un mejoramiento gradual de la condición obrera. Por último, sus formas son fáciles de discernir: se trata del *oportunistismo*, por el cual los dirigentes se adaptan al orden burgués existente y tratan de arrastrar a las masas tras ellos; se trata del *electoralismo*, por el cual los aparatos socialdemócratas hacen pasar la obtención del mayor número de sufragios, en las elecciones oficiales, antes que el enfrentamiento entre las clases, y aun contra él; se trata del *ministerialismo*, que sirve para justificar el ingreso de un dirigente obrero en un gobierno burgués; se trata, por último, del *revisionismo*, que es una tentativa de justificación "teórica" del reformismo por la "revisión" del marxismo, es decir, por su abandono completo efectuado bajo una forma brutal o bajo una forma hipócrita y como almbarrada.

El desarrollo del reformismo que ha conducido al fracaso de la Segunda Internacional el 4 de agosto de 1914, sólo puede comprenderse a partir de las relaciones que se han establecido entre, por una parte, las burguesías imperialistas que trataban

de impedir la explosión de la revolución proletaria y, por otra parte, esta capa de esencia pequeñoburguesa que ha nacido de la burocratización de los aparatos de los partidos socialdemócratas y de las centrales sindicales. Pequeñoburgueses de origen que habían adquirido responsabilidades en el movimiento obrero y mandatos electorales gracias a él, y proletarios convertidos en nuevos pequeñoburgueses por sus promociones a responsabilidades y a puestos de esta índole, los jefes de la democracia social, escapando del control de la base, han constituido una burocracia con intereses propios, distintos de los del proletariado y aun opuestos a ellos.

Instalados en los parlamentos, las asambleas regionales y las municipalidades, en los sindicatos y sus obras sociales, esos burócratas se han convertido en *gestionarios*, que pronto olvidaron los intereses históricos del proletariado, y luego se volvieron hostiles al "movimiento verdadero" de la clase obrera que amenazaba con hacerles perder sus privilegios. Así, el reformismo, lejos de ser esencialmente un error de apreciación global, una falta teórica, ha sido y sigue siendo un efecto de las relaciones y colaboración que se establecían y desarrollaban entre la burguesía y los burócratas, relaciones nacidas en el interior del movimiento obrero. En suma, el reformismo es la expresión política de una base social constituida por esta burocracia de los aparatos políticos y sindicales del movimiento obrero.

El "movimiento verdadero" de la clase obrera, para hablar como lo hacía Marx en la época de la Primera Internacional, continuaba en la época de la Segunda Internacional siendo un movimiento de enfrentamiento del sistema capitalista tendiente a la destrucción de ese sistema. El reformismo no ha brotado del proletariado considerado en su conjunto; ha surgido de la burocracia que se ha desarrollado parasitariamente en el interior del movimiento obrero, y el revisionismo no es más que la tentativa de justificación ideológica de la práctica de esta burocracia.

En 1899, Bernstein, al publicar una obra intitulada *Socialismo teórico y socialdemocracia práctica*, da al revisionismo su manifiesto.³ Según él, la revolución proletaria, la dialéctica mate-

³ Traducción francesa, Editions P. V. Stock, Paris, 1900.

rialista y hasta la teoría de la plusvalía son expresiones del romanticismo de Marx en la época de la Revolución de 1848. A ello pretende oponer Bernstein hechos nuevos que exigen una "adaptación" de la estrategia y de la táctica del movimiento obrero. Esos hechos nuevos consisten principalmente en el crecimiento de los efectivos de las "clases medias" en un país como Alemania en pleno proceso de industrialización rápida, y en la disminución correlativa de los efectivos proletarios y de su importancia sociológica. Por ello, la socialdemocracia alemana debería luchar para obtener reformas y para ganar, de ser posible, la mayoría de los escaños en el Reichstag con el fin de provocar la transformación gradual de la sociedad capitalista en una sociedad socialista.

A ello responde Kautsky, en *El marxismo y su crítico Bernstein*,⁴ que entre las clases medias conviene distinguir entre las antiguas capas medias —agricultores explotadores, tenderos y miembros de las profesiones liberales, cuyos efectivos no dejan de disminuir a través de las crisis cíclicas de la economía capitalista, y un número creciente de cuyos miembros también se encuentra precipitado a la masa de los asalariados—, y las nuevas capas medias —técnicos, ingenieros, administradores, que ulteriormente han sido designados bajo la apelación genérica de *cuadros*—, cuyos efectivos aumentan, pero de quienes conviene reconocer que sus miembros no son, económicamente hablando, más que asalariados. Contra Bernstein, Kautsky muestra que la previsión por Marx del aumento numérico del proletariado, lejos de ser invalidada por los "hechos nuevos" se encuentra, por lo contrario, verificada por la evolución económica y social de fines del siglo XIX. Este debate que opuso a Kautsky, por entonces fiel al marxismo, y Bernstein, iniciador del revisionismo, sigue pareciéndonos actual, tomando en cuenta los argumentos "sociológicos" que la ideología burguesa aún presenta, en 1979, contra el marxismo, y la verificación efectuada por éste de la *salarización* progresiva de los miembros de las antiguas clases medias, es decir, de lo que fue antaño la pequeña burguesía.

Apoyándose en la existencia de una "aristocracia obrera"

⁴ Traducción francesa, P. V. Stock, París, 1900.

y sobre todo en la formación de una burocracia de esencia pequeño-burguesa en el interior mismo del movimiento obrero, el revisionismo bernsteiniano trata de "teorizar" el reformismo, pretendiendo que la clase obrera está aburguesándose y que en adelante, lo importante para ella no es la revolución —tildada de utópica— sino el mejoramiento de su suerte cotidiana, por la conquista pacífica y gradual de una sucesión de reformas. En el prólogo a la edición francesa de su libro, Bernstein declara que la complejidad de la realidad social contemporánea lo ha llevado a adoptar y a preconizar un "método sincrético o ecléctico", en oposición completa —precisaremos nosotros— con el carácter a la vez analítico y sintético del materialismo histórico. ¿No hay, a este respecto, una especie de ingratitud de las "ciencias sociales" actuales que, casi sin referirse a Bernstein, desconocen el papel del revisionismo antimarxista en la génesis de su concepción de los hechos sociales y de su método de investigación de esos hechos?

En realidad, hay que saber distinguir los fenómenos psicosociales de integración relativa de la clase de los asalariados en el sistema institucional de las sociedades capitalistas actuales, y los datos económicos fundamentales que atestiguan que esta clase sigue sufriendo la explotación capitalista y siendo excluida de toda iniciativa y de todo control relativo a la producción y a la vida social, mientras que sus efectivos no dejan de crecer, aumentando sin cesar con individuos que pierden, a través de las crisis sucesivas, su antigua condición pequeño-burguesa, mientras que, permanentemente, se ven atenuados por el doble proceso de la inflación y del desempleo.

Es cierto que el Congreso de la Socialdemocracia Alemana, reunido en Dresde, en 1903, ha condenado el reformismo, su expresión ideológica —el revisionismo de Bernstein— y su aplicación práctica extrema: el ministerialismo, es decir, en el caso, el ingreso del socialista Millerand en el gobierno burgués de Waldeck-Rousseau, en Francia. El Congreso de la Internacional Obrera, celebrado en París en 1900, ya había estigmatizado el ministerialismo, y el de Amsterdam, en 1905, rechazó, también él, las diversas tentaciones del oportunismo. Pero, como el reformismo tenía su fuente no en la ideología sino en una base social engendradora por la burocratización cre-

ciente de las organizaciones obreras, esas condenaciones, esas estigmatizaciones, y esos rechazos no podían contener seriamente su progreso.

En el momento mismo en que la Internacional Obrera disponía de una potencia organizativa jamás alcanzada en la historia, esta progresión del reformismo destruía, desde el interior, su fuerza revolucionaria inicial y la conducía a la degeneración. Sin embargo, una minoría de los dirigentes, tomando conciencia de esta evolución, se esforzaban por oponerse a ella práctica y teóricamente: Lenin y Trotsky, cada uno a su manera, en Rusia; Rosa Luxemburgo y Mehring en Polonia y en Alemania.

Desde antes de la ofensiva revisionista bernsteiniana, Rosa Luxemburgo escribía en su obra *¿Reforma social o revolución?* (1898-1899):

Es posible que el título del presente escrito cause, a primera vista, cierta sorpresa. ¿Reforma social o revolución? ¿Es que la socialdemocracia puede estar *contra* la reforma social? ¿O es que puede oponer a la reforma social la revolución social, la transformación del orden establecido, lo que constituye su meta final? Desde luego que no. Para la socialdemocracia, la lucha práctica cotidiana dentro del sistema existente por reformas sociales, por la mejora de la situación del pueblo trabajador, por las instituciones democráticas, supone el único camino posible para dirigir la lucha de clases proletaria y para avanzar hacia la meta final, es decir, la conquista del poder político y la abolición del trabajo asalariado. Entre reforma y revolución existe, para la socialdemocracia, un vínculo indisoluble, puesto que concibe la lucha por las reformas como un *medio*, mientras que la revolución social es para ella el *fin*.

Pero como la meta final del socialismo constituye el único momento decisivo que distingue al movimiento socialdemócrata de la democracia burguesa y del radicalismo burgués, como es lo único que hace que el movimiento obrero en su conjunto no se convierta en un vano empeño de apuntalar el orden capitalista, sino que hace de él una lucha de clases *contra* este orden por la abolición de este orden.⁵

En suma, aquí ya se ha dicho lo esencial con relación al problema de las reformas y de la revolución, términos que no son opuestos entre sí más que por quienes, conscientemente o no, tienden a conservar el orden social existente. Esta advertencia no ha impedido que los burócratas de la socialdemocracia, los bonzos, como se decía en Alemania, hayan, en los 15 años siguientes, sustituido, cada vez más, la organización de la lucha revolucionaria tendiente a la destrucción del modo de producción capitalista por la preocupación de las reformas erigidas por ellos como un fin en sí mismo.

La transformación de los partidos obreros socialdemócratas en partidos contrarrevolucionarios—Lenin ha dicho: en *partidos obreros burgueses*—no proviene de una fatalidad en virtud de la cual los instrumentos de la acción humana debieran escapar inevitablemente a sus creadores y volverse contra ellos; es el resultado de un proceso sociohistórico perfectamente localizable, fechorable y explicable.

La prueba de que ese proceso no tenía nada de fatal es administrada por Lenin en su esfuerzo de construcción en el interior de la socialdemocracia rusa del que llegará a ser, a partir de 1912, el Partido Bolchevique. En efecto, en el Congreso de 1903 del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, se enfrentan dos tendencias sobre el artículo primero de los estatutos del partido. Los unos, con Lenin a la cabeza, estiman que el partido debe quedar exclusivamente compuesto de militantes que participen regularmente en las reuniones de las organizaciones de base, pagando regularmente sus cuotas y aplicando, en el exterior, la política decidida en los congresos y puesta en práctica por el comité central, cualesquiera que sean sus posiciones personales siempre expresables en el interior del partido. Los otros piensan que el partido debe seguir más largamente abierto, que puede reunir a la vez a militantes y a simpatizantes y que no conviene exigir a sus miembros una disciplina tan estricta como la que era preconizada por Lenin. Se ha llamado *bolcheviques* a los primeros, porque eran mayoritarios en el congreso de 1903, y *mencheviques* a los segundos, que estaban en minoría. En el aspecto histórico, esta divergencia sobre los estatutos, sobre la naturaleza y el funcionamiento del partido debía revelarse como una oposición in-

⁵ Rosa Luxemburgo, *¿Reforma social o revolución?*, Grijalbo, pp. 45-46.

salvable entre, por una parte, el marxismo y su concepción del partido obrero y, por otra parte, el reformismo y su ideología revisionista que trataba de "adaptar" el movimiento obrero al orden social existente, traduciéndose, en la práctica, por la colaboración de clase.

En el interior de la Segunda Internacional, víctima del reformismo y del revisionismo, la fracción bolchevique del POSDR constituye una notable excepción. A través de sus actividades se construye el futuro Partido Bolchevique cuyas estructuras y funcionamiento difieren por completo de los de los otros partidos obreros de la época. Así este partido, de un tipo nuevo y conforme a las concepciones y a la práctica organizativa de Marx y de Engels, servirá de modelo, en 1919, en la construcción de una nueva Internacional, la Internacional Comunista. En *¿Qué hacer?*, publicado en 1902, Lenin había expuesto los principios que debían ser de los bolcheviques, al año siguiente. Se trataba, según él, de construir una organización proletaria, revolucionaria y centralizada que permitiera a los trabajadores obtener la victoria. Ciertamente que su exposición toma en cuenta particularmente la situación en Rusia y las necesidades de la lucha contra el Estado zarista. Pero su alcance rebasa el marco ruso; concierne al conjunto del movimiento obrero internacional, como debían comprenderlo, sin unirse inmediatamente, Rosa Luxemburgo y Trotsky, y como debía comprenderlo, para combatirlo, Kautsky.

En *¿Qué hacer?*, Lenin critica a la vez a los "economistas", es decir, a los partidarios de una acción puramente económica de la clase obrera rusa, juzgada por ellos como aún incapaz de plantear los problemas políticos del poder de Estado, y a los terroristas, es decir, los partidarios de la violencia individual como medio esencial, por no decir único, de la destrucción del Estado zarista y, más generalmente, de toda sociedad fundada sobre la explotación del hombre por el hombre:

Los "economistas" y los terroristas de nuestros días tienen una raíz común: *el culto a la espontaneidad*, del que hemos hablado [...] como de un fenómeno general[...].
[...]. Los "economistas" y los terroristas rinden culto a dos polos diferentes de la corriente espontánea: los "economistas", a

la espontaneidad del "movimiento puramente obrero"; los terroristas, a la espontaneidad de la indignación más ardiente de los intelectuales, que no saben o no tienen la posibilidad de vincular la labor revolucionaria al movimiento obrero para formar un todo.⁶

Para Lenin, se trata de conjugar el desarrollo espontáneo de las masas que es la fuente de la revolución social, y la organización revolucionaria que, a partir del saber marxista, permite al movimiento de masas vencer en la lucha de clases. La espontaneidad de las masas es un dato objetivo que existe independientemente de la actividad de los militantes revolucionarios: fue ella la que condujo y que conducirá a las explosiones revolucionarias. En cambio, la existencia de una organización de clase del proletariado, independiente de la burguesía y capaz de dirigir el movimiento de las masas y de conducirlo a la victoria, queda subordinada a las actividades de los militantes que se han fijado por tarea construirla.

Esta construcción exige la formación de "revolucionarios profesionales" enteramente dedicados, ya sean de origen obrero o de origen intelectual pequeñoburgués, a la dirección y al funcionamiento del partido. Ello se expresa de la manera siguiente:

Pues bien, yo afirmo: 1) que no puede haber un movimiento revolucionario sólido sin una organización de dirigentes estable que guarde la continuidad; 2) que cuanto más vasta sea la masa que se incorpore espontáneamente a la lucha — y que constituya la base del movimiento y participe en él —, tanto más impetuosa será la necesidad de semejante organización y tanto más sólida deberá ser ésta (pues con tanta mayor facilidad podrán los demagogos de toda laya arrastrar a los sectores atrasados de la masa); 3) que dicha organización debe estar formada, en lo fundamental, por hombres que hagan de las actividades revolucionarias su profesión; 4) que en un país autocrático, cuanto más restringamos el contingente de miembros de dicha organización, incluyendo en ella sólo a los que hacen de las actividades revolucionarias su profesión y que tengan una preparación pro-

⁶ *¿Qué hacer?*, Moscú, 1971, pp. 175-176.

fesional en el arte de luchar contra la policía política, tanto más difícil será "cazar" a esta organización, y 5) tanto *mayor* será el número de personas de la clase obrera y de las otras clases de la sociedad que podrán participar en el movimiento y colaborar en él de un modo activo.⁷

¡Cuántas estupideces y calumnias han sido proferidas contra esta concepción del partido revolucionario y de su aparato organizador! Algunos han pretendido que Lenin se había inspirado en el populista-terrorista Netschaiev, casi en Ignacio de Loyola, el fundador de la orden de los jesuitas, pues el "militante profesional" debía obedecer la dirección del partido *pe-rinde ac cadaver*.⁸ Otros, más recientemente, han creído reducir la concepción leninista del partido al modelo socialdemócrata alemán, del que Lenin habría sido aun en 1902 su admirador incondicional. Y, sobre todo, los antimarxistas afirman sin interrupción desde hace cincuenta años, que el partido concebido y realizado por Lenin llevaba en él lo que inevitablemente debía conducir al totalitarismo staliniano. Trotsky ya había declarado en 1903, cuando estaba en desacuerdo con los principios de organización defendidos por Lenin, que conducirían "a la dictadura del partido sobre la clase obrera, a la del comité central sobre el partido y, por último, a la de un hombre sobre el comité central". Sin embargo, en 1917, Trotsky ha adoptado plenamente la concepción leninista del partido y, en los últimos 15 años de su vida, ha analizado y explicado el stalinismo de una manera totalmente distinta, y no a partir de su fórmula polémica de 1903.

En realidad, Lenin—sobre las huellas de Marx y de Engels—trata de combinar el movimiento espontáneo de las masas y la organización revolucionaria para llevar a la victoria definitiva del proletariado. Para ello, le parece necesario construir una organización proletaria centralizada; y, en este punto, reacciona contra la imprecisión de las organizaciones socialdemócratas de comienzos del siglo y contra su invasión por "aficionados", que llevan en sí mismos todas las formas del oportunismo, del reformismo y del revisionismo. Ciertamente en 1902 Kautsky

⁷ *Ibid.*, p. 215.

aún no ha roto con el marxismo. Pero las concepciones de Lenin, en materia de organización, no tienen nada de kautskianas.

En la época de la concentración siempre creciente de la producción y del capital, en la época de los grandes Estados imperialistas, tan sólo una organización centralizada del proletariado, a la escala nacional y a la escala internacional, puede permitirle vencer. La historia acredita hoy al Partido Bolchevique con la victoria revolucionaria de octubre de 1917; lo cual es justo. En cuanto a la degeneración interior de ese partido, sobre la cual hablaremos largamente,⁸ no puede comprenderse sino a partir de cierta base social—la de la burocracia soviética—y no a partir de los conceptos de Lenin, como algunos se esfuerzan por hacerlo creer.

Fundamentalmente, esas concepciones han encontrado su expresión en lo que Lenin llamaba el *centralismo democrático*, es decir, el derecho para cada militante de defender sus opiniones en el partido (democracia proletaria) y su deber de aplicar la política decidida por la mayoría del congreso y puesta en vigor por el propio comité central, aun cuando haya divergencias estratégicas o tácticas (disciplina revolucionaria). El centralismo democrático y sus garantías estatutarias de funcionamiento (derecho a la organización de tendencias y aun de fracciones) no han constituido, para nada, la causa de la degeneración burocrática staliniana del Partido Bolchevique a partir de 1923. Más aún: son la violación y la destrucción del centralismo democrático por la burocracia staliniana y su renplazo por un centralismo burocrático los factores que constituyen las causas esenciales de la instauración del totalitarismo en la URSS y en otros países dirigidos por partidos comunistas.

Antes de proseguir con el desarrollo de tales cuestiones, comprobemos que, en 1912, la fracción bolchevique del posdr se convirtió en un partido obrero muy distinto de los otros partidos de la Segunda Internacional. Ello no impedirá el desplome de esta Internacional en el momento en que estalla la primera Guerra Mundial; pero ello permitirá a los bolcheviques trabajar, de manera decisiva, a través de la guerra y de la revolución, en la construcción de la Tercera Internacional.

⁸ Véase el cap. IV: "La evolución del Estado soviético de 1923 a nuestros días".

Desde los primeros años de nuestro siglo, las amenazas de guerra entre Estados imperialistas, añadiéndose a las guerras coloniales, plantean a la Internacional Obrera y a sus partidos la pregunta más temible. Sin duda, los congresos de la Internacional denuncian el colonialismo, con excepción de algunas voces como las de Van Kol y de Hyndman, unidos a la pretendida "misión civilizadora" de Europa. Pero en 1919, el Primer Congreso de la Internacional Comunista podrá, con razón, apreciar las posiciones de la Segunda Internacional de la manera siguiente: "Ya en 1907, en el Congreso Internacional de Stuttgart, cuando la Segunda Internacional abordaba la cuestión de la política colonial y de las guerras imperialistas, resultaba que más de la mitad de la Segunda Internacional y la mayoría de sus dirigentes estaban, en esas cuestiones, mucho más cercanos a los puntos de vista de la burguesía que de los puntos de vista de Marx y de Engels." Ello significa que detrás de las declaraciones casi unánimes contra el colonialismo y contra la guerra imperialista, había otra realidad, a saber, la colaboración de la mayoría de los dirigentes socialdemócratas con su propia burguesía imperialista y por consiguiente, su incapacidad o aun su negativa de movilizar a las masas contra el colonialismo y contra la guerra imperialista.

La resolución del Congreso de Stuttgart declara explícitamente: "Si una guerra amenaza con estallar, es deber de la clase obrera en los países en cuestión, es deber de su representante en el Parlamento, con ayuda de la Oficina Socialista Internacional, fuerza de acción y de coordinación, hacer todos sus esfuerzos para impedir la guerra por todos los medios que le parezcan más apropiados y que varían naturalmente, según el encono de la lucha de clases y la situación política general."

A través de esas fórmulas, se ve que la mayoría de los dirigentes de la Segunda Internacional se contentaban con oponer a la guerra imperialista, cada vez más amenazante, el pacifismo espontáneo de las masas que se trataba de organizar. Esto es evidentemente no tener en cuenta que, sin destruir el modo de producción capitalista, es imposible impedir que éste engendre, a partir de la agravación de sus contradicciones, diversos conflictos bélicos.

Comprendiendo esto, una minoría del congreso, que agru-

paba especialmente a Rosa Luxemburgo, Lenin y Martov, propuso una enmienda en la que se puede leer: "En el caso en que de todas maneras estallara la guerra, los socialistas tienen el deber de intervenir para hacerla cesar rápidamente y utilizar con todas sus fuerzas la crisis económica y política creada por la guerra para agitar las capas populares más profundas y precipitar la caída de la dominación capitalista." Así pues, para la mayoría, se trata de responder al estallido de la guerra con el de la revolución. Por lo demás, su enmienda fue adoptada, pero no fue prevista ninguna medida estratégica y táctica, de tal suerte que los progresos del reformismo siguieron poniendo la Internacional fuera de condiciones de resolver el problema de la guerra amenazante.

El Congreso de Basilea, reunido en 1912, en el momento de la primera guerra balcánica (Servia, Grecia, Bulgaria y Montenegro contra Turquía), no logra avanzar más la determinación de medidas internacionales apropiadas, es decir, revolucionarias. En vísperas de la primera Guerra Mundial, una parte de los dirigentes socialdemócratas han abrazado la querrela de su burguesía contra otra burguesía extranjera rival; esos dirigentes se han convertido en lo que Lenin llamará "socialchauvinistas", "socialimperialistas". Otros, como Jaurès en Francia, V. Adler en Austria-Hungría, Kautsky en Alemania, ven en el imperialismo una "política" que creen poder combatir apoyándose en el pacifismo de las masas para hacer presión sobre sus gobiernos respectivos. La mayoría de ellos, con excepción de Jaurès, asesinado en vísperas del conflicto, abandonan su "pacifismo" y, desde el 4 de agosto de 1914, se vuelven "socialchauvinistas", participando en los gobiernos llamados de "Unión Sagrada" y, desde luego siempre, apoyándolos en los parlamentos.

El fracaso de la Segunda Internacional, el 4 de agosto de 1914, no ha sido un acontecimiento súbito; es, por lo contrario, el remate de un proceso de degeneración política que, a través del reformismo, ha consistido en el paso, en cerca de 15 años, de posiciones iniciales de lucha de clase a posiciones finales de colaboración de clase. Así el 24 de julio de 1908, Rosa Luxemburgo escribía, acerca de los problemas de la guerra y de la paz, una carta abierta a Jaurès, de la cual presentamos un extracto:

Los andamiajes políticos que hablan de "Francia", de "Alemania", de "Rusia", de "Inglaterra" y del interés de esas entidades problemáticas, se parecen como dos gotas de agua a las combinaciones de la corporación de los políticos burgueses. Yo creo que los "intereses" de los Estados capitalistas de hoy en política extranjera difieren igualmente mucho, y hasta se oponen diametralmente según que se les considere desde el punto de vista de las clases dominantes o desde el punto de vista del proletariado y de su política de clase.

Me parece, además, que —gracias a la base científica de nuestra concepción del mundo— sabemos muy bien que en el mundo capitalista moderno, la guerra como la paz se deben a causas mucho más profundas que la voluntad o las pequeñas intrigas de los estadistas "dirigentes". En realidad, mientras subsista el capitalismo, habrá entre los Estados antagonismos irreductibles que no harán más que agudizarse con el progreso de la colonización y la repartición del mundo, y que los empujos de las "alianzas" no podrán reducir. Las "alianzas" y las *ententes* de los Estados militaristas no son más que medios disfrazados de reforzar los armamentos y, en caso de necesidad, de extender los peligros de guerra más allá de su dominio inmediato. Me parece que no puede ser tarea de los socialistas nutrir las ilusiones de los apóstoles burgueses de la paz así como su esperanza de mantener la paz por medio de la diplomacia: antes bien, consiste en desenmascarar paso a paso ese juego de fines ridículo y miserable en su impotencia, en su carácter limitado y falaz.⁹

Este texto muestra la admirable lucidez de Rosa Luxemburgo con relación a la política de las potencias, a las hipocresías de su diplomacia y al engendramiento inevitable de la guerra por las contradicciones inherentes al sistema capitalista. Ante ello, Jaurès, tomando al pie de la letra las entidades nacionales, sin plantearse el problema de las clases antagónicas que las desgarran, denuncia "al capitalismo [que] lleva en sí la guerra como la nube lleva la tempestad", sin dejar por ello de proclamar, en una paráfrasis de Bacon: "un poco de internacionalismo aleja de la patria, mucho hace volver a ella". Así, aunque se fuera víctima del imperialismo francés y del chauvinismo de las ban-

⁹ Rosa Luxemburgo, *Le socialisme en France (1898-1912)*, tr. fr. Belfond, 1971, pp. 230-232.

das nacionalistas, Jaurès no llega a adoptar una posición de internacionalismo proletario consecuente. Su idealismo filosófico, su práctica parlamentaria —relativamente independiente de los casos de la srio y completamente independiente del "movimiento real" de la clase obrera, por no decir contrario a ello— han conducido a esta posición, justamente criticada por Rosa Luxemburgo.

La Oficina Socialista Internacional de Bruselas no ha desempeñado, en 1914, un papel comparable al que el Consejo General de la Primera Internacional había desempeñado en 1870. Esta oficina, enteramente dominada por el reformismo, ha dejado, el 4 de agosto de 1914, a los diferentes partidos socialdemócratas —con excepción de la fracción bolchevique del partido ruso— aprobar en votación los créditos militares a los gobiernos imperialistas, abriendo así la puerta a esa matanza mutua de trabajadores: la primera Guerra Mundial.

Pero, como dice Trotsky, "la lucha de clases no tolera interrupción". Por ello, pese a las operaciones militares y el chauvinismo con que la ideología dominante bombardea a las masas, los trabajadores, después del primer momento de estupor, se reorganizan —especialmente en los sindicatos de Inglaterra, Francia y Alemania— y ejercen presión sobre las direcciones de los partidos socialdemócratas para que se restablezcan los nexos internacionales, brutalmente cortados en agosto de 1914.

Ese movimiento se traducirá en dos conferencias internacionales celebradas sobre el territorio helvético, en Zimmerwald, en 1915, y en Kienthal, en 1916. Ciertamente, la mayoría de los delegados alemanes, franceses, ingleses, holandeses, belgas y suizos se mantienen sobre las posiciones del pacifismo y tan sólo predicán la detención de hostilidades, sin anexiones ni depredaciones. Pero Lenin y los otros bolcheviques presentes en esas conferencias, así como Trotsky, logran separar una minoría revolucionaria que se pronuncia por el "derrocamiento revolucionario" y la "transformación de la guerra imperialista en guerra civil revolucionaria". Así, pese al fracaso de la Segunda Internacional, el hilo conductor del movimiento obrero revolucionario no queda interrumpido.¹⁰

¹⁰ Cfr. J. Humbert-Droz, *L'origine de l'internationale communiste. De Zimmerwald à Moscou*. La Baconnière, Neuchâtel, 1968, 253 pp.

El 1º de noviembre de 1914, una resolución del comité central bolchevique —redactada por Lenin— proclama:

La Segunda Internacional ha muerto... ¡viva la Tercera Internacional! En la Tercera Internacional recae la tarea de organizar las fuerzas del proletariado con vistas al asalto revolucionario contra los gobiernos capitalistas, con vistas a la guerra civil contra la burguesía de todos los países, por el poder político, por la victoria del socialismo.

Como es sabido, la revolución estallará, en febrero de 1917, en Rusia, y el Partido Bolchevique, llevado al poder por las masas en octubre, realizará la dictadura del proletariado y emprenderá, en 1919, la organización efectiva de la Tercera Internacional. En nuestros días, el proceso de la revolución mundial —comenzado en 1917 y aún inconcluso—, mientras se desarrolla, continúa dominando el conjunto de los procesos sociales observables. Por ello, el análisis de esos procesos exige la toma en consideración prioritaria de la lucha de clases a la escala mundial y de las relaciones que existen y se transforman entre las masas y el movimiento obrero organizado.

VII. LA CUESTIÓN NACIONAL

EN LA fase del imperialismo, la burguesía ha tratado de utilizar, contra el movimiento obrero revolucionario, esa conciencia de pertenecer a una misma sociedad que ha llamado el sentimiento nacional. Así, la clase dominante ha opuesto a la "cuestión social" como expresión de la lucha de clases, la conciencia nacional como expresión de un interés supuestamente común a las diversas clases o aun trascendente, por relación a los miembros de cualquier clase.

Así pues, la cuestión nacional es la puesta en tela de juicio de una ideología englobante de esta índole y es, al mismo tiempo, una interrogación sobre la naturaleza de lo que sirve efectivamente de fundamento, en la realidad, a semejante ideología.

Ya hemos mostrado cómo los progresos del reformismo, al comienzo de nuestro siglo, condujeron a la Segunda Internacional y a sus organizaciones al desplome del 4 de agosto de 1914. Nos queda por añadir que las masas pudieron ser movilizadas y arrastradas a la guerra no sólo por el temor de la represión a las deserciones y los motines, sino también por la indiscutible influencia que la ideología nacionalista ejercía sobre ellas. Pues si el "movimiento real" de la clase obrera, es decir, su desarrollo histórico organizado y consciente, iba en el sentido del internacionalismo proletario, no es menos cierto que en pro de la gangrena reformista de la Segunda Internacional, la ideología nacionalista —púdicamente designada con el término de patriotismo— había logrado penetrar en las capas menos organizadas y menos conscientes del proletariado y excitar, por cuenta de la burguesía, los viejos prejuicios étnicos, xenófobos y racistas.

Sabemos hoy que la primera Guerra Mundial no estalló porque la mayoría de los franceses quisieran reconquistar Alsacia-Lorena y la mayoría de los alemanes conservarla, ni porque los eslavos de Austria-Hungría quisieran acabar con la dominación de los Habsburgos o los austriacos intentarían conservarla.

Esta guerra fue el resultado de las contradicciones entre las

potencias imperialistas, exacerbadas por la rapidez desigual de desarrollo de las economías nacionales. Pero son las "reivindicaciones" nacionalistas y las aspiraciones nacionalistas las que han servido de justificación para arrastrar a las masas al conflicto y para hacerles aceptar la primera gran matanza europea y hasta mundial.

Hoy, sesenta años después del fin de la primera Guerra Mundial, aún se presenta la cuestión nacional, en el mundo en general y en Europa en particular, con un carácter explosivo. La lucha de los irlandeses de Ulster por liberarse de la dominación inglesa y realizar la unidad de Irlanda, la de los vascos por arrancar a la monarquía de origen franquista el derecho a un Estado vasco, la de los pueblos de la Europa del este y de los pueblos no rusos de la URSS por quebrantar el totalitarismo estatal que los aplasta, también la de las minorías étnicas en diversos países de Europa—incluso en Francia—por destruir el yugo del centralismo opresor, atestiguan en nuestra época la actualidad quemante de la cuestión nacional en Europa, donde parecía resuelta cerca de 1920. Por otra parte, la lucha del pueblo palestino por la creación de un Estado que le sea propio, la de los negros de los Estados Unidos por terminar con la segregación y también con el asimilacionismo opresores, la de los pueblos aún aplastados por el colonialismo, como los de África del sur, de Zimbabwé y de Namibia, y la de las numerosas minorías étnicas que en América Latina, en Asia y en África sufren la opresión de un Estado de esencia extranjera, dan a la cuestión nacional una dimensión nueva, a la escala de todo el planeta.

El análisis de los procesos sociales contemporáneos implica, pues, que esta cuestión se plantee con rigor y que los términos de su elucidación y resolución histórica queden claramente establecidos.

En realidad, nunca ha existido una sociedad humana única. Lo que ha existido siempre han sido sociedades distintas en relación las unas con las otras según el modo del intercambio pacífico o según el modo del enfrentamiento guerrero y, las más de las veces, según los dos modos simultáneamente. Así, no basta con caracterizar una sociedad determinada por las fuerzas productivas y las relaciones fundamentales de pro-

ducción que constituyen su base real. Hay que tratar de comprender también por qué dos sociedades constituyen totalidades separadas.

El análisis toma aquí en consideración ya no el modo de producción según el cual la sociedad se produce por así decirlo ella sola con sus rasgos específicos, sino la *forma global de existencia* de cada totalidad social. Esta forma global de existencia tiene por fundamento una relación determinada con el medio natural. Desde la prehistoria aparecen aquí colectividades de cazadores; allá, colectividades de pescadores y, después, colectividades de ganaderos y colectividades de cultivadores. En el cuadro mismo del comunismo primitivo se han diferenciado las sociedades a partir del tipo de actividades productivas que ha permitido a las unas y a las otras sobrevivir en condiciones ecológicas variadas.

Tales especificaciones van acompañadas por un desarrollo del lenguaje que utiliza, en cada sociedad, fonemas diferentes para responder a necesidades, en parte semejantes, en parte disímboles, de la vida colectiva. La lengua, "sistema de signos socializados", se ha construido por medio de la vivencia singular de cada comunidad humana; por ello, se han encontrado distinguidas y relativamente separadas colectividades vecinas, pero de prácticas productivas diferentes o de prácticas productivas similares aunque separadas por el espacio.

La pluralidad de las lenguas, resultado inevitable de su surgimiento y de su desarrollo al azar de las combinaciones fonemáticas originales, no requiere el recurrir a un mito de la unidad lingüística inicial perdida—como en la construcción de la torre de Babel—, aunque permite comprender naturalmente el proceso de diversificación cultural al que han estado sometidos los seres humanos desde la prehistoria.

A esta pluralidad de lenguas ha correspondido el desarrollo de la ideología más antigua, a saber, la religión. Utilizando temas diferentes, según que se tratara de comunidades de cazadores, de pescadores, de ganaderos o de cultivadores, las religiones más antiguas han sido *étnicas* en el sentido de que cada una de ellas ha sido la ideología reguladora no de los pescadores, de los cazadores, de los ganaderos o de los cultivadores en general, sino de una comunidad singular de pescadores, de

cazadores, de ganaderos o de cultivadores que utilizaban su sistema singular de signos socializados.

Hasta el punto en que la etnología o antropología cultural sea capaz de arrancarse a esos balbuceos coloniales, descubre sin dificultad la unidad temática de las religiones tradicionales de las comunidades de cazadores —por alejadas que estuvieran en el tiempo y en el espacio— o de las unidades de pescadores o de las comunidades de cultivadores o de las comunidades de ganaderos. Pero, inmediatamente después, se ve obligada a comprobar que esta unidad temática va acompañada de una diversidad de las formas de expresión en el interior de cada categoría definida por la identidad de la práctica productiva.

Ello significa que antes de la escisión de la sociedad en clases antagonicas sobre la base de la creación de un producto excedente, las comunidades humanas se han diversificado en sociedades distintas por su tipo de actividad productiva y, en el interior de un mismo tipo de esta naturaleza, por la lengua y la expresión ideológica religiosa, asegurando así la regulación de su funcionamiento.

Consideradas desde el punto de vista de su forma global de existencia, las sociedades actualmente observables han brotado, pues, de especificaciones que se remontan a la prehistoria, que podemos llamar *pueblos* o, si se quiere hablar griego, *etnias*.

Conviene aquí no confundir el concepto esencialmente cultural e histórico de pueblo o de etnia con la noción seudobiológica de raza. Sin duda, el devenir biológico de la especie humana ha sido acompañado de diversificaciones morfológicas que daban a tal población una apariencia media diferente de la de tal otra: estatura, forma del cráneo, coloración de la piel, aspecto del sistema piloso, etcétera. Pero, como el ser humano literalmente se gestó produciendo sus bienes materiales y sus instrumentos de trabajo en relaciones sociales determinadas, la variedad morfológica de las poblaciones no ha desempeñado ningún papel determinante en ese proceso de humanización. Por tanto, resulta perfectamente anticientífico pretender deducir de un conjunto de rasgos morfológicos un tipo cualquiera de aptitudes o un grado cualquiera en una

escala de aptitudes. Así, los pueblos o etnias, por lejos que se puedan tratar de captar sus orígenes, no constituyen nunca totalidades biológicas homogéneas. Por ello, las variedades morfológicas existentes en el interior de la especie humana no expresan razas ni subespecies distintas como se pueden observar entre los animales o los vegetales.

Formados en el interior de poblaciones mezcladas desde la prehistoria, aun si a veces presentan ciertos rasgos morfológicos comunes, los pueblos o etnias son productos de un proceso sociohistórico, que ha conferido a sus miembros una comunidad ante todo lingüística o ideológica, es decir, inicialmente religiosa. Lo que la antigüedad ha designado con los nombres de celtas, de latinos, de iberos, de germanos, de griegos, de nómadas, de etíopes, de persas, de egipcios, de chinos, de hebreos, de indios, de árabes, etcétera, constituían comunidades de lengua y de religión cuya implantación territorial podía ser variable y cuya unidad política —bajo un mismo Estado— no ha sido ni general ni siquiera a menudo durable. Así ocurrió, por ejemplo, a los griegos que estuvieron divididos en Estados-ciudades múltiples, a pesar de ciertas aspiraciones panhelénicas. De otra manera, los latinos no han conocido unidad política más que en el vasto sistema del imperio romano que les reunió con muchos otros pueblos bajo un mismo poder. Hasta los imperios de Egipto y de Persia, étnicamente más homogéneos, se han integrado bajo la misma autoridad política de otros pueblos, que no los egipcios y los persas propiamente dichos.

El pueblo o etnia no debe ser confundido ni con la raza que no tiene fundamento biológico suficiente en la especie humana, ni con la organización estatal cuyas fronteras casi nunca han coincidido con las de la comunidad étnica. Esta última es un producto del devenir social a través de sus combinaciones en el espacio y en el tiempo, que sobre la base de fuerzas productivas determinadas y de relaciones de producción correspondientes, se caracteriza por la unidad lingüística —sin excluir las diferencias dialectales— y por una cierta unidad cultural cuya expresión institucionalizada fue durante largo tiempo la religión.

Esta forma global de existencia de las sociedades que lla-

manos pueblo o etnia es perfectamente observable a través de la Antigüedad y la Edad Media. Tan sólo a fines de la Edad Media y comienzos de los tiempos modernos, del siglo xv al xvii, las cosas cambian en este dominio. Un doble proceso de agregación y de segregación se opera entre los pueblos de la Europa occidental en relación estrecha con el ascenso social de la burguesía y la formación de los grandes Estados monarco-feudales. Términos como Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, España, etcétera, comienzan a designar comunidades diferentes de las antiguas comunidades étnicas. La *nación* hace su aparición como forma global nueva de la existencia social, comportando una unidad económica fundada sobre el mercado, una unidad política conferida por el Estado y una unidad lingüística y cultural reforzada por los comienzos de las lenguas escritas de la nueva Europa.

El vocabulario levanta un acta, a su manera, del proceso en curso. En la Roma antigua, el término de pueblo (*populus*) designa a la entidad dirigente (*populus romanus*), mientras que el término de nación (*natio*) califica a las poblaciones sometidas. Por lo contrario, en la Francia de la Revolución de 1789, la nación designa al "soberano colectivo" por oposición al monarca, mientras que la palabra pueblo tiende a calificar las poblaciones que aún no se han erigido en naciones o en parte de la nación misma.

Fenómeno ideológico concomitante de la revolución democrática burguesa, las masas —al menos, los que hablan en su nombre— se remiten, de 1789 hasta 1871, a la nación contra los particularismos feudales y clericales. A continuación, a partir de 1880-1890, se produce una inversión. La burguesía, con-verda plenamente en clase dominante, invoca, en su provecho, el interés nacional, la conciencia nacional, mientras que el proletariado se remite, cada vez más, al internacionalismo proletario, sin dejar de sufrir el peso de la ideología dominante, en adelante nacionalista.

De lo anterior podemos sacar una primera enseñanza, a saber, que las sociedades anteriores al modo de producción capitalista han revestido una forma global de existencia que era la del pueblo o etnia, y que la sociedad capitalista ha tomado, en cambio, una forma global de existencia nueva: la

nación. Al mismo tiempo, la ideología de la burguesía convertida en clase dominante ha producido de la nación cierta imagen cuya función ha sido y sigue siendo el mantenimiento de las relaciones capitalistas de producción, es decir, del orden burgués.

El empleo del término de nación por los jacobinos comporta, a decir verdad, dos significaciones: por una parte, es el conjunto de la sociedad, con exclusión de los parásitos nobiliarios y clericales, conjunto movilizad para la defensa y la extensión de la revolución contra el rey, en la medida en que no se somete a la Constitución y se vuelve un "tirano", y contra los otros reyes, sus cómplices; por otra parte, representa un interés supuestamente general, cuyo servicio por parte de todos los ciudadanos los somete, de hecho, a la nueva clase dirigente: la burguesía. Así, la nación es el tercer Estado en lucha contra la dominación nobiliaria y contra el Estado monarco-feudal, y es también la entidad que trata de justificar ideológicamente y de mantener prácticamente la sociedad bajo una dominación de clase nueva, la de la burguesía.

En la segunda mitad del siglo xix, la primera función —antifeudal— del concepto de nación pierde progresivamente su razón de ser para las burguesías, en adelante bien instaladas en el poder y, además, aliadas con lo que queda de la antigua nobleza, con el fin de enfrentarse al nuevo peligro: el de la revolución proletaria. En cambio, la segunda función —la reunión de todos bajo la dirección de la clase dominante— toma una importancia mayor. A las reivindicaciones obreras, la burguesía propone el amor a la patria —término tomado de la antigüedad y aplicado, desde el siglo xviii, al conjunto nacional— y el interés de la nación directamente expresado por la obediencia al gobierno existente, por el servicio al Estado existente, es decir, burgués.

Los historiadores, los sociólogos, los politólogos se esfuerzan por explicar el fenómeno nacional teorizando su devenir. Los unos tratan de remitir la realidad nacional a un fundamento biológico, es decir, racial; otros invocan el espíritu que sería inherente a cada nación y que le conferiría, en cierto modo, su personalidad. Así, el viejo idealismo espiritualista se reparten la interpretación de la nación, en el último cuarto del siglo xix, sin

llegar a dominar, empero, su aspecto irracional y, por ello mismo, políticamente explosivo.

En respuesta a la revolución de 1848 y a las manifestaciones cada vez más generales de la lucha de clases, Gobineau había publicado, en 1853-1855, su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, que ha llegado a ser una especie de manifiesto del racismo moderno. Según esta ideología existiría, en el interior de la humanidad, una jerarquía de razas que iría desde la raza nórdica, proclamada como superior, hasta las razas asiáticas y africanas, declaradas inferiores en virtud de sus "disposiciones naturales". La grandeza y la decadencia de los pueblos europeos se explicarían entonces por la conservación, en ciertas épocas, de su pureza racial y por la pérdida de esta pureza a través de los mestizajes durante otras épocas.

Sin alcanzar un paroxismo de tal delirio intelectual, diversos "teóricos" de la realidad nacional han tratado de explicarla por la permanencia de los llamados caracteres raciales. Así, según el historiador alemán Treitschke, la nación alemana, la raza germánica es la que tiene por misión regenerar la Europa moderna bajo su dirección, como ya lo había hecho construyendo de las ruinas del viejo Imperio Romano al Imperio Romano-Germánico, y al salvar al cristianismo mediante la Reforma de Lutero. En los últimos decenios del siglo xix, producciones ideológicas análogas surgen en Inglaterra y en Rusia. En la época de la reina Victoria, los ideólogos del imperialismo atribuyen a la nación inglesa una supremacía "natural" sobre las demás naciones y proclaman su misión civilizadora mundial. Bajo un zarrismo, los eslavófilos acreditan a la Santa Rusia una vocación a la regeneración de la especie humana y ven en Moscú, la antigua capital del imperio, la "tercera Roma".

Más cerca de nosotros, De Gaulle expondrá en sus obras una filosofía de la historia según la cual las naciones, confundidas con etnias de orígenes lejanos son, por así decirlo, eternas. Para él, Francia sigue siendo la "nación gala" y Alemania la "nación germánica", de la manera como César y Tácito habían consignado los rasgos psicológicos que marcaban a sus miembros. En esta perspectiva, la nación no se explica; por lo contrario, es ella la que en su realidad original y permanente explica los procesos sociales y señala a los hombres políticos su deber.

Otra representación de la nación se ha constituido, sin embargo, a fines del siglo xix, especialmente en Francia. Renan la ha expuesto en su célebre discurso de 1888 en la Sorbona: *¿Qué es una nación?* Según él, la nación no tiene nada biológico, nada de racial. Es un "principio espiritual" que funda una comunidad de esencia espiritual a partir de una herencia histórica común a todos sus miembros y que se expresa por su consentimiento a vivir juntos. En esta perspectiva, la realidad nacional ya no tiene base objetiva. Consiste en el contrato social que los seres humanos han establecido entre ellos, implícita o explícitamente. Pero es tan sólo cuando el contrato se hace explícito, como en la fiesta de la Federación, en 1790, cuando la nación verdaderamente se ha rematado. En suma, los antiguos pueblos fueron agregados independientes de la voluntad de sus participantes; por lo contrario, las naciones son totalidades conscientes y voluntarias... al menos, deben tratar de serlo.

Del seudobiologismo y del racismo de las "teorías alemanas" al espiritualismo contractualista de la "teoría francesa" de Renan, la realidad nacional sigue siendo fundamentalmente inexplorada por la ideología burguesa de fines del siglo xix y comienzos del xx. Sigue siendo, en nuestros días, el punto ciego (*punctum caecum*) de las "ciencias sociales". Así pues, una vez más, hemos de volvernos hacia el marxismo para ver cómo ha analizado esta realidad y cómo ha aceptado el desafío lanzado a la lucha de clases por la ideología nacionalista.

Recordemos ante todo que Marx y Engels han estado plenamente conscientes de la cuestión nacional tal como se planteaba a través de la revolución de 1848 y, más tarde, en los debates que se celebraban en el interior de la Asociación Internacional de los Trabajadores. Han participado activamente en la defensa de los derechos nacionales del pueblo polaco y del pueblo húngaro contra las potencias extranjeras que los oprimían. Pero siempre han subordinado esta defensa de los derechos nacionales de los pueblos oprimidos a los intereses generales, es decir, internacionales del proletariado.

Por ejemplo, por muy legítimas que hayan sido las aspiraciones a la independencia nacional de los griegos oprimidos por los turcos y de los eslavos del Sur oprimidos por el imperio otomano y por los Habsburgo, Marx y Engels han sido lleva-

dos a apreciarlas circunstancialmente y a tener en cuenta su explotación, en un momento dado, por el imperio zarista y por el imperialismo inglés. Fundamentalmente, se trataba, para ellos y para los otros dirigentes del movimiento obrero revolucionario, de impedir que mediante el tratamiento local de la cuestión nacional las fuerzas del proletariado perdieran su independencia de clase y quedaran sometidas a la dirección de una burguesía en lucha por la conquista de su propio poder.

En el plano teórico, Engels vincula, en el *Anti-Dühring*, la formación de las naciones—fenómeno moderno— a la formación y a la instauración del modo de producción capitalista, pero ni él ni Marx han tenido el tiempo de desarrollar a partir del materialismo histórico una concepción científica rematada de la realidad nacional. Así, al comienzo de nuestro siglo, la cuestión nacional se plantea a los dirigentes del movimiento obrero como expresión de un proceso que pone en juego o puede poner en juego la unidad internacional del proletariado en la lucha contra la burguesía.

Rosa Luxemburgo milita al principio en el movimiento obrero de Polonia—su país de origen—, y luego se instala en Alemania y llega a ser dirigente de la socialdemocracia alemana. Para ella, como hemos visto, "Francia", "Inglaterra", "Rusia", etcétera, son entidades que ocultan la existencia de burguesías dominantes y que tienden a disimular sus intereses de clase en un interés supuestamente general y nacional. Pero al hacerlo, Rosa Luxemburgo procede de manera unilateral y no nos permite comprender—más allá de la ideología nacional burguesa, bien desmentada por ella— la realidad objetiva que se encuentra en la base de la nación.

Por su parte, Otto Bauer, uno de los dirigentes de la socialdemocracia austriaca, ha tratado de definir la realidad nacional, sobre todo porque estaba obligado a responder a las aspiraciones nacionales de los pueblos eslavos del imperio de Austria-Hungría. Para él, la nación es una "comunidad de destino" (*Schicksalsgemeinschaft*), es decir, un producto de la historia. Pero su análisis no pasa de allí y no le previene contra la temible progresión del reformismo en el interior y sobre todo en la cúspide de su organización política.

En 1913, Lenin encuentra en Viena al joven Stalin al que

confía la tarea de redactar un folleto sobre estos problemas; tal parece que él mismo cuida de cerca la redacción del texto. Nacerá así *El marxismo y la cuestión nacional*, del que la burocracia del Kremlin hará después la supuesta contribución decisiva del marxismo a la elucidación del problema nacional. En esta obra se nos da una definición: "La nación es una comunidad estable, históricamente constituida de idioma, de territorio, de vida económica y de formación psíquica que se traduce en la unidad de cultura."

Cuatro criterios, puestos en el mismo plano, nos permitirían, pues, caracterizar la nación: el idioma, el territorio, la vida económica y la cultura. Y Stalin añade que sólo la reunión de los cuatro criterios en cuestión permite hablar de una nación en el sentido pleno del término. Para él, Bélgica y Suiza son Estados pero no naciones, pues, en el primer caso, los flamenos y los valones constituyen dos nacionalidades distintas y, en el segundo caso, los de lengua francesa, los alamanos, los tesineses, y casi los romanches, representan tres o cuatro nacionalidades confederadas en el Estado helvético.

Una distinción—que el autor no hace explícita— aparece aquí entre la nación, "comunidad" estable e "históricamente constituida", y la *nacionalidad*, que será una manera de nación potencial a la que las circunstancias no han permitido erigirse en nación.

De ese texto de Stalin, más o menos inspirado por Lenin, se notará que la nación no es ni un producto de la naturaleza (no es una raza, ni aun una etnia, cuya existencia sería en cierto modo antihistórica), ni un producto del espíritu (no es un principio ni el resultado de una decisión contractual entre individuos). De hecho, en la medida en que ese texto de 1913 se basa en el método del materialismo histórico, hace notar que la nación es un producto de la historia. Así nos permite comprender que la humanidad ha existido antes de la formación de las naciones y que existirá después de su desaparición. Pero Stalin guarda silencio sobre las condiciones históricas precisas que han determinado el nacimiento de las naciones.

Por lo demás, ese texto nos permite no confundir la nación y el Estado, en contra de la ideología burguesa, especialmente del idealismo a la manera de Renan, que trata de remitir la realidad nacional a la existencia del Estado burgués y a su naturaleza

supuestamente contractualista. Para Stalin, puede haber una nación sin que haya un Estado, como era el caso, en 1913, de Polonia o de Georgia, y puede haber un Estado sin que coincida con una nación. Así, en nuestros días, existen dos Estados alemanes y dos Estados coreanos, aunque no haya una sola nación alemana ni una sola nación coreana.

Dicho esto, se notará que la caracterización de la realidad nacional por Stalin es puramente *formal*, pues se refiere a cuatro criterios descriptivos, sin indicar nada relativamente de las fuerzas productivas y de las relaciones sociales de producción como base real del fenómeno nacional. Por ello, el texto de Stalin, cuyos términos nunca tomó Lenin en sus propias obras, constituye una ruptura con el método y la concepción del materialismo histórico.

Consideremos para empezar la comunidad lingüística. Es anterior a la formación de las naciones. Sin embargo se observará que en el proceso de la formación de las naciones una lengua escrita tiende a imponerse a los múltiples dialectos orales existentes desde antes en cada pueblo. La comunidad lingüística reforzada es, por tanto, rasgo de la mayor parte de las naciones modernas. Además, hay que relacionarla con la fuerza social que la ha determinado: la burguesía, organizadora, desde fines de la Edad Media, de un mercado precisamente calificable de nacional.

Consideremos en seguida la comunidad de territorio. Ha existido en la antigüedad para pueblos como los de Egipto, Persia o China. Con la aparición de las naciones, toma una forma jurídica relativamente estable que revela la existencia de un Estado centralizado, primero monarca-feudal, después burgués. Si no caemos en la ideología de las "fronteras naturales", la comunidad de territorio es menos un criterio fundamental de la nación que la expresión especializada del Estado llamado nacional.

Consideremos también la comunidad de vida económica. Ha tenido formas de existencia en la Antigüedad y la Edad Media. Pero lo que hay de nuevo, en este campo, con la aparición de las naciones modernas, es la constitución de un mercado cuyas fronteras se definen por la esfera de los intercambios sometida al control de una burguesía determinada. Así, la comunidad de territorio y la comunidad de vida económica no pueden ser

captadas separadamente la una de la otra. Si hoy la Suiza francesa y la Valonia no forman parte de Francia, pese a la comunidad de lengua, es porque, en el curso de los tiempos modernos, se encontraron integradas a otros espacios económicos que el de la nación francesa en formación y, por ello mismo, a otros espacios políticos distintos del Estado francés.

Consideremos, por último, lo que Stalin llama la "formación psíquica que se traduce en la unidad de cultura" y que la ideología burguesa llama el "carácter nacional". ¿Quién no puede ver que no se trata de un criterio de la realidad nacional, sino de un efecto del proceso de formación y de desarrollo de esta realidad? Pues tratar la comunidad de cultura como criterio distintivo de la nación consistiría en remitir ésta a una realidad étnica de la que procedería históricamente. De hecho, el ascenso social de las burguesías ha diseñado progresivamente espacios económicos en los cuales los Estados centralizados han ejercido su poder político mientras que entre los antiguos pueblos o etnias se operaban separaciones y reagrupamientos complejos de los que han brotado las naciones modernas y las culturas que las expresan.

Ninguno de los criterios enunciados por Stalin tiene pertinencia suficiente, y su reunión nos permite comprender el proceso histórico cuyo resultado es la realidad nacional. En efecto, la nación es resultante de fenómenos lingüísticos, territoriales, económicos y culturales que bastaría con registrar en su evolución. Por ello, la definición de Stalin, lejos de inscribirse en el desarrollo del marxismo, se inscribe, antes bien, en el de las "ciencias sociales", en alguna parte entre las definiciones de Renan, de Bauer y de Marcel Mauss. Su carácter propio es la contradicción que existe en ella entre la afirmación de la naturaleza histórica de la nación (no seguida de la elucidación) y la enumeración de cuatro criterios formales (muy insuficientemente justificados).

En efecto, ocurre a las naciones —en el sentido moderno que es, en verdad, el único sentido correcto— lo que a la actividad tecnocientífica. Son productos de la formación y del desarrollo del modo de producción capitalista y, por consiguiente, del ascenso social de la burguesía y de su conquista del poder de Estado. *La nación es, por excelencia, la forma global de existencia de la sociedad capitalista.* Antes del capitalismo, los pueblos o etnias no se habían cristalizado aún en naciones; después del capita-

hismo, el previsible desarrollo de las fuerzas productivas y el cambio de naturaleza de las relaciones sociales de producción entrañarán inevitablemente la superación y el fin de la forma nacional de existencia de las sociedades.

A diferencia de Rosa Luxemburgo, que reduce las naciones a entidades jurídicas utilizadas por la clase dominante, nosotros reconocemos la realidad objetiva de la nación, mientras que precisamos que esta realidad objetiva es inseparable del modo de producción capitalista y de la historia de la burguesía como clase revolucionaria convertida en dominante y contrarrevolucionaria. Contra Stalin, sostenemos que la nación no es una simple "comunidad estable, históricamente constituida", y que es una forma de existencia revestida por la sociedad cuyo fundamento reside en las fuerzas productivas y las relaciones de producción del capitalismo; pues el término de comunidad oculta las contradicciones internas de la realidad nacional, que son las de la lucha de clases bajo el capitalismo, e indica la inclinación de Stalin, desde 1913, a justificar una realidad supuestamente independiente de las clases: esta es la posición misma de la ideología burguesa.

Desde que la formación del modo de producción capitalista tiende a hacer prevalecer por completo la economía mercante sobre la antigua economía de subsistencia, el mercado se convierte en el cuadro fundamental del desarrollo de las fuerzas productivas, de las relaciones de producción, y, por consiguiente, de la lucha de clases. A este mercado nacional en formación corresponde, al nivel de la superestructura, un Estado (primero monarcafeudal, después capitalista) cuyas fronteras coinciden con las del mercado y que, por ello, se convierte en nacional, a su manera. Y los progresos del mercado nacional y del Estado nacional, es decir, burgueses, van acompañados por la victoria de una lengua escrita centralizada, como instrumento de los intercambios y del poder de la clase dominante, y de una unificación de diversas herencias históricas de los antiguos pueblos que engendra la cultura nacional. La nación no es producto comunitario del proceso histórico en general; es resultado, como forma de existencia de las sociedades llamadas modernas, de la relación entre las clases sociales que se establece en el proceso de formación y de instauración del modo de producción capitalista.

Queda en pie el hecho de que la burguesía, al crear su mercado y hacer la conquista del Estado para transformarlo en Estado burgués, no procede por doquier de la misma manera, habida cuenta de la variedad de las circunstancias históricas que encuentra. Así, tarde o temprano aparecen las naciones; algunas se completan, integrando plenamente las antiguas etnias, y otras no llegan a completarse y dejan subsistir en ellas o a su lado a minorías no integradas o insuficientemente integradas. Por último, las relaciones entre la nación, forma global de existencia de la sociedad, y el Estado, instrumento de dominación de una clase sobre otra, difieren según que se trate de un Estado nacional correspondiente a una sociedad culturalmente homogénea, de un Estado nacional que oprime a unas minorías culturales, o de un Estado multinacional en que las nacionalidades dispongan más o menos de sus derechos constitucionalmente reconocidos.

La situación actual de la cuestión nacional muestra el carácter bastante generalmente inconcluso del proceso de cristalización de las naciones. Así en Europa, "cuna de las naciones modernas", casi no hay más que dos naciones que no engloban en sus límites espaciales alguna minoría cultural de cierta importancia: Alemania y Polonia, a las que se podría añadir Italia, cuyas dos minorías culturales (la del valle de Aosta y la del Tirol-Alto Adigio) han sido objeto de enmiendas constitucionales. Sigue en pie el hecho de que Alemania continúa dividida, desde 1945, entre dos Estados, y que el aparato burocrático que dirige Polonia está subordinado a la burocracia del Kremlin.

La Gran Bretaña actual es el resultado histórico de cierta integración (matizada por el reconocimiento de los particularismos lingüísticos y culturales) de Escocia y del País de Gales a Inglaterra bajo la dirección de su burguesía, que fue la más avanzada del mundo de mediados del siglo xvii a fines del siglo xix. Pero la colonización de Irlanda por esta misma burguesía ha tropezado con obstáculos insuperables, y el estado de guerra civil en el cual vive en nuestros días Ulster muestra que la cuestión irlandesa, como cuestión nacional, plantea un problema grave y urgente, a la vez, a la clase dominante y al proletariado británico. España, por su parte, es un conjunto compuesto de cuatro nacionalidades de desigual importancia: la castellana, la

catalana, la vasca y la gallega. Y el centralismo franquista exacerbó las reivindicaciones de autonomía o de independencia en las nacionalidades no castellanas, especialmente entre los vascos. Hay que comprender que la burguesía española no ha llegado a alcanzar el grado de organización y de potencia histórica de la burguesía británica: de allí lo inconcluso de la sociedad nacional en España y los problemas así legados al movimiento obrero, como única fuerza revolucionaria de esta sociedad.

El caso de Francia es quizá más notable aún. En efecto, pese a una diversidad etnocultural muy importante (existencia de alsacianos y de loreneses germanófonos, de flamencos del departamento del norte, de bretones, de vascos, de catalanes, de corsos y de occitanos), la burguesía francesa había llegado, desde la Revolución de 1789 hasta los años que siguieron a la primera Guerra Mundial, a crear una sociedad nacional fuertemente unificada por medio de un Estado centralizado. De Arthur Young a Lenin, pasando por muchos otros, Francia fue considerada como la nación por excelencia. En 1950, las reivindicaciones de autonomía regional parecían provenir más de una nostalgia de la época precapitalista que de movimientos debidos a la cuestión nacional. Desde 1968, las cosas han cambiado. El desarrollo muy desigual de las regiones francesas, la necesidad que ha tenido la mano de obra de ir a buscar empleo, sobre todo en la región parisense y en las zonas del Norte y el Oeste; la crisis política del régimen de la V República y los efectos de la crisis económica desde 1972, han reactivado por así decir hasta cierto punto la cuestión nacional en Francia. A la reivindicación económica de encontrar un trabajo en el lugar se añade, en la mayoría de las regiones, el rechazo del Estado burgués visto bajo las especies del "centralismo parisense" y, entre las minorías culturales, las aspiraciones a un renacimiento de su herencia cultural propia.¹

Para nosotros, esto significa que la confirmación de la sociedad nacional, por avanzada que sea, jamás está definitivamente adquirida, que nunca es irreversible. La unificación de la sociedad francesa realizada bajo el dominio de la burguesía es hoy puesta nuevamente en duda por la decadencia de esta clase en el

¹ Cfr. nuestro artículo "Question nationale et lutte des classes dans la France de demain" publicado en la revista *Les Temps modernes*, agosto-septiembre de 1973, pp. 509-532.

interior mismo de la decadencia general del modo de producción capitalista. Y corresponde al movimiento obrero hacerse cargo de las reivindicaciones democráticas—económicas, lingüísticas, culturales—de las diversas minorías, sin perder, no obstante, las adquisiciones que ese movimiento ha arrancado a la burguesía en el cuadro mismo de una sociedad y de un Estado unificado. Pues el regionalismo y los movimientos nacionalistas podrían ser utilizados por la burguesía decadente con vistas a obstaculizar la revolución proletaria y la organización centralizada del movimiento obrero que prepara esta revolución. En esta última, se trata de expresar el movimiento de las masas, con todas sus reivindicaciones y sus aspiraciones anticapitalistas, sin enajenar su independencia de clase con relación a la burguesía francesa, sumamente centralizada en París, pero también con relación a las burguesías regionales.

De hecho, la nación, lejos de ser la "comunidad estable" de que hablaba Stalin en 1913, es en esencia una forma global de existencia de la vida burguesa, cuyo imperio sobre los individuos varía con las relaciones entre las clases en esta sociedad. Actualmente, la burguesía ya no se encuentra en la fase de los mercados nacionales, relativamente cerrados, a partir de los cuales ha llegado a conquistar el poder de Estado. Creadora del mercado mundial, la burguesía ha comprendido que el cuadro nacional era una limitación, intolerable para ella, del movimiento de intercambios. Así, aspira a una organización económica y política internacional. Pero, como no existe una burguesía única, sino burguesías imperialistas en competencia entre sí, los esfuerzos hacia semejante organización tropiezan con obstáculos insuperables. Un ejemplo es el de la Europa occidental, cuya unificación económica, monetaria y política es proclamada desde hace más de treinta años como un imperativo absoluto del régimen social existente y que, sin embargo, no llega a ver la luz.

Las masas, por su parte, sienten claramente que el cuadro nacional ya no corresponde a las existencias del nuevo auge de las fuerzas productivas. Así el sentimiento nacional, el viejo apego patriótico, clave del civismo tradicional, se encuentra en baja, aun cuando los poderes establecidos se esfuerzan por reanímalo utilizando con este fin los encuentros deportivos internacionales y algunas otras medidas auxiliares. Y, en la medida en

que no existe en nuestros días una dirección revolucionaria internacional que oriente a las masas hacia la destrucción del modo de producción capitalista, cierto número de individuos oscila entre aspiraciones a una comunidad continental y aspiraciones a la microcomunidad étnocultural, de tipo regional o de un tipo local. La crisis de la sociedad burguesa desemboca ante nuestros ojos en una crisis de la conciencia nacional, en una puesta en duda de la legitimidad de pertenencia al conjunto nacional. En la medida en que la perspectiva de la revolución socialista no da a todos una manera radicalmente nueva de plantear el problema de la forma global de la existencia social, muchos individuos, que se ahogan en el marco nacional, huyen, en su imaginación, de un más allá o un más acá de ese marco.

Si consideramos ahora a los países dominados por el imperialismo, veremos que lo que se plantea a ellos es fundamentalmente la cuestión colonial, es decir, la cuestión de su liberación por relación a las burguesías extranjeras que los explotan y los oprimen. Pero ello no basta, pues hay que preguntar cuál es la forma global de existencia de esos países, cuáles fuerzas sociales están capacitadas para conducirlos a conquistar su liberación nacional efectiva.

El ejemplo de los países dominados por el imperialismo nos parece que confirma estrictamente nuestra aseveración según la cual la realidad nacional es inseparable del movimiento histórico de la burguesía en la formación y la instauración del modo de producción capitalista. En efecto, la intrusión de las burguesías europeas en África, en Asia y en América ha impedido la formación y la cristalización de burguesías africanas, asiáticas y americanas que habrían podido hacerse cargo de la construcción de economías y de sociedades capitalistas autóctonas. Esta intrusión, y la dominación colonialista y después imperialista que la siguió, han atrofiado las burguesías de los países dominados hasta el punto de hacer de ellas puntos de parada de la explotación y de la opresión de sus propios pueblos por las burguesías imperialistas extranjeras; así, se les ha llamado *burguesías compradoras*.*

* Emplearemos en este libro la expresión "comprador" en el sentido en que, en la lengua inglesa, se empleó en la India y en China: un agente aborigen, asesor o factótum empleado por los establecimientos extranjeros. [T.]

En relación con ese proceso histórico, parece que, en los continentes que acabamos de citar, la formación de la nación ha sido generalmente obstaculizada. No hay que asombrarse si actualmente la forma global de las sociedades de esos continentes no tiene el mismo grado de cristalización nacional que en Europa. En ciertos casos, los colonizadores han exterminado por completo, o casi por completo, a la población autóctona: son entonces burguesías llegadas de Europa las que han asegurado la formación de las naciones europeas ultramarinas, como en Australia, en Nueva Zelanda, en Argentina, en los Estados Unidos y en Canadá. En otros casos, los colonizadores han dejado subsistir una parte importante o bastante importante de la población antigua; las burguesías originarias de Europa han tropezado y siguen tropezando con esta población que forma las clases más miserables y más explotadas de la sociedad sin estar verdaderamente integradas a ellas; así pues, la nación es allí inconclusa y víctima de contradicciones explosivas, como en la mayor parte de los países de la América Latina.²

En Asia y en África, los colonizadores han seguido en minoría. No por ello han dejado de implantar relaciones capitalistas de producción por cuenta de burguesías extranjeras. Así el proceso histórico de segregación de las etnias y formación de las naciones ha sido frenado, alterado, deformado. Según la importancia que la burguesía de los países sometidos por el colonialismo y el imperialismo ha logrado, por una parte, conservar o, por lo contrario, no ha logrado conservar, puede observarse hoy un proceso de formación de la realidad nacional o el mantenimiento de las antiguas comunidades étnicas.

Egipto, Vietnam, China,³ Madagascar constituyen, por ejemplo, sociedades nacionales que, sin estar tan bien terminadas como ciertas naciones europeas, no por ello están menos avanzadas en su proceso de unificación. Por lo que concierne a África, de la que se sabe que sus fronteras han sido arbitraria-

² El adjetivo *latino* es testimonio aquí del origen ibérico de las clases dominantes y de lo inconcluso de la realidad nacional.

³ Hablamos aquí de la China propiamente dicha y no del conjunto de nacionalidades de la República Popular de China.

mente trazadas por las potencias imperialistas en la Conferencia de Berlín, en 1885, parece que el proceso de formación de naciones ha sido allí considerablemente retardado, y que los efectos de ese retardo aún persisten hoy; pues los Estados que nacieron del reparto colonial siguen, en su mayor parte, estrechamente ligados a las potencias imperialistas, y la burguesía del país no dispone allí de un margen de acción suficiente para convertirse en una verdadera fuerza de coagulación nacional. En estos últimos casos, es lícito imaginar que el proceso histórico objetivo y las luchas de masa que lo expresan, podrían arrastrar a diversas sociedades africanas a saltar, por así decirlo, por encima de la etapa de la nación para pasar de sus antiguas etnias a formas futuras de existencia global, más vastas y más ricas que la forma nacional. Por último, la destrucción futura del Estado racista sudafricano conducirá a la destrucción de la dominación colonialista sobre la parte más industrializada del continente africano. Así pues, tal será un terreno excepcionalmente rico para el desarrollo de la lucha de clases y el proceso de determinación de la forma global de existencia social.

De hecho, en la mayoría de los países dominados por burguesías imperialistas extranjeras, la cuestión de la independencia nacional y la cuestión de la realidad nacional en tanto que tal, son inseparables. Las masas del proletariado y del campesinado pobre aspiran a la destrucción del imperialismo, que es la fuente de la explotación, de la opresión y de la extrema miseria que sufren. Pero, ¿cómo lograrlo?

La burguesía y cierto número de elementos de la pequeña burguesía autóctona indican, desde hace casi 20 años, una vía: la de la unión nacional contra la dominación extranjera. Y los simpatizadores de la URSS o de la China aprovechan, en cierto modo, esta posición, indicando que conviene realizar primero la "revolución nacional, democrática y popular" y que en seguida, después de esta "etapa", será el momento de pasar a la revolución socialista y proletaria. En realidad, no se ha producido ningún proceso de esta índole. Allí donde los partidarios de la "revolución nacional democrática y popular" han sido obligados a tomar el poder, por consecuencia del desplome de los gobiernos de colaboración directa con las potencias imperialistas, o bien las relaciones capitalistas de producción han sido destruidas por la

instauración de un Estado obrero, en el fondo burocrático, lo que no es de ninguna manera la etapa "nacional y democrática" anunciada (ejemplo: los países de Indochina), o bien las relaciones capitalistas de producción se han mantenido, no ha habido ruptura suficiente y liberación efectiva por relación al imperialismo (ejemplo: Angola, Etiopía, Madagascar).

Lo que crea la inestabilidad permanente de los Estados del África, de Asia y de América Latina es que allí las masas tienden a la revolución social. Así, es lícito pensar que la alianza entre esas masas y la burguesía autóctona (bajo las especies de la unión sagrada o bajo las de la revolución democrática, nacional y popular), lejos de expresar el movimiento de las masas va, de hecho, en su contra. Desde ese punto de vista, la independencia nacional será alcanzada no contra una lucha de clases interna, sino por la intensificación y la organización de esta lucha que oprime las masas a la burguesía imperialista extranjera, a la burguesía autóctona —su relevo— y a los elementos de la pequeña burguesía que practican la colaboración con el imperialismo.

Aprovechando una coyuntura favorable, a finales del siglo XIX, la burguesía del Japón —país no colonizado— pudo llegar a dirigir el desarrollo de ese país y hacer de él una gran potencia. Pero el actual declinar del imperialismo ya no ofrece ni ofrecerá ninguna posibilidad de ese género a las burguesías de Asia, África o la América Latina. La conquista de la independencia nacional y la culminación del proceso de realización de la nación (o la superación de esa etapa) ya no pueden realizarse bajo la dirección de burguesías tanto tiempo y tan gravemente atrofiadas —en conjunto— por burguesías imperialistas extranjeras.

En esas condiciones, esta independencia y esta realización (o esta superación) de la nación no sólo no pueden provenir de un freno de la lucha de clases; por lo contrario, implican su aceleración. Por otra parte, hay que recordar que las burguesías europeas han llegado a crear naciones independientes por medio de una implacable lucha histórica contra la antigua clase dominante nobiliaria.

No nos parece lícito hablar actualmente de un "mal" nacionalismo que tuviera curso en las potencias imperialistas, y de un nacionalismo supuestamente "bueno" o "aceptable" que sería el de los países sometidos por el imperialismo; pues, por doquier, el

imperialismo es una expresión ideológica de la burguesía que vale lo que vale esta clase, siempre explotadora (aquí, dominante y allá, a la vez dominante e históricamente impotente para modificar la relación de fuerzas). En Asia, en África y en la América Latina, la revolución social no pasa por la solución previa de la cuestión nacional; por lo contrario, la solución de esta cuestión esencial es la que pasa por un desarrollo de la lucha de clases que va hasta la revolución social. Muchos políticos, ideólogos y especialistas en "ciencias sociales" pretenden que, desde los tiempos de la segunda Guerra Mundial, la cuestión nacional ha resultado mucho más explosiva que la cuestión social. Un economista afirmó recientemente que la lucha por la independencia nacional se había convertido, en adelante, en la forma por excelencia de la lucha de clases en la escala mundial. Para disipar tales concepciones, que nos parecen totalmente erróneas, citaremos el caso de dos cuestiones nacionales de particular actualidad: una en Europa: la cuestión irlandesa; y la otra, fuera de Europa: la cuestión palestina.

Desde hace unos diez años, escenas de guerra civil se desarrollan en Irlanda del Norte, singularmente en los centros urbanos de Belfast y Londonderry. Los medios de comunicación de masas las explican presentándolas como episodios anticuados de una guerra de religión que enfrenta los católicos a los protestantes; esta presentación de los hechos no resiste un examen, pues todo el mundo sabe que la burguesía inglesa, desde el siglo xvii, se esforzó por colonizar Irlanda en provecho propio. El fracaso de la revolución burguesa irlandesa de 1798 habría de impedir el desarrollo autónomo de las fuerzas productivas en la isla y entregarla a las empresas de Inglaterra, primera potencia capitalista del mundo. Y efectivamente, fue la burguesía de Londres la que, después de la anexión de Irlanda al Reino Unido, habría de colonizarla sistemáticamente e implantar sus industrias en la región septentrional del país.

Así, el caso de Irlanda está emparentado al de los países de Asia y de África, donde una burguesía extranjera ha quebrantado el desarrollo autónomo de una burguesía local mediante la sujeción colonial. La religión, en esos ejemplos, ha desempeñado un papel histórico, sin determinar, empero, el proceso histórico objetivo. En gran mayoría católicas, las masas irlandesas han

luchado contra el colonialismo inglés cuyos agentes eran y son en mayoría protestantes.

Pero el problema fundamental no es el de una competencia entre protestantismo y catolicismo; es el problema de la liquidación del colonialismo inglés en Irlanda.

Durante la primera Guerra Mundial, el movimiento anti-inglés de las masas irlandesas dirigidas por nacionalistas pequeño-burgueses pudo conducir a una repartición del territorio de la isla. El Estado libre de Irlanda (Eire) engloba, en adelante, la mayor parte del territorio; la debilidad de la burguesía local da a la Iglesia un papel hegemónico sobre la sociedad a la que mantiene cuidadosamente en el arcaísmo. En cambio, la burguesía inglesa mantiene su dominio sobre la Irlanda del Norte (Ulster), que engloba las únicas regiones industrializadas de la isla. La situación así creada por la voluntad de dominio de la burguesía inglesa y por la incapacidad temporal del movimiento obrero irlandés para hacerse cargo del arreglo de la cuestión nacional y colonial tenía que desembocar en las explosiones y convulsiones que efectivamente se han producido desde 1968.

En 1968, en efecto, el levantamiento de los irlandeses de Ulster contra el dominio inglés y su instrumento, el Parlamento de Belfast, ha desencadenado la crisis de la clase dirigente inglesa, en el Norte y, además, de la irlandesa en el Sur. Contra la opresión colonial, el nacionalismo pequeño-burgués utiliza el método de los golpes y de los atentados que la policía llama el "terrorismo"; este método sirve de pretexto al refuerzo de la represión ejercida por las autoridades de Londres y sus secuaces de Belfast, que aprovechan la exigencia en Ulster de un proletariado protestante y de un proletariado católico para tratar de oponerlos según el esquema provocador de una "guerra de religión".

En realidad, la solución de la cuestión irlandesa no correponde ya a las burguesías de Londres, de Dublín y de Belfast, ni a las organizaciones pequeño-burguesas exasperadas por el mantenimiento de la situación colonial; corresponde al proletariado irlandés, parte integrante del proletariado internacional, que es la única clase de la isla que tiene un interés histórico en la unificación y la liberación nacional, y cuyos medios de combate no pueden ser más que la intensificación de la lucha de clases

contra todas las provocaciones que recurren a la llamada "guerra de religión".

Lo que se llama la cuestión palestina es perfectamente comparable a lo que acabamos de comprobar con relación a la cuestión irlandesa. Los medios de comunicación de masas en Occidente presentan el antagonismo entre los movimientos nacionales palestinos y el Estado de Israel como episodio actual de una trágica conflagración entre los fieles de la religión de Moisés y los de la religión de Mahoma, como un fatal y casi eterno enfrentamiento, de naturaleza étnica, entre grupos árabes y judíos.

En realidad, son la descomposición del imperio otomano, al comienzo de nuestro siglo, y la política de las potencias imperialistas en el Cercano Oriente las que se encuentran en el origen de los problemas y de los conflictos actuales; pues fue el último sultán de Constantinopla el que abrió, antes de la primera Guerra Mundial, Palestina a la colonización sionista, y fueron Inglaterra y Francia las que fabricaron, en 1919-1920, Estados árabes de naturaleza feudalburguesa y con fronteras artificiales; y fueron, por último, las potencias occidentales y la Rusia staliniana las que consagraron, en 1948, los efectos de la colonización sionista, reconociendo la existencia del Estado de Israel. Las guerras que han enfrentado a este Estado, "punta de lanza del imperialismo" en el Cercano Oriente, con los Estados árabes, profundamente ligados ellos mismos al imperialismo, en 1948, 1956, 1967 y 1973, son el producto de esta situación de dependencia ante las grandes potencias, como igualmente son su producto la guerra civil y las intervenciones extranjeras en el Líbano, "vientre blando" del sistema de Estados árabes en la región.

Las frecuentes y mortíferas persecuciones de judíos en los diversos países de Europa por instigación de la Iglesia católica, en el Oeste, y de las Iglesias ortodoxas, en el Este, durante la Edad Media; la continuación de esas persecuciones en el curso de los tiempos modernos, y por último, las matanzas de judíos por el régimen hitleriano y sus cómplices en la Europa ocupada —entre 1940 y 1945— han favorecido la propaganda y la acción del sionismo en favor de la creación del Estado judío en Palestina. El imperialismo ha visto en este Estado un instrumento de su política en el Cercano Oriente, y la burocracia de la URSS ha acep-

tado tanto más fácilmente su existencia cuanto que, valiéndose ella misma de cierto antisemitismo de Estado, le ha parecido que el Estado judío constituía, en diversos momentos, a este respecto, una especie de derivativo. Así pues, es el antisemitismo de los Estados europeos el que ha nutrido al sionismo. No es menos cierto que este último ha sido y continúa siendo una empresa de carácter colonial.

La legitimación del Estado de Israel por argumentos en virtud de los cuales Palestina sería, desde los tiempos de Moisés, de David y de Salomón, la patria inmutable de los judíos, no tiene ningún valor histórico. En efecto, la migración de los hebreos a través del Mediterráneo, como la de los fenicios, comenzó mucho antes de la colonización de Palestina por los romanos y la destrucción del Templo por Tito. Además, debe recordarse que en el momento de la conquista árabe (comienzos del siglo VII), muchos descendientes de los antiguos hebreos adoptaron la religión musulmana, así como otras poblaciones —de Persia al Magreb—, y que en 1900, Palestina era un país árabe-islámico —desde hacía trece siglos— con excepción de débiles minorías cristianas y judías que alcanzaban cerca del 10% de la población total.

Reacción burguesa a la persecución de los judíos en Europa, el sionismo ha desconocido o rechazado el carácter históricamente religioso del judaísmo para erigir en dogma nacionalista, casi racista, la idea de una "nación judía" heredera de los hebreos de la antigüedad y detentadora de un derecho de soberanía sobre el suelo palestino.

En reacción contra el colonialismo sionista, los feudales y los burgueses árabes del Cercano Oriente —después de haber contribuido a la instalación en Palestina de los colonos judíos y colaborado con ellos— han desarrollado su propio nacionalismo en nombre de una pretendida "nación árabe", que va de Bagdad a Marruecos, aun cuando en ese vasto espacio la influencia del Islam y el empleo de diferentes árabes dialectales han ido acompañados no por la formación de una nación árabe única, sino por la evolución hacia naciones diferenciadas y completas: egipcia, marroquí, argelina, siria, etcétera —que han llegado, por otra parte, a etapas diferentes de cristalización.

Las reivindicaciones y las aspiraciones de las masas del Cer-

cano Oriente—incluso de Palestina—tienen por obstruccion el imperialismo y sus replevos en el lugar, el Estado sionista y los Estados árabes feudal-burgueses; así, tienen un carácter antiimperialista, revolucionario en sí mismo. La función de las ideologías sionista y panárabe consiste en apartar a las masas de la lucha de clases y de la revolución social que les permitirían resolver sus problemas sociales y nacionales, y en desviar sus energías hacia “guerras santas” cuyo desarrollo controlan logísticamente las grandes potencias, utilizándolas para sus propios fines.

En cuanto al pueblo palestino, dividido en una población sometida a la ocupación israelita y en una población expatriada y refugiada en los Estados árabes vecinos, es claro que para él, la cuestión vital ha tomado la forma de la cuestión nacional. Pero, desde hace 30 años, la dirección de la lucha nacional antiimperialista del pueblo palestino está entre las manos de elementos burgueses y pequeñoburgueses ligados a los diversos gobiernos de los países árabes y que oscilan entre el enfrentamiento y la colaboración con los regímenes de El Cairo, de Damasco, de Ammán, de Riad, etcétera.

En el Cercano Oriente, como en Irlanda, los nacionalismos burgueses y pequeñoburgueses son incapaces de resolver las cuestiones nacionales palpitanes, porque dan la espalda, por naturaleza, a la lucha de clases y la revolución social. El nacionalismo colonial del sionismo conduce a la población israelí a la catástrofe porque, si lograra mantener con vida el Estado de Israel hasta el fin del siglo, éste se encontraría entonces en tal desequilibrio demográfico por relación a las poblaciones árabes circundantes que ninguna potencia militar y ningún apoyo militar extranjero—inventablemente aleatorio—podrían evitar durante largo tiempo su aniquilación y la de sus ciudadanos. El nacionalismo árabe, bajo sus diversas formas, por su parte conduce al pueblo palestino a un callejón sin salida; pues si ocurriera que un Estado palestino satélite fuera creado en Cisjordania, de allí resultarían, ciertamente, satisfacciones para los elementos capitalistas palestinos, en particular, y árabes en general, pero las masas palestinas se encontrarían ante un riesgo de guerra permanentemente con el Estado sionista, con medios disminuidos para combatirlo y destruirlo.

En el marco del imperialismo y, más generalmente, de la

relación entre las grandes potencias surgida de Yalta y de Potsdam, los problemas del Cercano Oriente aparecen y son efectivamente inextricables. Y son los acuerdos entre, por una parte, el Estado de Israel y, por la otra parte, Egipto y algunos otros países árabes, los que podrán poner término a esta inextricabilidad. Tan sólo la lucha de clases, desarrollándose hasta la revolución social contra las burguesías israelíes y árabes del Cercano Oriente, puede ofrecer una solución positiva a las masas de esta región del mundo, destruyendo a las clases dominantes y los Estados que sirven allí de relevo a las fuerzas de la dominación extranjera. En suma, cuanto más aguda y compleja es la cuestión nacional, más efectivamente se vuelve la revolución social el único medio de resolverla.

Sin embargo, erróneo sería pretender que esta cuestión nacional no se plantea más que en los países dominados por el imperialismo. Pues las dos “superpotencias”—para emplear excepcionalmente el lenguaje de los periódicos—están, ellas mismas, roídas, desde el interior, por algo del mismo género.

La URSS fue concebida por Lenin como un Estado obrero respetuoso de los derechos de las diferentes nacionalidades que engloba. Como veremos más adelante, la degeneración de este Estado obrero en un Estado burocrático totalitario fue acompañada de una opresión de las nacionalidades no rusas: Ucrania, los países del Báltico, los del Cáucaso y por último los del Asia central. Así, la oposición de las masas de la URSS a la burocracia parasitaria y opresiva va acompañada de fuertes aspiraciones de las nacionalidades en cuestión a su liberación del yugo ruso. Las tensiones que de allí resultan constituyen, a largo plazo, un verdadero peligro de dislocación y de desplome para el Estado staliniano.

Los Estados Unidos fueron constituidos a partir de la explotación de una mano de obra africana mantenida, hasta cerca de 1860, en la esclavitud. La burguesía de ese país profesó durante largo tiempo el ideal de los *wasps*, es decir, del predominio de los elementos blancos, anglosajones y protestantes. Al terminar la segunda Guerra Mundial, esta hegemonía provocó diversas revueltas que han hecho impracticables la antigua estructura étnica de la clase dominante y las antiguas relaciones entre ella y las masas del país. Así pues, una forma de la cuestión nacional

se ha encontrado planteada, desde cerca de 1960, por los negros, los puertorriqueños, los mexicanos, los indios sobrevivientes y otras minorías étnicas de los Estados Unidos. La lucha por la igualdad de derechos ha dejado lugar progresivamente a combates por el reconocimiento del "derecho a la diferencia cultural". Pues resulta claro que la burguesía de los Estados Unidos no es capaz de resolver, en una u otra dirección, los problemas aquí planteados, y que los movimientos nacionalistas de oposición, de dirección burguesa y pequeñoburguesa, tampoco lo son.

Finalmente, la supervivencia, en el siglo XXI, del conjunto norteamericano y del conjunto soviético nos parece condicional, en el primer caso, por la revolución social; en el segundo caso, por la revolución política; en los dos casos, por la revolución mundial que llegue a destruir el cuadro actual que impide toda solución positiva duradera de los problemas evocados.

Generadora de las naciones, a partir de nuevas combinaciones históricas dentro de las antiguas etnias, la burguesía no ha podido rematar su obra en la mayor parte de los países económicamente más avanzados, ha obstaculizado la formación de las sociedades nacionales en los países que ha sometido, y ha determinado la aparición y el desarrollo de cuestiones nacionales explosivas en diversos puntos del globo. La ideología nacionalista le ha servido y aún le sirve no para resolver esos problemas sino para impedir que la lucha revolucionaria de clases los lleve a su lógico desenlace.

Como en tiempos de Marx y de Engels, el movimiento obrero revolucionario no puede menos que luchar para hacer prevalecer los intereses generales, es decir, internacionales, del proletariado sobre los particularismos que las ideologías nacionalistas utilizan por cuenta, en último análisis, del imperialismo. Pero, al hacerlo, no niega en nada la importancia que reviste la cuestión nacional y no se aparta en nada de los medios de resolverla. Por lo contrario, muestra práctica y teóricamente que esta solución no pasa por la colaboración de las clases sino por la lucha de clases y prueba que tan sólo la revolución social puede terminar con todas las manifestaciones de la opresión nacional y con esta opresión misma, que nunca es la de un pueblo tomado globalmente por otro pueblo tomado globalmente, sino que

siempre es la de una clase dominante y explotadora sobre las masas de un país extranjero con la colaboración de una clase privilegiada del país en cuestión.

En la lucha de un pueblo por su liberación nacional y por la realización de su existencia nacional siempre se encuentra en juego el enfrentamiento de las clases explotadas y oprimidas -proletariado, campesinado pobre- contra clases explotadoras y opresivas -burguesía extranjera imperialista, burguesía local llamada "compradora" o nacional-. Que hay una contradicción de intereses entre la burguesía imperialista extranjera y la burguesía local no puede ponerse en duda. Las masas obreras y campesinas cometerían un error si no aprovecharan, para sus propios fines, todas estas contradicciones. Pero, o bien esas masas subordinan su acción a esta contradicción y se colocan bajo la dirección de su burguesía local, y entonces resulta el callejón sin salida histórico del que el nacionalismo es el camuflaje, o bien se dan una dirección revolucionaria independiente, y conquistan así los medios de resolver la cuestión nacional a través de la lucha de clases y en un marco necesariamente internacional. Tal nos parece ser la alternativa en que desembocan los esfuerzos con vistas a la liberación nacional de los pueblos sometidos y con vistas a la emancipación de todas las minorías oprimidas.

TERCERA PARTE
LA REVOLUCIÓN MUNDIAL

VIII. LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE, COMIENZO DE LA REVOLUCIÓN MUNDIAL

CUANDO Clemenceau declaró: "Entre los bolcheviques y nosotros, todo es cuestión de fuerza", rindió un homenaje, a su manera, a la Revolución rusa de 1917, cuyo alcance internacional comprendía y de la que temía que fuese el comienzo del fin del orden mundial existente. Testigo en su juventud de la Comuna de París, el hombre de Estado burgués supo tomar la medida del movimiento revolucionario de las masas y de las capacidades del bolchevismo para expresar y dirigir ese movimiento, no sólo a la escala del antiguo imperio zarista, sino también a la escala del mundo entero. Por su parte, los dirigentes bolcheviques (Lenin, Trotsky, Zinoviev, Kamenev, Bujarin, Stalin, etcétera) veían, en el mismo momento, en la Revolución rusa de 1917, no un proceso histórico propio de Rusia sino, fundamentalmente, el comienzo de la revolución socialista, proletaria y mundial. Datos fácticos que conviene recordar hoy, por razón de las múltiples tentativas de reducir la Revolución de 1917 al cuadro ruso y limitarla a una mutación nacional del antiguo imperio zarista.

Todas esas tentativas convergen en el mismo sentido: mostrar que en el siglo xx, la revolución social, en tanto que explosión de la antigua sociedad y lucha violenta por edificar una sociedad nueva, no es realizable y no es posible más que en países económica, social y políticamente retardatarios, como lo era la Rusia de 1917 y como lo son, en nuestros días, los países de los continentes asiático, africano y latinoamericano. A lo cual Lenin ha respondido, por adelantado y de manera definitiva, indicando que, sobre la base del mercado mundial, el imperialismo constituía por sí mismo un sistema mundial o, para emplear una imagen, una cadena cuyo "eslabón más débil" era entonces la Rusia zarista. Ahora bien, en la lucha de clases que opone internacionalmente el proletariado a la burguesía, la cadena se ha roto, para empezar en el lugar del "eslabón más débil" y después, como lo prueba la extensión de la revolución en 1918 o 1920, en otros lugares.

No es porque Rusia fuera un país retardatario por lo que la

revolución se produjo allí; en realidad, país retardatario y, al mismo tiempo, país en que se desarrollaba rápidamente el proletariado sobre la base de un proceso de industrialización, Rusia era el punto más débil del sistema imperialista mundial y por ello fue el lugar en que comenzó la revolución mundial.¹ Ya la revolución de 1905 había sido el "ensayo general" de este comienzo.

La explosión revolucionaria de febrero de 1917 en Petrogrado y la propagación de su onda de choque a través de todo el imperio ruso revistieron un carácter espontáneo, como habían sido espontáneas la insurrección de la Comuna de París, en 1871, y el desencadenamiento de la Revolución rusa de 1905. Pero esta espontaneidad no significa que se haya tratado, en los tres casos, de una especie de "revuelta elemental", como les gusta decir a los ideólogos burgueses para tratar de exorcizar su miedo. De hecho, la espontaneidad de la explosión revolucionaria, en un lugar y en un tiempo dados, engloba también los esfuerzos realizados por los militantes para ayudar a las masas a combatir y a organizarse. He aquí el juicio de Trotsky sobre esta cuestión:

En tanto que la sociedad oficial—esta superestructura de numerosos pisos que constituían las clases dirigentes, con sus distintos estratos, sus grupos, sus partidos y sus camarillas—vivía al día en su inercia y su automatismo, alimentándose de restos de ideas gastadas, sorda a las fatales exigencias de la evolución, seducida por fantasmas, sin prever nada, se realizaba en las masas obreras un proceso espontáneo y profundo, no sólo de odio creciente contra los dirigentes, sino de juicio crítico de su impotencia, de acumulación de experiencia y de conciencia creadora que se confirmó en el levantamiento revolucionario y en su victoria.

A la pregunta aquí planteada, ¿quién ha guiado la Revolución de febrero? podemos responder, por consiguiente, con la claridad deseable: obreros conscientes y bien templados que, sobre todo, habían sido formados en la escuela del partido de Lenin. Pero hemos de añadir que esta dirección, si bien era suficiente para asegurar la victoria de la insurrección, aún no estaba en condiciones de poner, desde el principio, la dirección de la revolución entre las manos de la vanguardia proletaria.²

¹ Lenin, *La enfermedad infantil del comunismo. El "izquierdismo"* (1920). Editions Sociales, 1970, pp. 5-7.

² Trotsky, *Historie de la Révolution russe* (1932). J. Féretier, tr. fr. Seuil, 1950, pp. 195-196.

De las manifestaciones de la jornada internacional de las mujeres (23 de febrero del calendario antiguo) al 27 de febrero se desarrolla un movimiento de masas—compuesto de obreros y de soldados (campesinos en uniforme)—que se organiza, como en 1905, en soviets y que entraña el desplome del Estado zarista. De esos movimientos, los jefes de los partidos de oposición—bolcheviques, mencheviques, socialistas revolucionarios—están casi todos ausentes, sobre todo porque se encuentran en el exilio, en prisión o deportados a Siberia; de allí el papel desempeñado por esos obreros de formación bolchevique que ayudan a las masas a organizarse y a centralizar su acción.

Acabando de pasar la victoria de la insurrección obrera y campesina, los partidos obreros y los otros salen a la luz. Pero, precisamente porque el Partido Bolchevique aún no a llegado a tomar la dirección del movimiento de masas, éstos permiten a los conciliadores y los oportunistas (socialistas-revolucionarios y mencheviques) devolver el poder a la burguesía liberal. Esto es lo que Trotsky llama la *paradoja de la Revolución de febrero*.³

Soberanas de la calle, las masas han destruido al antiguo poder del Estado. Sin dirección revolucionaria suficiente, no pueden oponerse a las maniobras de los oportunistas y los conciliadores, es decir, de los reformistas que, en Rusia como en Occidente, han pasado desde hace tiempo de las posiciones de lucha de clases a las posiciones de la colaboración. Estos últimos participan en la formación de un gobierno provisional, dominado por el Partido Constitucional-Demócrata, que es la expresión política de la burguesía rusa que trata de deshacerse del arcaísmo monarca-feudal y de crear un régimen "occidental" inseparable, desde luego, de los intereses concretos de los imperialismos francés e inglés.

La *paradoja de la Revolución de febrero* desemboca, pues, en la dualidad de poderes, porque las masas obreras y campesinas están ahora organizadas en soviets—la forma más elevada del frente único proletario y órganos potenciales de un Estado obrero—, en tanto que, por obra de los reformistas menchevi-

³ *Ibid.*, pp. 197-223.

ques y socialistas-revolucionarios, el gobierno provisional surge y se esfuerza penosamente por salvar al orden burgués en las ruinas del antiguo Estado monarcafeudal. Hay que observar, además, que los dos principales dirigentes bolcheviques, precursores en Petrogrado en febrero-marzo, Kamenev y Stalin, preconizan una política de "sostén crítico", como se diría hoy, del gobierno provisional.

Las masas han entrado en insurrección para terminar con la guerra que acumula los muertos, las ruinas y la miseria desde hace 3 años, para destruir a los grandes latifundistas y tener acceso a la posesión de la tierra y, por último, para abolir la explotación del hombre por el hombre, es decir, el orden burgués. El gobierno provisional mantiene a Rusia en la guerra, principalmente por cuenta de los imperialismos inglés y francés; difiere *sine die* toda reforma agraria y se esfuerza por instaurar un Estado burgués que mantenga la propiedad capitalista. Así pues, era inevitable que el antagonismo de intereses entre las masas y el gobierno provisional desembocara en un conflicto, en un enfrentamiento en el marco de una lucha de clases continuada.

Esto es lo que comprende Lenin, que vuelve a Petrogrado, el 3 de abril, y que, desde su llegada, lanza las tres órdenes: "¡La paz inmediata, la tierra a los campesinos, todo el poder a los soviets!" Declara así la guerra al gobierno provisional, contra la orientación dada hasta allí al Partido Bolchevique por Kamenev y Stalin. Y aclaró la situación y su análisis de la situación declarando a quienes han acudido en tropel a recibirlo:

Queridos camaradas, soldados, marinos y obreros, me siento feliz de saludar en vosotros a la revolución rusa victoriosa, de saludarlos como la vanguardia proletaria mundial... no está lejos la hora en que, acudiendo al llamado de nuestro camarada Karl Liebknecht, los pueblos volverán sus armas contra los capitalistas explotadores... la revolución rusa realizada por vosotros ha inaugurado una nueva época. ¡Viva la revolución socialista mundial!⁴

⁴ Citado en Trotsky, *Histoire de la Révolution russe*, op. cit., p. 342.

Así Lenin expresa el *movimiento real* de las masas en el marco de la situación nacional e internacional. En sus *Tesis de abril*, presentadas a la Conferencia del Partido Bolchevique, decide enderezar la línea del partido con el fin de darle la posibilidad de dirigir el movimiento revolucionario de las masas. Declara Lenin:

El proletariado consciente no puede dar su consentimiento a una guerra revolucionaria que no justificara realmente el extremismo revolucionario más que si se cumplía con las condiciones siguientes: a) traspaso del poder al proletariado y a los elementos pobres del campesinado, cercanos al proletariado; b) renuncia efectiva y no verbal a toda anexión; c) ruptura total, de hecho, con los intereses del capital.⁵

Así quedan destruidos los argumentos falaces de los mencheviques y de los socialistas-revolucionarios que, en nombre del gobierno provisional, hablaban en favor de una guerra de "defensa nacional".

Teniendo en cuenta la existencia de esos dos partidos, Lenin indica que los bolcheviques estarían dispuestos a apoyar temporalmente un gobierno formado por ellos, con la condición expresa de que rompieran con la burguesía; esta es una manera perfectamente clara de exigir en nombre del movimiento revolucionario de las masas que esas organizaciones, que afirman ser de la clase obrera (mencheviques) y del campesinado (socialistas-revolucionarios), dejen de practicar la colaboración de clase con la burguesía y los grandes terratenientes para conformarse a las necesidades de la lucha de clase revolucionaria. Como los bolcheviques eran minoritarios en los soviets, Lenin trata de obtener la ruptura entre, por una parte, los mencheviques y los socialistas-revolucionarios, que están en mayoría y, por otra parte, el Partido Constitucional-Democrático con el cual los dos partidos citados se han aliado en el gobierno provisional.

De allí la Tesis 3:

Ningún sostén al gobierno provisional; demostrar el carácter enteramente falaz de todas sus promesas... desenmascararlo

⁵ *Tesis de abril*, en *La alianza de la clase obrera y los campesinos*, Moscú, tr. fr. Moscú, 1954, pp. 363-364.

en lugar de "exigir" —lo que es inadmisibile, pues es sembrar ilusiones— que ese gobierno, gobierno de capitalistas, deje de ser imperialista.⁶

Tal es la condenación formal de la política de "sostén crítico", practicada hacia el gobierno por Stalin y Kamenev durante el mes de marzo, aunque hay que decirlo, con el consentimiento o la resignación de la mayoría del Comité Central Bolchevique.

La Conferencia del Partido Bolchevique, que se inaugura el 24 de abril, acepta, después de enconados debates, la línea revolucionaria propuesta por Lenin. Su objetivo queda precisado en la Tesis 5:

No una república parlamentaria —volver a ello después de los soviets, diputados obreros, sería el paso atrás— sino una república de los soviets de diputados obreros, asalariados agrícolas y campesinos, por todo el país, de la base a la cumbre.⁷

Lenin ha convencido, no sin grandes dificultades, a la mayoría de los dirigentes bolcheviques de renunciar al objetivo de la revolución democrática burguesa para ponerse a la cabeza de las masas, por la vía de la revolución proletaria socialista. Así, esas proposiciones parecen trotskistas a los que en adelante se llamarán "viejos bolcheviques". De hecho, Lenin se ha reunido con Trotsky en lo esencial de la teoría y de la práctica de la revolución permanente.

Desde que logra volver a Rusia a comienzos de mayo, Trotsky toma posición en el mismo sentido que Lenin en cuanto al poder de los soviets, y declara: "¡Viva la Revolución Rusa, prólogo de la revolución mundial!". Se reúne con Lenin el 10 de mayo, y los dos dirigentes, comprobando la identidad de sus puntos de vista sobre la situación y sobre sus perspectivas, preparan el VI Congreso del Partido Bolchevique, que comenzará el 26 de julio, y que será llamado el *Congreso de la Unificación*, pues el partido construido por Lenin acoge a

⁶ *Ibid.*, p. 364.

⁷ *Ibid.*, p. 365.

la Organización Interfilas, dirigida por Trotsky, y a otras organizaciones socialdemócratas internacionales. Como lo ha escrito Pierre Broué: "El partido bolchevique de octubre, el que para el mundo entero será 'el partido de Lenin y de Trotsky', acaba de nacer."⁸ Así queda comprobada en ese congreso la fusión entre la concepción del partido revolucionario, centralizado, defendida y aplicada por Lenin desde hace 15 años, y la concepción de la revolución permanente desarrollada durante el mismo periodo por Trotsky. Así queda consagrada una dirección revolucionaria que permitirá a las masas derrotar en octubre al gobierno provisional y desembocar en la dictadura del proletariado.

Queda en pie el hecho de que el movimiento de las masas se desarrolla, en julio, sin que esta nueva dirección pueda vencerlos, con suficiente eficacia, de la táctica más efectiva para obtener la victoria en la lucha emprendida desde febrero.

Las jornadas de julio han marcado un giro importante. Contra la opinión de los dirigentes bolcheviques, los obreros de Petrogrado han desencadenado las manifestaciones armadas que el partido juzgaba prematuras. Pero la influencia de éste y sus militantes ha evitado lo peor y permitido una retirada ordenada: las manifestaciones no se han transformado en una insurrección que habría condenado al aislamiento a una "Comuna" de Petrogrado. Sin embargo, el gobierno explora la situación y asesta duros golpes a los bolcheviques: los locales del partido, casi por doquier, son invadidos y saqueados, su prensa es prohibida, y las detenciones se suceden.⁹

Así pues, en la ilegalidad o en una semi-ilegalidad, el Partido Bolchevique continúa la lucha; Lenin asume, en adelante, su papel dirigente, desde Finlandia, donde se ha refugiado. Un nuevo equipo gubernamental se instala en Petrogrado donde, por primera vez, los ministros "socialistas", es decir socialistas-revolucionarios y mencheviques, salen en mayoría, bajo la presidencia de Kerensky. Ello significa que, ante el movimiento revolucionario de las masas, el orden burgués ya no

⁸ P. Broué, *Le Parti bolchevique*, Editions de Minuit, 1963, p. 90.

⁹ *Ibid.*, p. 90.

reposa más que en los partidos que afirman ser obreros y campesinos, pero que actúan —al menos su dirección— enteramente al servicio del capital. Experimentando esta situación, los obreros y los campesinos pobres, en número creciente, se apartan de los mencheviques y de los socialistas-revolucionarios y empiezan a poner su confianza en los bolcheviques. En julio, resulta que estos últimos son ya mayoritarios en los soviets de los mayores centros urbanos del país y en cierto número de unidades del ejército y de la marina.

En agosto, la tentativa de *putsch* de Kornilov, candidato al papel de Bonaparte contra el gobierno provisional, fracasó porque bajo la dirección de los militantes bolcheviques, las masas se le oponen. Desde entonces, la relación de fuerzas evoluciona con la "rapidez de un huracán", en favor de las masas, cuyo movimiento expresa y, cada vez más, dirige el Partido Bolchevique. El problema de la insurrección, el problema de la toma de poder estará, en adelante, al orden del día.

Lenin y Trotsky son partidarios de preparar sin retardo esta insurrección y esta toma del poder. Pero la mayoría de los dirigentes del partido rechaza esta orientación, tildándola de aventurerista. Fue necesario todo el mes de septiembre para que Lenin y Trotsky superen este obstáculo y hagan aceptar los preparativos de la insurrección armada. Oponiéndose a esta línea, Zinoviev y Kamenev apelan al conjunto del partido, contra las decisiones del comité central, en una carta que será divulgada en el exterior, el 17 de octubre.

Estos hechos arruinan la "tesis" según la cual la insurrección de octubre se reduciría a una especie de "golpe de Estado", a cierta índole de *putsch* organizado por los bolcheviques, independientemente del movimiento de las masas y de su consentimiento. Por lo contrario, en relación íntima con ese movimiento, y a la luz del día, se prepara la insurrección armada. Estos hechos arruinan, además, la idea staliniana, según la cual el partido revolucionario tendría que ser "monolítico" para llevarse la victoria. Pues la discusión más democrática prosigue, y las tendencias se enfrentan en el interior del Partido Bolchevique en todo este periodo que precede a la insurrección de octubre de 1917. Y, a la vez, en relación estrecha con las masas y a través de las discusiones entre tendencias, los

bolcheviques han llegado a alcanzar la capacidad de organizar la victoria de la revolución, y de obtenerla.

La reunión del Segundo Congreso Panruso de Soviets, prevista para el 25 de octubre, indica que la fecha en la cual conviene realizar la toma de poder, mediante la eliminación del gobierno de Kerensky. Sintiendo peligrosamente amenazado, este último desencadena la represión entre las organizaciones bolcheviques, en la noche del 23 al 24 de octubre.

En la jornada del 24, los destacamentos obreros son armados en todas las fortalezas; por la noche, los marinos de Cronstadt llegan a Petrogrado; de Smolny, donde tiene su sede el comité central bolchevique, parten los destacamentos y los comisarios que van a ocupar los puntos estratégicos de la capital. El Palacio de Invierno caerá 24 horas después, tras algunos cañonazos de advertencia lanzados por el crucero *Aurora*. La insurrección ha triunfado.¹⁰

Mientras que se desarrollan esos acontecimientos decisivos, el Congreso de Soviets se reúne, y en él se afirma una mayoría bolchevique: trescientos noventa diputados de un total de seiscientos cincuenta. Ante la noticia de la victoria de la insurrección, la minoría, compuesta de mencheviques y de socialistas-revolucionarios de derecha, abandona la sala del Congreso. El Consejo de Comisarios del Pueblo, es decir, el primer gobierno soviético, queda constituido y confirmado por el Congreso. Bajo la presidencia de Lenin, los miembros de ese consejo son, todos ellos, bolcheviques. Después de encarnizadas discusiones en el comité central bolchevique y de difíciles negociaciones con los socialistas-revolucionarios de izquierda, el gobierno de Lenin y Trotsky es aumentado a cuatro representantes de esos sr de izquierda, que declaran aceptar el poder de los soviets y asumir en él sus responsabilidades, en contra de los mencheviques y de los sr de derecha, hostiles a ese poder.

En la lucha del 26 al 27 de octubre (8 a 9 de noviembre, según el calendario occidental), el Congreso Panruso de los Soviets había proclamado que todo el poder pasaba a los so-

¹⁰ *Ibid.*, p. 97.

viets, y había adoptado el *Decreto sobre la paz y el Decreto sobre la tierra*. Por el primer decreto, el Congreso invitaba a los países en guerra a concluir inmediatamente un armisticio para emprender discusiones de paz, y apelaba a los obreros de los países avanzados a imponer la paz y, conjuntamente, la liberación de las masas explotadas. Por el segundo decreto, el derecho de propiedad sobre la tierra de los grandes terratenientes era abolido inmediatamente y sin indemnizaciones, lo que permitiría la toma de posesión de esas tierras por las masas campesinas. Por otra parte, el decreto nacionalizaba todas las riquezas del subsuelo, así como los bosques y las aguas.

Proclamando la dictadura del proletariado, Lenin y sus compañeros aplicaban los lemas que los habían llevado al poder: "la paz inmediata. la tierra a los campesinos, todo el poder a los soviets".

De octubre de 1917 a febrero de 1918, la Revolución soviética, victoriosa en la capital, se extendió por el conjunto del país gracias al apoyo de los obreros y de las masas campesinas. En febrero, precisamente, se firmaba el tratado de paz de Brest-Litovsk, entre el gobierno soviético y los gobiernos de Alemania y de Austria-Hungría. Perdiendo importantes territorios al oeste, la joven república de los soviets ganaba, por ese tratado, el tiempo necesario para su consolidación. La explosión de la revolución en Alemania y en Austria-Hungría, en noviembre de 1918, habría de justificar lo que Lenin llamaba una paz desdichada, pero necesaria.

De la victoria de octubre al tratado de Brest-Litovsk, el gobierno soviético realiza una obra inmensa. Nacionaliza los bancos, la gran industria, los ferrocarriles y la marina mercante e instaura el monopolio del Estado soviético sobre el comercio exterior. Quedan así destruidas las bases económicas del poder de clase de los capitalistas, cuyas propiedades son confiscadas sin indemnización.

El gobierno soviético toma así todo un conjunto de medidas para destruir el aparato administrativo heredado del zarismo y para acelerar la transformación completa de los soviets en órganos de poder del Estado obrero, del Estado de la dictadura del proletariado. Instaura la separación de la Iglesia y del Estado y la separación de la escuela y de la Iglesia. Según

la fórmula de Lenin, la religión se convierte en asunto privado.

El gobierno soviético adopta un conjunto de decretos que tienen por objetivo abolir la desigualdad entre los sexos, terminar con la servidumbre tradicional de las mujeres y asegurar, en la vida política, en la vida económica y en la vida privada, la completa igualdad entre mujeres y hombres. Durante este periodo, la vieja estructura religiosa, familiar y escolar tradicional estalla bajo los golpes de la revolución proletaria: es la época de la renovación de las costumbres, de la creatividad en materia de educación y en todos los dominios de la cultura, es el tiempo en que las mujeres y la juventud surgen sobre el escenario de la historia y aportan al devenir social revolucionario la notable contribución de sus energías, durante tanto tiempo contenidas o aplastadas.

Por fin, la Declaración de Derechos de los Pueblos de Rusia muestra la voluntad del gobierno soviético de reemplazar la antigua "prisión de los pueblos" que era el Imperio zarista por un Estado obrero y campesino en el cual las nacionalidades tienen derechos iguales, incluso el derecho de separarse de la república de los soviets para erigirse en Estados separados.

El periodo de que hablamos ha sido calificado por Lenin de periodo de *asalto de los guardias rojos contra el capital*; ante este asalto, el capital reagrupa sus fuerzas y pasa al contraataque; así pues, en marzo de 1918 se inaugura un nuevo periodo, que no debe terminar antes de octubre de 1920. Se caracteriza por el desencadenamiento de la guerra civil contra el poder de los soviets, y por las intervenciones militares de las potencias extranjeras con intenciones de apoyar a los ejércitos blancos en la lucha para destruir al Estado obrero.

Para batir a los ejércitos blancos, organizados por los generales zaristas con el apoyo de las antiguas clases dirigentes, de los partidos burgueses, así como de los menchevíques y de los sr de derecha, y con ayuda activa de Alemania y de Austria-Hungría, y después de Francia, de Inglaterra, de Japón, de Checoslovaquia y de Polonia, que intervienen militarmente sobre el territorio de la República de los Soviets, los bolchevíques apelan a los obreros y a los campesinos pobres. Así nace y se desarrolla el Ejército Rojo cuya dirección, como es sabido, fue

confiada a Trotsky, su principal organizador y su comandante supremo.

Para combatir a los ejércitos blancos que, en 1918, amenazaban Petrogrado y hasta Moscú, la nueva capital del Estado obrero, y para arrojar a los cuerpos de intervención extranjeros que hacen estragos en Ucrania, el norte de Rusia, el Cáucaso y Siberia, el Ejército Rojo tiene que ser sostenido por una organización nueva de la economía y del Estado obrero, que los bolcheviques han llamado el *comunismo de guerra*.

Por ello hay que entender un conjunto de medidas tomadas por el gobierno soviético con el fin de conservar la existencia del Estado obrero, en la perspectiva de la extensión de la revolución proletaria a los países industrializados de la Europa central y occidental. Consisten en la subordinación de la producción a las necesidades prioritarias de la guerra revolucionaria contra los guardias blancos y los intervencionistas extranjeros, y en el inevitable racionamiento de los productos de primera necesidad.

En las fábricas, Lenin se ve obligado a restablecer la autoridad del director, reduciendo temporalmente las prerrogativas de los soviets y colocando al director bajo el control reforzado del Partido Bolchevique —en adelante, único en el poder, después de pasarse los sr de izquierda al campo de la contrarrevolución. En el Ejército Rojo, Trotsky se ve obligado a recurrir a especialistas militares, es decir, a oficiales del antiguo ejército que han aceptado —en general por patriotismo— servir al gobierno soviético. Pero pone a estos especialistas bajo el control de comisarios políticos, en su mayoría bolcheviques.

Para reprimir los manejos contrarrevolucionarios, el gobierno soviético debe instituir una policía política, de la que escribe Broué:

La Cheka, organizada por el comité militar revolucionario del soviet de Petrogrado bajo la dirección de Dzerjinski, se convierte, en diciembre de 1917, en una "comisión extraordinaria para combatir la contrarrevolución y el sabotaje". Desarrolla su actividad y comienza a atacar a partir de marzo, en el momento de la ofensiva alemana: la represión se agrava a partir de julio: los socialistas-revolucionarios han asesinado a Volodarski. Los

aliados han desembarcado en el Norte... El comité ejecutivo central decide replicar al "terror blanco" con el "terror rojo". El "terror rojo" es un terror de clase. "La Cheka, declara el chekista Latsis, no juzga, sólo castiga... No hacemos la guerra a individuos aislados, exterminamos a la burguesía en tanto que clase". El carácter extraordinario de la misión de la Cheka ha sido subrayado por otro de sus dirigentes, Peters, quien precisa: "En su actividad, la Cheka es completamente independiente. Efectúa pesquisas, arrestos, ejecuciones y sólo da cuentas, después, al Consejo de Comisarios del Pueblo y al Ejecutivo de los Soviets."¹¹

De las restricciones alimentarias más duras y del pago de salarios en especie —en ciertos momentos— hasta el terror de clase ejercido por la Cheka, pasando por las privaciones de todo tipo, la igualación brutal de las condiciones de vida para todos los ciudadanos y los inmensos sacrificios exigidos por la defensa de la revolución en peligro, tales son los caracteres de ese comunismo de guerra que la contrarrevolución rusa e internacional ha impuesto a la república de los soviets y a sus ciudadanos. La victoria final del Estado obrero sobre los guardias blancos y los intervencionistas extranjeros muestra que las masas obreras y campesinas del antiguo imperio ruso han preferido, en su gran mayoría, las horribles privaciones del comunismo de guerra al retorno al zarismo y al orden burgués.¹² Aun cuando la guerra civil haya dejado su "huella" en la sociedad soviética, como lo dice Broué, el "terror rojo" no puede ser correctamente apreciado —como, por cierto, tampoco el terror jacobino de 1793-1794— más que tomando en cuenta la lucha a muerte entre la revolución y la contrarrevolución que constituye su contexto nacional e internacional.

Esta lucha no se ha limitado a Rusia, pues el 30 de octubre de 1918 estalla en Viena y, extendiéndose a través de Austria-Hungría, determina el desplome del imperio de los Habsburgo.

¹¹ *Ibid.*, pp. 123-124.

¹² Precisemos que la República de los Soviets fue ayudada en su lucha por la vida por el proletariado internacional, que, él mismo, se hallaba en lucha contra el imperialismo. Lenin lo verificó en estos términos: "En cuanto la burguesía internacional levante la mano contra nosotros, sus propios obreros la sujetarán por la muñeca."

Además, el 3 de noviembre, los marinos de la flota de guerra alemana con base en Kiel se rebelan; entre el cinco y el nueve de noviembre, Alemania se cubre de consejos de obreros y de soldados y, el nueve de noviembre, la Revolución triunfa en Berlín, derrocando el régimen imperial de los Hohenzollern y permitiendo al dirigente socialdemócrata Ebert convertirse en canciller del Reich. Así queda verificada la apreciación de Lenin y de Trotsky según la cual la Revolución rusa era el preámbulo, si se prefiriere, el comienzo de la revolución mundial. Además de Alemania, de Austria y de Hungría, por toda Europa y aun fuera de Europa se desarrolla, de 1918 a 1920, en una oleada revolucionaria sin precedente.

Alemania, primera potencia industrial del continente europeo, es el terreno principal en que chocan las fuerzas de la revolución y de la contrarrevolución. Unos dirigentes internacionales de la socialdemocracia han creado allí una organización revolucionaria: la Liga Espartaco, en que se encuentran Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht y Franz Mehring. Reformada por la adhesión de militantes de diversos grupos de extrema izquierda, la Liga Espartaco se da una estructura centralizada, desde el 11 de noviembre de 1918, y se esfuerza por orientar la acción de los consejos de obreros y de soldados, siguiendo el ejemplo de la Revolución rusa.

El gobierno provisional alemán, presidido por Ebert, es, en su forma, un gobierno de consejos de obreros y de soldados; en realidad, es un ministerio de coalición que agrupa los representantes del Partido Socialdemócrata (mayoritario) y los del Partido Socialdemócrata Independiente (minoritario), que es una organización "centrista".¹³ Como en la Rusia de julio a octubre de 1917, el orden burgués es mantenido y defendido, en Alemania, por partidos que afirman ser de la clase obrera, pero cuyos jefes reformistas defienden los intereses del imperialismo.

El 7 de diciembre, los espartaquistas organizan una manifestación armada en Berlín para provocar la insurrección proletaria contra el gobierno del Reich y resolver la dualidad de poderes en beneficio de los consejos de obreros y de soldados; pero el influjo

¹³ El término de *centrista* designa entonces internacionalmente a las organizaciones y las corrientes que se sitúan entre el bolchevismo revolucionario y la socialdemocracia contrarrevolucionaria.

de la socialdemocracia sobre las masas sigue siendo lo bastante fuerte para que la tentativa fracase. El primero de enero de 1919 presencia el nacimiento de un primer partido comunista alemán —*Kommunistische Partei Deutschlands (Spartakusbund)*— por la fusión de espartaquistas, de comunistas y de otros elementos de extrema izquierda. El 5 de enero, en Berlín, hay manifestaciones y ocupación de inmuebles; pero del 6 al 12, los cuerpos francos —surgidos del antiguo ejército imperial— proceden, ofreciendo instrucciones del socialdemócrata Noske, a una feroz represión anti-obrera y al restablecimiento del orden burgués en la capital. El 15, asesinan a Liebknecht y a Rosa Luxemburgo. A comienzos de marzo, durante la "semana sangrienta", del 3 al 6, se completará esta acción contrarrevolucionaria.

Contenida en Berlín, la revolución proletaria se desarrolla en otras partes. Así, el 21 de marzo es proclamada en Budapest la república de los consejos de Hungría y el 7 de abril, en Munich, la república de los consejos de Baviera, en las ruinas de la antigua monarquía de los Wittelsbach. En el curso de este mismo mes de abril, los marinos de la flota francesa del Mar Negro se amotinan por solidaridad con la Revolución rusa y, el primero de mayo, se produce el estallido en Francia de una huelga general.

En 1920, la lucha de clases prosigue en Alemania según formas que a menudo son las de la guerra civil; por ejemplo, en marzo las masas hacen fracasar el *putsch* de Kapp por medio de una potente huelga general. Cierro, la república de los consejos de Hungría ha sido liquidada, en agosto de 1919. Pero los ferrocarrileros franceses organizan una huelga que dura del primero al 29 de mayo de 1920; en septiembre, son los obreros metalúrgicos de Turín, de Milán y de los otros centros industriales de la Italia del norte los que también se ponen en huelga y ocupan sus fábricas; por fin, en diciembre, estalla la huelga general en Checoslovaquia. En 1921, la huelga de los mineros británicos, que ha durado de abril a junio, prolonga este movimiento internacional, que llega hasta la huelga general, de 1922, en Italia y a su derrota —que entraña la instalación de Mussolini en el poder—, y hasta la preparación de la insurrección revolucionaria en Alemania y a su derrota, en octubre de 1923.

Entre 1917 y 1923, una enorme oleada revolucionaria ha recorrido el mundo capitalista; fuera de Europa, ha alcanzado los Estados Unidos, Brasil, México y Argentina, que han sido sacudidos por huelgas de masas combativas; también ha llegado a China, donde los comienzos de la revolución anti-imperialista plantean la cuestión del gobierno obrero y campesino; a Indonesia y la India, donde la dominación colonial se ve amenazada por la alianza de los obreros y los campesinos; así como a África, donde el proletariado empieza a organizarse como clase y a desempeñar su papel en las luchas contra el colonialismo y el imperialismo. Por fin, prolongaciones tardías de este período de asaltos y avances de las masas son la revolución española, que comienza en 1932 y estalla en 1936, y el movimiento revolucionario en Francia, entre 1934 y 1938.

Habrà que aguardar al período 1943-1955 para volver a encontrar un proceso revolucionario de una comparable amplitud internacional, con el desplome del capitalismo en toda la Europa del este, en China y en Vietnam del Norte, con el quebrantamiento de las potencias capitalistas bajo los golpes de la lucha de clases en Occidente y con el movimiento anti-imperialista de masas en Asia, en África y en la América Latina.

Así pues, nuestro tiempo está marcado, y los procesos sociales de nuestro tiempo también están marcados por esos dos formidables avances de la revolución mundial y también, sin duda, por el nuevo período de flujo revolucionario que ha comenzado alrededor de 1968. Y, en lo que por el momento concierne al primero de los períodos evocados, nos parece importante tratar de saber por qué la revolución proletaria ha vencido en 1917 en Rusia y por qué ha sido derrotada en otros lugares, con el fin de comprender el carácter siempre actual y sin embargo inconcluso de la revolución mundial a través de los procesos sociales contemporáneos y como determinación fundamental de esos procesos.

Para hacerlo, hay que volverse hacia la gran empresa histórica de Lenin, de Trotsky, y de los otros dirigentes bolcheviques que consistió en la fundación, por el Congreso de Moscú (2 a 6 de marzo de 1919), de la Internacional Comunista. Esta fundación muestra que Lenin y Trotsky, como Marx y Engels,

no concebían la victoria de la revolución mundial sin la existencia de un partido obrero revolucionario, también mundial y capaz de expresar a esta escala el "movimiento real" de la clase de los trabajadores y de dirigirla eficazmente. Para los fundadores de la Tercera Internacional, ésta se sitúa en la continuidad de las Internacionales precedentes. Lenin lo expresa así:

La Primera Internacional ha echado las bases de la lucha proletaria internacional por el socialismo. La Segunda Internacional ha sido fase de preparación del terreno para propagar grandemente entre las masas el movimiento en varios países. La Tercera Internacional ha recogido los frutos del trabajo de la Segunda Internacional, la ha limpiado de la chusma burguesa y pequeñoburguesa, oportunista y socialchauvinista, y ha comenzado a realizar la dictadura del proletariado. El alcance histórico universal de la Tercera Internacional, la Internacional comunista, consiste en haber comenzado a poner en práctica la mayor orden de Marx, la orden que hace el balance de la evolución del socialismo y del movimiento obrero desde hace un siglo, la orden de la dictadura del proletariado.¹⁴

Así queda afirmada, a través de las tres Internacionales, la continuidad de los esfuerzos realizados por los militantes revolucionarios contra la clase capitalista y contra quienes, en el interior del movimiento obrero, durante el camino se han pasado de las posiciones de la lucha de clases a posiciones de colaboración de clase.

Por muy insuficientemente representativas que hayan sido las delegaciones venidas del exterior al primer congreso de la Internacional comunista —por razón, especialmente, del bloqueo de la República de los Soviets por las potencias imperialistas— la proclamación de la nueva Internacional se imponía en la continuidad revolucionaria que acabamos de evocar y en la voluntad de los bolcheviques de contribuir decisivamente a la construcción de una dirección mundial para la revolución mundial. Bujarin lo dice en la plataforma de ese congreso de fundación:

¹⁴ Lenin, *Obras*, Moscú-París, 1962, tomo XXIX, pp. 309-310.

La Internacional, que demostrará ser capaz de subordinar los intereses llamados nacionales a los intereses de la revolución mundial, realizará así la ayuda mutua de los proletarios de los diferentes países, en tanto que, sin esta ayuda mutua, económica y de otra naturaleza, el proletariado no se encuentra en condiciones de edificar una sociedad nueva. Por otra parte, en oposición a la Internacional socialista amarilla, la Internacional proletaria y comunista sostendrá a los pueblos explotados de las colonias en su lucha contra el imperialismo, con el fin de apresar el desplome final del sistema imperialista mundial.¹⁵

El objetivo inmediato del congreso de 1919 es reconstruir el movimiento obrero internacional—caído en quiebra el 4 de agosto de 1914, víctima de los efectos del reformismo—sobre el eje de la revolución mundial, cuyo preludio es la Revolución de octubre, y cuya extensión a los países de la Europa central anuncia el porvenir. Esta reconstrucción pasa, para Lenin y Trotsky, por la edificación de secciones nacionales que sean partidos obreros revolucionarios en masa, funcionando según los principios bolcheviques del centralismo democrático. Así como la República de los Soviets que, en diciembre de 1922 se convertirá en la URSS, es concebida por sus dirigentes como el Estado obrero encargado de una misión por excelencia internacional, así también el Partido Bolchevique se considera como un partido internacional o, por lo menos, como una matriz de la que debe nacer la nueva Internacional y a partir de la cual hay que desarrollarla.

El segundo congreso de la Internacional comunista se celebró en Petrogrado, y después en Moscú, del 19 de julio al 6 de agosto de 1920. Reunió 218 delegados, representando 37 países. Aparte de los delegados provenientes de Europa y de los Estados Unidos, observemos la presencia, sumamente significativa, de delegados de China, de Corea, de Indochina, de la India, de Persia, de Turquía y de México. A diferencia de la Segunda Internacional que no había rebasado los límites de los países industrializados, la Tercera Internacional se desarrolla en la escala del mundo considerado en su conjunto.

¹⁵ *Quatre premiers congrès mondiaux de l'Internationale communiste (1919-1923)*, tr. fr. Bibliothèque communiste. Librairie du travail, junio de 1934; reimpreso por Maspéro en 1962, p. 21.

Ese segundo congreso adopta los estatutos de la Internacional, cuyo primer artículo declara:

La nueva Asociación Internacional de los trabajadores se ha fundado con el fin de organizar una acción de conjunto del proletariado en diferentes países tendiente a un solo y mismo fin, a saber: el derrocamiento del capitalismo, el establecimiento de la dictadura del proletariado y de una República Internacional de los Soviets, que permitirá abolir totalmente las clases y realizar el socialismo, primer grado de la sociedad comunista.¹⁶

Ese mismo congreso adopta un texto que enumera veintinueve condiciones que deberán satisfacerse para que un partido obrero ingrese en la nueva Internacional. Algunas de esas condiciones son drásticas, en tanto que exigen la exclusión de los dirigentes reformistas, una propaganda y una agitación antimilitaristas y anticolonialistas en las unidades militares y en los territorios coloniales y, por último, la creación de aparatos clandestinos en previsión de los periodos de ilegalidad. Tomadas en conjunto, tienen por meta impedir que la Internacional comunista sea invadida por las organizaciones centristas, que allí llevarán su indulgencia al oportunismo y al electoralismo; al mismo tiempo, tienen por objetivo favorecer la transformación en organizaciones revolucionarias de los partidos obreros aún víctimas del centrismo y el reformismo. Finalmente, la intención de los dirigentes bolcheviques en su óptica revolucionaria, es que "todas las decisiones del congreso de la Internacional comunista, así como las del Comité Ejecutivo, sean obligatorias para todos los partidos afiliados a la Internacional comunista".¹⁷ En el fondo, es la extensión del centralismo democrático a la escala del partido revolucionario mundial en construcción. Así, no se ve qué objeciones de los militantes revolucionarios podrían oponerse válidamente a semejante exigencia.

El tercer congreso de la Internacional comunista se reúne, en Moscú, del 22 de junio al 12 de julio de 1921. En el plano internacional, la situación es distinta de la del año ante-

¹⁶ *Ibid.*, pp. 37-38.

¹⁷ *Ibid.*, p. 40.

rior. En 1920, la victoria de los soviets sobre la contrarrevolución y la impetuosidad del movimiento de masas en el mundo permitieron suponer un curso rápido en el proceso de la lucha de clases. En 1921, se hacen observables unos fenómenos de reflujo del movimiento revolucionario de las masas: derrota de la huelga de los ferroviarios en Francia, de la huelga con ocupación de fábricas en Italia, de la huelga general en Checoslovaquia, de las que ya hemos hablado, y derrota de una tentativa insurreccional mal dirigida por el Partido Comunista en Alemania.

Así, prevalece la idea, en el tercer congreso de la ic, de que hay que sustituir, en la lucha contra el capitalismo, la táctica del "ataque" por la táctica del "sitio".¹⁸ *Las Tesis sobre la táctica* adoptadas por la mayoría de los delegados contra una violenta oposición izquierdista que comprendía a delegados alemanes, húngaros e italianos, declaran: "La revolución mundial no es un proceso que avance en línea recta, es la disolución lenta del capitalismo, es la cotidiana labor de zapa, que se intensifican en las crisis, y se concentran en las crisis agudas".¹⁹

En esas condiciones, es normal que el tercer congreso plantee particularmente la necesidad de *ir a las masas*, y dé por tarea a los militantes comunistas la lucha en los sindicatos, aun si sus direcciones están en manos de los reformistas.

En realidad, esos militantes a menudo son expulsados de las organizaciones sindicales por esos mismos dirigentes reformistas. Así, la Internacional comunista crea la Internacional sindical roja, de la que puede preguntarse si, como tal, no estaba, al menos parcialmente, en contradicción con la política del *frente único obrero* hacia la cual se dirige el tercer congreso de la ic y que iba a definir, al año siguiente, su cuarto congreso.

Este último, celebrado en Moscú, de finales de noviembre a comienzos de diciembre de 1922, adopta como estrategia fundamental del proletariado revolucionario el *frente único obrero*. Adopta las *Tesis sobre la unidad del frente proletario*, la xxiii de las

¹⁸ Cfr. *Premier congrès de l'Internationale communiste*, textos integrales publicados bajo la dirección de Pierre Broué, ed. "Présentation", pp. 13-15.

¹⁹ *Quatre premiers congrès de l'IC, op. cit.*, p. 94.

cuales declara: "Por unidad del frente proletario, hay que entender la unidad de todos los trabajadores deseosos de combatir al capitalismo, incluidos, por consiguiente, los obreros que aún siguen a los anarquistas y a los sindicalistas. En ciertos países, estos elementos hasta pueden asociarse con utilidad a las acciones revolucionarias."²⁰ Así pues, esta estrategia trata de reunir a todos los trabajadores organizados y no organizados, en la lucha contra la explotación capitalista y contra el propio capitalismo. Siguiendo la línea de las *Tesis de abril*, de Lenin, se esfuerza por englobar en el frente de clases no sólo a los militantes de base, sino también a todas las organizaciones obreras, llevando a sus direcciones a romper todos sus nexos con la burguesía. Así, el cuarto congreso de la ic desarrolla y dirige todos los esfuerzos tendientes a la construcción del partido revolucionario mundial, es decir, de la propia Internacional comunista. Pero, dándose cuenta de que los trabajadores siguen divididos entre organizaciones revolucionarias y organizaciones reformistas, el congreso invita a los militantes comunistas a ir a buscar a esos trabajadores donde se encuentren, y a ayudarles en sus reivindicaciones y sus aspiraciones, para que se organicen en la unidad contra el capital, arrastrando con ellos a sus organizaciones tradicionales, y determinando la ruptura de éstas con la clase dirigente.

La construcción del partido revolucionario mundial y la participación en la lucha de clases sobre la línea del frente único obrero son los términos inseparables del esfuerzo de transformación del proletariado de clase en sí a clase para sí y de la marcha histórica a la victoria de la revolución mundial. Así, las resoluciones del cuarto congreso de la ic conservan en nuestros días una notable actualidad. Y aun en lo que concierne a los problemas nuevos o considerados como tales, planteados con vigor desde hace cerca de 10 años por el movimiento de los jóvenes o el de las mujeres, ese cuarto congreso sigue siendo notablemente instructivo.

Una resolución consagrada a las tareas de las organizaciones de la juventud comunista declara:

²⁰ *Ibid.*, p. 163.

Las juventudes comunistas deberán arraigar en la masa de la juventud obrera intensificando su propaganda económica, ocupándose continuamente de una manera concreta de la vida y de las cuestiones que interesan a los jóvenes obreros, representando continuamente sus intereses y dirigiendo a la juventud en la lucha común que debe sostener con la clase obrera adulta.²¹

Y otra resolución, consagrada a la acción femenina,²² precisa:

El cuarto congreso pide a todas las secciones de la Internacional comunista prestar atención particular al trabajo comunista entre las mujeres. El frente único proletario sólo podrá realizarse si las mujeres forman parte de él. Una relación sólida entre los partidos comunistas y las trabajadoras permitirá a estas últimas, en ciertas circunstancias, abrir el camino al frente único proletario en los movimientos de las masas revolucionarias.²²

Hoy los gobiernos burgueses "descubren" los "problemas de la juventud" y los de la "condición femenina", y los movimientos que pretenden expresar la "especificidad" de esos problemas planteándolos fuera de la lucha de clases e independientemente del movimiento obrero, y aún contra él. No es inútil recordar que el cuarto congreso de la Internacional comunista ya había tenido conciencia de esas cuestiones y que las planteaba en relación con la crisis general del sistema capitalista y la lucha revolucionaria del proletariado como único medio de destruir la base real, de la que han surgido las dificultades sin cesar aumentadas de los jóvenes y de las trabajadoras. Ello significa que hay que desconfiar de las novedades aparentes de nuestra época y de la idea según la cual los problemas actuales no tienen precedentes; pues esta época aún forma parte de la era inaugurada por la fase imperialista del capitalismo y por la revolución mundial comenzada pero inconclusa y, por la fuerza de las cosas, los problemas que le son inherentes no son ni pueden ser de una esencia distinta de los que eran analizados por el movimiento revolucionario internacional de

²¹ *Ibid.*, p. 186.

²² *Ibid.*, p. 188.

1922. Ciertamente, la descomposición de la sociedad capitalista puede revestir formas relativamente nuevas; en cambio, el contenido de esa descomposición no es nuevo. Lo menos que puede decirse, en esas condiciones, es que hay que estudiar esas formas, eventualmente nuevas, pero en relación al contenido fundamental del que no son más que expresiones circunstanciales.

Los documentos producidos por los cuatro primeros congresos de la Internacional comunista son, a la vez, históricos y actuales, porque expresan, al más alto nivel, el empuje revolucionario considerable sobre todo del período que va de 1917 a 1920, y porque plantean las cuestiones de la lucha de clases en términos que aún son, en gran parte, los de hoy.

No menos cierto es, como ya lo hemos indicado, que en 1920-1921, aparecen los síntomas de un restablecimiento temporal del sistema capitalista, después de los asaltos y los avances revolucionarios de 1917-1919. Así, las discusiones del tercer y el cuarto congresos de la Internacional fueron testimonio de esto, pues oponen a los militantes que aún siguen la línea del período anterior y que creen que las masas son capaces de derrocar al capitalismo a corto plazo, con otros que, como Lenin y Trotsky, comprenden que el sistema capitalista no es tan rápidamente destructible y que, en consecuencia, hay que trabajar en la organización y la unificación revolucionaria de las masas con vistas a un nuevo período de flujo de la revolución a nivel mundial.

El reflujo de 1920-1921 deja ver, en especial, que las organizaciones socialdemócratas aún conservan una influencia importante en el proletariado, pese al desplome de la Segunda Internacional en agosto de 1914. En los países neutrales, esas organizaciones se han mantenido sin caer en los excesos y las desverguenzas del "socialchauvinismo" y del "socialimperialismo". En los países beligerantes, han perdido los elementos internacionalistas y revolucionarios que se han unido a la Tercera Internacional, conservando los elementos reticentes ante la Revolución de octubre y que, por el bombardeo de la propaganda burguesa, se han vuelto incapaces de comprender su significación y su alcance. Desde entonces parece que, por primera vez en la historia del movimiento obrero, dos Internacionales

cionales van a disputarse la dirección del proletariado durante un periodo de amplitud indeterminada.

En cambio, ese reflujo dejaba subsistir la República de los Soviets que, después de terribles luchas y de sacrificios inauditos, había logrado salvar su existencia. El hecho es que, a finales de 1920, la clase obrera rusa estaba exangüe, el país completamente devastado por siete años de operaciones militares, la economía reducida más abajo de su nivel de 1914 y la población, al menos en ciertas regiones, víctima del hambre, del pillaje y de todas las formas de la miseria y de la inseguridad: siniestros efectos del bloqueo organizado por las potencias imperialistas.

Todo ello determinó, a comienzos de 1921, una explosión: la revuelta de los marinos de Cronstadt, la antigua ciudadela que domina los accesos marítimos de Petrogrado. Esos marinos son entonces muy distintos de los que, en 1917, prestaron apoyo tan eficaz a los bolcheviques en lucha por la toma del poder; pues la mayoría de los marinos rojos de 1917 habían dado su vida en los campos de batalla de la guerra civil y de la lucha contra las intervenciones extranjeras. Así, los efectivos de Cronstadt, en 1921, estaban compuestos, sobre todo, de jóvenes marinos que no tenían las razones de sus predecesores para aceptar los sacrificios impuestos por el servicio de la revolución.

Aun si la revuelta de Cronstadt no se ha hecho, como ha afirmado Miliukov, al grito de "¡Vivan los soviets sin bolcheviques!", todo demuestra la intrusión de elementos mencheviques y socialistas-revolucionarios, más o menos clandestinos, en un movimiento esencialmente reivindicativo en su origen. Lenin en vía emisarios al lugar y trata de negociar con los marinos amotinados. Estos se obstinan y la situación se agrava, pues el control de Cronstadt por fuerzas hostiles al gobierno soviético constituye una amenaza muy grave para la República de los Soviets; son las conquistas sociales y políticas de la Revolución de octubre, tan costosamente salvadas en la guerra civil, las que son así brutalmente puestas en peligro. De los amotinados dice Lenin significativamente: "No quieren guardias blancos, pero tampoco quieren nuestro régimen." Así pues, había que actuar contra la revuelta de Cronstadt. Esto fue lo que decidió el

X Congreso del Partido Bolchevique, que estaba celebrándose precisamente en aquel momento.

Las operaciones se efectúan directamente, pues el tiempo apremia por el hecho del deshielo que aislaría a la fortaleza de la tierra firme... comenzadas el 7 de marzo, se terminan el día 17 del mismo mes.

La insurrección está liquidada. El Termidor que temía Lenin había ocurrido, pero los bolcheviques habían vencido a los termidorianos. Sin embargo, las huellas quedan profundas... con la insurrección y la represión de Cronstadt se terminaba el sueño de la unificación de los revolucionarios marxistas y libertarios... Cronstadt será el símbolo de la hostilidad, en adelante irreductible, entre esas dos corrientes del movimiento obrero.²³

Hacemos nuestra esta apreciación, pues de ella se desprende que el Partido Bolchevique no podía dejar desarrollarse un motín que probablemente habría conducido a la destrucción del Estado obrero, a la destrucción, para la clase obrera rusa y para el proletariado internacional, de las conquistas de octubre; asimismo, el precio pagado por esta necesaria conservación también ha sido grande, puesto que consistió en el rechazo total del bolchevismo por la corriente libertaria en el movimiento obrero internacional.

Es imposible comprender realmente la represión del motín de Cronstadt por los bolcheviques sin representarse la situación en su conjunto, especialmente la situación interior de la República de los Soviets, victoriosa, ciertamente, de los guardias blancos y de los intervencionistas extranjeros, pero al mismo tiempo, al borde del desplome económico. Por ello —en razón de esta situación global, y no por causa de la revuelta de Cronstadt—, el décimo congreso bolchevique se ha visto obligado a adoptar una Nueva Política Económica (NPE) para sobreponearse a los efectos negativos acumulados del periodo del comunismo de guerra.

²³ P. Broué, *Le Parti bolchevique, op. cit.*, pp. 153-154.

La NPE se ha caracterizado por la supresión de las medidas de requisición, remplazadas por un impuesto progresivo en especie, el restablecimiento de la libertad del comercio y la re partición del mercado, el retorno a la economía monetaria, la tolerancia de una industria mediana y pequeña, y el llamado, bajo el control del Estado, a los inversionistas extranjeros.²⁴

En el restablecimiento provisional del capitalismo, la NPE debe permitir a la revolución soviética "respirar" y restaurar las condiciones de vida mínimas para las masas a partir de las cuales será posible, a continuación, retomar la marcha hacia adelante a la escala de Rusia y a la escala internacional. Por medio de la NPE el Partido Bolchevique conserva su papel dirigente por relación a las masas, y esto es lo esencial para el movimiento revolucionario. La dictadura del proletariado, cuyos medios son los soviets, y su expresión y dirección el Partido, garantiza la significación revolucionaria de la NPE, es decir, su carácter táctico en el cuadro de una estrategia a largo plazo.

Más allá de la represión de la revuelta de Cronstadt y de la adopción de la NPE, el X Congreso bolchevique toma decisiones que van a comprometer más aún el porvenir del Partido y de la revolución. Entre esas decisiones, las hay que limitan la posibilidad de acceso al Partido de elementos no-obreros —capaces de convertirse en "carrieristas"— y hay otras que, en nombre de la "unidad del partido"—tan necesaria en las circunstancias difíciles por las que se atraviesa en aquel momento—, limitan el derecho, inherente al centralismo democrático, de constituir, en el interior del partido, tendencias o fracciones estatutariamente reconocidas.²⁵ Al mantener la plena libertad de

²⁴ *Ibid.*, p. 154.

²⁵ "La amplitud y la naturaleza de la depuración del partido realizada en 1921 y proseguida en 1922, muestra que el partido es capaz entonces de desbarazarse en masa de los elementos burgueses. La depuración, combinada con las partidas voluntarias, afecta a un cuarto de los efectivos de 1921... Tan sólo una sexta parte de los miembros del partido considerados como obreros son excluidos, en tanto que la proporción de los excluidos alcanza a dos quintas para los campesinos y una tercera para los empleados, intelectuales y otros. Esas cifras muestran a la vez hasta qué punto se había deteriorado la composición del partido y cuál era aún su capacidad de eliminar de su seno a los elementos dudosos." Charles Bettelheim, *La lutte de classes en l'URSS, 1er période, 1917-1923*, Seuil-Maspero, 1974, p. 168.

discusión, pero al prohibir en adelante que las discusiones se lleven a cabo en fracciones, el Congreso, por mayoría, tiene el sentimiento de reforzar la disciplina y de canalizar provisoriamente las formas de expresión en el Partido. De hecho, el desarrollo ulterior de la situación dará retroactivamente al X Congreso el sentido de un alto al funcionamiento normal del centralismo democrático y a la libre expresión de la democracia proletaria en el Partido Bolchevique. En realidad, lo que para Lenin y Trotsky no era más que circunstancial, se convertía en funcional y estructural para Stalin y Bujarin. Pues es entre 1921 y 1923 cuando han empezado a cristalizar nuevas relaciones entre, por una parte, el conjunto de los militantes bolcheviques y, por otra parte, el aparato de su partido. Los procedimientos del mando que eran indispensables durante la guerra civil invadieron las organizaciones bolcheviques y actuaron en favor de un aparato que escapaba cada vez más a todo control de la base.

Terminado el XI Congreso del Partido Bolchevique (1922), Stalin se convierte en secretario general del Partido, puesto clave desde el cual concentra entre sus manos un poder siempre creciente. Por su parte, Lenin está consciente del burocratismo que deteriora cada vez más las administraciones del Estado obrero y el funcionamiento del propio partido. En ese mismo Congreso, declara:

Se han establecido relaciones erróneas entre el partido y las administraciones soviéticas: no estamos de acuerdo con ello... formalmente, es muy difícil remediar esto, pues un partido gubernamental único dirige entre nosotros... la falta también ha sido mía, en muchos aspectos.²⁶

Esta apreciación de Lenin muestra que, para él, el partido único está lejos de ser una necesidad histórica, como después lo entenderá Stalin. El partido único sólo es una situación de hecho en la cual ha desembocado la revolución proletaria en Rusia a consecuencia del paso, desde 1917, de los mencheviques y de los socialistas-revolucionarios de derecha, y, en

²⁶ Citado por P. Broué, *op. cit.*, p. 171.

1918, de los socialistas-revolucionarios de izquierda al campo de la contrarrevolución. Agravada por las medidas de restricciones aportadas al derecho de tendencia y de fracción, esta situación entraña incontables peligros, tanto en el partido, donde el aparato escapa cada vez más de todo control de la base, como en la sociedad soviética, en que las órdenes del partido único rempazan a las iniciativas y los controles de los soviets, órganos institucionalizados de la dictadura del proletariado.

De 1920 a los últimos meses de su actividad, en 1923, Lenin se preocupó mucho por el burocratismo que invadía los diversos aparatos del Estado obrero y del Partido Comunista. Atribuye, por una parte, ese burocratismo a la herencia histórica de los pueblos del antiguo imperio zarista: la larga dominación asiática sobre el pueblo ruso, el despotismo del Estado de los zares y de sus onerosas administraciones, el analfabetismo en que se encuentran aún las masas al término de la revolución. Pero, por otra parte, descubre que las deformaciones burocráticas provienen del funcionamiento mismo del Estado soviético y del Partido Comunista en el marco interior y mundial que se les ha impuesto.

Con severidad y lucidez, escribe un informe al comité central:

La primera máquina de vapor era inutilizable. ¡No importa!... tenemos ahora la locomotora. Nuestro aparato de Estado es francamente malo. ¡No importa! ha sido creado y es una inmensa invención histórica; ha sido creado un Estado de tipo proletario... Todo el meollo de la cuestión consiste en separar firme, clara y sanamente lo que constituye un mérito histórico mundial de la revolución rusa de aquello que hemos realizado todo lo mejor que fue posible, lo que aún no se ha creado y lo que, muchas veces, habrá que rehacer.²⁷

Esas observaciones nos permitirán estudiar, en el capítulo siguiente, la crisis de 1923 y sus inmensas consecuencias. Pero, por el momento, aún no hemos llegado allí. Nos encontramos al término de las grandes victorias obtenidas por los bolcheviques en la lucha a muerte que los opuso a la contrarrevolución

²⁷ Lenin, *Obras escogidas*, tomo II, p. 975.

de 1918 a 1920, y estamos en el tiempo de las enormes dificultades en que se debaten los vencedores. Nos parece que hay que plantear aquí tres preguntas: ¿Por qué y cómo la revolución proletaria ha vencido a la contrarrevolución sobre el inmenso territorio del antiguo imperio de los zares? ¿Por qué y cómo esta misma revolución proletaria ha fracasado en otras partes, especialmente en Alemania, en el centro del continente europeo? ¿Qué resulta para nosotros, el día de hoy, de ese comienzo y de esa falta de conclusión de la revolución mundial?

En adelante no bastará con recordar que la revolución comenzó en Rusia porque ese país era el "eslabón más débil" de la cadena del imperialismo mundial, pues, en noviembre de 1918, la revolución invadía la Europa central, singularmente Alemania, primera potencia industrial del continente, dotada del proletariado más numeroso y mejor organizado del mundo.

Bien pueden los historiadores multiplicar los indispensables análisis de detalle y mostrar en qué son diferentes las sociedades rusa y alemana, en 1917 y 1918. No por ello deja de ser cierto que los dos países se cubrieron en algunos días de consejos de obreros y de soldados que constituían, en ambos casos, el esbozo de un Estado de la dictadura del proletariado. Y es imposible no diferenciar las dos experiencias históricas, primero y ante todo, por el examen de la dirección del movimiento revolucionario de las masas en la Rusia de 1917 y en la Alemania de 1918.

En Rusia, el Partido Bolchevique, organización proletaria centralizada, ha logrado —a partir de las *Tesis de abril* y de la reorientación consecuente— expresar el "movimiento real" del proletariado y de las masas campesinas y conducirlo a la victoria de octubre, por medio de la mayoría conquistada, entre julio y octubre, en los principales soviets. En Alemania, los espartaquistas, y después los comunistas, no llegaron a construir una organización de tipo bolchevique capaz de dirigir el movimiento de las masas. Y, durante el período crítico de 1918-1922, lo mismo ocurrió en Hungría, donde los comunistas se enrolaron en una colaboración sin principio con los socialdemócratas; en Italia, en Austria, en Francia, donde el difícil na-

cimiento de los partidos comunistas intervinio demasiado tarde por relación al curso de los acontecimientos.

Ello significa, que, en nuestra época, la explosión revolucionaria depende, ante todo, de factores objetivos y que la victoria o la derrota de la revolución, una vez desencadenada, depende esencialmente de factores subjetivos, es decir, de la existencia y del funcionamiento eficaz de una dirección revolucionaria del movimiento de las masas; ello no impedirá a los historiadores estudiar todos los elementos constitutivos de la situación rusa de 1917 y la situación alemana de 1918. Pero, con relación al análisis de los procesos sociales, hay que distinguir, teórica y metodológicamente, lo esencial de lo que no es esencial, y esta distinción es inseparable de la práctica social, especialmente de la práctica organizada y consciente, que desembocó, en un caso, en la victoria revolucionaria, y en los otros casos, no desembocó en ella.

Nos parece que deben evitarse dos errores en el estudio comparado de la revolución en Rusia y de la revolución en Alemania. El primer error consiste en desconocer la *complejidad* inherente a las situaciones y a los procesos históricos que constituyen los objetos de la investigación; también, los historiadores actuales se encuentran en estado de vigilancia extrema por relación a ese tipo de error, y los sociólogos, políticos, economistas, antropólogos, etcétera, comparten esta disposición de espíritu. El segundo error consiste en la incapacidad o la negativa a buscar lo *esencial* a través de la complejidad, casi la aparente inexplicabilidad, como decía Gurvitch, de las situaciones y de los procesos históricos. Pues, este es, en nuestros días, el error más común en las "ciencias sociales", en que la preocupación por el detalle triunfa sobre las tentativas de síntesis, más o menos sospechosas de tomar inevitablemente un carácter ideológico.

No obstante, una cuestión tan vital para el conjunto de la humanidad como la historia o la derrota de la revolución proletaria, en condiciones históricas determinadas, no puede ser bastante aclarada por análisis de detalle y tampoco puede ser descartada, bajo pretexto de los riesgos de caer en la ideología en que corre todo el paso de naturalidad sintética. Y pensamos que, en el caso, es imposible librarse de la diferenciación ci-

tada: la existencia del Partido Bolchevique, como dirección revolucionaria del movimiento de las masas en Rusia en 1917, y la ausencia de semejante dirección en Alemania, entre 1918 y 1923.

Para la humanidad de 1979, tomando en cuenta su situación global y el devenir histórico que la arrastra hacia su futuro, el doble carácter de la revolución mundial—como proceso comenzado y como proceso inconcluso—nos parece que determina y ordena todos los fenómenos económicos, sociales, culturales y políticos observables. O la investigación en la materia desconoce ese doble carácter, y entonces se ve rechazada hacia las verificaciones fragmentarias y hacia la sistematización ideológica, inseparable de los intereses fundamentales de la clase dominante; o esta misma investigación se hace cargo del doble carácter en cuestión, y entonces tendrá que captar las mediaciones concretas a través de las cuales los fenómenos observables se especifican, se particularizan y se singularizan en sus formas actuales.

El hecho de que la revolución proletaria mundial haya comenzado y que esté inconclusa, el hecho de que el modo de producción capitalista haya llegado a su fase última, el hecho, en fin, de que las fuerzas de la revolución y las de la contrarrevolución, al afrontarse, conduzcan a la humanidad hacia un modo de producción superior o le hagan retornar hacia una creciente barbarie, nos parece que aportan las hipótesis de trabajo sin las cuales no es fundamentalmente inteligible ningún proceso social. A partir de allí, resulta fácil admitir que la creación del primer Estado obrero duradero, en 1917, y la evolución ulterior de este Estado constituyen las bases de referencia indispensables para el estudio de cualquier proceso social contemporáneo. Pues no hay problema que afronte la humanidad actual, en su devenir, que no se relacione, directa o indirectamente, con ese proceso histórico, cuyo alcance y significación aún no tienen límites que puedan verse en el tiempo y en el espacio.

IX. LA EVOLUCIÓN DEL ESTADO SOVIÉTICO DE 1923 A NUESTROS DÍAS

LOS HISTORIADORES tienden cada vez más, en nuestros días, a reconocer lo que Trotsky había comprendido desde 1928, a saber, que el año de 1923 fue el del comienzo del giro termodoriano por el Partido Comunista de la URSS, el Estado soviético y la Tercera Internacional.¹

A la fase de explosión y de expansión de la revolución proletaria, entre 1917 y 1920, había sucedido una fase caracterizada por cierto reflujo de la oleada revolucionaria en el mundo, por un restablecimiento temporal del capitalismo y por un aislamiento relativo de la República de los Soviets, victoriosa sobre sus enemigos interiores y exteriores, pero territorialmente debilitada por las diversas pruebas (1921-1922). Queda en pie el hecho de que, en el curso de esta segunda fase, los bolcheviques continuaban asumiendo las tareas de la dirección revolucionaria del movimiento obrero internacional a través de la estrategia del frente único proletario.

Otra cosa puede decirse del período que comienza, en 1923, por la derrota de la revolución en Alemania y que termina en 1927 por la derrota de la revolución en China, período en el curso del cual muere Lenin (21 de enero de 1924), y en el curso del cual se desarrolla, en el interior del PC de la URSS y de la Internacional, una lucha entre la burocracia dirigida por Stalin y la oposición revolucionaria a la burocracia, cuyo principal líder es Trotsky. Como es sabido, esa lucha termina con la derrota de la oposición; Trotsky queda excludido del gobierno soviético, de la dirección y de las filas del partido, y por fin se ve obligado a un exilio definitivo en 1929.

El giro termodoriano —llamado así por analogía con la reacción contra Robespierre y Saint-Just, durante la Revolución francesa— es la victoria temporal de la reacción burocrática sobre las fuerzas revolucionarias, con todas las consecuen-

cias interiores e internacionales que aún están desarrollándose ante nuestros ojos. El giro termodoriano, comenzado en 1923, es lo que había de desembocar en el replazo del bolchevismo, como dirección revolucionaria del movimiento de las masas, por su opuesto, a saber el *stalinismo*, degeneración burocrática contrarrevolucionaria del Partido Bolchevique, del Estado obrero y de la Tercera Internacional.

Los últimos meses de actividad política e intelectual de Lenin se caracterizan por la toma de conciencia del peligro burocrático, como de gravedad extrema. En efecto, descubre que Stalin y Ordjonikidze han impuesto a los bolcheviques, contra su voluntad y contra el sentimiento de las masas, la incorporación de Georgia en una República Federada de Transcaucasia, con Armenia y Azerbaidján. Pero el estado de salud cada vez más grave de Lenin no le permite triunfar sobre el aparato del Partido, ya sólidamente en manos de Stalin, y eliminar a este último de la secretaría general, como era su intención. Así, escribe a propósito del asunto georgiano:

Las fuerzas poderosas que desvían al Estado soviético de su camino, deben quedar designadas: emanan de un aparato que nos es fundamentalmente ajeno y representa una mezcla de residuos burgueses y zaristas, tan sólo cubiertos de una capa soviética, y que está hundiendo al país en una mazmorra de opresión.²

En su último artículo, "Más vale poco y bueno" (febrero de 1923), Lenin ataca la Inspección obrera y la campesina cuyo papel había sido, en el origen, luchar contra la burocratización de las administraciones soviéticas, de las que Stalin, comisario responsable, ha hecho, así como de la secretaría general del partido, verdaderas ciudades burocráticas. Se pueden leer, en este artículo, las severas líneas siguientes:

Las cosas resultan repugnantes con el aparato de Estado... no hay peor institución que la Inspección... hay que destruir la burocracia no sólo en las instituciones soviéticas, sino en las instituciones del Partido.³

² Citado por P. Broué, en *Le Parti bolchevique, op. cit.*, pp. 174-175.

³ "Más vale poco y bueno", Moscú, 1968, pp. 66-86.

¹ Cfr. L. Trotsky, *L'Internationale communiste après Lénine ou le grand organisateur des défaites (1928)*, tr. fr. PUF, 1969, 596 pp.

Así pues, era inevitable que en semejante situación, agravada por las dificultades económicas surgidas en la aplicación de la NRE, se desembocara en una crisis en el Partido Bolchevique y en su dirección. Retardada por la enfermedad de Lenin y por la esperanza de su eventual restablecimiento, la crisis política estalla en octubre de 1923, en la época misma en que el Partido Comunista Alemán terminaba, por consecuencia de las fallas de su dirección y de las de la dirección de la Interna-cional, en una derrota sin combate.

Tomando la dirección de la oposición a la burocracia, Trotsky dirige, el 8 de octubre, al comité central, una carta sobre la democracia en el partido, en la cual denuncia y condena los métodos del autoritarismo que no dejan de extenderse y de agravarse desde el XII Congreso bolchevique (17-25 de abril de 1923). Amenaza con apelar al conjunto de los militantes si el comité central no endereza rápidamente esa situación desastrosa. El 15 de octubre, cuarenta y seis militantes de primer plano dirigen al comité central una declaración que va en el mismo sentido. Especialmente, escriben:

Presenciamos una división siempre creciente y hoy apenas velada en el partido, y entre la jerarquía del secretariado y el "pueblo tranquilo", entre los funcionarios profesionales del partido, nombrados y elegidos desde arriba, y la masa del partido, que no participa en su vida de grupo... el régimen que se ha puesto en vigor en el partido es absolutamente intolerable; mata toda iniciativa en el partido, lo somete a un aparato de funcionarios nombrados que funciona inegablemente en periodos normales, pero que falla en periodos de crisis y que amenaza con llevar a una bancarrota total ante los graves acontecimientos que se preparan.⁴

La carta de Trotsky y la declaración de los cuarenta y seis inauguran un debate y un combate de 4 años, en el curso del cual el aparato burocratizado del Partido y del Estado queda representado por Stalin, y la Oposición de Izquierda, dirigida por Trotsky. Bujarin, que en 1918 había sido el dirigente de la fracción de los comunistas de izquierda, se ha convertido en

⁴ Traducido del ruso al inglés, en E. H. Carr, *The Interregnum*, 1954, pp. 367-373.

el representante de una tendencia derechista, que se apoya en el campesinado en su conjunto; apoya el "centrismo" staliniano hasta que, 10 años después, caerá víctima de él. Zinoviev y Kamenev, temerosos de la influencia y del prestigio personal de Trotsky, van a aliarse a Stalin contra la Oposición de Izquierda, formando así lo que se llamó la "troika". Cuando arrepentidos vayan a unirse a Trotsky para formar con él, en 1925, la Oposición Unificada, será demasiado tarde. La burocracia habrá alcanzado bajo la dirección de Stalin tal potencia del aparato de Estado, del Partido y de la Internacional, que esta Oposición Unificada—menos coherente que la Oposición de Izquierda—finalmente será vencida en 1927.

Pero la crisis de 1923 sólo se aclarará completamente por relación a la situación internacional, especialmente por relación a la situación de Alemania; pues en el curso de este año torturante, los bolcheviques tienen las miradas fijas en el desarrollo de la revolución en el Reich. En efecto, el Tratado de Versalles ha impuesto a Alemania condiciones tan draconianas que todo el edificio social del país se encuentra quebrantado hasta en sus cimientos. Un proceso inflacionario sin precedentes hunde en el hambre a los trabajadores y a los funcionarios en la miseria, y provoca un número creciente de quiebras entre los tenderos y los pequeños empresarios. La Alemania en descomposición se ha convertido en esta "casa de locos" (*Irrehaus*) de que hablan los observadores burgueses. Así pues, una situación revolucionaria se instaura en el corazón mismo de Europa, de manera aún más profunda que en 1918. El Partido Comunista de Alemania (KPD) aprovecha esta situación para desarrollarse impetuosamente.

Como lo ha dicho P. Broué:

Todo el verano (1923) transcurre en febriles preparativos de la "toma del poder", cuya perspectiva ha terminado el secretario general del Partido Comunista Alemán, Brandler, por aceptar... guardias rojos, las "centurias proletarias", se organizan: se apilan armas. Nuestros responsables cuentan con los comités de fábrica y los comités de acción de los desempleados y de las mujeres para desempeñar el papel de soviets.⁵

⁵ Cfr. P. Broué, *Le parti bolchevique*, op. cit., p. 178.

Pero, finalmente, el impulso directivo es vacilante, al nivel de un Estado mayor del KPD y al nivel de la IC. En Moscú, Zinoviev, responsable principal de la Internacional Comunista, vacila, y Stalin, que ya tiene otras perspectivas, aconseja "frenar a los alemanes en lugar de empujarlos". La burguesía alemana, sostenida por la socialdemocracia, se recupera y pasa a la contraofensiva. La *Reichswehr*, ejército profesional, reconstituida con la aprobación y la ayuda de las potencias de Versalles, restablece el orden en Sajonia, donde los comunistas tenían posiciones dominantes, y aplasta la insurrección del KPD en Hamburgo. La revolución ha fracasado en Alemania, el "octubre alemán" —durante tanto tiempo esperado en Rusia por los militantes bolcheviques y las masas proletarias— ha terminado por una derrota sin combate.

Es cierto que el destino de Europa y del mundo aún no está sellado. El *putsch* de Hitler, en Munich, contra el gobierno socialcristiano de Baviera (8-9 de noviembre de 1923) aún no es más que un episodio de provincia. Pero ya se disponen, en esa "olla de brujas" que es el Reich en esta época, las fuerzas que van a decidir la suerte del continente europeo durante los 20 años siguientes. En el plano cultural, el admirable desarrollo del expresionismo alemán va a dar, durante 10 años, las formas más audaces a una creación literaria y artística que ha brotado, en lo esencial, del proceso revolucionario, del que resulta irrisorio y escandaloso que la burguesía de 1978 pueda arrojarle en su escepticismo decadente. Pero este auge aparece, en retrospectiva, como una especie de canto del cisne antes del desencadenamiento de la barbarie fascista, a la que ha dejado vía libre la derrota obrera de 1923.

Esta derrota en Alemania produjo consecuencias inmediatas en la Rusia soviética que vivía, al menos entre sus elementos revolucionarios, en la espera de la extensión de la revolución en los países de la Europa central y occidental más industrializados. Después del fracaso del "octubre alemán", la Revolución rusa quedará aislada durante largo tiempo. El flujo de la oleada revolucionaria mundial, observable en 1920, se convierte en un alto brutal a partir del cual la relación de fuerzas, en Rusia, entre los elementos revolucionarios y la potencia creciente de la burocracia se convierte en relación in-

terna, desprovista —en apariencia— de su carácter internacional, y reducida a lo que pueda ocurrir en un país atrasado, transformado por el bloqueo de las potencias imperialistas en una especie de "ghetto".

El combate de la Oposición contra la burocracia, en el único Estado obrero del mundo, se desarrolla, en adelante, en condiciones internacionales desfavorables a la Oposición y propicias a la progresión del proceso burocrático, cuya expresión y producto es el stalinismo. La derrota de la revolución en Alemania, en 1923, nutre la progresión de la burocracia en el interior del Partido Bolchevique, del Estado soviético y de la Internacional Comunista.

Termidor, la referencia histórica utilizada por Trotsky, no es más que una imagen. Pero esta imagen está provista de una notable potencia pedagógica. El propio Lenin había declarado que los bolcheviques eran los jacobinos de la revolución proletaria, dando a entender que él mismo y sus compañeros trabajaban y luchaban de una manera consecuente a la victoria completa y definitiva de la revolución socialista. Desde ese punto de vista, común a Lenin y a Trotsky, Termidor significaba la orden de "alto" dada por las fuerzas de la reacción al proceso de la revolución proletaria. No menos cierto es que, en el proceso de la revolución burguesa en Francia, Termidor (julio de 1794) ha sido una orden de alto, siendo también la apertura hacia una consolidación del poder burgués. El termidor soviético es de diferente naturaleza; no abre un curso nuevo a la revolución proletaria en la URSS y en el mundo. Al contrario, ya esboza la degeneración de esta revolución.

Al término de 1923, Trotsky y la Oposición de Izquierda proponen a la vez la industrialización de la URSS —a la que Stalin y Bujarin se niegan obstinadamente, en nombre de una llamada inmadurez de las masas— y la preparación de las fuerzas proletarias, tanto en la URSS como en el resto del mundo, con vistas a la fase ulterior previsible de un nuevo arranque revolucionario.

Apoyándose en la derrota de la revolución en Alemania y en el restablecimiento temporal del capitalismo en el mundo, Stalin, portavoz de la tendencia "centrista" del Partido Bolche-

vigue y del aparato burocrático que ya está a su disposición, y Bujarin, portavoz de la tendencia derechista que expresa el retraso del campesinado en bloque, desarrollan la idea según la cual habría que *construir el socialismo en un solo país*, al no poder edificarlo a la escala internacional.

Puede comprenderse hoy, que esta política, que revestía las apariencias de un realismo a corto plazo, haya podido satisfacer a los burócratas ya instalados en los aparatos del Estado y del partido y responder a cierto cansancio de las masas, agotadas por las severas exigencias del comunismo de guerra del periodo 1918-1920. La lucha de la Oposición de Izquierda (1923-1925), y después de la Oposición Unificada (1925-1927), ha tropezado con esta pesadez burocrática, en el partido, y este cansancio de las masas, en el país. Así corrían los riesgos de la derrota en la que efectivamente ha desembocado.

El historiador debe guardarse aquí de la ilusión retroactiva de la necesidad, de la fatalidad. Pues efectivamente, nada conducía inevitablemente en la Oposición antiburocrática a la derrota, en la URSS y en la Internacional Comunista entre 1923 y 1927. Pero la convergencia de los factores objetivos—nacionales e internacionales— hacía muy probable esta derrota, a pesar de la personalidad excepcional de Trotsky y de las cualidades excepcionales de cierto número de militantes de la Oposición, y a pesar de la mediocridad, del carácter generalmente gris de los jefes de la burocracia, Stalin y sus acólitos.

Ni ángeles ni demonios, los dirigentes bolcheviques fueron moldeados por este periodo, más que ellos lograr moldearlo. Marcados por la disciplina ante la organización centralizada, tal como la había concebido y construido Lenin, Stalin y otros cuadros intermedios del Partido Bolchevique trataron, ante todo, de mantener el poder existente en la URSS, como poco antes los gestionadores de la socialdemocracia se habían aferrado a las organizaciones de que eran responsables. En cambio, Trotsky y otros militantes, más libres de espíritu ante la disciplina leninista que los "viejos bolcheviques", reaccionaban, en la crisis abierta en 1923, a partir de las exigencias de la democracia proletaria y de la conciencia de que el proceso de la revolución socialista no podía ser—conforme a las enseñanzas del marxismo— más que internacional.

La derrota de la revolución en Alemania y el aislamiento correlativo de la revolución en Rusia tenían que favorecer las empresas de los "stalinianos" y obstaculizar los esfuerzos de los "trotskistas". Las prórrogas de Trotsky, en 1923, su falta de iniciativa, en varias ocasiones, entre 1923 y 1927, esta manera de ser que tuvo durante unos años difíciles, a veces semipasivo ante la arbitrariedad repugnante de la burocracia staliniana, se explican menos por un estado de salud efectivamente deficiente que por una coyuntura interior e internacional fundamentalmente desfavorable a las fuerzas de la revolución en la URSS y en la Internacional. El genio de Trotsky, históricamente hablando, nos parece que se manifiesta sobre todo antes y después de este periodo: antes, es decir, por los alrededores de la revolución de 1905, cuando desarrolló la teoría de la revolución permanente, y durante el periodo de organización de la insurrección de Octubre y del Ejército rojo; después, es decir en el exilio, cuando diagnosticara el alcance histórico de la reacción burocrática staliniana y cuando desembocara en la fundación de la Cuarta Internacional.

La derrota de la Oposición antiburocrática, entre 1923 y 1927, nos da hoy la impresión de un predominio coyuntural de ciertos factores objetivos sobre el factor subjetivo en cierto periodo de la historia de la revolución mundial. Y, precisamente en su análisis de 1938, Trotsky remitirá, en cierta manera, esos factores coyunturales al conjunto de los datos objetivos que caracterizan la situación de la humanidad en el siglo xx y al papel, convertido en decisivo, del factor subjetivo, representado por la construcción del partido revolucionario mundial.

Pero en 1938, pudo escribir: "Las premisas objetivas de la revolución proletaria no sólo están maduras; hasta han empezado a pudrirse"; era menos fácil, entre 1923 y 1927, aislar tan claramente semejante apreciación global en tanto que el capitalismo mundial pasaba por un establecimiento relativo y que la revolución rusa aparecía gravemente aislada durante un periodo indeterminado.

Ello no significa, empero, que el advenimiento del stalinismo haya sido, en cierto modo, un proceso histórico inevitable. Pensamos, por lo contrario, que la degeneración burocrática staliniana del Partido Bolchevique, del Estado soviético y

de la Tercera Internacional fue, como antes la degeneración burocrática reformista de los partidos socialdemócratas y de la Segunda Internacional, no un proceso necesario, inevitable, fatal, sino, por lo contrario, un conjunto de fenómenos que la historia del movimiento obrero habría podido evitar.

Nada es peor que esta "filosofía de la historia" pasablemente a la moda en nuestros días, que confiere retrospectivamente al curso de los acontecimientos los caracteres de una llamada necesidad y que remite la "fatalidad" del Gulag a Lenin y a Marx, si no es que a Voltaire y Rousseau. Pese a la derrota de la revolución, en la Alemania de 1923, y pese a los progresos de la burocratización en la URSS, en la misma época, no era fatal que, en los cinco años siguientes, la oposición fuera vencida en Moscú y en las organizaciones de la Tercera Internacional. Parece hoy que la probabilidad iba, antes bien, hacia una relación de fuerzas favorable a la burocracia, que a una relación de fuerzas favorable a la Oposición. Pero la negativa de confundir una probabilidad con la necesidad es una exigencia teórica y metodológica con la cual no puede permitirse transigir la investigación científica. El stalinismo, accidente de la historia, sólo debe ser apreciado como tal, sin lo cual se abandona el terreno de la ciencia y se vuelve a una especulación ideológica carente, por naturaleza, de todo criterio de pertinencia.

Sin llegar a tal debate, los historiadores actuales convienen, las más de las veces, en que el enfrentamiento entre la burocracia y la Oposición se desarrolló, a partir de 1923, con el empleo de armas desiguales y profundamente heterogéneas de una y otra partes. En efecto, la Oposición de Izquierda, y después la Oposición Unificada, exigen el restablecimiento de la democracia en el Partido; a lo cual la burocracia y su jefe, Stalin, no responden con argumentos teóricos, sino con medidas administrativas.

Habiendo desaparecido Lenin, el secretario general del Partido organiza simultáneamente el "culto a Lenin", en favor del cual será sofocada toda discusión libre, y una promoción, "llamado de Lenin", que le permitirá reclutar 200 000 nuevos miembros del partido, aumentando así sus efectivos en cerca de 50%. Si se quiere comprender bien que este partido ya no

es el de la clandestinidad revolucionaria y el de los combates de la guerra civil, sino el partido en el Poder y el partido del Poder, se reconocerá que Stalin ha abierto sus puertas al influjo de los arribistas y de los carrieristas, sostenes predestinados de la capa burocrática en vías de cristalización.

El XIII Congreso del PC de la URSS (mayo de 1924) confirma las responsabilidades dirigentes de la "troika" (Stalin, Zinoviev, Kamenev) y condena a la Oposición de Izquierda, no por el fondo de sus tesis, sino como una amenaza a la "unidad del partido". En adelante, parece que será este aparato, el secretariado general, el que escogerá a los delegados al Congreso bolchevique.

Esto será aún más evidente en ocasión del XIV Congreso, en diciembre de 1925. Zinoviev y Kamenev se han reunido entonces con Trotsky en la Oposición; pero, a pesar de las posiciones que conserva Zinoviev en el aparato de la región de Leningrado, los oponentes son derrotados por mayoría "automática" que el secretariado general del partido ha colocado largo tiempo antes de la inauguración del congreso.

En octubre de 1926, Trotsky y Kamenev quedan excluidos de la oficina política del PC de la URSS, y Zinoviev es remplazado por Bujarin en la Presidencia de la Tercera Internacional. Ya está en marcha el mecanismo que debe conducir a la exclusión de la oposición. Los militantes de la oposición unificada entablan su última batalla legal durante el verano y el otoño de 1927. En el comité central, Stalin y sus partidarios se valen de injurias y amenazas contra Trotsky y Zinoviev. El 7 de noviembre, una manifestación de la oposición en la Plaza Roja es brutalmente reprimida por los partidarios de Stalin y los servicios de la policía. El día 15, Trotsky y Zinoviev son excluidos del partido. Por último, el XV Congreso, que se celebra del 2 al 19 de diciembre, excluye a todos los miembros de la Oposición, que deberán renegar de sus ideas si quieren ser reintegrados.

En este final de 1927, la reacción burocrática ha triunfado, pues, completamente sobre la oposición revolucionaria en el aparato del partido; en el interior de ese partido, la democracia proletaria ha desaparecido, y lo que Lenin había definido como el centralismo democrático ha sido remplazado por el

centralismo burocrático, que no es más que un camino abierto hacia el totalitarismo.⁶

Contra la defensa de la revolución proletaria, contra la teoría marxista de la revolución permanentemente enriquecida por Trotsky, contra los oponentes a la burocracia que exigen que el Partido Bolchevique y la Internacional se preparen a los siguientes desarrollos de la revolución mundial, Stalin —con el apoyo de Bujarin, convertido en líder de los “derechistas”— ha expuesto una concepción que debía servir de justificación ideológica interior y exterior de la burocracia: la idea de la *construcción del socialismo en un solo país*. Aparecida, en diciembre de 1924, en un discurso del secretario general, esta idea se convirtió en el orden esencial, en el tema central expuesto por Stalin y sus partidarios en la XV Conferencia bolchevique (26 de noviembre-3 de diciembre de 1926); constituirá, a partir de 1928, la doctrina oficial del stalinismo que proseguirá, desde el final de la segunda Guerra Mundial, bajo la forma de la “construcción del socialismo en un grupo de países” y de la existencia de un “campo socialista y anti-imperialista”, esencialmente constituido por los Estados dirigidos por los aparatos stalinianos.

Es sabido que Marx y Engels declararon que el advenimiento de la sociedad sin clases y sin Estado del comunismo sería históricamente precedido por un periodo de transición al que llamaron socialista. Y Lenin precisaba que el socialismo era la fase inferior del comunismo. Esta fase les parecía que debía inaugurarse por la victoria de la revolución proletaria concebida por ello como un proceso mundial; pues siendo la base de la economía capitalista el mercado mundial, tan sólo a esta escala la revolución proletaria podría destruir completamente las relaciones capitalistas de producción.

La oposición que se manifiesta entre Lenin y Trotsky, terminando la Revolución de 1905, hasta la víspera de la Revolución de 1917, no se centraba en los puntos que acabamos de evocar; se centraba en la naturaleza del proceso revolucionario, del que Lenin pensaba entonces que incluiría dos etapas distintas (la revolución democrática burguesa, y después la re-

⁶ *Cfr.*, sobre este punto, el testimonio de Victor Serge, en *Mémoires d'un révolutionnaire*, tr. fr. Seuil, 1951, pp. 166-254.

volución socialista proletaria), y del que Trotsky suponía, como los hechos habían de confirmarlo, que se trataba de un proceso único de revolución permanente en el curso del cual el proletariado realizaría o remataría las tareas democráticas, sin dejar de realizar su revolución específica, es decir, proletaria, socialista.

A partir de 1924, los elementos burocráticos que, alrededor de Stalin, se han apoderado de las palancas de mando en el partido y en el Estado, inventan, ante todo, conservar su poder de capa dirigente y los privilegios de mando y de género de vida que acompañan ese poder. Una extensión nueva de la revolución en el mundo no podría dejar de poner en peligro el poder y los privilegios en cuestión. Esos dirigentes se encuentran, por tanto, en una situación comparable a la de los “bonzos” de la socialdemocracia, preocupados por defender las ventajas adquiridas por ellos contra todo avance revolucionario de las masas. La diferencia reside en el hecho de que se trata, para los burócratas de la URSS, ya no de posiciones en un movimiento obrero que no dispusiera del poder político, sino de posiciones en un partido, amo del poder de Estado, y en un Estado obrero hijo de la victoria proletaria de octubre de 1917.

La idea de la “construcción del socialismo en un solo país” llegó oportunamente para esta capa burocrática que se ha desarrollado parasitariamente en el Partido obrero y el Estado obrero al terminar la revolución y la guerra civil. Abandonando el método del marxismo por la ideología geopolítica, esta idea expresa el hecho de que el territorio de la URSS, “un sexto de las tierras emergidas”, es tan inmenso que se puede construir allí una sociedad nueva, aun si el resto del mundo continúa sometido al modo de producción capitalista.

Estratégicamente, el conflicto entre la burocracia staliniana y la oposición revolucionaria parece presentarse así: por una parte, dirigentes “realistas” que van a tratar de aplicar el marxismo allí donde es posible, a saber, en un solo país, aun cuando esos realistas rechacen las proposiciones de industrialización hechas por Trotsky, en 1924; del otro lado, militantes revolucionarios más “irrealistas” que desean subordinar los intereses del Partido Bolchevique y del Estado soviético a los del proletariado internacional y de la revolución mundial, cuya

dirección eficaz debiera ser y volver a ser la Tercera Internacional.

En 1926, Stalin expone su punto de vista de la manera siguiente:

¿Qué es la posibilidad de la victoria del socialismo en un solo país?

Es la posibilidad de resolver las contradicciones que existen entre el proletariado y los campesinos por las fuerzas internas de nuestro país, es la posibilidad de la toma del poder por el proletariado y su empleo para la edificación de una sociedad socialista integral en nuestro país, con la simpatía y el apoyo de los proletarios de los otros países, pero sin la victoria previa de la revolución proletaria en esos países... Negar esta posibilidad es no tener fe en el establecimiento del socialismo, es apartarse del leninismo.

¿Qué es la imposibilidad de la victoria definitiva del socialismo en un solo país sin la victoria de la revolución en otros países?

Es la imposibilidad de una garantía completa entre la intervención y, por tanto, contra la restauración del régimen burgués sin la victoria de la revolución en una serie de países, es apartarse del internacionalismo, es apartarse del leninismo.⁷

El método de concepción y de expresión —permanente en Stalin— es aquí, no dialéctico, sino dicotómico. Hay, por una parte, el "internacionalismo" que concierne únicamente al *con- texto* internacional de la URSS y que obliga a reconocer que la victoria "definitiva" del socialismo en la URSS implica algunas revoluciones victoriosas en el extranjero. Hay del otro lado, la "fe en el establecimiento del socialismo" que permite pensar que la "construcción socialista integral" es posible en "nuestro país". La degeneración del socialismo científico y revolucionario de Marx, Engels, Lenin y Trotsky en una especie de "nacional-socialismo" —sin comparación abusiva con el fascismo hitleriano— ya es visible en ese texto.

Todo lo que ha ocurrido en la URSS, desde la victoria de la burocracia staliniana en 1927, prueba que el análisis marxista era y sigue siendo exacto y que no existe posibilidad de "cons-

⁷ Stalin, *El leninismo* (1926), Grijalbo.

trucción del socialismo en un solo país", ni aun en un "grupo de países". En medio siglo, la URSS se ha convertido en una potencia industrial de primer plano, una de nuestras dos "super-potencias", como se dice en nuestros días. Pero los bienes de consumo siguen siendo, las más de las veces, raros y de calidad insuficiente. Los obreros han perdido el derecho de constituir organizaciones sindicales y políticas independientes, y aun el derecho de huelga. Las relaciones entre el Estado y las masas campesinas se han deteriorado hasta el punto de desembocar, en el primer periodo de industrialización (1928-1940), en un terror policiaco que ha hecho entre esas masas millones de víctimas. Las nacionalidades no rusas han sido objeto de represiones sangrientas que han entrañado la desaparición de algunas entre ellas, y aún hoy siguen sufriendo diversas discriminaciones y persecuciones. La mayoría de la *intelligentsia*, ha sido diezmada, y aún hoy día vive bajo un régimen de represión. En cambio, un extracto usurpador y parasitario ha expropiado políticamente al proletariado, entrañando la degeneración del Estado soviético en un Estado burocrático totalitario.

Algo se ha construido, efectivamente, en la URSS, bajo la dictadura de Stalin. Pero no es socialismo, no podía ser el socialismo. Así, la pretensión de los dirigentes actuales de la URSS, según la cual su país sería "socialista", revela una mistificación ideológica que corresponde al marxismo analizar para descubrir la realidad social objetiva, que oculta o trata de ocultar.

Antes de entrar en ese análisis, nos parece útil recordar las consecuencias internacionales de la victoria de la burocracia staliniana sobre la Oposición Revolucionaria. Nacida, en gran parte, de la derrota de la revolución en Alemania, en 1923, esta victoria del stalinismo ha determinado en gran medida la derrota de la revolución en China, en 1927.

En efecto, China se encontraba, al comienzo de los años veinte, en una situación de crisis revolucionaria. La fracción anti-imperialista de la burguesía, cuyo líder Sun Yat-sen había fundado la república sobre las ruinas del viejo imperio manchú, había establecido nexos con la República de los Soviets, mientras demostraba ser impotente para llevar a cabo las tareas de la revolución democrática y para eliminar los apoyos del imperialismo internacional (señores de la guerra y otros

compradores). En 1922, el Partido Comunista Chino —débil en efectivos y aún más débil en influencia entre las masas— decidía la entrada de sus miembros en el Kuomintang, el partido nacionalista de la burguesía china, con el fin de establecer, a través de él, nexos con el proletariado y el campesinado pobre.

En lugar de aplicar en China la política expuesta por Lenin en sus *Tesis de abril*, es decir, de ayudar a la reunión de las fuerzas obreras y campesinas contra el imperialismo y la burguesía compradora, Stalin y Bujarin llevaron tan lejos, a partir de 1924, la colaboración con la burguesía china que en 1926 aceptaron el ingreso del Kuomintang en la Tercera Internacional como organización asociada. Por otra parte, en 1925, Stalin declaraba: "Es a nuestro partido al que ha tocado el papel histórico de dirigir la primera revolución proletaria en el mundo. Estamos convencidos de que el Kuomintang logrará desempeñar ese papel en Oriente", y calificaba a ese partido, entonces dirigido por Chang Kai-shek, de "partido único obrero y campesino" (18 de mayo de 1925).

El resultado de esta política de abandono de la línea de la lucha de clases no se hizo esperar. Ante una huelga general que se transformaba espontáneamente en insurrección en Shanghai, en 1927, Chang se apodera de la ciudad, aplasta la insurrección y organiza, al mes siguiente, la matanza de los comunistas y de los militantes obreros. Y la insurrección de Cantón, burocráticamente decidida desde Moscú, terminó en la derrota completa de la revolución en China, después de que Chang rompió sus relaciones con la URSS.

En 1928 se abre el periodo que los dirigentes stalinianos han calificado de "tercer periodo", que se caracteriza, en el interior de la URSS, por los principios de una industrialización autoritariamente conducida, y acompañada de una feroz represión policiaca contra las masas campesinas y contra toda tentativa de oposición en el partido y, en el exterior, por la denuncia prioritaria de la socialdemocracia, calificada de *social-fascismo*.

Stalin declara:

El fascismo es la organización de combate de la burguesía que se apoya en la ayuda activa de la socialdemocracia. La socialdemocracia es objetivamente el ala moderada del fascismo.

Y Manuilski, hombre de Stalin en la dirección de la Tercera Internacional: "Cada vez más, la socialdemocracia tomará de la burguesía la iniciativa de la represión contra la clase obrera... se fascizará. Ese proceso de la transformación de la socialdemocracia en socialfascismo ya ha comenzado".⁸

La táctica staliniana del "tercer periodo", caracterizada por los continuos ataques contra la socialdemocracia, ha desempeñado un papel decisivo en la división de las fuerzas proletarias en Alemania, ante el avance del nazismo. El objetivo de esta táctica era impedir la victoria, en Alemania, de una revolución que habría puesto en peligro a la capa usurpadora y parasitaria de la burocracia en la URSS. Y es indiscutible que en el periodo de 1918-1923, la socialdemocracia alemana ha puesto todo en juego por liquidar la revolución proletaria; no menos discutible es que, en el periodo 1929-1933, el stalinismo hizo todo lo que estuvo en su poder por impedir la victoria de la revolución en el Reich, dividiendo al movimiento obrero, y que contribuyó así, de manera importante, a la victoria del fascismo hitleriano. Manuilski parecía, por lo demás, resignarse fácilmente a tal victoria cuando proclamaba: "En numerosos países sumamente desarrollados, el fascismo será la última fase del capitalismo antes de la revolución social". Todos sabemos lo que esto costó a Europa y al mundo.

Desde su exilio en Turquía y después en Francia, Trotsky organiza, a la escala internacional, la oposición revolucionaria, la oposición de los bolcheviques-leninistas contra esta política catastrófica de la burocracia staliniana. Fiel al Cuarto congreso de la Internacional Comunista, es decir, a la estrategia de frente único obrero, lucha por hacer prevalecer ese frente contra las maniobras de división stalinianas organizadas en nombre de la lucha contra el "socialfascismo". Así, en 1933, algunos meses después de la instalación de los nazis en el gobierno de Alemania, hace un diagnóstico capital: la Tercera Internacional ha tenido ya su 4 de agosto de 1914, ha pasado definitivamente al lado de la defensa del orden burgués.

En 1936, Trotsky publica su obra mayor, *La revolución traicionada*, en la cual aplica el análisis marxista al caso de la URSS,

⁸ Citado en P. Broué, *Le Parti bolchevique*, op. cit., pp. 339-342.

víctima de la degeneración burocrática. En esta obra, demuestra que la burocracia staliniana es, no una "nueva clase" dirigente, como lo pretenden o lo pretenderán Simone Weil, B. Rizzi, J. Burnham y Casto-Iadis, sino solamente una "capa social" de esencia pequeñoburguesa, que ha usurpado el poder político del proletariado sin llegar a destruir las bases sociales de su dictadura de clase, las conquistas de Octubre. En especial escribe:

La burocracia soviética ha expropiado políticamente al proletariado para defender por sus propios métodos las conquistas sociales del proletariado.

Pero el hecho mismo de que se haya apropiado del poder en un país en que los medios de producción más importantes pertenecen al Estado, crea entre ella y las riquezas de la nación relaciones enteramente nuevas. Los medios de producción pertenecen al Estado. El Estado "pertenece" en cierto modo a la burocracia. Si esas relaciones aún sumamente recientes se estabilizan, se legalizan, se vuelven normales, sin resistencia o contra la resistencia de los trabajadores, terminarán por la liquidación completa de las conquistas de la revolución proletaria. Pero esta hipótesis aún es prematura. El proletariado aún no ha dicho su última palabra. La burocracia no ha creado una base social a su dominación bajo la forma de condiciones particulares de propiedad. Se ve obligada a defender la propiedad del Estado, fuente de su poder y de sus ingresos. Por este aspecto de su actividad, sigue siendo el instrumento de la dictadura del proletariado.

Las tentativas hechas para presentar la burocracia soviética como una clase "capitalista de Estado" no resisten visiblemente a la crítica. La burocracia no tiene ni títulos ni acciones. Se recluta, se completa y se renueva gracias a una jerarquía administrativa, sin tener derechos particulares en materia de propiedad. El funcionario no puede transmitir a sus herederos su derecho a la explotación del Estado. Y los privilegios de la burocracia son abusos. Oculta sus ingresos. Finge no existir como agrupamiento social.⁹

⁹ *La revolución trahie*, tr. fr. en *De la révolution*, ed. de Mimit, 1963, pp. 602-603.

La duración relativa del dominio de la burocracia en la URSS —y después de la segunda Guerra Mundial en otros países—, la enormidad de la represión efectuada por ella, a la vez de manera sangrienta y de manera no sangrienta, han servido de pretextos a "diagnósticos" ideológicos, en cuyos términos la burocracia se habría erigido, como antes la burguesía, en clase dominante, y según los cuales el Estado de la URSS no sería ni burgués ni obrero, sino un Estado totalitario específico. Sin embargo, hay que comprender que la enormidad de la represión, el sistema del Gulag, se deben fundamentalmente al hecho de que esta burocracia es tanto más represiva cuanto que no ha llegado a erigirse en clase sobre la base de un modo de producción específico nuevo y que, como en el tiempo de Trotsky, sigue siendo una capa usurpadora y parasitaria amenazada por las masas a las que oprime, y puesta en duda cada vez más por los avances de *la revolución política*, anunciada por Trotsky. En cuanto a su relativa longevidad histórica, se explica por el carácter aún inconcluso de la revolución mundial, comenzada en Rusia en 1917.

Todas las "interpretaciones" de la naturaleza de la URSS como un Estado socialista realizado (tesis oficial de la burocracia), como un Estado de una burguesía de Estado (tesis del maoísmo) o como Estado totalitario específico (tesis de la burguesía occidental) son, de hecho, concepciones ideológicas que disimulan las actividades políticas de la capa burocrática y de la clase capitalista. Tan sólo el análisis de Trotsky, que ha resistido a la erosión del tiempo, es dialéctico, es decir, conforme al método del materialismo dialéctico e histórico, porque pone al descubierto la contradicción que existe y que se agrava entre, por una parte, las bases económicas y sociales surgidas de la Revolución de Octubre y resultantes de la destrucción del capitalismo; y, por otra parte, el poder específico de la burocracia, excrecencia monstruosa de los aspectos burgueses del Estado obrero, pero carente de base de clase interna. Si no se toma en cuenta esta contradicción, ni la política interior ni la política exterior de la URSS y de los Estados de naturaleza comparable son inteligibles.

La caracterización trotskista de la URSS como *Estado obrero degenerado*, y más generalmente de los Estados hoy en día di-

rigidos por Partidos Comunistas como *Estados obreros burocráticos*, se funda sobre la contradicción que opone, en los países en cuestión, a la masa de los trabajadores constituidos en clase dirigente por la liquidación del capitalismo y a la minoría privilegiada y usurpadora de la burocracia que dispone totalitariamente del poder político en lugar del proletariado, en su nombre y contra él. Esta contradicción lleva en ella, no una revolución social que entrañe la destrucción del capitalismo puesto que esta destrucción está consumada, sino la revolución política por la cual el proletariado destruirá a la burocracia, como capa usurpadora y parasitaria, y se reapropiará o apropiará del poder político sobre el conjunto de la sociedad, en el proceso general de la revolución mundial.

El descubrimiento fundamental de Trotsky, expuesto en su obra de 1936, es el de una unidad mundial de la lucha de las clases tendiente, en los países capitalistas, a la revolución social, y allí donde el capitalismo ha sido destruido ya en sus fundamentos, a la revolución política. Ese descubrimiento va acompañado, además, del análisis de las deformaciones que el poder de la burocracia ha hecho sufrir a las bases económicas y sociales sobre las cuales se ha levantado y que no ha logrado destruir.

En el momento que se escribe y publica *La revolución traicionada*, Trotsky se encuentra confrontado—con los militantes de la Oposición Revolucionaria Internacional— a un problema nuevo, salido de la política de la burocracia después de la catástrofe alemana de 1933: el de los Frentes Populares. En España y en Francia, en efecto, el movimiento de las masas toma una forma revolucionaria que inquieta al Kremlin por razón de los flujos antiburocráticos que puedan desarrollarse a partir del nuevo curso de la revolución proletaria en el mundo. Por otra parte, la política agresiva y expansionista de la Alemania hitleriana hace posar sobre la URSS, como Estado surgido de la Revolución de Octubre, una amenaza que la burocracia ha de tomar en cuenta.

Tratando de evitar la victoria de la Revolución en España y en Francia y buscando contra el imperialismo alemán: la alianza—de Estado a Estado—del imperialismo francés y del imperialismo inglés, Stalin pone en acción la táctica de los

frentes populares, a saber, de una coalición electoral entre los partidos obreros (comunistas y socialistas) y uno o varios partidos burgueses (en Francia, el Partido Radical) para cerrar el camino a la revolución y conservar el orden burgués, con los fines que acabamos de indicar. En contradicción completa con la estrategia bolchevique del frente obrero único, que entraña la ruptura de las organizaciones proletarias con la burguesía, la táctica llamada del frente popular somete los partidos obreros a los partidos burgueses a los cuales se alían y se opone diametralmente al avance revolucionario de las masas.¹⁰ De ello resultará, en 1939, la derrota del movimiento de las masas así traicionado y la victoria del fascismo en España y, al cabo de un tiempo, en Francia. El caso de Chile, entre 1970 y 1973, ilustrará por una nueva tragedia histórica el inevitable desenlace de la política de la colaboración de clases del Frente Popular o de la Unidad Popular o de lo que también se llama Unión de la Izquierda, a falta de la revolución y la victoria de la contrarrevolución, de la cual es el fascismo una forma particularmente grave.

El error común a cierto número de historiadores consiste en confundir los Frentes Populares con el movimiento revolucionario de las masas en el mismo periodo, como si esos Frentes Populares hubiesen sido sus expresiones—insuficientes, atenuadas o deformadas—, cuando no han sido más que su traición, sobre la base de intereses conjuntos de las burguesías y de la burocracia del Kremlin. Hay que recordar aquí que en el momento en que Stalin sostiene, entre 1936 y 1938, la política de los Frentes Populares en Francia y en España, por una parte, organiza los tristemente célebres procesos de Moscú, por medio de los cuales hace exterminar a la vieja guardia bolchevique—especialmente a Zinoviev, Kamenev, Bujarin, Radek—y, por otra parte, hace asesinar, en España, en Francia y por todo el mundo, a los trotskistas y los opositores de la burguesía en general. La colaboración con diversas burguesías, bajo el signo del Frente Popular, y la exterminación de los militantes revolucionarios en la URSS y en otras partes no son

¹⁰ Cfr. Trotsky, "Front populaire de comités d'action", en *Le mouvement communiste en France (1919-1939)*, Editions de Minuit, 1967, pp. 535-541.

contradictorias. Son dos aspectos complementarios de la política de la burocracia del Kremlin que se esfuerza en impedir la explosión o, simplemente, el avance de la revolución política en la URSS, y en poner obstáculos en el mundo entero a desarrollos revolucionarios que, por contagio, pudiesen poner en peligro su poder usurpado.

Como perfectamente lo había comprendido Trotsky, esta burocracia se ha apoyado sobre el proletariado en la URSS y en el mundo cuando la existencia misma del Estado soviético y su propia existencia usurpadora se encontraron amenazadas —en especial durante el segundo conflicto mundial—, y sobre el imperialismo cuando el peligro de la revolución política, en particular, y de la revolución mundial, en general, parecían más inminentes.

Desde ese punto de vista, se inaugura un periodo nuevo en 1943, en el momento en que el fascismo italiano se hunde, en que el fascismo hitleriano conduce a Alemania al caos y en que, por toda Europa y en China, un prodigioso impulso del movimiento revolucionario de las masas pone en grave peligro el orden existente. Por doquier donde los partidos destruyen a los regímenes fascistas, por doquier donde los ejércitos de la URSS liquidan la dominación del imperialismo alemán, por doquier donde los ejércitos occidentales aniquilan esta misma dominación, las masas entran en revuelta y en un proceso de revolución social.

Los acuerdos de Yalta, en 1944 (Roosevelt, Churchill, Stalin), y de Potsdam, en 1945 (Truman, Churchill, Stalin), se presentan como una nueva repartición del mundo en dos grandes zonas: la que el imperialismo se esfuerza por seguir dominando y la que la burocracia del Kremlin tiene por tarea controlar por razón de la impotencia local del imperialismo para hacerlo. Trotsky había anunciado, poco tiempo antes de su asesinato por un agente staliniano, que la segunda Guerra Mundial desembocaría en un nuevo auge de la revolución proletaria mundial.

En efecto, en el periodo que va de 1943 a 1955, se produce este auge. Pero la nueva Santa Alianza entre el imperialismo y la burocracia ha llegado a contenerla, sea mediante el mantenimiento del orden burgués en el Occidente, sea por la consti-

tución de Estados obreros burocráticos en donde el orden burgués se ha hundido, en la Europa oriental y en China.

La división de Alemania en dos Estados —capitalista al Oeste, obrero burocrático en el Este— ha tenido por fin y continúa tentándolo, paralizar a las fuerzas del proletariado más importante en efectivos y más rico en tradiciones organizativas de todo el continente europeo.

En una obra de historia, consagrada a la política de Metternich, principal ministro del Imperio de Austria de 1813 a 1848 y principal artífice de la Santa Alianza, H. Kissinger, futuro secretario de los Estados Unidos, revela, a su manera,¹¹ el alcance histórico de la política de Yalta y de Potsdam. Según él, la tarea principal de Metternich y de los estadistas que dirigían el Imperio austriaco era evitar lo de ocurrir la caída de Napo-

león, un mundo trastornado por las consecuencias. Así, Metternich se ha dedicado a políticas diferentes (burgués en Inglaterra, imperialista en Rusia, etcétera) sobre la base de sus intuiciones, más con vistas a esta restauración. Asimismo, del mismo modo, la segunda Guerra Mundial a nuestros días, se trata de "restaurar" un orden internacional amenazado permanentemente por la revolución mundial comenzada en Rusia en 1917. Con este fin, hace falta prevalecer los intereses comunes al imperialismo y a la burocracia contra tal amenaza. Y en esta perspectiva se han inscrito los encuentros entre Nixon y Mao Tse-tung y entre el mismo Nixon y Brejnev (1972).

De Stalin a Jruschov y a Brejnev, la continuidad de la política de la burocracia en favor del mantenimiento del orden mundial consagrado por los acuerdos de Yalta y de Potsdam es evidente. Y los cambios introducidos en la URSS, después de la muerte de Stalin (1953), se inscriben ellos mismos en el marco de esta política. Ante la presión de las masas en la URSS, Jruschov denuncia en el XX Congreso del Partido Comunista de la URSS el "culto a la personalidad de Stalin" y pone un alto a las formas sangrientas de la represión interior para conservar el papel dirigente de la burocracia (febrero de 1956). Algunos meses después (octubre-noviembre, 1956), aplastra a

¹¹ *Un mundo restaurado*, FCE.

la revolución política en Hungría, el movimiento revolucionario de los consejos obreros de Budapest y de los otros centros urbanos del país, mediante una intervención militar directa. En 1968, Brejnev procederá a hacer lo mismo, invadiendo Checoslovaquia, víctima de la revolución política, por los ejércitos del Pacto de Varsovia (URSS, Alemania del Este, Polonia, Hungría, Bulgaria).

La verdad es que desde 1953, la revolución política no ha dejado de rondar, no como un espectro, sino como un proceso efectivo, a la Europa oriental y a la propia URSS. Al hacerlo, no puede decirse que el stalinismo, que había alcanzado su apogeo entre 1945 y 1950, ha entrado, en adelante, en una crisis irremediable. El 17 de junio de 1953 son los obreros del Berlín Oriental y de los otros centros industriales de la República Democrática Alemana los que se levantan contra la dictadura burocrática que pesa sobre ellos y contra el control del Estado de los amos del Kremlin. El ejército soviético deberá intervenir para aplastar esta insurrección.

En la Polonia de 1956, primero en Lodz, después en Varsovia, por último en todo el país, los trabajadores se levantan contra el régimen burocrático y la dominación extranjera. Jruschov apenas logrará evitar el recurso a la intervención militar por medio de un cambio de dirección de la burocracia y por concesiones en el dominio económico y el de las libertades, concesiones que después serán progresivamente reducidas. Así, Polonia conocerá, en diciembre de 1970, una revuelta generalizada de los trabajadores y del conjunto de la población en los puertos del Báltico (Gdansk, Gdynia, Sopot, Szczecin, etcétera) que obligará a los amos del régimen a cambiar de nuevo su principal dirigente y a anular las medidas económicas que habían provocado la crisis.

Así pues, es claro que los Estados de la Europa oriental, más industrializados y mejor provistos en efectivos obreros (Alemania Oriental, Polonia, Hungría, Checoslovaquia), han sido sacudidos, todos ellos, por la revolución política que, en cualquier momento, puede renovar su curso. Por otra parte, los otros Estados de esta Europa oriental también han conocido diversas formas de revolución política. Las oposiciones de interés entre la burocracia del Kremlin y la burocracia de Bel-

grado han provocado, en 1948, la ruptura entre los dos partidos y los dos Estados en cuestión. La burocracia yugoslava se ha mantenido en el poder, a través de dificultades crecientes, aprovechando principalmente el surgimiento nacional contra la hegemonía rusa. Esta es la vía que también han seguido, a su vez, los dirigentes rumanos, a partir de 1965, para mantener su poder. En cuanto a Albania, es sabido que sus dirigentes, inamovibles desde 1945, han seguido al PC de China en su conflicto que desde los sesentas los opone al PC de la URSS. Tan sólo Bulgaria no ha conocido las manifestaciones más explosivas de la revolución política, pero la extensión y la intensidad de la represión que la burocracia hace pesar allí sobre las masas muestran bastante bien que éstas, en su gran mayoría, alimentan los mismos sentimientos hacia el aparato dirigente que los países vecinos.

Además la URSS no se ha salvado de tensiones y conflictos internos que enfrentan las masas al aparato staliniano, pues la crítica del "culto a la personalidad", la renuncia a las ejecuciones en masa y las medidas de "liberalización" parciales y relativas adoptadas por Jruschov —anuladas después por Brejnev— no han cambiado en nada la naturaleza burocrática totalitaria del Estado obrero degenerado ni las relaciones entre la capa usurpadora y parasitaria de la burocracia y las masas.

Contra las cadencias de trabajo demasiado rápidas, contra el mal funcionamiento de las administraciones y de los circuitos de distribución burocratizados en extremo, contra la calidad insuficiente de los bienes de consumo y, a menudo, contra su escasez, los obreros, aunque desprovistos de sindicatos de clase independientes y privados constitucionalmente del derecho de huelga, han emprendido diversas huelgas "ilegales" y organizado diversas manifestaciones reprimidas por los servicios policíacos y a menudo ignoradas, tanto en el interior como en el exterior del país, por consecuencia de la ausencia completa de libertad de expresión y de información. Las tentativas de constitución de sindicatos independientes, desde 1978, son signo del movimiento subyacente de las masas.

En contra de las "previsiones" de Stalin y de las tentativas de reformas de Jruschov, las relaciones entre los campesinos y el Estado burocratizado no han mejorado; en todo caso, no

siempre han sido gobernadas por la dirección del partido único. Esta última tolera mercados libres por medio de los cuales los koljosianos abastecen, a precios elevados, a los elementos más favorecidos de las ciudades. De allí resulta que el nivel de productividad en la agricultura y la recría en la URSS siga siendo demasiado bajo para que se le pueda atribuir a los estragos de la segunda Guerra Mundial, que fueron reales, pero hoy, ya viejos de más de 30 años. En realidad, las masas campesinas que habrían podido ser arrastradas por una vanguardia obrera revolucionaria, se resisten a la opresión burocrática limitando sus esfuerzos de producción y orientando sus energías según sus propios intereses particulares.¹²

El caso de los intelectuales de la URSS es demasiado conocido para que valga la pena insistir en él. La ausencia de libertades de expresión y el peso de la censura burocrática han llevado a un número creciente entre ellos a la revuelta contra la opresión. Aun si es cierto que las potencias imperialistas, sus políticas y sus periodistas explotan para sus propios fines la revuelta en vías de generalización de los intelectuales soviéticos, no por ello deja de ser esto prueba irrefutable del carácter contrarrevolucionario totalitario y completamente antisocialista del aparato burocrático que sigue dominando al país.

Por último, las nacionalidades no rusas de la URSS se ven afectadas todas, en grados diversos, por las gravísimas distorsiones que el reino de la burocracia ha hecho sufrir a la política leninista de las nacionalidades y a las garantías prodigadas, al respecto, por la Constitución de 1936 y por la nueva Constitución de 1977. La degeneración burocrática del Estado obrero ha engendrado, en efecto, una regresión hacia el chauvinismo gran-ruso, tan firmemente denunciado por Lenin.

En Ucrania, en las tres repúblicas del Báltico, en las tres repúblicas del Cáucaso y en las cinco repúblicas del Asia central, así como en las pequeñas repúblicas autónomas, prevalece el sentimiento de ser oprimidos nacionalmente por un alto personal administrativo, ruso en su mayoría, por lo que con-

¹² Sobre los detalles de la vida cotidiana en la URSS de hoy, léase el testimonio de dos militantes del PCF que partieron con entusiasmo hacia la URSS y volvieron desengañados: Nina y Jean Kéhayan, *Rue du Proletaire rouge*, Seuil, 1978, 222 pp.

cieme al partido tanto como al Estado. A la fraternidad entre las nacionalidades que se había manifestado durante los tiempos de la revolución y de la guerra civil han sucedido, desde los treinta, odios recíprocos, agravados al término de la segunda Guerra Mundial por el racismo staliniano y no sobrepasados, en 1953, por sus sucesores. El recurso, especialmente, a un antisemitismo del Estado, constituye, asimismo, una prueba del carácter contrarrevolucionario del aparato dirigente, radicalmente infiel a las enseñanzas de Lenin, pero absolutamente fiel a las tradiciones del zarismo.

El poder usurpado y parasitario de la burocracia del Kremlin, obligado, para ejercerlo, a servirse de una fraseología de apariencia parcialmente "marxista" tropieza, por tanto, con la oposición general de los trabajadores en la lucha por las libertades obreras, la satisfacción de sus reivindicaciones y la reafirmación, por ellos, del Estado proletario. Tropieza con la oposición de los campesinos, desposeídos en parte por la burocracia, de las conquistas de Octubre y de los efectos, para ellos, de la alianza obrera y campesina. Tropieza con la oposición probablemente casi total de los intelectuales, paralizados en sus funciones por el totalitarismo en vigor. Tropieza, por último, con la oposición de las nacionalidades no rusas, rechazadas al fondo por el empleo del chauvinismo gran-ruso, al cual recurren, como un sustituto ideológico, los amos del Kremlin.¹³

Todo ello hace que la burocracia que dirige la URSS sea una de las fuerzas más conservadoras del mundo actual, pues el menor cambio revolucionario que se produjera en alguna parte podría entrañar la desestabilización y la caída de su dictadura contrarrevolucionaria. Así, la política internacional de la burocracia del Kremlin, tendida enteramente hacia el mantenimiento o la restauración del orden existente, se explica completamente por su voluntad de conservar su poder contra los peligros que del interior lo amenazan, y que los movimientos exteriores pueden, en cualquier momento, agravar y precipitar.

En 1923, Stalin era hostil a una victoria de la revolución en

¹³ De allí el título interrogativo del ensayo de un disidente soviético: A. Amalrik, *L'Union soviétique survivra-t-elle en 1984?*, tr. fr. Le livre de poche, 1977, 317 pp.

Alemania; en 1927, era hostil a una victoria de la revolución en China, porque ya comprendía que tales victorias despertarían, en la URSS, el movimiento de las masas contra su burocracia. Trotsky, por su parte, debía aclarar que en aquella época habría sido necesaria una victoria de la revolución en el exterior de la URSS para que la oposición pudiese vencer a la burocracia en el interior del Estado obrero en vías de degeneración. Al final de la segunda Guerra Mundial, Stalin marcó su preferencia hacia el mantenimiento de regímenes burgueses en la Europa oriental bajo la condición de que éstos diesen garantías militares a la URSS, como lo fue el caso de Finlandia.¹⁴ Fue el movimiento de las masas que, alentado por la caída del fascismo, destruyó en esos países a los Estados burgueses y obligó a Stalin a instalar allí regímenes obreros burocráticos con el fin de contener y de reprimir el movimiento en cuestión. Por último, en 1946-1947, Stalin se esforzó por hacer que los dirigentes del partido comunista chino permanecieran en coalición con el Kuomintang. El movimiento de las masas chinas obligó a esos dirigentes a ir mucho más lejos, y Stalin tuvo que inclinarse ante la victoria de la revolución en China, en 1949, revolución calificada por él, a la sazón, como "democrática".

Contra lo que sostiene una leyenda de Occidente, Stalin nunca intentó disputar el mundo, ni aun simplemente Europa, al imperialismo norteamericano. No practicó ningún expansionismo deliberado, no porque fuese de temperamento pacífico, sino que, por intereses burocráticos, se había vuelto conservador, es decir, contrarrevolucionario.

La política de sus sucesores es, por la fuerza de las cosas, de la misma naturaleza. Se desarrolla en el marco de una cooperación mundial entre el imperialismo y la burocracia, cuyo fin es conservar el orden existente. Y si la URSS interviene a veces fuera de su frontera, en Cuba, en Somalia, en Etiopía o en Angola, es porque en alguna parte el dispositivo estratégico del imperialismo ha sido destruido por un movimiento revolucionario de las masas y porque sólo la burocracia puede entonces restaurar el Estado y restablecer localmente la contex-

¹⁴ Cfr. François Fejto, *Histoire des Démocraties populaires*, tomo I, *L'ère de Staline*, Seuil, 1952, 455 pp.

tura política inherente al orden mundial actual. Ello no excluye las contradicciones entre Moscú y Washington en el detalle de sus actividades internacionales, pero esas contradicciones se quedan en el cuadro de una cooperación necesaria al mantenimiento de los poderes respectivos de la burguesía imperialista y de la burocracia del Kremlin.

Hasta la política de los partidos llamados "eurocomunistas", con todo lo criticada que pueda resultar en Moscú, tiende fundamentalmente a impedir la apertura de una crisis revolucionaria en España, en Italia y en Francia. Es, en el fondo, la política conservadora del Kremlin adaptada a las condiciones actuales de esos países, aun si las formas de la adaptación no van sin algunas contradicciones en el interior del aparato internacional de la burocracia del Kremlin.

No ocurre lo mismo con las relaciones entre la burguesía de la URSS y de la China, pues el viejo cordón umbilical que unía al Partido Comunista Chino y al Partido Comunista de la URSS se rompió. Apreciaremos, en el capítulo siguiente, el alcance de la revolución en China y la naturaleza del régimen establecido en 1949. Contentémonos por el momento con verificar que, en contradicción con el internacionalismo proletario procesado y practicado por Marx y Engels, por Lenin y Trotsky, el Estado obrero degenerado de la URSS staliniana y los otros Estados obreros burocráticos no han podido impedir que se desarrollen contradicciones de interés entre ellos, por razón misma del carácter contrarrevolucionario de la burocracia: de allí la ruptura entre la URSS y Yugoslavia en 1948; de allí la ruptura entre la URSS y China al comienzo de los años sesentas.

Lejos de ser una etapa en la marcha de la humanidad hacia el socialismo, el Estado obrero burocrático es un callejón sin salida histórico, un obstáculo puesto al desarrollo de la revolución proletaria.¹⁵ Y, precisamente, ese desarrollo exige, para proseguir hasta su término mundial, que semejante Estado no sea reformado o transformado —lo que, por otra parte, es prácticamente imposible— sino que sea destruido.

¹⁵ Se leerá con provecho una crítica del stalinismo, hecha desde el interior, y que concluye con el carácter evitable de esa monstruosidad histórica, aun cuando el autor no lleve su análisis hasta el extremo: Roy Medvedev, *Le stalinisme. Origines, histoire, conséquences*, tr. fr. Seuil, 1972, 638 pp.

Así, los comienzos de la revolución en China se emparentan a lo que ha ocurrido durante la Revolución rusa de 1905. Ciertamente, el régimen imperial chino se ha hundido, en tanto que el zarismo ha sobrevivido al movimiento revolucionario de 1905. Pero, como la burguesía rusa, también la burguesía china demuestra ser incapaz de llevar a bien las tareas de la revolución democrática. Espantada por el movimiento revolucionario de las masas, por las reivindicaciones de los obreros y de los campesinos pobres, la burguesía china, dominada por sus elementos "compradores", se aparta del demócrata Sun Yat-sen y recurre a la dictadura de Yuan Che-kai, cuyo signo era, por lo demás, restaurar el régimen imperial por su cuenta.

Después de la muerte de este último, en 1916, China atravesó por un período de anarquía militar, en cuyo curso los generales continuadores de la tradición de los "señores de la guerra" arrojaron sus ejércitos unos contra otros con el fin de conquistar un poder dictatorial sobre el conjunto del país, mientras que Sun Yat-sen y el Kuomintang combaten por la restauración, o acaso fuese mejor decir la construcción de la República de China. Y es la victoria de la Revolución soviética la que, precisamente, permite al Kuomintang ganar, a partir de la China del Sur, donde Sun Yat-sen ha instalado lo que se llama el "gobierno de Cantón". La ayuda de la República de los Soviets, a partir de 1918, permite al Kuomintang extender su poder por toda la China sobre la base de un programa antiimperialista democrático y modernizador.¹

Un partido comunista aún débil hace su aparición al mismo tiempo en Shanghai. Sus miembros apoyan al Kuomintang en la lucha contra los "señores de la guerra"; luego, en 1922, entran individualmente ellos mismos en el Kuomintang, mientras conservan su organización independiente. La muerte de Lenin, en 1924, la de Sun Yat-sen, en 1925, son seguidas de una redistribución de las cartas del juego político la cual, desde luego, no se debe a esas dos desapariciones sino, a través de

¹ Cfr. *La question chinoise dans l'Internationale communiste*, textos reunidos y presentados por Pierre Broué. Estudios y documentación internacionales, 1976, 539 pp.

X. LA REVOLUCIÓN CHINA

Desde la victoria de la Revolución soviética de Octubre de 1917, ningún acontecimiento ha sido más importante, a la escala de la humanidad, ni más rico en consecuencias históricas que el desplome de la dominación imperialista y del sistema capitalista en la China de 1949. En el interior del proceso de la revolución mundial, comenzado en 1917 pero aún inconcluso, hay que hablar, por tanto, de la Revolución china y tratar de caracterizar su desarrollo.

Al comienzo de nuestro siglo, el imperio chino conoce con los últimos soberanos manchúes una profunda decadencia. El atraso en que la clase nobiliaria mantiene la economía y la sociedad queda agravado por medio siglo de penetración y de dominación de las potencias extranjeras. Éstas han aprovechado la debilidad del régimen imperial para implantarse en "concesiones" donde reinan como amas y señoras, con todo desprecio de las leyes chinas. La decadencia del Estado imperial y de la clase nobiliaria ha favorecido la penetración europea, norteamericana y, finalmente, japonesa, en los puertos y los grandes centros urbanos. Una burguesía comerciante, precisamente llamada "compradora", sirve de relevo en el lugar a la explotación y al pillaje del imperialismo extranjero. Así, la China colonial de 1900 está preñada de una revolución antiimperial, antifeudal y antiimperialista.

Esta revolución estalla en 1911 en el valle del Yang-tse kiang; va dirigida por un partido nacionalista democrático burgués, el Kuomintang, cuyo principal líder es Sun Yat-sen. El desarrollo del movimiento revolucionario entraña la abdicación del emperador y la abolición del régimen imperial. En 1912, Sun Yat-sen es el primer presidente de la Primera República de China. Pero el Kuomintang no alcanza a consolidar su poder en el conjunto del territorio chino. Un antiguo ministro imperial, Yuan Che-kai, logra convertirse en presidente de la República en 1913, aprovechando un compromiso con los republicanos burgueses, e instaurar, hasta 1915, un régimen dictatorial en provecho propio.

ellas, a la modificación de la relación de fuerzas en favor de la burocracia en la URSS y, consecutivamente, de la burguesía "compradora" en China.

Stalin hace ingresar al Kuomintang en la Internacional Comunista como partido asociado, en 1925, e impone a la dirección del Partido Comunista Chino una táctica que conducirá a la derrota de 1927.

Como lo ha mostrado Trotsky, la burocracia staliniana cuyo poder se ha encontrado reforzado por la derrota de la revolución en Alemania, en 1923, es directamente responsable de la derrota de la revolución en China, en 1927. Hasta se puede pensar que Stalin, temeroso de un nuevo auge de la revolución en el mundo —auge que habría sido una amenaza para la capa burocrática en la URSS—, ha trabajado conscientemente en favor de esta derrota.²

Al proclamar que el Kuomintang era, en China, el único partido obrero y campesino y que le correspondía desempeñar, en ese país, el mismo papel dirigente de la revolución que había desempeñado en Rusia el Partido Bolchevique, Stalin abandonaba, de hecho, los principios fundamentales del bolchevismo, los cuales afirman que el proletariado debe darse una organización de clase independiente —lo que no era, en absoluto, el Kuomintang— y que el frente único antimperialista debe reunir a todas las organizaciones y todas las fuerzas sociales antimperialistas sobre la base de la ruptura con la burguesía imperialista y sus agentes, los cuales ocupaban sólidas posiciones en el Kuomintang. Así, la subordinación del Partido Comunista Chino a ese partido burgués, según las directivas de Stalin y de Bujarin, tenía que dejar el campo libre a la contrarrevolución en China.

Convertido en el nuevo dirigente principal del Kuomintang, Chang Kai-shek se orienta, desde 1925, hacia la restauración en China de una situación conforme a los intereses del imperialismo. Para alcanzar este objetivo, tiene que eliminar al

² Cfr. Trotsky, *La Internacional Comunista después de Lenin*, op. cit., "Bala de perspectiva de la Revolución china: sus lecciones para todos los países de Oriente y para toda la Internacional comunista", pp. 287-365, y *La revolución china después del VI Congreso*, pp. 367-445.

Partido Comunista Chino, que las masas de trabajadores continuaban invirtiendo en sus esperanzas. Es sabido el resultado: Chang se apodera militarmente de Shangai en marzo de 1927; en abril, organiza la matanza de los militantes comunistas y de los otros militantes revolucionarios; en junio, el Kuomintang rompe sus relaciones con la Internacional Comunista y la URSS. Por último, en diciembre Stalin y Bujarin lanzan, en nombre de la Internacional, a los militantes de Cantón a una insurrección aventurera que permitirá a Chang, al aplastarla, completar su victoria. Así se desarrolló ésta derrota de 1927 que fue el último acontecimiento de importancia internacional sobre el cual, en el interior del pc de la URSS y de la Internacional, se hayan enfrentado la burocracia —responsable de la marcha de los acontecimientos— y la oposición, denunciadora de las fallas de Stalin y de Bujarin y del carácter contrarrevolucionario de su política.

De su comienzo en 1911 a su derrota en 1927, la revolución china confirma lo preciso de la teoría de la revolución permanente.³ Como es sabido, esta teoría establece, desde 1850, que allí donde la revolución democrática burguesa aún no ha sido victoriosa, la burguesía será incapaz, en adelante, de conducirla a la victoria y de cumplir con las tareas democráticas (libertades democráticas, reforma agraria fundamental, independencia nacional) aún no realizadas. Y parece efectiva-

³ "El comité ejecutivo de la Internacional Comunista ha enseñado que la revolución china debe asegurar a Chir, la posibilidad de desarrollarse por la vía del socialismo. Sólo podrá alcanzarse esa meta si la revolución no se detiene en la simple realización de las tareas democráticas burguesas, sólo si, creciendo, pasando de una fase a otra, es decir, desarrollándose sin interrupción (o de manera permanente), conduce a China hacia un desarrollo socialista... Se (es decir, los dirigentes de la ic, en 1928, especialmente Stalin y Bujarin) deduce el carácter democrático burgués de la revolución china en el período actual. En realidad, el período actual es el de la contrarrevolución. Sin duda, el comité ejecutivo de la Internacional Comunista quiere decir que la nueva marca de la revolución china, o más exactamente la Tercera Revolución china, tendrá un carácter burgués democrático, puesto que la segunda revolución china de 1925-1927 no ha resuelto ni la cuestión agraria ni el problema nacional. De todas maneras, incluso sobre esta forma enmendada, semejante razonamiento reposa en una total incompreensión de las enseñanzas de la revolución china como de la revolución rusa". *Ibid.*, pp. 314-315.

mente, en 1927, que el Kuomintang, partido burgués, no ha llegado a alcanzar los objetivos que se había puesto en tiempo de Sun Yat-sen; por lo contrario, el sucesor de este último les ha dado la espalda y se ha orientado hacia la colaboración con el imperialismo que impide radicalmente que se lleven a cabo.

Tan sólo el proletariado chino, en alianza con las masas enormes del campesinado pobre, y bajo una dirección revolucionaria internacional, podía destruir entonces el imperialismo y realizar en el desarrollo de su revolución socialista las tareas democráticas no cumplidas. Al abandonar esta estrategia, que había sido la de Lenin y de Trotsky, entre 1917 y 1923, Stalin y su aliado temporal, Bujarin, han creado las condiciones de la victoria de la contrarrevolución sobre la revolución en China.

Además, la sucesión de los acontecimientos de 1927 a 1949, fecha de la derrota del imperialismo y del desplome del capitalismo en China, ha verificado, una vez más, la pertinencia científica de la teoría de la revolución permanente. En efecto, el Kuomintang y el largo gobierno dictatorial de Chang Kai-shek han destruido las libertades democráticas que habían aparecido al comienzo de la revolución china, se han negado obstinadamente a toda reforma agraria fundamental que devolviera la propiedad de la tierra a la masa de los campesinos pobres y han mantenido a China bajo la dominación del imperialismo, principalmente del imperialismo norteamericano. Por ello las masas chinas —obreros y campesinos pobres— han entrado en conflicto, en la secuela de la segunda Guerra Mundial, con el régimen del Kuomintang, defensor de la burguesía "compradora" y del imperialismo extranjero, y lo han destruido a través del movimiento irresistible de los años 1948 a 1949.

Ello significa que la realización de las tareas democráticas, en la medida en que ciertamente tuvo lugar, no ha sido en absoluto el hecho de una "etapa" democrática y popular de la revolución. Se ha producido —en lo que concierne, por ejemplo, a la apropiación de las tierras por los campesinos pobres y la independencia nacional— en el proceso único de la revolución proletaria socialista impulsada por la clase obrera en alianza con el campesinado pobre, todo ello en el marco del

proceso mundial de la lucha de clases del periodo revolucionario que va de 1943 al fin de los años cincuentas. En cuanto al papel desempeñado en ese proceso por el Partido Comunista Chino y en cuanto a la significación del establecimiento, en 1949, de la República Popular de China, trataremos ahora de discernirlos.

Hay que recordar, ante todo, que después de la contrarrevolución en 1927, Chang Kai-shek ha tenido que enfrentarse a un regreso de la anarquía militar y combatir a diversos generales que habían instalado su propia dictadura en diversas provincias. Cuando Chang logra instalar su poder sobre el conjunto o casi todo el conjunto del país, en 1933, es en vísperas de la agresión japonesa que va a hundir a China en la guerra de 1934 a 1945.

Hay que recordar, en seguida, que el Partido Comunista Chino, obligado a la lucha contra el Kuomintang —aunque sólo fuera por su vida—, instaura durante un tiempo una república soviética china en el Kiang-si (sudeste del país) al final de 1931. Es entonces cuando aparecen en la dirección del partido y del ejército rojo chino Mao Tse-tung, Chou En-lai y otros futuros dirigentes de la República Popular que será fundada en 1949. Pero la República soviética del Kiang-si es atacada por las tropas del Kuomintang; los dirigentes del pc organizan entonces la famosa Gran Marcha (1934-1935) que lleva el ejército rojo y los servicios estatales del Kiang-si a la región de Yenán (noroeste del país en los confines de la Mongolia interior) por un itinerario de cerca de 12 000 kilómetros. Desde entonces, esta región Yenán será el "santuario" del Partido Comunista de China y de sus ejércitos, de donde saldrán a la conquista del país en 1948-1949.

A su vez, Chang Kai-shek y los ejércitos del Kuomintang tendrán que retroceder, en 1937, ante la invasión militar japonesa, evacuar las grandes metrópolis del este y refugiarse en el suroeste, en la región de Chong-King. En el curso del conflicto chino-japonés, convertido, a partir de 1941, en uno de los teatros de operaciones de la segunda Guerra Mundial, el pc de China practica una política de alianza con el Kuomintang, bajo cubierta de un "frente nacional antijaponés". A la escala internacional, es Stalin el artífice de esta política por la cual el

pc de China renuncia a buscar los objetivos revolucionarios de los obreros y los campesinos pobres y subordina su acción a la burguesía china en lucha contra el imperialismo japonés. Esta política se inscribe en el marco de la alianza entre el imperialismo y la burocracia de la URSS, que concretarán los acuerdos de Yalta (1944) y de Potsdam (1945). Stalin siempre preocupado por impedir una explosión revolucionaria en cualquier lugar del mundo, aconseja a Mao Tse-tung y a Chou En-lai mantener, más allá de la guerra, la colaboración entre el pc de China y el Kuomintang. Su preferencia va manifiestamente al mantenimiento en China del régimen de Chang Kai-chek, brotado de una participación gubernamental del pc de China que constituiría, para la burocracia de la URSS y de las fronteras de ese país, una garantía suficiente.⁴

La derrota del imperialismo japonés y la evacuación del territorio chino por las tropas japonesas abren a las masas de China nuevas perspectivas. En efecto, como hemos dicho, el régimen de Chang Kai-chek no ha resuelto la cuestión agraria y se ha transformado, por doquier donde reina, en una dictadura ferocemente represiva. Además, su subordinación a los intereses del imperialismo norteamericano es mucho mejor per-

⁴ Partidario incondicional de Mao Tse-tung, Gilbert Murry escribía en 1973, a propósito de este periodo: "es así como al término de la victoria contra el Japón, en el momento en que Chang Kai-chek se apresaba a atacar las regiones liberadas por el Partido Comunista de China, Liu Chao-chi retrocedía ante las diversas 'necesidades' de la lucha popular. Anunciaba que China había entrado en una nueva etapa de paz y de democracia..."

Mao Tse-tung había afirmado en su informe a la segunda sesión del comité central elegido por el VII Congreso del partido: "Cuando la revolución china haya triunfado en todo el país, y el problema agrario haya quedado resuelto, no por ello dejarán de subsistir contradicciones fundamentales en China. La primera, en el interior: es la contradicción entre la clase obrera y la burguesía. La segunda, en el exterior: es la contradicción entre China y los países imperialistas: por ello, después de la victoria de la revolución democrática popular, el poder de Estado y de la República Popular, bajo la dirección de la clase obrera, no deberá debilitarse, sino reforzarse." *De la revolución cultural al X Congreso del pc de China*, 10/18, 1973, 2 vols., tomo I, p. 24. Esas referencias muestran, ciertamente, divergencias tácticas entre Liu Chao-chi y Mao Tse-tung, pero también un acuerdo sobre la "revolución por etapas", es decir, sobre el rechazo de la revolución proletaria.

cebida por las masas en 1945 que en 1927. Así estas masas, aprovechando la derrota japonesa, entran en movimiento. En Manchuria, los consejos obreros se apoderan de las fábricas, tanto más fácilmente cuanto que sus propietarios japoneses o colaboradores de los japoneses—han huido después de la derrota militar. En otras partes, los campesinos pobres se reparan entre ellos la tierra, cansados de aguardar una reforma agraria, a menudo prometida y siempre aplazada a una fecha ulterior no determinada.

Que haya aceptado las órdenes de Stalin con vistas a proseguir la colaboración con el Kuomintang, o que las haya rechazado, el hecho es que la dirección del pc de China pronto no estará ya en condiciones de aplicarlas y aún menos de hacerlas aplicar por las masas en pleno e irresistible movimiento revolucionario. Así, no es exagerado decir que la derrota completa del imperialismo y el desplome del poder de los propietarios terratenientes y de los capitalistas en la China de 1948-1949 han sido efectos de un movimiento esencialmente espontáneo de los obreros y de los campesinos pobres contra el régimen del Kuomintang. En todo caso, en ningún momento la dirección del pc de China tomó la iniciativa de apelar claramente a las masas a la destrucción de ese régimen y del orden burgués en China.⁵

Después de que las masas han puesto en derrota al régimen en cuestión y se han apoderado de los principales medios de producción, el ejército rojo chino ocupa el terreno, no sin aceptar en sus filas a una muchedumbre de soldados, de oficiales y hasta de generales del Kuomintang que se apresuran a ingresar en él. En cuanto al pc de China, pone en primer término la lucha por la independencia nacional que debe unir, con ese objetivo, a los trabajadores, al campesinado, a la pequeña burguesía y aun a los capitalistas llamados "nacionales", de los que afirma que sus intereses, contrarios a los de la burguesía imperialista extranjera, están temporalmente en armonía con los de las masas.

Mao Tse-tung y el aparato del pc de China, profundamente

⁵ Esto es lo que prueba la cita del informe de Mao al VIII Congreso del pc de China que acabamos de hacer, después de mencionar a G. Murry.

marcados por la burocracia staliniana a la que pertenecen, no han ni desencadenado ni impulsado ni verdaderamente dirigido la revolución china, victoriosa en su enorme movimiento espontáneo de 1948-1949. La han canalizado y temporalmente detenido al imponerle una estructura burocrática cuyas expresiones esenciales son la proclamación de la República Popular —y no socialista— de China en 1949, y la Constitución de 1954.

En efecto, el Estado fundado en China, entre 1949 y 1954, ha permanecido hasta nuestros días, y no es en absoluto una República de los consejos de obreros, de campesinos pobres y de soldados, como lo fue la República de los Soviets, en Rusia, al nacer. Por una parte, confirma la expropiación de los grandes terratenientes y la de los capitalistas —con excepción de los “capitalistas nacionales”, que conserva en su lugar—, que ha sido realizada por el movimiento revolucionario de las masas; por ello, se caracteriza como un Estado de los obreros y de los campesinos; por otra parte, expropia a las masas victoriosas del poder político que deberían ejercer en una República de los consejos y consagra la detención de ese poder por el aparato del P.C. chino, es decir, por una burocracia fundamentalmente similar a la que reina en la URSS desde 1923-1927; por ello, se caracteriza como un Estado burocrático, inevitablemente víctima de las tendencias totalitarias, observables desde antes en otras partes. Estado obrero burocrático, armazón staliniana de funciones contrarrevolucionarias en el marco de una relación de fuerzas internacionales entre, por una parte, el imperialismo y la burocracia del Kremlin y, por otra parte, el movimiento revolucionario de las masas, tal se presenta en sus orígenes la República Popular de China.

El error, en la materia, consiste en no discernir lo que depende de la revolución y lo que pertenece a la contrarrevolución. Depende de la revolución el gigantesco movimiento de las masas chinas que, en el marco internacional revolucionario de la época, ha destruido la dominación imperialista y el régimen capitalista en el país más populoso del mundo, es decir, por cerca de una cuarta parte de la humanidad. Así, las consecuencias de esta victoria están lejos de haberse desarrollado todas en nuestros días y hay que decir que la revolución china

y su victoria de 1948-1949 constituyen un momento decisivo en la continuación de la revolución mundial comenzada en 1917. Corresponde a la contrarrevolución la instauración, entre 1949-1954, de un Estado obrero burocrático cuyo papel consiste precisamente en conservar el poder del aparato internacional de la burocracia y en impedir la propagación en Asia y en el mundo del impulso revolucionario capaz de terminar conjuntamente con el imperialismo y con la burocracia misma. En definitiva, el error consiste en acreditar a la burocracia del Partido Comunista de China una revolución que las masas han hecho a pesar de ella y que ulteriormente se verán obligadas a llevar contra ella.

De 1949 a 1959, parece reinar un acuerdo, al menos en lo esencial, entre los dirigentes de la URSS y los de la China. Por otra parte la URSS envía a China numerosos técnicos, con el fin de ayudar al desarrollo del nuevo régimen. Sin embargo, es lícito preguntarse si los desacuerdos y el antagonismo futuro no se remontan a la guerra de Corea, extrañamente desencadenada, en 1960, por los dirigentes del Estado obrero burocrático de la Corea del Norte estrechamente ligados a Stalin y puestos en pie por él a partir de 1945.

En efecto, esta guerra pone a la República Popular de China en situación difícil, tan sólo unos meses después de su proclamación; pues si Mao Tse-tung deja aplastar las tropas de la Corea del Norte por las de los Estados Unidos que combaten bajo la bandera de la ONU al lado de las tropas sudcoreanas y de diversos contingentes occidentales, es el prestigio de la Revolución China el que es afectado en la opinión mundial, especialmente de los pueblos aún colonizados o dominados por el imperialismo. En cambio, si Mao Tse-tung acude en ayuda de los norcoreanos, puede ofrecer así una ocasión de intervención militar, y hasta de empleo del arma atómica por los Estados Unidos contra China.⁶

No es ilícito pensar que Stalin, habitualmente tan prudente en materia de intervención militar, haya corrido el riesgo de empujar a los dirigentes norcoreanos a la aventura, dispuesto

⁶ Cfr. François Fejtó, *Chine-URSS*, tomo I, *La fin d'une hegémonie*. Pion, 1964. cap. V: “De la Guerre de Corée aux promesses de Khrouchtchev”, pp. 77-94.

a desautorizarlos y a eliminarlos después, con el fin de colocar precisamente a la China en la situación que acabamos de ver. Al decidir ayudar militarmente a los norcoreanos mediante el envío de "voluntarios chinos" Mao Tse-tung se ha visto obligado a llevar una ruda carga y a correr grandes riesgos militares y políticos, hasta 1953 cuando, después de la muerte de Stalin, un armisticio pone fin al conflicto coreano y desemboca, sobre las ruinas de todo el país, en el restablecimiento de la situación de 1950.

Habiendo superado las dificultades de este periodo, la República Popular de China hace su entrada, en 1955, en el escenario mundial, en la conferencia de Bandung que reúne, en Indonesia, a los representantes de los Estados recién salidos de la vieja servidumbre colonial o semicolonial. Entre Nehru y Nasser, Chou En-lai hace el papel de líder de lo que algunos llaman el "tercer mundo" y que otros llaman el campo de los "países no alineados", por oposición a las potencias imperialistas y al bloque estatal constituido por la URSS, los países de la Europa del Este, la Corea del Norte y el Vietnam del Norte.

¿Cuál es la parte de acuerdo y cuál es la parte de desacuerdo existentes entonces entre Moscú y Pekín con relación al juego de Chou En-lai en Bandung? Es difícil precisarlo. El tema de la no alineación ampliamente desarrollado por este último se integra mucho mejor de lo que generalmente se ha creído a la ideología staliniana y la "coexistencia pacífica", que es la pantalla del reparto del mundo entre el imperialismo y la burocracia y la expresión de su voluntad contrarrevolucionaria común. En cambio, la pretensión de la burocracia china a una especie de guía del "tercer mundo" ya podía ser testimonio de intereses distintos y aun relativamente opuestos entre ella y la burocracia del Kremlin.

Lo que hay seguro, en todo caso, es que el llamado de Chou En-lai a la solidaridad afroasiática excluyó toda referencia a la lucha de clases en el interior de los Estados en cuestión, y que por ello se inscribe en el ya citado reparto del mundo.⁷

⁷ "La atmósfera general de la conferencia [de Bandung] no era pro-comunista... Chou En-lai reaccionó con una seriedad olímpica a todos los ataques de que fue objeto... En vano habrá de buscarse en sus propósitos la

Por otra parte, el año anterior, Chou En-lai había actuado en un sentido moderador en la Conferencia de Ginebra, que había puesto término a la primera guerra de Indochina reparando precisamente el Vietnam en dos Estados, uno, de naturaleza obrera burocrática, estrechamente ligado a las burocracias de Moscú y de Pekín, el otro, de naturaleza capitalista, vasallo del imperialismo norteamericano.

En 1956, el XX Congreso del PC de la URSS y la intervención rusa contra la revolución política en Hungría someten a numerosas pruebas las relaciones entre Pekín y Moscú. La espectacular denuncia hecha por Jruschov del "culto a la personalidad" de Stalin y de una parte de sus crímenes parece peligrosa a los dirigentes chinos, que en el interior de su poder burocrático, practican un indiscutible "culto a la personalidad" de Mao Tse-tung. Por otra parte, Chou En-lai, en misión por Europa, deplora, en una primera declaración, la intervención rusa en Hungría, sin que pueda saberse bien si condena el hecho mismo por la "liberalización" que ha conducido a la explosión revolucionaria en ese país. En una segunda declaración, los dirigentes chinos justifican y aprueban la intervención como si ellos mismos la hubiesen sugerido.⁸

Una cierta denuncia del "revisionismo" se desarrolla entonces en los órganos de prensa del PC chino; literalmente, ataca a Tito, considerado como jefe de banda de ese revisionismo, y glorifica la resistencia de los dirigentes albaneses, "adversarios tradicionales" de los dirigentes yugoslavos. Pero la punta de esta crítica parece, cada vez más, dirigida contra Jruschov y sus amigos, en el interior del Partido Comunista de la URSS.

Sería un error aquí creer que las divergencias que ulteriormente condujeron a Moscú y a Pekín a la ruptura eran de naturaleza ideológica o principalmente ideológica. Pues, en realidad, las oposiciones ideológicas, allí como en todas partes, expresan a su manera oposiciones fundamentales que son

menor referencia al marxismoleninismo, a la revolución, a la dictadura del proletariado. Sólo se hablaba de solidaridad afroasiática, de la comunidad de intereses de subdesarrollados." *Ibid.*, p. 100.

⁸ *Cfr. ibid.*, cap. XI: "Les Chinois et la désalinisation", pp. 154-158.

oposiciones de intereses. Estas últimas se deben a las situaciones respectivas de la burocracia rusa y de la burocracia china. Directamente amenazados por la revolución política, en Polonia, en Hungría, en el resto de la Europa oriental y en la propia URSS, los dirigentes de Moscú estiman, en su mayoría, que hay que soltar lastre y proceder a ciertas componendas después del largo reino del terror staliniano. Obligados a intervenir militarmente en Hungría contra el movimiento revolucionario de los consejos obreros, no por ello se esfuerzan menos por ablandar los métodos del gobierno burocrático en la URSS y en toda la Europa oriental, incluso en Hungría después de la fase de represión.

Mao Tse-tung y los otros dirigentes chinos valúan de otra manera los peligros de la revolución política contra su propia burocracia. Ejerciendo el poder desde hace menos de 10 años, les parece que su aparato de gobierno debe ser antes reforzado que remodelado; además, para conservar el control de las masas y evitar la explosión de crisis revolucionarias como las de Polonia y de Hungría, les parece urgente hacer más "nacional" su propaganda, o, si se prefiere, *achinar* su régimen.⁹ Desde 1958, el PC chino proclama el lema de *Haced vosotros mismos el comunismo*, que es un llamado a las energías nacionales, especialmente a las de las inmensas masas campesinas, y que es una primera tentativa de prescindir de toda ayuda extranjera, así sea "soviética". Por último, los esfuerzos de los técnicos llegados de la URSS por subordinar el desarrollo económico de China a intereses que son los de la burocracia de Moscú, engendran entre ellos y la burocracia de Pekín tensiones y conflictos, como ya se había producido entre rusos y yugoslavos, de 1945 a 1948.

Todo ello lleva a Jruschov a repatriar a los cerca de 1 300 técnicos soviéticos que trabajan en cerca de 300 obras de la industria china. Intervenido durante el mes de julio de 1960, ese repatriamiento determina una ruptura entre los aparatos de los dos partidos en Pekín y conduce a un deterioro de las relaciones entre los Estados, que persiste hasta hoy, en 1979.

⁹ El remplazo del internacionalismo proletario por una ideología nacional-comunista es un rasgo general de los Estados obreros burocráticos. Es un medio, para la burocracia en el poder, de apartar de ella la oposición de las masas.

No cabe duda de que esta ruptura no fue deliberadamente provocada ni por Jruschov ni por Mao Tse-tung. El primero se ha visto obligado a proceder a ella al no ser capaz de resolver el punto en litigio; agravado sin cesar entre las dos burocracias; finalmente será un factor importante de su eliminación política, en 1964. El segundo, aun si pudo desearla, ha sido obligado a sufrir sus efectos, que han determinado un papel importante en la crisis de la burocracia china, entre 1965 y 1973.

Brotada de la burocracia madre, la del Kremlin, la burocracia de Pekín no podía dejar de ser profundamente sacudida por la ruptura de que acabamos de hablar. Así los dirigentes chinos, entre 1960 y 1965, se han dividido en dos tendencias (no faltarían quienes dijeran que en dos clanes): de un lado, los que, con el presidente de la República Liu Chao-chi, estimaban que había que restablecer, a toda costa, las antiguas relaciones con los dirigentes de Moscú, y alinearse fundamentalmente con su política; del otro lado, los que, como Mao, pensaban que tal camino era peligroso para el PC chino y que, por lo contrario, había que desarrollar una política distinta y original. Con el Kremlin o sin él —y aun contra él— tal es el dilema que desde hace 20 años ha dividido a la burocracia china.

De hecho, la ruptura entre Pekín y Moscú, comenzada en 1960 y consumada en 1963, obligaba a los dirigentes chinos a resolver los problemas económicos del país por vías distintas de las de la URSS. Bajo el lema del "Gran salto adelante", esos dirigentes obligaban a las masas a hacer esfuerzos cada vez más duros y sacrificios cada vez más pesados.¹⁰ Así, los campesinos eran reunidos en vastas "comunidades", donde el reparto de las tareas y de los bienes de consumo era realizado por la vía autoritaria, a la manera del comunismo de guerra de la URSS en los años 1918-1920. Para la realización de los grandes trabajos, las familias eran autoritariamente dispersadas, los padres separados de sus hijos, los hombres de las mujeres, durante periodos indeterminados. Tratando de valerse del

¹⁰ Cfr. *ibid.*, tomo II, *Le conflict*, cap. IV: "Les avatars du Grand Bond en avant", pp. 57-62.

simple número, es decir, de los efectos masivos de la población, con vistas al desarrollo de las fuerzas productivas, Mao preconizaba la creación de pequeños altos hornos en todas las "comunidades" antes que organizar grandes combinados industriales a la manera de la URSS. Así, el periodo que va de 1958 a 1965 ha sido particularmente difícil de soportar para las masas chinas, obligadas a aportar un trabajo intenso e incansante, y viendo una relativa insuficiencia de los resultados obtenidos por los medios puestos en obra por ellos bajo la autoridad de la burocracia. Sin duda, se deben a este periodo los grandes trabajos que protegen las tierras y sus habitantes contra las inundaciones periódicas de los ríos, la salida de los pueblos de China de la era plurimilenaria de las hambrbes cíclicas o endémicas, y por último, la adquisición por la República Popular del arma atómica. Pero todo ello no podía compensar suficientemente, para las masas, la escasez y la mediocridad de la mayor parte de los bienes de consumo, la multitud de los sacrificios impuestos —especialmente la casi abolición, para muchos, de la vida privada— y la ausencia completa de libertades democráticas.

Lo que se ha llamado la *revolución cultural china*, periodo que va de 1965 al X Congreso del PC chino, en 1973, no es inteligible más que a partir de la situación de las masas en 1965, es decir, de las tensiones que las oponían cada vez más a los aparatos dirigentes del partido y del Estado, y a partir de la crisis que afectaba la cúspide de aquellos aparatos entre las tendencias o clanes que ya hemos hablado.

Según los admiradores de Mao Tse-tung, la revolución cultural china sería una sucesión de luchas, comparable por su importancia a la Revolución francesa o aun a la Revolución de Octubre.

A través de esas luchas se habrían opuesto, por una parte los partidarios de la revolución proletaria de la "construcción del socialismo en China", de la lucha internacional contra el imperialismo y del "marxismo-leninismo" actualizado en el "pensamiento de Mao Tse-tung", y por otra parte, los partidarios de la restauración del capitalismo y del abandono de todo objetivo revolucionario, nacional e internacional, es decir, los aliados chinos de Jruschov y otros revisionistas soviéti-

cos que habían restaurado el capitalismo en la URSS, en ocasión del XX Congreso del PC de la URSS en 1956.¹¹

El examen de los hechos conocidos, el estudio de los hechos escritos en nombre de la revolución cultural, el análisis de la política internacional de la China en esta época, y por último la observación de los acontecimientos que han intervenido desde la muerte de Mao Tse-tung, en 1976, nos obliga a reconstituir la interpretación anterior y a interrogarnos de manera totalmente distinta sobre el sentido de este asunto histórico.

En efecto, todo nos permite pensar que, a fines de 1965, las masas chinas eran víctimas de un profundo descontento que podía engendrar, de su parte, un movimiento revolucionario antiburocrático y transformarse en una revolución política, como ya se había producido en Polonia y en Hungría en 1956, y como había de producirse de nuevo en Checoslovaquia, en 1968. Ante el aumento de ese peligro, la alta burocracia china se dividió en dos fracciones: la de Liu Chao-chi, que veía en el retorno a la hegemonía del Kremlin el medio de contener y de reprimir la revolución política eventual, y la de Mao Tse-tung, que pensaba que había que *colocarse en la punta del movimiento de las masas para romperla*.¹² Desde ese punto de vista, la revolución cultural nos parece un contrafuego encendido por Mao y sus partidarios con el fin de evitar el incendio general; es una maniobra de una fracción de la burocracia china, ejecutada con vistas a hacer abortar la revolución política en gestación y que revela, para quien sepa comprender, la gestación de una revolución antiburocrática de las masas.

Detalle interesante, la revolución cultural que después ha pretendido mostrarse como un trastorno de las mentalidades, de las costumbres y de las relaciones entre las masas en los cuadros del partido, ha comenzado como un asunto intelectual que ocurría en los medios intelectuales. En efecto, se trató de la crítica, por un partidario de Mao, de una pieza de teatro pu-

¹¹ Punto de vista claramente expuesto por Jean Daubier en *Histoire de la révolution culturelle prolétarienne en Chine*, Maspéro, 1970, 306 pp.; y por Gilbert Murry, *De la révolution culturelle au X Congrès du Parti communiste chinois*, op. cit., 2 tomos, 314 y 320 pp.

¹² Fórmula del ministro socialdemócrata alemán Scheidemann, expresando su táctica de tracción de la revolución proletaria en 1918-1919.

blicada en Shangai y que, a través de una analogía histórica, elogiaba a un antiguo alto dirigente del PC que había sido destituido y que ciertos cuadros de la organización trataban de hacer rehabilitar. Y este crítico político-literario el que ha desatado la revolución cultural, en noviembre de 1965.¹³

Durante un año, ésta debía desarrollarse esencialmente en los medios universitarios y escolares: en mayo de 1966, primer *dazibao* (letrero con caracteres enormes) pegado en la Universidad de Pekín para denunciar a los revisionistas de la dirección del partido y del Estado; en julio, Liu Chao-chi y Teng Hsiao-ping son retrogradados en la jerarquía del PC; en agosto, primera gran reunión de los *guardias rojos* en la plaza Tien An Men; esos guardias rojos o "pequeños generales" eran alumnos de preparatoria, estudiantes y maestros, no obreros y campesinos como en la Rusia de la guerra civil.¹⁴

Los admiradores de Mao explican esos comienzos de la revolución cultural pretendiendo que la enseñanza en China, desde la escuela elemental hasta la universidad, había seguido siendo una ciudadela del tradicionalismo —especialmente, del confucianismo— y que para modificar las mentalidades, los hábitos y las costumbres y terminar con una especie de obediencia pasiva de las masas ante sus jefes, había que empezar por prender el fuego en aquella llaga. Puede pensarse que Mao, atento a las manifestaciones de la revolución política en la Europa oriental, había comprobado que éstas comenzaban generalmente en los medios intelectuales y en las instituciones universitarias antes de llegar a las masas obreras y campesinas.¹⁵ Las operaciones montadas por él y sus partidarios en los medios intelectuales y magisteriales chinos, en 1965-1966, nos parece que tienen una doble intención: dar una salida, controlable por los maoístas, a las aspiraciones y reivindicaciones antiburocráticas de la juventud estudiantil y de los maestros, muy particularmente sensibles a la inexistencia de libertades democráticas, sobre todo la libertad de expresión, de crítica y de

¹³ Véase J. Daubier, *Histoire de la révolution culturelle prolétarienne en Chine*, *op. cit.*, pp. 51-55.

¹⁴ *Ibid.*, p. 19.

¹⁵ Se recordará, por ejemplo, el importante papel del Círculo Petöfi en la preparación de la revolución política antiburocrática en la Hungría de 1956.

publicación, y asestar un golpe al clan de Liu Chao-chi y de Teng Hsiao-ping por medio de ese movimiento controlado.

A fines de 1966, la experimentación realizada con éxito por Mao en el medio universitario y escolar lo incita a ir más lejos y a llevar la revolución cultural a las filas de la clase obrera. Hace escribir por sus partidarios, en la prensa del partido, que dos líneas se oponen en el interior del comité central y de la oficina política: la línea revolucionaria comunista de Mao y la línea revisionista y restauracionista de Liu Chao-chi. A partir de allí, los maoístas ofrecen como pasto para el descontento de las masas a los miembros del clan rival acusados de todos los males, de todas las conjuraciones, de todas las traiciones. Se trata sin duda de uno de los ejemplos más impresionantes de manipulación de las masas por un poder que pueda ofrecernos la historia.

Con lemas como "hay razón de levantarse" y "bombardeemos el cuartel general",¹⁶ Mao empuja a las masas, especialmente a la juventud, a lanzarse a la calle. Esto es lo que hacen en Shangai, en enero de 1967, manifestando contra los revisionistas, arrojando a sus representantes de las direcciones de los periódicos, de los servicios administrativos, y creando comités de "rebeldes proletarios" que, aquí y allá, se adueñan del control de las instituciones. Así, después de que los preparatorianos, los estudiantes y los maestros han arreglado sus cuentas a los administradores-opresivos, son los obreros los que, en todos los centros industriales de China, arreglan cuentas al aparato de mando de las fábricas, de los talleres, de las oficinas y de todas las instituciones existentes.

En realidad, las masas no son homogéneas en relación con el conflicto al que se les invita a participar activamente. Una parte de ellas, especialmente la juventud, sigue a los maoístas que le ofrecen la posibilidad de orientar su descontento contra chicos expiatorios; otra parte, fiel a las jerarquías instituciona-

¹⁶ "El marxismo contiene múltiples principios que se reducen a una sola frase: 'hay razón para levantarse.'" Esta frase se ha extraído de un texto de Mao Tse-tung. Los guardias rojos hicieron de ella su divisa. J. Daubier, *op. cit.*, p. 134. La revolución reducida a la revuelta, tal es la quintaesencia de la ideología de que se sirve Mao para salvar el poder burocrático amenazado por el movimiento de las masas.

les existentes o influida por el clan de Liu Chao-chi y de Teng Hsiao-ping, resiste a las incitaciones maoístas a la acción, o hasta se opone a ellas, defendiendo las estructuras existentes. En lugar de la revolución política que habría podido poner al régimen burocrático en peligro, o aun destruirlo, Mao ha logrado desarrollar una conflagración en el seno de las propias masas. Y, sin duda, sabremos un día el número aproximado de los que murieron en los enfrentamientos físicos del periodo llamado Revolución Cultural.¹⁷

Liu Chao-chi es tratado como "ruschov chino" y acusado de querer restaurar el capitalismo en China. Se ve obligado a hacer diversas autocríticas, pero se le conserva su puesto de presidente de la República, para poder mostrar que el peligro revisionista y restauracionista sigue presente. Multitudes se reúnen para acusar, juzgar y humillar a sus partidarios según técnicas manipulatorias que Stalin no había sabido ni se habría atrevido a utilizar en semejante escala.

Contra el "burocratismo" generador del revisionismo y del restauracionismo, los cuadros del partido, del Estado y de las universidades se ven obligados a pasar etapas periódicas, de duración más o menos larga, en la fábrica y en las "comunidades". Esas rotaciones, que no cambian absolutamente en nada la naturaleza burocrática del poder existente quedan justificadas, además, como las primeras señales de la desaparición de la antigua separación entre el trabajo manual y el trabajo intelectual, anunciadoras del comunismo.

Entre julio y octubre de 1968, los *comités revolucionarios*, "que son los nuevos órganos del poder creado durante la Revolución Cultural", se implantan por todo el país.¹⁸ Están compuestos en una tercera parte por representantes de las organizaciones de masas, en otra tercera parte, por cuadros del partido

¹⁷ "Para que la Revolución Cultural fuera posible, era necesario que el Estado chino limitara, por su propia iniciativa, su control de la vida social... así, conforme a ese principio de relajamiento del centralismo, la política, el ejercicio y el gobierno que los dirige limitarán sus intervenciones durante la revolución cultural, dejando a las masas arreglar por sí mismas los problemas que surgen en el curso del movimiento y las divergencias que pudieran aparecer en su seno. En tales circunstancias, eran inevitables las perturbaciones." J. Daubier, *op. cit.*, p. 99.

¹⁸ *Cfr. ibid.*, p. 22; definición de la Triple Unión.

y, por último, en una tercera parte por militares o miembros de la milicia. Esto es lo que los maoístas llaman la *triple unión*. Como puede verse, esos comités no tienen nada de consejos de obreros o de campesinos, órganos de la dictadura del proletariado. Emanando, por sus miembros, de tres tipos de aparatos, los comités chinos son lo contrario de los soviets de 1917-1920; son los órganos de la dictadura de la burocracia sobre el proletariado y las masas campesinas.

Mal comprendida, no seriamente analizada, la revolución cultural china ha creado espejismos entre una parte de la *intelligentsia* en Occidente y en los continentes dominados por el imperialismo. A través de esta fórmula, ha soñado con una revolución que no se reduciría a la lucha entre dos clases sociales antagónicas y que engendraría un "nuevo ser humano".¹⁹ Abandonando el terreno de la lucha de clases, los admiradores extranjeros del presidente Mao han oscilado entre la ensoñación precedente y acciones de comandos, cuyos lemas y resultados inevitablemente han pasado inadvertidos para ellos, mientras que la burocracia china lograba deshacerse de los peligros que la acosaban a fines de los sesentas.

El X Congreso del PC chino consagra, en 1973, la victoria de los partidarios de Mao sobre los de Liu Chao-chi, pero constituye ya un alto a las grandes maniobras de la revolución cultural. En adelante, lo de mayor importancia para los dirigentes chinos será volver a poner a trabajar al país después del periodo de disturbios que ha atravesado. En política extranjera, los mismos dirigentes tienen como principal preocupación oponerse a las actividades de la burocracia del Kremlin. Para hacerlo, reciben cálidamente a Nixon, en 1972, y entran, en esta ocasión, en la gran alianza entre el imperialismo, por una parte, y las burocracias, por la otra. En África, en la América Latina y en Asia, los dirigentes chinos apoyan todos los regímenes opuestos a la URSS o en conflicto con ella, dispuestos a encontrarse en posiciones semejantes a las del imperialismo norteamericano, como en el caso de Chile (1973), la guerra

¹⁹ Stalin, en el último periodo de su dictadura -1945-1953-, había utilizado largamente el eslogan de la edificación del "hombre nuevo", cubierta ideológica del terrorismo de Estado de la burocracia.

de Angola (1975-1976) y la reciente visita de Hua Kuo-feng al Shah de Irán (1978).

La muerte de Mao es el fin de la aventura para los miembros de su clan que más habían avanzado en la jerarquía del partido en tiempos de la revolución cultural. Con el nombre de "banda de los cuatro", son entregados como pasto al descontento de las masas y acusados de haber cometido múltiples crímenes y de haber hecho reinar en China un "terror fascista". Reinstalado en la cumbre del aparato del partido y del Estado, Teng Hsiao-ping, antiguo compañero de Liu Chao-chi, parece haberse convertido en el nuevo amo de China a través de conflictos de tendencias y de clanes que no han dejado de desarrollarse entre las bambalinas del poder.

Después de la extrema tensión del periodo de la revolución cultural y de los años que han visto desaparecer a Chou En-lai y a Mao Tse-tung, tal parece que Teng Hsiao-ping desea dar la prioridad al desarrollo industrial, a la mejora del consumo y a cierta flexibilidad de los procedimientos de gobierno que los observadores occidentales llaman impropriadamente una "liberalización". Esta política irá acompañada de una tentativa de acercamiento a la burocracia del Kremlin y, en ese caso, esta tentativa ¿podrá permitir a las dos burocracias sobreponerse a su oposición de intereses? Es difícil preverlo con certidumbre. Pero, sea lo que sea, la crisis que socava esas burocracias no tendrá fin. Hasta se puede suponer, como lo hacemos nosotros, que se agravará, porque resulta de la oposición de las masas a una capa que ha usurpado el poder político en su nombre.

En definitiva, la revolución china existe y se desarrolla como parte integrante de la revolución mundial contemporánea, y su importancia para el porvenir es de primera magnitud. Pero hay que preguntarse dónde está, y quién la hace. En nuestra opinión, proviene de esas masas compuestas del proletariado y del campesinado pobre que destruyeron el viejo imperio manchú, en 1911, que la Internacional Comunista, dirigida por Stalin y Bujarin, ha conducido a la derrota en 1927 y que han logrado, en 1948-1949, el desplome de la dominación imperialista y del orden burgués. Se prosigue, en nuestros días, a través de las luchas que oponen esas masas a la buro-

cracia de Pekín. Y la crisis por la que atraviesa esta burguesía, desde 1965, en formas cada vez más agudas, muestra la impetuosa creciente de la revolución china. Partidarios y adversarios de Mao Tse-tung, en la cumbre del aparato del partido y del Estado, todos se ven obligados a contar hoy con esta revolución que, en definitiva, como proviene de la base es inagotable y que da su sentido a lo que ocurre en China y, más generalmente, en el mundo del que la China forma parte.

XI. LUCHAS DE CLASES Y MOVIMIENTOS ANTIIMPERIALISTAS EN LOS CONTINENTES DOMINADOS

El proceso histórico de la revolución mundial, comenzado en 1917, ha ido acompañado y continúa acompañado de poderosos movimientos de masas contra el colonialismo y contra el imperialismo.

En 1900, algunas grandes potencias (la Gran Bretaña, los Estados Unidos, Alemania, Francia) habían extendido su dominación económica y política al conjunto del planeta. Pero los pueblos así sometidos nunca habían aceptado definitivamente el "hecho colonial". Por lo contrario, las insurrecciones campesinas y los motines urbanos demostraban, en Asia y en África, que la "pacificación" colonial no había triunfado ni podía triunfar por completo.

Entre las dos guerras mundiales, el nacimiento y los primeros desarrollos de una clase obrera, creada por el colonialismo y el imperialismo mismo, en los continentes dominados, conducían a la formación de sindicatos que dirigían la lucha en las minas, en las compañías ferroviarias, en los puertos y en los latifundios, contra la explotación del trabajo asalariado. Simultáneamente aparecían organizaciones políticas que se fijaban la tarea de abolir al régimen colonial y destruir la dominación extranjera.

Lo que había de llamarse, a partir de los cincuentas, y sobre todo de los sesentas, la descolonización, es, por tanto, un proceso histórico que proviene de dos contradicciones distintas y de importancia desigual: la que oponía y opone la masa de los explotados de los continentes dominados (asalariados y campesinos pobres) a las burguesías imperialistas extranjeras y a sus agentes en el lugar; la que oponía y que opone las clases privilegiadas de los países dominados (terratenientes tradicionales y burguesía local) a las burguesías imperialistas extranjeras con relación al reparto entre ellas del excedente arrancado a las masas.

La primera oposición es un antagonismo absoluto que de-

termina las luchas que se inscriben, primero, en la lucha de clases en la escala mundial. Así, esas luchas han sido directamente afectadas por los problemas del movimiento obrero internacional, a saber, por la crisis de su dirección revolucionaria o, si se prefiriere, por el hecho de que esta dirección se encontraba y sigue encontrándose entre las manos de líderes reformistas o de líderes stalinianos, que practican, unos y otros, cada uno a su manera, una política contrarrevolucionaria de conservación del orden imperialista mundial.¹

La segunda oposición es de naturaleza relativa, pues si los burgueses y los propietarios terratenientes de Asia, de África y de la América Latina aspiran al aumento de su parte de excedente y a la disminución de los capitalistas extranjeros, no van a prestarse a una revolución social que destruiría finalmente sus privilegios y su poder de clase al mismo tiempo que los de los capitalistas extranjeros en cuestión. Encontramos allí los límites históricos de las clases burguesas que viven en países donde la revolución burocrática aún no se ha efectuado, tales como los analizaban Marx y Engels en 1850, cuando, por esta razón, llamaban al proletariado, única clase capaz, en adelante, de realizar las tareas democráticas, a la "revolución permanente", y tales como Trotsky, al terminar la Revolución rusa en 1905, los llevaba más lejos todavía en su análisis, desarrollando la teoría de la revolución permanente a la vez para diversos países de Europa y para las colonias y las semicolonias.

Añadamos a ello que el colonialismo y la dominación imperialista han debilitado y hasta atrofiado a las burguesías de las colonias y de las semicolonias hasta el punto de volverlas aún más incapaces de realizar las tareas de una revolución democrática de lo que eran, al comienzo del siglo, las burguesías de Rusia, de Grecia, de Servia, de Rumanía o de Irlanda. En estas condiciones, no es sorprendente que el proceso de la descolonización haya tenido diversos destinos según que se haya desarrollado esencialmente como un momento de la lucha de clases

¹ Recordemos que, para nosotros, el calificativo de *staliniano* designa a los aparatos a través de los cuales se ejerce el dominio o la influencia de la burocracia del Kremlin, así como sus prácticas y sus agentes. Ese calificativo no podría reducirse a cierta actitud positiva ante el personaje histórico de Stalin y de su política.

o, antes bien, como una lucha puramente nacional contra la dominación extranjera y con el único fin de destruirla.

Lo que se encuentra así planteado es el problema de la dirección del movimiento espontáneamente revolucionario de las masas contra el imperialismo, en Asia, en África y en la América Latina. Ahora bien, al término de la segunda Guerra Mundial, ese movimiento se desarrolló con una fuerza considerable en la coyuntura internacional abierta, desde 1943, por el hundimiento del curso de los regímenes fascistas, de los imperialismos alemán y japonés y por el quebrantamiento de los imperialismos inglés, francés, holandés y belga. Entre 1945 y 1955, son el imperio holandés de Indonesia y el imperio inglés de las Indias los que ceden bajo la presión antiimperialista de las masas. Y, al mismo tiempo, es el imperio francés de Indochina el que se destruye al término de una guerra de ocho años. En el decenio siguiente, el movimiento antiimperialista se extiende al África y obliga al imperialismo francés y al imperialismo inglés a renunciar a la administración colonial directa y a reconocer la soberanía internacional de los nuevos Estados africanos. El punto culminante del proceso se sitúa en Argelia, cuyas masas han debido hacer una guerra de ocho años (1954-1962) —habiendo entrado un cambio del régimen del Estado en Francia— para llegar al acceso de su país a la soberanía internacional.²

La ausencia de una dirección revolucionaria del proletariado mundial y el peso del stalinismo sobre el movimiento obrero internacional, durante todo este periodo (1943-1962), han sido elementos determinantes en las formas que ha tomado lo que ha venido a llamarse la descolonización. O bien, en efecto, los imperialistas han llegado, a tiempo, a realizar un "traspaso de poderes" en favor de burguesías locales convertidas en relevo, en el lugar, del mantenimiento de su dominación; se observa entonces la formación de regímenes llamados "moderados" que mantienen los nexos de colaboración con el imperialismo, como en la India, en Indonesia, en Vietnam del

² Se podrá remitir a la obra de Henri Grimal, *La décolonisation, 1919-1953*, Colección U. Armand Colin, 1965, 408 pp., esencialmente para la cronología de los acontecimientos principales.

Sur y en la mayor parte de las ex colonias francesas e inglesas de África. O bien, el movimiento antiimperialista de las masas ha tenido tal intensidad y tal potencia que el antiguo dispositivo de la dominación se ha hundido por completo; asistimos entonces a la formación de Estados obreros burocráticos que contienen ese movimiento y se esfuerzan por obstaculizarlo, como fue el caso en China y en el Vietnam del Norte. Entre esos dos casos, unas situaciones menos sencillas han terminado en la instalación de Estados burgueses, que guardan nexos con las potencias imperialistas, pero se ven obligados a apoyarse en la burocracia del Kremlin, como en Guinea-Conakry, a partir de 1958, en Argelia, a partir de 1962, y en el Congo-Brazzaville a partir de 1965.

Diversos observadores o teóricos han pretendido, estudiando el proceso de la descolonización, que en nuestra época la cuestión nacional y la lucha por la independencia nacional han superado en eficacia "revolucionaria" a la lucha de clases y al proceso que conduce a la revolución social. Se trata, a nuestro parecer, de una manera, consciente o inconsciente, de oscurecer el problema. En efecto, el movimiento espontáneo de las masas del que la "descolonización" es un efecto, proviene de contradicciones de intereses entre las clases sociales. Y nunca la lucha de clases ha sido tan aguda y tan extensa como en la segunda mitad del siglo xx. Queda en pie el hecho de que, en el caso de los continentes dominados, el interés común al imperialismo y a la burocracia estaba y está en canalizar y pervertir esa lucha de clases, que va preñada de la revolución social; limitándola a la cuestión nacional, reducida ella misma a una transferencia de soberanía —entre clases privilegiadas— o a una llamada etapa "nacional y democrática" de una problemática revolución.³

Lejos de ser el principal motor, o siquiera uno de los motores de la historia contemporánea, el nacionalismo es una ideología tras la cual se disimula y se revela, a la vez, la presencia

³ Así, en enero de 1979, *Isvestia*, órgano oficial del Estado "soviético", presenta la revolución en curso en Irán como un "movimiento contra la dominación extranjera", ocultando así deliberadamente el proceso de la revolución social que opone las masas iraníes al Sha, a la Corte, a la nobleza y a la burguesía "compradora" en el mismo país.

de clases burguesas y pequeñoburguesas que tratan de asegurarse el control del movimiento antiimperialista de las masas para tratar de quebrantar su potencia revolucionaria. Lejos de ser el instrumento de la liberación nacional, el nacionalismo, bajo sus diversas formas, constituye su bloqueo; pues, al tratar de sustituir la lucha de clases por la colaboración de clases—unión sagrada contra el enemigo extranjero—, impide precisamente que puedan ser destruidos los nexos de sujeción al imperialismo del país dominado.

La ocupación de Indonesia por las fuerzas armadas japonesas (1942-1945) dio un golpe mortal al sistema colonial holandés, no porque el imperialismo de Japón haya sido liberador, sino porque, en la lucha contra él, las masas indonesias adquirieron la capacidad de resistir victoriosamente al retorno de los holandeses. En el momento de la derrota japonesa, las masas indonesias se precipitan obligando a sus dirigentes nacionalistas burgueses (Sukarno y Hatta) a proclamar la independencia, el 17 de agosto de 1945.

Dos veces, en 1947 y en 1948, el imperialismo holandés trató de reconquistar militarmente el archipiélago, pero las masas lo derrotaron de tal manera que el gobierno de La Haya finalmente se vio obligado a reconocer la independencia de los Estados Unidos de Indonesia, el 27 de diciembre de 1949. Pero Sukarno y los otros jefes nacionalistas burgueses son incapaces de desempeñar las tareas urgentes de la revolución democrática: reforma agraria fundamental, establecimiento de las libertades democráticas, impulso económico e independencia nacional verdadera. Por su parte, el pc indonesio, colocado por Stalin bajo el control directo del pc chino, obstaculiza la revolución social y mantiene a las masas en el marco de la colaboración con la burguesía indonesia.

En 1965, el ejército—muy ligado con el imperialismo norteamericano y penetrado por agentes de la CIA—pasa a la acción contra las masas, asesinando a más de 500 000 trabajadores y campesinos pobres comunistas o considerados tales.⁴ El

⁴ Nunca se dirá suficientemente que la dirección del pc chino, con Mao Tse-tung a la cabeza, ha sido responsable de la catástrofe intervenida, en ese momento, en Indonesia. Amargo fruto de la política de Bandung tan tenazmente preconizada por Chou-En lai.

régimen a cuya cabeza sobrevive Sukarno, impotente, se orienta hacia una colaboración cada vez más estrecha con el imperialismo norteamericano. Para imponer esta política a las masas que siguen siendo hostiles, el general Suharto elimina a Sukarno, en 1968, e instaura una dictadura militar que aún reina hoy por medio del terror. Es patente el fracaso del nacionalismo burgués indonesio. Confirma que, fuera de la dirección revolucionaria del proletariado, aliado al campesinado pobre, las tareas democráticas son irrealizables. Además, la política staliniana de la "revolución por etapas" ha impedido a las masas tomar en mano su propia suerte, y conducido a la matanza de 1965.

La descolonización del antiguo imperio de las Indias, donde la burguesía inglesa había mantenido su dominación durante cerca de dos siglos, es muy comparable, en numerosos puntos, a la descolonización de Indonesia. El movimiento anticolonialista y antiimperialista no había dejado de crecer, desde cerca de 1920 hasta 1945. Así, al término de la segunda Guerra Mundial, los laboristas que ocupan el poder en Londres comprenden que había que liquidar el régimen colonial, representado en Nueva Delhi por un virrey inglés, y transmitir los poderes administrativos a la burguesía de la India.

En realidad, esta burguesía ni estaba unida ni era homogénea, y el imperialismo había trabajado para profundizar esta desunión. A través de la oposición religiosa entre hindúes y musulmanes, hay que saber distinguir las divergencias de interés entre, por una parte, la burguesía de Bombay y de Calcuta, de mayoría hindú y, por otra parte, la burguesía de Karachi, de mayoría musulmana. Esta oposición se expresaba en la existencia de dos grandes partidos nacionalistas: el Congreso de Gandhi y de Nehru, y la Liga Musulmana, de Jinnah. Así, el reconocimiento de la independencia del subcontinente indio fue acompañado, en 1947, por un reparto del territorio entre dos Estados: la India situada en el centro y el Pakistán compuesto de una parte occidental (Karachi) y de una parte oriental (Dacca), distantes 1 700 kilómetros una de la otra.

El imperialismo inglés, con la complicidad de la burguesía local, dejaba a los dos Estados una herencia de conflictos religiosos y étnicos, sin cesar agudizados. Todos sabemos cuál es el

resultado: guerra indopakistaní, que desemboca en la anexión de Cachemira por la India, guerra de independencia del pueblo del Pakistán oriental —con el apoyo de la India— contra el Pakistán occidental, que termina en la creación de un tercer Estado, Bangladesh. Ni la India actual, que ha conservado ciertas libertades democráticas, especialmente electorales, ni Pakistán ni Bangladesh, donde una dictadura militar ocupa el poder, han resuelto los problemas vitales del desarrollo económico y de la verdadera independencia nacional. En cuanto a los partidos comunistas que existen en el subcontinente indio, se ven desgarrados por la oposición entre Moscú y Pekín y contribuyen, a su manera, a contener el movimiento antiimperialista de las masas y a mantener a estas últimas bajo el yugo del imperialismo.

Fenómenos completamente comparables se han producido en las otras antiguas colonias inglesas de Asia, en Birmania, en Ceilán, convertido en Sri Lanka, y en Malaya, en tanto que Tailandia, que ha seguido siendo formalmente independiente, terminaba en la dictadura militar por razón de la impotencia de su burguesía para resolver los problemas esenciales de la economía y de la sociedad.

En contraste, la descolonización de la antigua Indochina Francesa ha tenido formas diferentes de lo que acabamos de ver —especialmente el Vietnam— en razón de la política propia del colonialismo francés. En efecto, este último, en contraste con el colonialismo inglés, ha tratado de hacer prevalecer al máximo los procedimientos de la administración directa, como lo muestran la instalación y el mantenimiento de las colonias de Tonkín y de Cochinchina. Por ello, después del periodo de la ocupación japonesa (1941-1945), las masas vietnamitas, laosianas y camboyanas estaban decididas a no tolerar más el mantenimiento del yugo colonial que el imperialismo francés se esforzaba por volver a colocar en 1945-1946.

Pese a las declaraciones de Ho Chi Minh, principal dirigente del PC vietnamita, en favor del mantenimiento de su país en el marco de la Unión Francesa, el choque entre las masas y el aparato militar-administrativo del imperialismo francés era inevitable.

Entre el cuerpo expedicionario francés y las masas, enmar-

cadadas por un Frente Nacional de Liberación, cuya fuerza principal es el PC, se han desarrollado operaciones de guerra que terminaron en la derrota francesa de Dien-Bien-Phu y la necesidad, para el gobierno de París, de negociar la paz y la retirada de sus fuerzas (1954). No habiendo podido asegurar a tiempo, como lo había hecho el imperialismo inglés en la India, el traspaso de poderes, el imperialismo francés, profundamente marcado por su tradición política colonialista, ha tenido que aceptar, en el curso de la Conferencia de Ginebra sobre Indochina, que el Vietnam quede en manos del aparato burocrático del PC vietnamita, que el sur del país quede durante diez años a cargo del imperialismo de los Estados Unidos, y que Laos y Camboya vean su suerte provisionalmente arreglada por un compromiso entre este imperialismo y las burocracias de Moscú y de Pekín.

Así la potencia del movimiento de las masas en Indochina y los arcaísmos colonialistas del imperialismo francés han conducido no sólo a la derrota de este último, sino también a la intervención estabilizante y contrarrevolucionaria de las burocracias de Moscú y de Pekín, convertidas, por la fuerza de las cosas, en amas y señoras del Vietnam del Norte, en 1954, antes de serlo, bien a su pesar, de la totalidad de la península indochina, en 1975.

La Conferencia de Bandung (1955) debe ser apreciada, en cuanto a su significación histórica, a partir de la descolonización ya intervenida en Asia en las condiciones que acabamos de recordar y por relación a la secuencia de esta descolonización tal como debía desarrollarse en África, donde la guerra de Argelia ya duraba desde el 1º de noviembre de 1954.

Lejos de ser, como demasiado a menudo se dice, un solemne acto de guerra contra el imperialismo, la Conferencia de Bandung ha sido, antes bien, una tentativa de las diversas burguesías nacionales, o que por tal se toman, de proponer a las potencias imperialistas el abandono del sistema colonialista —amenazado de muerte por el movimiento de las masas y generador, por sus arcaísmos, de explosiones revolucionarias— y un acceso de esas burguesías al poder político en el cuadro de los Estados “independientes” que garantizaran en lo esencial los intereses capitalistas extranjeros en los países en cuestión.

Con la colaboración de las burocracias de Moscú y de Pekín, interesadas ante todo en obstaculizar a la revolución social que tenía que sobreactivar la revolución política citada, el imperialismo estaba por entonces en busca de soluciones a los problemas de la descolonización que no cuestionaran el "orden mundial" de Yalta y de Potsdam y que, por lo contrario, lo reforzaran. La expresión "Tercer Mundo" y la ideología que debía desarrollar sus implicaciones, se aclaran perfectamente por el juego de las fuerzas de las que ha desembocado la Conferencia de Bandung y de las cuales han brotado sus objetivos políticos.⁵ Pues, en efecto, el "Tercer Mundo" no era y no podía ser más que el conjunto de los países antes colonizados o aún colonizados que lograrían liberarse de tal sujeción pero evitando la revolución social, bajo diversos pretextos de originalidades culturales y de aspiraciones al renacimiento de las tradiciones nacionales pisoteadas por el colonialismo.

En el "tercermundismo" el imperialismo encontraba sus ganancias porque, en lo esencial, sus intereses quedaban salvaguardados por la no-realización de la revolución social, y también las burocracias en el poder sacaban sus tajadas puesto que ello las garantizaba, al menos por un tiempo, contra una nueva oleada de la revolución mundial, tan peligrosa para el mantenimiento de su poder usurpado. Sin duda, diversos movimientos políticos, que reclutaban sus adeptos principalmente entre los estudiantes y los otros intelectuales, pretenderán dar a la ideología del "tercer mundo" una significación radical, según la cual la revolución mundial debiera comenzar precisamente por las victorias del movimiento antimperialista de las masas en los continentes dominados. Lo que estos militantes no han visto, es que al quebrantar ideológicamente la unidad mundial de la lucha de clases, el "tercermundismo" no podía ser más que una ideología de justificación de las burguesías asiáticas, africanas y latinoamericanas, impotentes por sí mismas para liberar a sus países de la dominación imperialista extranjera y,

⁵ Formulada por primera vez por Alfred Sauvy, esta expresión, "Tercer Mundo", construida por analogía con la expresión histórica de "tercer Estado", disfraza la realidad de clase subyacente.

al mismo tiempo, una ideología de justificación de la política internacional de la burocracia en el poder.

Bandung allanaba el camino al proceso de transferencia de los poderes gracias al cual los imperialistas franceses e ingleses lograban conservar, cerca de 1960, sus intereses esenciales en África mediante el reconocimiento de la soberanía internacional de Estado nuevo, cuyos dirigentes, en mayoría, habían sido comprados por ellos.

Las masas de los países en cuestión nutren grandes esperanzas y grandes ilusiones en el momento del advenimiento de la "independencia". Pero pasan algunos meses para que comprendan que, en lo concerniente a su explotación, su miseria y su opresión, nada ha cambiado fundamentalmente, y que la revolución, contra el imperialismo aún está por hacerse.⁶

Los nuevos Estados africanos se atribuían ideologías en apariencia diversas: el "socialismo científico" en Guinea-Conakry, el "socialismo africano" en el Senegal o el "liberalismo" en la Costa de Marfil. Pero sus dirigentes, reputados "progresistas" o "conservadores", estaban todos de acuerdo para proclamar que la lucha de clases era un fenómeno ajeno al África y que las exigencias de liquidación del "subdesarrollo" y de la construcción de la "verdadera independencia nacional" implicaban el rechazo y la condenación de toda lucha de clases.⁷

De hecho, las burguesías africanas —al menos, lo que el colonialismo había dejado subsistir de ellas— eran incapaces, alrededor de 1960, para emprender seria y eficazmente esta liquidación del "subdesarrollo" y esta "construcción de la verdadera independencia nacional", que no son otra cosa que las tareas democráticas de una revolución burguesa inconclusa y de las que hemos mostrado bastante extensamente que no po-

⁶ Por ejemplo, en el Senegal, donde los europeos tradicionalmente son llamados "tubabs", los campesinos denunciaban, desde 1962-1963, a los tubabs del gobierno, es decir, a la política de servilismo de los dirigentes senegaleses por relación al imperialismo internacional en general y al imperialismo francés en particular. En adelante, ese sentimiento se ha extendido y reforzado considerablemente.

⁷ Cf. L. V. Thoinas, *Le socialisme africain*. 2 vols., 1966-1967. 238 y 315 pp.

dían cristalizar sino bajo la dirección del proletariado —aliado a las masas del campesinado pobre— y en el cuadro de la revolución mundial. La "unión nacional" preconizada por todos los regímenes africanos comportaba inevitablemente, bajo la capa de Estados llamados independientes, el mantenimiento de la explotación y de la dominación imperialista.⁸

A este respecto, el caso de Argelia merece mención particular. Entre las dos guerras mundiales, el movimiento obrero se había organizado fuertemente en ese país y había sabido ligar la lucha por la independencia nacional con la preparación de la revolución socialista. Pero la política de colaboración de la burocracia del Kremlin con el imperialismo y la negativa de Stalin a ver que se produjera en Argelia una explosión revolucionaria peligrosa para su aliada, la burguesía imperialista francesa, tuvieron por consecuencia la captación de la dirección del movimiento antiimperialista de las masas argelinas por una dirección burguesa.

Durante las terribles pruebas de la guerra de estas masas contra el ejército colonial francés (1954-1962), la dirección burguesa del movimiento, a saber, el Frente de Liberación Nacional, se esforzó por encauzar y canalizar la revolución obrera y campesina en Argelia y contenerla bajo la capa de una "revolución nacional y democrática". El Kremlin hace que el PC argelino se funda con el FLN, aportando así su contribución a esta política. En 1962, los acuerdos de Evian ponen término a la guerra, reconociendo al FLN la labor de la responsabilidad política del nuevo Estado argelino, y confiando en el aparato del FLN para evitar la explosión revolucionaria en esta importante región estratégica de la cuenca mediterránea.

El ejército de liberación nacional, dirigido por Boumediene y principalmente basado en el sector de Oujda, en Marruecos, y en el de Sakiét Sidi Youssef, en Túnez, releva entonces al ejército colonial francés en el conjunto del territorio argelino, sometiendo brutalmente a los resistentes del interior que creían que había llegado la hora de la revolución obrera y campesina. Ben Bella, convertido en el dirigente más repre-

⁸ Cfr. nuestra obra: *La révolution prolétarienne et les impasses petites-bourgeoises*, 1976, Anthropos, pp. 56-80.

sentativo del FLN, va a buscar a Tlemcen, al cuartel general del ALN, la "legitimidad" de su poder. Su régimen se esfuerza por hacer prevalecer al nuevo Estado burgués, contra los avances revolucionarios de los obreros y de los campesinos pobres, y desarrollando la ideología de la independencia y de la unión nacional, atribuyéndose el arabismo de Nasser y el "progresismo" de Castro.⁹ En 1965, esos esfuerzos de "estabilización" demuestran ser insuficientes, el ALN se apodera directamente del poder del Estado e instaura un nuevo régimen dominado por la personalidad de Boumediene y marcado por el islamismo, que posteriormente deviene en religión de Estado.

No hay duda de que la potencia revolucionaria del movimiento de las masas que, por otra parte, no ha terminado de producir sus efectos, ha obligado a los dirigentes argelinos a profesar una política de independencia nacional más exigente en sus términos que la de Túnez, la de Marruecos y la de la mayor parte de los Estados africanos del sur del Sahara, y a atribuirse el socialismo, singularmente la construcción del socialismo en Argelia, más enérgicamente que en otras partes. La clase dirigente argelina —fusión de la burguesía y de las capas superiores de la pequeña burguesía instaladas en el aparato del Estado— ha tenido que engañar a las masas y apoyarse, internacionalmente, en la burocracia del Kremlin. Sin embargo, no ha logrado alcanzar los objetivos de la revolución democrática burguesa: la reforma agraria ha sido demasiado limitada para determinar un auge suficiente de la agricultura y dé la recría y para liberar a las masas del campesinado pobre; la política de industrialización no ha permitido al país emanciparse de la dominación económica de las potencias y hasta ha reforzado su dependencia de hecho; por último, las libertades democráticas confiscadas y abolidas por el FLN siguen siendo inexistentes.¹⁰ A finales de 1978, los síntomas acumulados de una crisis económica confirman, para Argelia, como en otras

⁹ Recuérdesse la famosa frase del discurso de Tlemcen que vale más que un programa: "Somos árabes, árabes, árabes", cuyo estilo responde al estilo gaullista predominante en la época.

¹⁰ Esta política de industrialización se ha inscrito en una nueva división internacional del trabajo, consistente en transferir, al menos en parte, las industrias pesadas tradicionales a los países ex coloniales.

partes, la imposibilidad de resolver los problemas vitales de las masas fuera de la participación en el proceso de la revolución mundial bajo la dirección de un partido obrero revolucionario internacional, como lo habían indicado Marx y Engels desde el período 1845-1850.

De hecho, el recurrir al régimen militar para tratar de imponer a las masas un Estado y una política de conservación del "orden mundial" actual no es un fenómeno propio de Argelia, pues la crisis de los diversos Estados de África y de Asia que han adquirido la soberanía internacional entre cerca de 1950 y cerca de 1960 se ha traducido, en muy numerosos casos, en golpes de Estado militares que todos conocemos. Igualmente en la América Latina, la mayoría de los Estados dependientes del imperialismo extranjero, y que le sirven de relevo, han demostrado ser incapaces de dominar las contradicciones internas de la sociedad y de contener suficientemente los avances sucesivos de las masas. Así, han tenido que ceder el lugar a dictaduras militares, último medio para el imperialismo y las burocracias dirigentes que colaboran con él, de impedir la explosión de la revolución social de los continentes dominados.

Los cerca de 30 golpes de Estado militares que han ocurrido en África durante los últimos 15 años no prueban la inmadurez cívica de los pueblos en cuestión, como lo pretenden los periodistas y los otros observadores occidentales, sino la creciente impotencia de las burguesías locales—así como de los elementos pequeñoburgueses aliados a ellas o que tratan de sustituirlas—para realizar las tareas democráticas, satisfacer las reivindicaciones y las aspiraciones de las masas y oponerse eficazmente al movimiento antimperialista de las masas en cuestión.

Llegamos hoy al cabo de la ruta que, para el "Tercer Mundo", había trazado la Conferencia de Bandung, especialmente en lo que concierne a Asia y al África. Y nos hallamos en una situación comparable en lo que concierne a la América Latina. Efectivamente, en el vasto espacio que va del sur de los Estados Unidos a la Tierra del Fuego, el imperialismo yanqui había logrado, a fines de la segunda Guerra Mundial, eliminar los imperialismos europeos y transformar la América Latina en coto de caza por medio de regímenes "compradores" que

funcionaban por su cuenta y para su provecho. Pero también allí, en el curso de los cincuenta, el movimiento de las masas se ha traducido en diversas explosiones revolucionarias y en un proceso de dislocación del dispositivo de dominación del imperialismo de los Estados Unidos.

El 9 de abril de 1952, los trabajadores de Bolivia derrocaron la dictadura militar que oprimía al país y aseguraba su dominación por el imperialismo. Al hacerlo destruían, al menos parcialmente, las diversas instituciones del Estado burgués, pero comenzando por la principal, el ejército, y creaban milicias obreras. Así, por primera vez desde su comienzo en 1917, la revolución proletaria mundial llegaba a las Américas quebrantando, a la vez, la dominación del imperialismo yanqui y de la burguesía local boliviana.

Han necesitado 12 años las fuerzas reaccionarias para lograr estrangular temporalmente esta revolución mediante el golpe de Estado militar de Barrientos, en 1964. Y durante este período, el movimiento antimperialista de las masas se ha desarrollado en toda la América Latina en relación con la revolución boliviana que el imperialismo yanqui y la burocracia del Kremlin se esforzaban por combatir en el terreno y que presentaban, especialmente en el exterior, como un levantamiento exclusivamente "nacional y democrático".

Después de la revolución de Bolivia, el movimiento antimperialista de las masas determinaba el desplome del régimen "comprador" del dictador Batista, en Cuba, entre el 31 de diciembre de 1958 y el 2 de enero de 1959. Durante largos años—a veces con el apoyo del PC cubano—, ese régimen había permitido la explotación y la dominación de las masas cubanas por el imperialismo de Washington. El movimiento espontáneamente antimperialista de las masas no disponía de una dirección proletaria revolucionaria, y el partido staliniano había perdido tanto más crédito entre ellas cuanto que se había dedicado al sostenimiento que acabamos de indicar. Por ello, una organización pequeñoburguesa, cuyos objetivos de combate estaban limitados a la caída de Batista, a una reforma agraria y a la independencia nacional, tomó la dirección de las luchas: el Movimiento 26 de Julio, con Fidel Castro a la cabeza.

La potencia del ataque hecho por las masas contra el régi-

men de Batista explica no sólo la rapidez con la que éste fue abatido sino también el hecho de que el Movimiento 26 de Julio llevado al poder por una ola de fondo, tuviera que nacionalizar las industrias azucareras y petroleras del país, y proceder a una reforma agraria mucho más radical que la que había previsto. Tales golpes dados a la propiedad privada del capital y de la tierra hicieron del gobierno de Castro un gobierno obrero y campesino, aun cuando la organización castrotrista no haya brotado del movimiento obrero internacional ni haya sido en absoluto un partido obrero revolucionario.

Este gobierno obrero y campesino no es, ciertamente, el órgano gubernamental de la dictadura del proletariado, sino que constituía, en sus principios, un momento del proceso histórico que habría podido conducir a la dictadura del proletariado si se hubiese constituido en Cuba un partido obrero revolucionario, que hubiese tomado la dirección del movimiento de las masas.

Las agresiones económicas, políticas y militares del imperialismo norteamericano contra la revolución cubana, especialmente el desembarco de mercenarios en la bahía de Cochinos en la época de la presidencia de Kennedy, crearon circunstancias excepcionales que obligaron a Castro y a sus compañeros a apoyarse en el movimiento de las masas y a proceder, para obtener este apoyo, a expropiaciones de capitalistas y a colectivizaciones de tierras que ponían gravemente en peligro el modo de producción capitalista en Cuba. Al mismo tiempo, la burocracia de Moscú intervenía para evitar, allí como por doquier, que el proceso revolucionario fuese demasiado lejos por relación a sus propios intereses. Condujo especialmente a los castristas a fusionarse con el antiguo pequeño PC cubano para formar un partido único, de tipo staliniano, en 1961.

Ese partido, convertido en espina dorsal del poder cubano, se apoya sobre el nuevo ejército -creado para remplazar a las milicias populares surgidas de la revolución- para contener y reprimir el movimiento de las masas, cada vez más insatisfechas, sobre todo por la ausencia completa de libertades democráticas y por lo arbitrario de las decisiones gubernamentales. Por ello, el Estado cubano actual no parece que se haya convertido en un Estado obrero burocrático. En rigor, desde

el punto de vista de su contenido de clase es un Estado, en cierto modo, intermedio entre la República de Vietnam, que en un principio fue un Estado obrero burocrático, y la República argelina que, en cambio, es un Estado burgués, ligado de manera particular a la burocracia de la URSS.

El Estado cubano, a través de las nacionalizaciones muy importantes que ha efectuado, se ha convertido en un Estado obrero burocrático que la relación de las fuerzas en el interior del país y a la escala internacional puede remplazar por un Estado obrero o por un nuevo Estado burgués.¹¹ En cuanto a la burocracia castrista, a partir de 1961, se ha convertido progresivamente en parte integrante del aparato internacional de la burocracia del Kremlin, como lo prueba, por ejemplo, la aprobación, por Castro en 1968, de la invasión de Checoslovaquia por los ejércitos de la URSS y de cuatro Estados más del Pacto de Varsovia. En cuanto al alcance de las intervenciones cubanas en África, especialmente en Angola y en Etiopía (1975-1978), que se inscriben en esta misma línea, las trataremos más adelante.

En el plano de la América Latina, el castrismo se ha presentado, durante los sesentas, como el "nuevo método" de la revolución antiimperialista, especialmente en forma de focos de guerrillas encendidos en tantos lugares como fuese posible. Al lanzar la orden "crear dos, tres, numerosos Vietnam", Guevara respondía, sin ninguna duda, a la aspiración de las masas latinoamericanas de internacionalizar el movimiento contra el imperialismo yanqui en particular, y contra el imperialismo en general. Por lo demás, Guevara preconizaba la hegemonía del proletariado en el interior de semejante movimiento. Pero, después de su muerte heroica, los que predicaban el "fo-

¹¹ En términos marxistas, el Estado se define por su contenido de clase. Allí donde los partidos comunistas han tomado el poder, el Estado, resultante de esta toma del poder, teniendo en cuenta el movimiento de las masas, casi no podía ser más que un Estado obrero, aun si desnaturalizaciones burocráticas lo aceptaban desde el origen, como en la Europa oriental, en Corea del Norte, en China y en Vietnam. En Cuba, caso único, se trata de un movimiento nacionalista pequeño-burgués que, bajo la presión de las masas, asesta golpes al régimen capitalista y que, para escapar del imperialismo de los Estados Unidos, se integra progresivamente al aparato internacional del Kremlin y construye, sobre las ruinas del antiguo Estado burgués, un Estado obrero completamente burocratizado.

quismo" organizaron guerrillas fuera del "movimiento real" de las clases obreras y de los campesinados pobres y, por consiguiente, en ruptura con la teoría y la práctica de la hegemonía del proletariado.

En tanto que el aparato del partido único y del Estado cubano se sometía cada vez más a la burocracia de Moscú, los castristas del interior contribuían a retardar, a desviar y casi a destruir el movimiento de las masas contra el imperialismo, especialmente en Bolivia, en Venezuela, en Brasil, en Uruguay y en Argentina. Grande nos parece la responsabilidad del castrismo en el reflujo del movimiento de las masas latinoamericanas, en 1963-1964. Ese reflujo va acompañado de un reflujo del dispositivo del imperialismo yanqui ahí donde antes había sido ya sacudido y puesto en cuestión. Parece, entonces, que las tentativas de ciertas burguesías como la de Brasil en tiempos de Vargas (1930-1945) y la de Argentina en tiempos de Perón (1946-1955), en adelante serán imposibles porque esas burguesías, sin embargo más fuertes que las de Asia y de África, ya no tienen los medios de desempeñar un papel independiente entre el movimiento revolucionario de las masas y la burguesía imperialista extranjera. Las tímidas tentativas de Kennedy por tratar de hacer participar más activamente a las clases privilegiadas del continente latinoamericano en el mantenimiento del orden existente, evitando el recurso a la represión demasiado brutal, han dejado el lugar a los métodos imperialistas mucho más clásicos de Johnson y de Nixon-Kissinger. Y resulta lícito pensar que las veleidades "moralizadoras" de Carter no cambiarán en nada esta nueva relación de fuerzas entre la burguesía norteamericana y las burguesías latinoamericanas.

Queda en pie que, a partir de 1968, fecha de un giro de importancia capital en la situación mundial, asistimos a un nuevo avance de la clase obrera y nuevos avances de las masas en la América Latina.

En 1968, en México, la lucha de los estudiantes arrastra a las masas a un enfrentamiento con el régimen sometido al imperialismo yanqui, el cual responde por una matanza de varios centenares de manifestantes en la capital, unos días antes de la inauguración de los Juegos Olímpicos; se abre una nueva

época en las relaciones entre las masas y el poder del Estado. Ese mismo año, grandes huelgas oponen los trabajadores a las dictaduras militares de Brasil y de Uruguay. Pero es en Bolivia y en Chile donde el curso revolucionario de los acontecimientos va a revestir la mayor intensidad.

En 1969, el proletariado boliviano vuelve a tomar la iniciativa; al año siguiente, obliga al gobierno a convocar a una asamblea popular que deberá decidir la suerte del país. Ante el Estado burgués y sus instituciones, la asamblea popular se levanta como un órgano centralizado del poder de los obreros y de sus aliados, los campesinos pobres, y como un medio de lucha para terminar con el orden capitalista y su Estado. Así quedan aclaradas, mucho mejor que en ningún lugar del mundo en aquel momento, la situación verdadera de las fuerzas sociales en conflicto y la naturaleza de esas fuerzas. El golpe de Estado militar del 21 de agosto de 1971 detiene, ciertamente, ese movimiento, pero la revuelta campesina de 1974, las manifestaciones obreras consecutivas, la caída de Bánzer en 1978 y la búsqueda desesperada, por la burguesía local, de una solución "democrática" muestran que el orden imperialista ha quedado desestabilizado, en Bolivia, por las fuerzas proletarias y que la revolución social está allí, más que nunca, al orden del día.

En Chile, después de terminada la segunda Guerra Mundial, los gobiernos del Frente Popular y el gobierno de la democracia cristiana han demostrado ser incapaces de sacar a las masas de la miseria y de dar al país la independencia nacional efectiva. La impotencia de la burguesía—ayudada durante cierto tiempo por los aparatos de los partidos obreros—para realizar las tareas de la revolución democrática ha conducido a la crisis revolucionaria que comienza en 1970. En el plano electoral, esta crisis termina con la elección de Allende a la Presidencia de la República.

Ante la intensificación de esta crisis, los dirigentes del pc y del ps chilenos habían formado, en 1969, una coalición electoral con el Partido Radical—partido burgués—y con disidentes de la democracia cristiana (no menos burguesas): la Unión Popular, y habían montado aquí un dispositivo destinado a impedir la victoria de la revolución proletaria en gestación. El reformismo

tradicional de los dirigentes del ps y los nexos que unían a los del pc con la burocracia del Kremlin, siempre deseosa de impedir las explosiones revolucionarias y sus efectos de contagio internacional, bastan para explicar su táctica.

Lo que sigue es bien conocido: de 1970 a 1973, las masas chilenas chocan con el gobierno de la Unidad Popular que obstaculiza la realización de sus reivindicaciones y que mantiene contra ellas el "orden constitucional", es decir el orden burgués y la sujeción al imperialismo de los Estados Unidos. Como en la España y la Francia de 1936-1939, el frente popular chileno termina por la derrota de la revolución y por la victoria temporal de la contrarrevolución, en el caso, la dictadura militar feroz que, en octubre de 1973, sube al poder tras el golpe de Estado de Pinochet. También allí, la colaboración de clases que representa —bajo la dirección de los aparatos de los partidos obreros— el Frente Popular, ha llevado al fracaso de la "revolución democrática" que, en todo caso, no es una "etapa" aislable del proceso de la revolución socialista. Pero aún: la Unidad Popular se ha opuesto con todas sus fuerzas a los "cordones industriales", órganos de autodefensa armada del proletariado chileno, y ha entregado, a este último, tan desarrollado como fue posible, al golpe de Estado fascista.

Por el mismo periodo, Argentina atraviesa por acontecimientos de similar significado histórico. Después de la caída de Perón, en 1955, el país ha conocido tres regímenes: la dictadura militar, un régimen constitucional dominado por el partido radical, y por fin el regreso a la dictadura militar. Ninguno de esos regímenes ha logrado asegurar una verdadera independencia nacional al país, ni satisfacer las exigencias mínimas de las masas proletarias. En 1973, el retorno de Perón no resuelve nada pues, como ya lo hemos dicho, el tiempo del peronismo, es decir de un caudillismo al servicio de la burguesía local provisto de una buena demagogia social, ha pasado definitivamente.

La muerte de Perón en julio de 1974, y el gobierno de su mujer, Isabel Perón, precipitan la evolución de la crisis revolucionaria. La huelga general de junio-julio de 1975 quebranta al gobierno y aun al régimen de Isabel Perón. Pero la ausencia de una dirección revolucionaria del movimiento de las masas

limita su empuje e impide a esas masas oponerse eficazmente a la dictadura militar de Videla, que se instaura como respuesta a la huelga general. Como Pinochet, Videla representa, en la coyuntura actual, el único medio para el imperialismo norteamericano de mantener su dominación sobre los dos países; pero en Chile, la clase obrera ha sido llevada al fracaso detrás del régimen y de la política de la Unidad Popular, mientras que en Argentina sigue estando —pese a la feroz represión de Videla— en mejor condición de organizar los próximos asaltos a los que se enfrentará en la capital.

En el Perú, la lucha de clases no ha dejado de desarrollarse durante los 10 últimos años. Una sucesión de huelgas, en el centro de las cuales se encuentran los mineros del cobre, han obligado al régimen militar de Morales Bermúdez a aceptar elecciones a una Asamblea Constituyente no soberana. Todo se desarrolla a través del destino del FOCER, frente obrero, campesino y estudiantil, que puede llegar a convertirse en un frente único de combate antiimperialista y anticapitalista, o degenerar en el "frente popular de colaboración de clase".

Así los movimientos antiimperialistas que se han desarrollado en Asia, en África y en América Latina después de la segunda Guerra Mundial y que continúan desarrollándose allí, nos parece que nos ofrecen las mismas enseñanzas fundamentales, sin que, por ello, subestimemos las particularidades nacionales y las diferencias de relaciones entre las clases de un país a otro.

Esas enseñanzas fundamentales son en número de tres:

1. La burguesía que se llama "nacional" en ninguna parte es capaz, en los continentes dominados por el imperialismo, de dirigir eficazmente la lucha contra la destrucción de esta dominación extranjera, de impulsar un desarrollo mínimo de las fuerzas productivas y de instaurar las libertades democráticas elementales; la atrofia histórica de esta clase obliga al imperialismo a recurrir cada vez más a las dictaduras militares para contener el movimiento revolucionario de las masas en los países en cuestión.

2. Toda coalición que reúna las fuerzas políticas del prole-

tariado y del campesinado pobre y las de la burguesía llamada "nacional" ya lleve el nombre de "frente nacional contra el imperialismo" o de "frente popular" tiene que alinearse con los intereses de la clase más "moderada", es decir, precisamente esta burguesía; semejante coalición no sólo es incapaz de realizar las tareas de la revolución democrática inconclusa, sino que tiene por función oponerse al movimiento revolucionario de las masas que pone en cuestión el orden existente.

3. Tan sólo el proletariado, aliado a las masas del campesinado pobre de los países dominados por el imperialismo y dirigido contra esta alianza, puede destruir la dominación extranjera y realizar las otras tareas democráticas por medio de un frente único antimperialista, cuyas organizaciones habrán roto todo nexo con el capital y en el cuadro del proceso en curso de la revolución socialista mundial.

XII. LA CUESTIÓN DEL "DESARROLLO"

La *IDEA*, según la cual el mundo contemporáneo se divide en dos conjuntos desiguales en superficie y en efectivos demográficos: el de los *países subdesarrollados* (los *have not*) y el de los *países desarrollados* (los *have*), es relativamente reciente. Hace su aparición entre 1945 y 1950, entre los hombres políticos y los especialistas en "ciencias sociales" de los Estados Unidos. En efecto, éstos observan el desplome del régimen capitalista en Europa del Este y en China y temen que la miseria y la servidumbre en que viven los pueblos colonizados los muevan a levantarse contra la dominación de las potencias occidentales destruyendo así el "orden mundial" existente.

La situación económica, social, educativa y política de los países occidentales se erige entonces en *norma* en el seno de una representación global de la humanidad que se remonta, como el origen de las "ciencias sociales", al siglo de las luces. Esta norma queda expresada por diversos *indicadores*: el producto nacional bruto *per capita*, la tasa de crecimiento de la población, la esperanza de vida media, la tasa de escolaridad y hasta un mínimo de libertades democráticas y de control institucionalmente reconocido de los ciudadanos sobre su gobierno.

Por relación a semejante norma y a tales indicadores, los Estados Unidos, Canadá, los países de la Europa occidental, Japón, Austria y Nueva Zelanda, son llamados países desarrollados, en tanto que los de Asia, de África y de la América Latina son, en su mayor parte, calificables de países subdesarrollados.

La concentración de la riqueza en algunas regiones privilegiadas del globo terrestre y la acumulación de la miseria en las otras son, asimismo, objeto de una verificación y provocan, de parte de los dirigentes de los "países ricos", ciertas medidas que impiden una revuelta de los "países pobres" que condujera a la revolución mundial. Tales son las formas en que se ha planteado el problema del subdesarrollo y del desarrollo en el mundo al pasar la segunda Guerra Mundial, y en las cuales ha

seguido siendo debatido hasta nuestros días en grandes organizaciones internacionales como la ONU y la UNESCO.¹

El proyecto de poner un término al "subdesarrollo" de la mayor parte de los países de Asia, de África, de la América Latina y de Oceanía no es más gratuito y humanitario de lo que fuera el de terminar, entre 1850 y 1880, con la esclavitud de origen colonial. Es un proyecto que tiene por objetivo, fundamentalmente, impedir las explosiones revolucionarias en los países en cuestión y evitar así la destrucción de un orden mundial dominado por el imperialismo y mantenido por los acuerdos de este imperialismo con la burocracia de Moscú.

Sin la amenaza de la revolución social cuyos comienzos se remontan a lo que ocurrió en Rusia en 1917 y cuyas nuevas manifestaciones han obligado al imperialismo a conceder los espacios de la Europa del Este a la burocracia del Kremlin, es evidente que la teoría del "subdesarrollo" no habría germinado, hacia 1950, en la conciencia de los dirigentes de las potencias imperialistas. Poseedor de cierta visión mundial, De Gaulle, al tomar el poder en 1958, declaraba que el problema de la liquidación del subdesarrollo era el mayor problema de nuestro siglo. Mostraba así, de manera ejemplar, que la liquidación del viejo sistema colonial de la administración directa de los territorios sometidos se había convertido en la condición de la sobrevivencia de la dominación imperialista y que el "exceso" de la miseria, en los territorios antes colonizados, debía ser abolido para que esta dominación misma no fuera destruida por el movimiento revolucionario de las masas de los países en cuestión.

Así pues, nada más político, nada más ligado a la transmutación histórica del viejo colonialismo en un imperialismo que ejerciera su explotación por medio de las clases privilegiadas de los países dominados que la dicotomía de la humanidad en países desarrollados y en países subdesarrollados. Y el famoso "decenio del desarrollo" de la ONU de 1960 a 1969, se ha inscrito en el marco de esta dicotomía y de las implicaciones polí-

¹ Último avatar de ese "diálogo" es la Conferencia Norte-Sur, cuyos trabajos, es sabido, no han llegado en varios años a ninguna medida, a ninguna decisión operativa.

ticas que entraña. Pues esto, nos parece, es lo que debemos tener presente si queremos abordar el problema del "subdesarrollo" en el último cuarto del siglo xx.

La representación del mundo cuyos orígenes e implicaciones acabamos de recordar ha dado lugar a una teoría del subdesarrollo, hoy muy divulgada, que es, ante todo, una tentativa de explicar sus causas. Esas causas pueden dividirse en dos especies: por un lado, las causas *naturales*, que se deben a factores que habrían sido impuestos a los seres humanos, perjudicando algunas de sus actividades; por otro, las causas *culturales*, debidas a las formas de la existencia, a los estilos de vida que ciertos pueblos, más o menos conscientemente, habrían adoptado en el curso de su historia.

La causa natural más frecuentemente citada es el clima. Se indica por ello que la zona intertropical así como las zonas ártica y antártica serían climáticamente tan desfavorables a las actividades productoras o exigirían de parte de los seres humanos tales esfuerzos para supervivir que sus habitantes habrían sido condenados así por la naturaleza a un retardo fatal, en comparación con los de las zonas templadas.

La zona antártica está casi deshabitada: prueba extrema del carácter hostil de su clima. La zona ártica está habitada por poblaciones que tienen que obtener su subsistencia de la pesca, de la caza y de cierta cría, por razón de la imposibilidad de desarrollar allí la agricultura y una fase más avanzada de producción pastoral. En cuanto a la zona situada entre los trópicos, está diversamente poblada y abarca, en todo caso, en el Asia del sudeste, las regiones terrestres que tienen mayores densidades de población rural. Pero queda en pie el hecho de que el calor hace muy difícil o aun imposible la actividad productora durante el periodo diurno de las jornadas, y que la abundancia de parásitos y de insectos de todas especies crea allí enfermedades endémicas particularmente destructoras de la fuerza de trabajo.

Así los teóricos occidentales del "subdesarrollo" tratan de atribuir a los climas tropicales, ecuatoriales y polares cierta desventaja que se traduce hoy precisamente en el subdesarrollo, en tanto que los climas templados habrían favorecido generalmente el auge de las fuerzas productivas. Heredera de la

doctrina climatológica de Aristóteles que exponía, en su tiempo, que en razón del frío los pueblos septentrionales estaban condenados a los riesgos de la anarquía, que por razón del calor los pueblos meridionales estaban amenazados por los peligros del despotismo, mientras que los helenos, que se beneficiaban de un clima moderado, habían podido encontrar un equilibrio entre el orden social y la libertad individual, la teoría contemporánea de una relación necesaria entre los climas y las posibilidades del desarrollo sigue siendo tan ideológica como su remota predecesora.²

En efecto, esta teoría es absolutamente incapaz de explicar el auge de las vigorosas civilizaciones de Egipto, Mesopotamia, la India y China del sur en la antigüedad, del África sudanesa y del Yucatán en la Edad Media, es decir, de las regiones que no gozan de un país templado. Tampoco podría explicar cómo países como Sicilia y España hayan sido, en ciertas épocas, tierras particularmente fértiles y, en otras épocas, tierras áridas, en tanto que el clima no había cambiado allí fundamentalmente. Por último, no nos permite comprender por qué las altas mesetas de los Andes, de Etiopía, de Madagascar o de la Indochina, que gozan de un clima relativamente templado por la relación a las tierras vecinas de poca altitud, no forman parte hoy de los países llamados desarrollados.

Geográfica e históricamente, la hipótesis climatológica no es pertinente en lo que concierne a la búsqueda de las causas fundamentales del "subdesarrollo". En todo caso, el clima puede presentarse en ciertas regiones como un elemento de "desafío" opuesto por la naturaleza a la humanidad; sin embargo, no determina de manera automática y menos aun fatal el retardo global de las actividades productivas.

En cuanto a las pretendidas causas culturales del "subdesarrollo", nos parecen aún menos pertinentes y aún más sospechosas que el factor del que acabamos de hablar. En efecto, ciertos teóricos pretenden discernir, entre las regiones, algunas que habrían mantenido a los pueblos en un estado estático, como el hinduismo, las religiones tradicionales africanas o el Islam, y las que habrían movido a otros pueblos a emprender

² Entre Aristóteles y algunos de nuestros contemporáneos, Jean Bodin, Montesquieu y Michelet han utilizado diversamente la "explicación climática".

actividades productivas cada vez más dinámicas, como la religión grecorromana, el sintoísmo o el cristianismo.³

Contra ese esquematismo culturalista, la historia muestra que se han desarrollado actividades productivas dinámicas, en diversas épocas, en sociedades que practicaban el hinduismo o las religiones tradicionales africanas y que, de los siglos VIII al XII, los países musulmanes han conocido un auge de las fuerzas productivas netamente superior a lo que ocurría por el mismo tiempo en el seno de las sociedades cristianas de Europa. Por tanto, es falaz atribuir a ciertas religiones y, más generalmente, a ciertas visiones del hombre y del mundo una especie de virtud dinamizante y a otras una especie de "virtud adormidera". En realidad, la ideología expresa de manera invertida las relaciones sociales fundamentales y tiende a conservarlas en su lugar. El auge de las fuerzas productivas o la ausencia de este auge no podrían provenir de la ideología, como tal, ya sea de forma religiosa, filosófica, moral, política, etcétera. Si acaso, la ideología, en un tiempo y en un lugar dados, lleva las huellas de lo que ocurre en las fuerzas productivas y en las relaciones sociales fundamentales. Por ello el Islam aparece, en ciertas épocas, como dinámico, en tanto que expresa el dinamismo subyacente de fuerzas productivas que, de hecho, no dependen de él; por ello parece, en otros momentos, como estático, en tanto que se expresa entonces a través de él una detención o un bloqueo de las fuerzas productivas, cuya causa no es él. Lo mismo puede decirse del cristianismo que, en su forma católica, expresa, a fines de la Edad Media y al comienzo de los tiempos modernos, la resistencia de las relaciones sociales feudales al avance revolucionario burgués, y que, en su forma protestante, expresa, del siglo XVI al XIX, el auge de la burguesía, pero sin determinararlo.

Acompañamiento representativo del devenir social, la ideología o, si se prefiere, la visión del mundo característica de una época, no es más que un reflejo de la realidad social. En *L'âge grec* (Larousse, 1968, 475 pp.), H. van Effenterre define su "actitud de espíritu" por "la convicción razonada que nos hace ser en el mundo griego, del siglo VI al siglo III antes de Jesucristo, la región del mundo en que las evoluciones son más rápidas y más importantes para la historia de la humanidad", p. 7. Nueva versión del "mito griego", tema de la ideología burguesa occidental, que cierra los ojos ante el hecho de lo que el helenuismo ha tomado del África y del Asia y, sobre todo, de lo que ha ocurrido en el conjunto del mundo durante esos 4 siglos.

civilización no tiene, en sí misma, un poder que sea suficiente para determinar el desarrollo global o para impedirlo. Ese poder se sitúa en las relaciones de fuerza entre las clases sociales, relaciones que la ideología expresa participando en ellas, sin lograr, empero, determinarlas.

En total, las hipótesis climatológicas y culturalistas con relación al "subdesarrollo" y al "desarrollo" no son científicamente pertinentes. Son hipótesis ideológicas cuya función consiste en disimular los procesos reales que son, como lo veremos, de otra naturaleza. Tras esas hipótesis no es difícil desenmascarar el prejuicio racial, siempre vivo, según el cual, por naturaleza, ciertos pueblos habrían sido mejor dotados para el "desarrollo" en tanto que otros lo habrían sido menos, o absolutamente nada. Y es el materialismo histórico —y sólo él— el que hace justicia a este racismo, analizando las relaciones de clase que, en el interior de las diversas sociedades y a la escala internacional, históricamente han desembocado en la estructura económica social y política del mundo actual.

Antes de exponer los resultados de semejante análisis, hemos de tomar en consideración la teoría general del "desarrollo" generalmente admitida en Occidente, a partir de la enunciación que de ella hizo, en 1958, Rostow.⁴ Para este autor, los diferentes países del mundo han pasado, pasan o pasarán por las cinco etapas de un proceso de crecimiento económico de alcance universal. Esas cinco etapas serían: la sociedad tradicional, las condiciones previas para el impulso inicial, el impulso inicial, la marcha hacia la madurez y la era del gran consumo en masa.⁵

En esta perspectiva, la "sociedad tradicional" se caracteriza por la ausencia de la ciencia y de la tecnología moderna, cuyo símbolo sería aportado por la concepción matemática de la naturaleza de Newton. Pero la ausencia no impide que la sociedad tradicional conozca cambios internos, pero sí le impide rebasar cierto límite en el desarrollo de las fuerzas productivas.

En lo que concierne a la etapa siguiente, escribe Rostow:

⁴ W. W. Rostow, *Las etapas del desarrollo económico*, FCE, 4ª reimpresión, 1973.

⁵ *Ibid.*, p. 16.

En un principio, las condiciones previas para el impulso inicial se desarrollaron, claramente, en la Europa occidental de fines del siglo xvii y principios del xviii, a medida que las interrelaciones de la ciencia moderna comenzaban a traducirse en nuevas funciones de producción, en la agricultura y en la industria, en un marco dinámico que provenía de la expansión lateral de los mercados mundiales y de la competencia internacional entre unos y otros. Pero toda la quietud anterior al resquebrajamiento de la Edad Media fue apropiada a la creación de las condiciones previas para el impulso inicial en Europa occidental. De todos los Estados que la componían, Inglaterra, favorecida por la geografía, los recursos naturales, las posibilidades comerciales y la estructura política y social, fue la primera en desarrollar plenamente tales condiciones previas para el impulso inicial.⁶

La tercera etapa (*el take off*) es, evidentemente, la etapa decisiva.

Esta fase es el intervalo en el que, por fin, se superan todos los viejos obstáculos y resistencias contrarios a un crecimiento permanente. Las fuerzas tendientes al progreso económico, que producían brotes e inclusiones limitadas de actividad moderna, se expanden y llegan a dominar la sociedad. El crecimiento llega a ser su condición normal. El interés compuesto se transforma, por decirlo así, en parte integrante de sus hábitos y de su estructura institucional.⁷

Unos sesenta años, aproximadamente, después del "despegue" la sociedad entra en su fase de madurez, como lo demuestran los casos de Alemania, de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos al término del siglo xix. En esta cuarta etapa, "la economía pone de manifiesto la adquisición de la suficiente habilidad técnica y de la empresa para fabricar aquello que necesite, aun que no todo lo producible en el mercado mundial."⁸

Rostow describe finalmente la quinta etapa, "la era del gran consumo en masa", de la que decía, en 1958, que los Es-

⁶ *Ibid.*, p. 18.

⁷ *Ibid.*, p. 20.

⁸ *Ibid.*, p. 22.

tados Unidos empezarian a salir de ella en tanto que la Europa occidental y el Japón entrarían, y que la URSS ya aspiraría a llegar allí. Es la etapa "en que los sectores principales se mueven hacia los bienes y servicios duraderos de consumo".⁹ Después de lo cual, se inauguraría un porvenir en el que el progreso continuo de las técnicas dejaría de ser la preocupación fundamental de la humanidad, pues las necesidades económicas esenciales quedarían, en adelante, satisfechas, al menos en la medida en que todos los países del mundo hubieran recorrido, finalmente, las cinco etapas que hemos visto.

La teoría de Rostow cuyos grandes lineamientos acabamos de exponer es una teoría fundamentalmente "economista". Ello quiere decir que atribuye a las actividades tecnológicas el devenir global de las sociedades, sin tomar en cuenta las relaciones de fuerza existentes entre las clases que componen esas sociedades. Esta teoría considera implícitamente el modo de producción capitalista, tal como funcionaba a mediados del siglo en los Estados Unidos, como el modelo al que la humanidad deberá adaptarse, y que por doquier habrá de realizar para resolver sus problemas vitales.

El paso de la "sociedad tradicional" (se trata, en realidad, del modo de producción anterior al capitalismo) a la etapa del despegue resulta, como hemos visto en las citas anteriores, de un proceso que va de los descubrimientos de la ciencia matemática de la naturaleza a las invenciones técnicas que estimulan la producción hasta el punto de determinar el salto cualitativo del *take off*. Manifiestamente, Rostow no ha comprendido que el desarrollo de las fuerzas productivas modernas—incluso las actividades tecnológicas, que forman parte integrante—suponía que una nueva relación social de producción, la relación capitalistas-proletarios, comenzara a remplazar la relación señores-siervos como base real de la sociedad y que la burguesía empezara a ocupar diversas posiciones importantes en la economía, la sociedad y el Estado. En suma, Rostow cree que el progreso de las ciencias ha engendrado el de las técnicas, que este último ha determinado la industrialización y que la industrialización, al desarrollarse, ha conferido a las socie-

⁹ *Ibid.*, p. 23.

dades "avanzadas" los rasgos que las caracterizan. Visión ideológica que no le permite comprender que, en realidad, es sobre la base del proceso de remplazos de las relaciones feudales de producción por las relaciones capitalistas y en relación estrecha con el ascenso económico, social y político de la burguesía que se ha producido el auge de las fuerzas productivas que engloban, ellas mismas, las actividades tecnológicas.

El economismo de Rostow le hace calificar de etapa de progreso hacia la madurez al periodo que se abre a finales del siglo XIX, y en el cual nos encontramos aún. Y lo caracteriza por una pretendida racionalización en el empleo de las técnicas y en la organización de las actividades productivas. En realidad, esta época, que Lenin ha calificado de fase imperialista del capitalismo, se caracteriza por una exasperación de todas las contradicciones inherentes al modo de producción capitalista, especialmente del antagonismo entre el capital y el trabajo. Las medidas de "racionalización" de la producción y de los intercambios resultantes, en realidad, de la concentración continua del capitalismo tienen, ante todo, el objetivo de luchar contra la tendencia a la baja de la tasa de ganancia media.

Por último, para resolver el problema del "subdesarrollo", para hacer de tal manera que todos los países tengan acceso a la quinta etapa del crecimiento, Rostow propone la "ayuda" de los países avanzados a los países retardatarios en el marco de una cooperación internacional. Esta es precisamente la política que ha sido practicada desde hace 20 años y que ha ido acompañada de un aumento continuo de brechas económicas (*gaps*) entre los dos grupos de países ya citados. Bajo el signo de la ayuda y de la cooperación continúa desarrollándose un proceso inexorable que ha podido ser calificado de *desarrollo del subdesarrollo*.¹⁰

La existencia del mercado mundial bajo la dominación del imperialismo constituye un obstáculo insuperable para la realización de ayudas efectivas dirigidas hacia el desarrollo de los países llamados retardatarios; pues las inversiones de capital extranjero en los países en cuestión y las transferencias de tec-

¹⁰ Cfr. André G. Frank, *Le développement du sous-développement*, tr. Fr. Maspero, 1970, 291 pp.

nología que las acompañan, lejos de favorecer un desarrollo autónomo y el famoso "take off", aumentan, por lo contrario, la dependencia de las economías más "débiles" por relación a las economías más "fuertes".

Las inversiones de capital y las transferencias de tecnología han tomado lugar en el marco del mercado mundial que sigue dominado por el imperialismo —con sus intereses propios. Han ocurrido entre fuerzas sociales determinadas: por un lado, las burguesías imperialistas y las burguesías —atrofiadas— de los países dominados por el imperialismo; por el otro lado, las masas de asalariados y de campesinos pobres. La parte de las ganancias obtenidas en el proceso de producción por los capitalistas extranjeros sale de los países "ayudados" y va a parar a las grandes metrópolis industriales. La parte de las ganancias obtenidas por los capitalistas de los países en cuestión las más de las veces es depositada por ellos en los lugares financieros del Occidente, por razón de los temores que sienten esas "burguesías nacionales" con relación al porvenir de sus privilegios. Así, el proceso de la acumulación primitiva del capital que condicione el auge futuro de las fuerzas productivas no se produce y no puede producirse, si se tiene en cuenta la estructura de la economía mundial, en los países dominados por el imperialismo extranjero.

No existe una cooperación económica internacional "mala" y una "buena", no existe una ayuda de los países ricos a los países pobres "mala" y una "buena". Tan sólo existen, en el marco del mercado mundial capitalista, procesos que determinan, de manera inexorable, el desarrollo del subdesarrollo. Si se quiere analizar ese proceso y aislar las condiciones objetivas de un nuevo auge de las fuerzas productivas capaz de liquidar el "subdesarrollo", hay que dar la espalda al economismo de Rostow y, más generalmente, a la ideología del subdesarrollo y de los remedios que hay que aportar, ideología que aún prevalece en Occidente como elemento de la ideología general de la clase capitalista dominante.

En cuanto a nosotros, pensamos que el materialismo histórico permite establecer, en rigor, los dos enunciados siguientes:

1. El bloque de las fuerzas productivas necesarias a la satisfacción de las necesidades fundamentales de la humanidad proviene fundamentalmente del mantenimiento de las relaciones capitalistas de producción en la fase actual que es la del imperialismo, y lo que se llama imperiamente el estado de "subdesarrollo" es menos el resultado de un "retardo" que el de la dominación capitalista extranjera bajo su forma colonial, y después bajo su forma imperialista.

2. Las condiciones objetivas de un nuevo auge de las fuerzas productivas de una naturaleza tal que pueda satisfacer las necesidades y las aspiraciones de la humanidad, no pueden resultar más que de la revolución mundial, que reviste un carácter de revolución *social* en las metrópolis imperialistas y en los países dominados por el imperialismo extranjero, y que reviste un carácter *político* en los Estados obreros burocráticos.

Hay que empezar por verificar que las brechas económicas observables hoy entre una minoría de países y todos los demás no siempre existieron. Ya hemos indicado, refiriéndonos a P. Bairoch, que el origen de esas brechas debe situarse en el curso del siglo XVII, pues antes de este periodo los niveles de vida de las masas y los niveles de vida de las clases dominantes ciertamente variaban en las diversas regiones del globo según las épocas, pero sin que se pueda hablar de brechas de la importancia y de la duración de las que en nuestros días existen.

Así pues, si la historia universal puede ser dividida en dos eras: la primera, que no ha conocido diferencias de niveles económicos considerables y de larga duración entre grupos de terminados de países, y la segunda que se caracteriza por la oposición entre los países "desarrollados" y los países "subdesarrollados", ello significa que la causa de esta oposición no puede imputarse a factores "naturales" que, como tales, son permanentes, ni aun a factores "culturales", pues las diferentes civilizaciones de Asia, de Africa, de la América india y de Europa han existido y prosperado antes de la oposición cuya génesis tratamos de comprender. Así pues, esta génesis sólo puede provenir del desarrollo de las relaciones sociales fun-

damentales, de la manera como comenzaron históricamente a diferenciarse a partir de los siglos XVI y XVII.

A consecuencia de una conjunción completa de determinantes múltiples, como ya lo hemos indicado, los maestros artesanos, los comerciantes y los prestamistas llegaron a constituirse en una clase burguesa mucho más fácilmente en la Europa feudal en los siglos XII al XV que en otras partes y, por consiguiente, a triunfar sobre la nobleza, con el fin de arrebatarle el poder político. La potencia económica de la Inglaterra del siglo XVII no resulta de lo que Rostow llama "su situación geográfica, sus recursos naturales, sus posibilidades de negocio, su estructura social y política", sino de la revolución democrática que, por su victoria de 1648 y el compromiso que estableció en su favor con la nobleza en 1688, confiere efectivamente al país una "estructura social y política" que libera el empuje de las fuerzas productivas y conduce a la industrialización del siglo XIX.

Una primera causa del desarrollo desigual de las diversas regiones del mundo se debe, pues, a que en algunas de ellas la revolución burguesa ha vencido, ha destruido las antiguas relaciones sociales e instaurado las relaciones sociales capitalistas favorables entonces al auge de las fuerzas productivas, mientras que, en las demás regiones, las clases nobiliarias lograban mantener relaciones sociales precapitalistas, desfavorables a este auge. Pero hay que añadir inmediatamente que las burguesías victoriosas se lanzaron a la conquista del mundo para hacer de él un mercado que funcionara en provecho de ellas y que, a través del triángulo de la trata de esclavos, el colonialismo generalizado, y por último el imperialismo, esas mismas burguesías han impedido, fuera de su país, la transformación de los elementos burgueses existentes en una clase capaz de tomar el poder y de desarrollar, en ella, las fuerzas productivas: esto es en lo que hace a la segunda causa de las desigualdades actuales del desarrollo.

De hecho, es la combinación de esas dos causas, una y otra fundamentalmente sociales, la que ha determinado el desarrollo desigual de las fuerzas productivas en el mundo y la que ha engendrado el mercado mundial dominado por el imperialismo, tal como podemos observarlo actualmente. Nada de

"natural" y, fundamentalmente, nada de "cultural" en ese proceso de cuatro siglos, que es un proceso *político-histórico* porque su eje de desarrollo no es otro que la historia de la lucha de clases. Pues allí donde la burguesía ha triunfado sobre la nobleza en su lucha de clases, allí ha resultado un auge nacional prodigioso de las fuerzas productivas; por otra parte, en el plano internacional, las burguesías victoriosas han extendido el campo de su explotación del trabajo social a los países en que semejante revolución no se ha producido y, por ello mismo, han impedido que se produjera, atrofianando y sometiendo a las burguesías en formación.

La atribución del estado de "subdesarrollo" a causas "naturales" o a causas "culturales" o bien a ambas reunidas tiene por efecto disimular la formidable potencia histórica de la lucha de clases que, a través de la diversidad de sus caminos, efectivamente ha diversificado la situación de las sociedades que hoy podemos observar. Habiendo debido su posición dominante a la lucha de clases que entabló contra la nobleza de origen feudal, la burguesía ha llegado a negar hasta la existencia de la lucha de clases o a minimizar su importancia actual. Esta negación y esta minimización expresan, ciertamente, el miedo de la burguesía que ha llegado a ser dominante, ante un proceso histórico que un día engendrará su desaparición; expresa también una incapacidad de analizar científicamente un devenir social que no puede controlar.

Las "ciencias sociales" han sido, a su manera, víctimas de esta incapacidad, al sufrir el peso de la ideología dominante. Y, en lo que concierne a la cuestión del "subdesarrollo", su papel ha sido y sigue siendo particularmente significativo. Pues, bajo la influencia de la UNESCO, las "ciencias sociales" han pretendido disponer de una capacidad de liquidar el "subdesarrollo" por medio de saberes que bastaría con difundir y poner en práctica. Desde hace 20 años, sus especialistas han sido enviados a los países "subdesarrollados", han realizado en el terreno múltiples estudios e investigaciones, han preconizado toda clase de "esquemas" o de "modelos" de desarrollo y han formado, a su imagen, "científicos sociales" en Asia, en África, y en la América Latina.

Que esos especialistas hayan establecido cierto número de

verificaciones rigurosas de conformidad con las realidades observadas en materia económica, sociológica, psicosociológica, política o histórica, estamos de acuerdo. Pero la eficacia de los esfuerzos de liquidación del "subdesarrollo" no puede reducirse al establecimiento de tales verificaciones. Sería necesario, además, que las verificaciones quedaran integradas a una sistematización teórica, de carácter científico, que permitiera la previsión, según un grado de probabilidad conocible, que hiciera posible una intervención deliberada y controlada en el proceso en curso. Ahora bien, este no es el caso.

En realidad, los investigadores de las "ciencias sociales" se dividen al llegar a la cuestión del "subdesarrollo" en dos tendencias: una, de la que Rostow ha sido, en cierto modo, el iniciador, estima que se trata esencialmente de un asunto económico que encontrará su resolución positiva en la inversión de capitales extranjeros y en la formación de cuadros autóctonos que son las dos formas de ayuda de los países "ricos" a los países "pobres"; la otra, cuya principal fuente de inspiración ha sido la antropología cultural, cree que se trata, ante todo, de un asunto de actitudes sociales, de mentalidades, en suma, de un asunto cultural y preconiza, en consecuencia, procedimientos complejos de reapropiación de las herencias culturales y de adaptación creadora a las exigencias de la modernización.¹¹ Ideología de las etapas del crecimiento, a la manera de Rostow, o ideología del paso de la tradición a la modernidad, tales son las dos figuras complementarias que las "ciencias sociales" han designado, al no poder erigirse precisamente en ciencias y que, para ellas, han hecho las veces de una síntesis científica que se situará efectivamente fuera de su alcance.

Si es cierto, como lo hemos analizado largamente, que las disciplinas intelectuales que comúnmente se llaman "ciencias sociales" no han logrado erigirse en ciencias y se han remitido, en cuanto a la síntesis de sus verificaciones fragmentarias, a la ideología dominante, aún más cierto es que, en cierta manera, el proyecto de resolver el problema del "subdesarrollo" ha

¹¹ Semejante punto de vista, con algunos matices más o menos, ha sido desarrollado, de cerca de 1950 a una época aún reciente, por Margaret Mead y Talcott Parsons.

constituido para esas disciplinas un escollo o, si se prefiere, el punto en que ha aparecido en plena claridad la contradicción que oprime sus pretensiones, inicialmente considerables, y sus resultados, finalmente nulos o contrarios a los designios originales. Del lado de la tendencia "economista", parece que ninguno de los modelos opuestos ha llegado a estimular el menor impulso real de las fuerzas productivas; de ahí la crítica culturalista que condena toda transposición de modelos. Del lado de la tendencia "culturalista" se ha pasado de un proyecto de modernización de los géneros de vida que ha tomado la figura de una occidentalización opresiva, a un proyecto de "regreso a las fuentes" que cada vez más se revela como la máscara que disimula el mantenimiento de las antiguas relaciones de fuerzas materiales entre la dominación extranjera y el sometimiento de las masas autóctonas. En suma, las insuficiencias del economismo remiten al culturalismo, cuyas insuficiencias, a su vez, remiten al economismo. Círculos viciosos que son testimonio hiperabundante del carácter ideológico de todas esas tentativas de síntesis.

Por todo ello, estamos convencidos de la inexistencia de un problema del "subdesarrollo" que se limite a ciertas regiones del mundo, aunque no menospreciemos, en absoluto, la miseria, la dependencia y la servidumbre de que sufren las poblaciones de esas regiones. Según nosotros, existe un problema global, a la escala de la humanidad entera, que es el del crecimiento bloqueado de las fuerzas productivas y cuya miseria extrema, dependencia extrema y servidumbre extrema no son más que aspectos localizados sin que constituyan, empero, cuestión aparte.

Marx y Engels, en su tiempo, habían verificado y anunciado esto al declarar que las relaciones capitalistas de producción, fundadas sobre la propiedad privada de los instrumentos de producción y constituidas por el antagonismo entre el proletariado y la burguesía, eran un obstáculo para el desarrollo sin límite de las fuerzas productivas. Lo que los ideólogos burgueses llaman el "subdesarrollo", caracterizándolo como un retardo de una parte de la humanidad por relación a la otra, no es más que la manifestación territorialmente más vasta y económicamente más intensa del bloqueo de las fuerzas productivas.

vas por las relaciones capitalistas de producción que hoy constituyen el mercado mundial dominado por el imperialismo.

Las mismas causas que determinan, en Occidente y en Japón, una miseria actualmente agudizada de las masas a través de los fenómenos de inflación y de desempleo, son las que determinan, en los continentes dominados por el imperialismo, una miseria aún mayor, la ausencia de independencia nacional y la inexistencia de las libertades democráticas elementales. A través de todo ello, sea cual fuere la gravedad de las formas de la explotación, de la opresión y de la represión, no hay más que una cuestión, que es la de la realización de la revolución proletaria mundial.

El problema del "subdesarrollo", considerado como un problema de alcanzar los países "pobres" a los países "ricos", o como una especie de equilibrio entre las diversas civilizaciones del planeta, no es más que una manera de esquivar la revolución en favor de un "nuevo orden económico mundial" o de un "nuevo orden cultural mundial" conservando, de hecho, lo esencial del orden imperialista actual, generador de todas las desigualdades, de todos los sometimientos y de todas las explotaciones.

De Gaulle sabía bien lo que decía al proponer, en 1958, ocuparse, con urgencia, de la cuestión del "subdesarrollo"; para él, se trataba de un reequilibrio de las fuerzas sociales que debía permitir la salvación de las hegemonías imperialistas bajo formas adaptadas y como "modernizadas". Pero no estaba ni en su poder ni en poder de los imperialismos realizar semejante tarea, que ya no corresponde a la burguesía, en la época del capitalismo agonizante. Veinte años antes, en 1938, Trotsky sabía mejor lo que decía al afirmar: "Las fuerzas productivas de la humanidad han dejado de crecer". Pues mostraba, con ello, que tan sólo la destrucción del modo de producción capitalista por la revolución proletaria estaría en condiciones de desencadenar a las fuerzas productivas y transformarlas de manera que pudiesen satisfacer las necesidades y las aspiraciones de la humanidad, es decir, terminar con lo que después habría de llamarse falazmente el "subdesarrollo".

Hoy, ciertos "profetas" nos predicen el fin próximo de la humanidad por los efectos combinados de la destrucción del

ecosistema de nuestra especie, a partir de la industrialización excesiva practicada por los países "avanzados", y por el crecimiento demográfico desmesurado del que serían víctimas los países "retratararios". Así, el espectro ecológico y el espectro demográfico rondan, si no por el mundo, al menos cierto número de conciencias, en este fin del siglo XX.¹²

De ello resulta una perspectiva según la cual el desarrollo de las fuerzas productivas se habría vuelto excesivo en una minoría de países, y sería insuficiente en los demás. Así pues, habría que frenar la producción aquí, tender hacia el "crecimiento cero", y acelerarlo allá; pero la determinación de los medios eficaces falta, y por buenos motivos.

Si se quiere salir de esos círculos viciosos, de esos callejones sin salida y de esos falsos problemas en los cuales se deleita una gran parte de la *intelligentsia*, hay que partir del hecho esencial de que las fuerzas productivas nunca son neutras y que, en el marco del sistema capitalista, ellas mismas son *capitalistas*. Precisamente porque son tal, su funcionamiento va acompañado, en los países "avanzados", de estímulos diversos al consumo (publicidad, crédito generalizado, engendramiento de capitales ficticios) que en la crisis comenzada en 1972-1973 han llevado a los fenómenos de inflación y de desempleo que hoy se pueden observar. También porque son tales, han subordinado por completo la economía de las colonias y de las metrópolis imperialistas creando y reproduciendo las condiciones cada vez más graves del "subdesarrollo". Tras las apariencias del exceso de producción aquí y de la falta de producción allá, hay que buscar los mismos mecanismos de la *economía mundial* que funcionan en la fase imperialista del capitalismo.

El problema demográfico no es un problema aislante de esas relaciones sociales fundamentales que funcionan a la escala mundial. Los demógrafos saben perfectamente que la elevación del nivel de vida acompaña inevitablemente a una disminución más o menos controlada de la procreación. Así

¹² ¡Cuántos paralogismos se han producido, en efecto, a partir de estudios, sin embargo serios a su nivel, del Club de Roma! Cf. *Los límites del crecimiento. El Club de Roma*, presentado por Janine Delaunay. Informe Meadows, prefacio de Robert Lattès, FCE; y *Changer ou disparaître. Plan par la survie*, por "The Ecologist", tr. fr. Fayard, 1972, 158 pp.

pues, se trata menos de popularizar el *birth control*, como antes se trataba de hacer, que de elevar el nivel general de vida, tarea que implica la revolución social.

El problema ecológico tampoco es un problema aislable de las relaciones de producción, es decir, de las relaciones de clase constitutivas de las sociedades contemporáneas. Los ecólogos saben bien que el deterioro del medio podría evitarse si se tomaran diversas medidas preventivas, y que tales medidas tropiezan con lo que ellos mismos llaman la "lógica de la economía de ganancia". En rigor, los deterioros ecológicos de que actualmente se preocupan, y con razón, en las metrópolis capitalistas, han sido practicados desde hace largo tiempo en los países colonizados, mediante las técnicas de cultivo intensivo que entrañan la destrucción rápida de la fertilidad de los suelos y determinan la aniquilación de los bosques tropicales y la desertificación progresiva de las zonas sudanesas, por ejemplo en África. Lo que muestran los atentados cada vez más graves contra el medio natural, es la imposibilidad de evitarlos o de remediarlos en el cuadro del sistema económico actual. En último grado, la salvación de la especie humana en su cuadro de vida y el mantenimiento de la economía mundial actual están en contradicción absoluta. Ciertos ecólogos, considerando el problema del ecosistema de la humanidad como un "preámbulo" absoluto, dicen: ¿de qué sirve batirse por el socialismo y el comunismo si, durante el tiempo de esta lucha, la humanidad deja de existir? A lo cual hay que responder que, para salvar el ecosistema de la humanidad, hay que darse los medios que se hallan, todos, en el desarrollo de la lucha de clases que desemboque en la revolución mundial.

En el fondo, el error de quienes erigen la cuestión demográfica y la cuestión ecológica, problemas vitales, previos, fuera de cuya solución no hay porvenir para la humanidad, consiste en creer en serias posibilidades de reducción, aquí, o de aumento, en otras partes, del desarrollo *cuantitativo* de las fuerzas productivas, sin tomar en cuenta el carácter cualitativo, conferido por las relaciones capitalistas de producción que continúan dominando la economía mundial. De hecho, ninguna clase social domina actualmente las fuerzas productivas ni está en condición de frenar deliberadamente su expansión

aquí y de fomentarla allá. A ese respecto, también la burguesía imperialista sufre las leyes del sistema del que se aprovecha, sin poder, empero, controlarlo ni comandarlo; la crisis económica actual lo prueba suficientemente.

En resumen, la solución de los problemas dichos demográficos y de los problemas dichos ecológicos exige nuevo impulso de las fuerzas productivas a la escala mundial, lo que quiere decir un progreso cuantitativo, pero también y sobre todo una transformación cualitativa radical. En efecto, los ecólogos no se equivocan al negar un aumento de las fuerzas productivas, *tal como son hoy*, pues semejante expansión —que por otra parte ya no es posible para la economía imperialista mundial— sería catastrófica para el medio natural, sin llegar, empero, a liquidar el subdesarrollo. En cuanto a los demógrafos, no se equivocan al desear un aumento de las fuerzas productivas con el fin de permitir a la humanidad el acceso a un nuevo equilibrio en la relación entre el nivel de vida y la tasa de procreación. Pero no ven que semejante cambio cuantitativo no sería, en sí mismo, lo bastante eficaz y que, a la larga, en el sistema actual es imposible.

Lo que el marxismo llama liberación de las fuerzas productivas por la revolución social es un proceso inseparable cuantitativo y cualitativo. Así, el paso revolucionario del modo de producción feudal al modo de producción capitalista va acompañado no sólo de un enorme aumento de la producción sino también, y sobre todo, del remplazo de las viejas fuerzas productivas agropastorales y artesanales por las fuerzas productivas industriales. Del mismo modo, la revolución mundial en curso multiplicará, cuando haya triunfado, la potencia del aparato productivo del que dispondrá entonces la humanidad; al mismo tiempo, asegurará la mutación de las fuerzas productivas industriales heredadas del capitalismo en fuerzas creadoras nuevas que será utópico tratar de describir ya, pero que es lícito imaginar a partir de los descubrimientos científicos y de las invenciones técnicas prodigiosas de nuestro tiempo.

El debate estéril que opone en nuestros días a los partidarios y a los adversarios de la ciencia es, además, un debate falso: En efecto, trata de las actividades tecnológicas tal como son de-

terminadas, como parte integrante de las fuerzas productivas capitalistas. En realidad, los que confían en esas actividades, tal como son, se engañan sobre su poder de construir un porvenir positivo para la humanidad. Y los que, al rechazarlas, atacan a las ciencias y a las actividades tecnocientíficas como tales, se hunden en el oscurantismo característico de la decadencia actual: la del fin de un modo de producción.

El verdadero debate es el que opone el marxismo a la ideología dominante en lo que concierne a la demografía, la ecología, el "subdesarrollo" y, más generalmente, las fuerzas productivas de que necesita la humanidad para sobrevivir y para tener acceso a un nivel superior de su devenir. La ideología dominante, en sus diversas formas, fragmenta los problemas y propone "soluciones" que suponen falazmente la autonomía de las cuestiones tratadas. En cambio, el marxismo demuestra que el bloqueo de las fuerzas creadoras, característico de la situación histórica actual, no puede ser sobrepasado más que por el desarrollo de la lucha de clases y la conclusión victoriosa de la revolución mundial comenzada en 1917. Establece que, según la ley del capital, todas las tentativas de liquidar el "subdesarrollo", de resolver las cuestiones ecológicas y demográficas tropiezan con límites infranqueables, pues la reproducción del capital somete la creatividad hasta el punto de atrofiarla y destruirla. Prueba que tan sólo el "movimiento real" del proletariado internacional y de su inmenso aliado, el campesinado pobre, estará en condiciones, una vez que se hayan dado los medios de combate eficaz, de destruir esa ley del capital, es decir, el modo de producción capitalista mismo.

La cuestión del "desarrollo", deformada, falseada, mistificada por la ideología dominante, en sus múltiples formas, no puede ser científicamente pensada y prácticamente resuelta más que a partir del proceso histórico real, más que a partir de las fuerzas sociales que están en conflicto con el modo de producción existente.

XIII. LA CUESTIÓN CULTURAL

EN EL *Manifiesto del Partido Comunista*, Marx y Engels declaran lo siguiente:

Todas las objeciones dirigidas contra el modo comunista de apropiación y de producción de los productos materiales han sido hechas igualmente respecto a la apropiación y a la producción de los productos del trabajo intelectual. Lo mismo que para el burgués la desaparición de la propiedad de clase equivale a la desaparición de toda producción, la desaparición de la cultura de clase significa para él la desaparición de toda cultura.

La cultura, cuya pérdida deplora, no es para la inmensa mayoría de los hombres más que el adiestramiento que los transforma en máquinas.

Más no discutáis con nosotros mientras apliquéis a la abolición de la propiedad burguesa el criterio de vuestras nociones burguesas de libertad, cultura, derecho, etc. Vuestras ideas son en sí mismas producto de las relaciones de producción y de propiedad burguesas, como vuestro derecho no es más que la voluntad de vuestra clase erigida en ley; voluntad cuyo contenido está determinado por las condiciones materiales de existencia de vuestra clase.¹

De este texto puede aprenderse que para Marx y Engels, la cultura se define por la producción y el consumo de las obras del espíritu y que, para las de los productos materiales, esta producción y este consumo se encuentran, permanentemente, caracterizados por las relaciones sociales fundamentales que constituyen la sociedad existente. No sólo la cultura no es independiente en absoluto de las relaciones entre las clases sociales y de la lucha que se desarrolla entre ellas sino que, como el derecho o la moral, está marcada por la clase dominante y la ideología dominante en el cuadro en la cual está inscrita.

Así, lo que la burguesía entiende por cultura no es otra cosa que la conformidad a los valores y a las normas de la ideología

¹ *Manifiesto*, op. cit. pp. 60-61.

logía de la burguesía como la clase dominante; ello permitió a Marx y Engels considerar que, desde el punto de vista de las masas, no se trata más que de una domesticación que tiene por función mantenerlas en la servidumbre y a la disposición de los explotadores capitalistas, como si se tratara de máquinas. Así se encuentra anunciado que la revolución proletaria destruirá esta representación de la cultura y la sustituirá por otra fundada en la marcha histórica de la humanidad hacia la sociedad sin clases y sin Estado del comunismo. En suma, la cultura es pensada, en el *Manifiesto del Partido Comunista*, como algo que está en juego en la lucha de clases.

Queda en pie el hecho de que, en el texto que acabamos de citar, pueden percibirse dos significados del término de cultura: primero, esta producción y este consumo de las obras del espíritu por los cuales hemos comenzado nuestro comentario; en segundo lugar, algo más vasto que depende de los valores y de las normas dominantes en una sociedad determinada, por lo cual hemos de continuar. En el primer sentido, que se remonta al siglo xvii, la cultura es el conjunto de las actividades del espíritu, es decir, las letras y las artes, las ciencias y la filosofía. Tal acepción es utilizada en nuestros días, para designar al Ministerio de la Cultura y toda clase de instituciones de ese tipo. En el segundo sentido, que aparece durante el siglo xviii, con Kant y Herder y que se ha impuesto a nuestra época a partir de los trabajos de la antropología cultural —principalmente norteamericana—, la cultura es el conjunto de las maneras de vivir, es decir, de sentir, de actuar y de pensar, características de una población determinada. Y esta aceptación finalmente se ha impuesto en la mayor parte de las disciplinas que forman las “ciencias sociales”.²

La reducción de la cultura tan sólo a las actividades del espíritu tiene un carácter “elitista” a la vez, podría decirse, en el espacio y en el tiempo. En el interior de la sociedad moderna o, si se prefiere, de la burguesía, tan sólo una minoría verdaderamente tiene acceso a las letras y a las artes, a las ciencias y a la filosofía; esta minoría está constituida por la propia bur-

² Cfr. M. J. Herskovits, *Les bases de l'anthropologie culturelle*, tr. fr. Payot, 1952, 344 pp.

guesía y por diversas capas pequenoburguesas, invitadas a co-mulgar culturalmente con la clase dominante, en tanto que las masas siguen excluidas de los privilegios culturales. En el exterior, la burguesía de fines del siglo xix y comienzos del siglo xx consideró que existían “pueblos sin cultura” o provistos de “culturas inferiores” que convenía tratar de “civilizar” en relación con el único “modelo cultural” válido, el del Occidente burgués e industrial.³

Hablando temporalmente, la burguesía occidental ha desarrollado un esquema lineal según el cual, a partir de la herencia grecolatina y de la herencia judeocristiana, la cultura habría alcanzado su nivel más alto de desarrollo a través del camino real de la modernización. Así queda excluido de la cultura, en el sentido burgués del término, todo lo que se aleja de ella, como clase dominante, tanto en el espacio como en el tiempo. En esta óptica ideológica, lo que es feudal y lo que es proletario están marcados por cierta “barbarie”. Y todo lo que es exterior al Occidente burgués tiene rasgos de barbarie y hasta de salvajismo.⁴

Las luchas emprendidas por el proletariado en los diversos países capitalistas “avanzados” y las luchas entabladas por las masas en los continentes han asestado rudos golpes a esta ideología del capitalismo triunfante. Por lo demás, estas luchas han ido acompañadas de reivindicaciones tendientes a democratizar el acceso a las obras del espíritu y de críticas que ponen en duda la representación burguesa de la cultura tal como acabamos de evocarla. Así, desde hace unos treinta años, la aceptación antropológica del término de cultura ha progre-

³ A. Vierkandt aún pretendía oponer, cerca de la primera Guerra Mundial, los pueblos de la naturaleza (*Naturvölker*) —es decir, sin cultura— a los pueblos de la cultura (*Kulturvölker*); versión alemana de la ideología colonialista de la que L. Lévy-Bruhl daba, por el mismo tiempo, la versión francesa.

⁴ Desde el ascenso histórico de la burguesía, en los siglos xvii y xviii, la Edad Media era presentada ideológicamente como una época bárbara, y sus monumentos calificados de “góticos”, término que expresaba la barbarie en los países latinos. En el siglo xix, los proletarios son comparados por diversos novelistas y ensayistas burgueses a los bárbaros acampados a las puertas de la ciudad. En cuanto al mundo no europeo, especialmente el África, conocemos las frases de Hegel, en las *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia*, que pretenden hacer retroceder ese continente al “mundo de la infancia”, etcétera.

sado, en la ideología burguesa misma, en detrimento de la vieja acepción intelectualista.

Las "ciencias sociales" han contribuido grandemente a hacer prevalecer la idea de que, lejos de reducirse a las letras y a las artes, a la ciencia y a la filosofía, la cultura de una población englobaba también el conjunto de las costumbres relativas a la *habitat*, a la alimentación, a la vestimenta, así como las formas de la actividad laboriosa, las actividades del tiempo libre, de la vida sexual y de la vida religiosa. Coextensiva a toda la vida social, esta representación de la cultura permite admitir que existen, en una misma sociedad, diversos modelos culturales correspondientes a diversos medios diferenciados y que no se puede establecer entre ellos ninguna jerarquía de valor, afirmando que a través del tiempo y el espacio de la historia universal se han desarrollado y continúan desarrollándose culturas múltiples, cada una de las cuales es diferente de las demás sin que se tenga el derecho de pretender que una entre ellas sería superior o inferior a otras.

Sin duda, los prejuicios culturales y su producto moderno, el racismo, tienen sólidas raíces en la explotación capitalista del trabajo asalariado y en el dominio del imperialismo sobre continentes enteros y, finalmente, sobre todo el planeta. Sin duda, la ideología burguesa continúa trasladándolos y utilizándolos, sobre todo a través de los medios de comunicación de masas. Pero esos prejuicios y ese racismo van acompañados, en las "ciencias sociales", por una especie de afirmación de principio de la unidad del hombre a través de la pluralidad de las culturas que ningún especialista se atrevería, en nuestros días, a refutar frontalmente.

Esta coexistencia de prejuicios culturales y de racismo, por una parte, de declaraciones oficiales o casi oficiales sobre el respeto debido a todas las "diferencias" culturales, por otra parte, debe incitarnos, de todas maneras, a la reflexión. En efecto, las cosas ocurren como si a través del reconocimiento verbal del pluralismo de las culturas, las burguesías imperialistas y las burguesías "compradoras" —a las cuales habría que añadir las burocracias dominantes— hubiesen encontrado un tema de justificación de su colaboración internacional en tanto que las masas continúan sufriendo la explotación de su trabajo

social, la dominación política y las agresiones del racismo bajo sus diversas formas. Y es esta coexistencia, de apariencia extraña, la que nos incita a pensar que efectivamente existe una cuestión cultural y que hay que tratar de plantear sus términos con relación al "movimiento real" de la historia contemporánea y a las representaciones ideológicas que la mistifican.

Fundamentalmente, la cuestión cultural se encuentra planteada en sí misma por la pluralidad de las maneras de vivir, es decir, de actuar, de sentir y de pensar, que tienen curso y continúan teniendo en las diversas sociedades, pues la pluralidad de las formas y de los contenidos en las letras y las artes, en la filosofía y la religión es inseparable de esta pluralidad de las maneras de vivir de que hemos hablado.

Resulta lícito estimar que esta última pluralidad se remonta, para cierto número de aspectos, hasta la prehistoria. Pues, desde la era prehistórica, ciertos pueblos se moldean en comunidades de pescadores, en tanto que otros lo hacen en comunidades de cazadores, y otros más en comunidades de ganaderos; otras, por último, en comunidades de cultivadores. Y cuando las sociedades de actividades productivas múltiples se forman y se desarrollan —al mismo tiempo que la producción de un excedente engendra en ellas la división en clases— algo queda de esta herencia prehistórica constituido sobre la base de una actividad productiva originalmente única. Manifiestamente, unas religiones testimonian el predominio de los mitos de la pesca o de la caza, y otras el de los mitos de la agricultura o la ganadería.⁵

Por otra parte, cada una de las actividades productivas que acabamos de citar se ha encontrado diferenciada en sus formas prácticas por el medio circundante: pesca marina y pesca fluvial, tipos de cazas que varían con los tipos de animales, crías y agriculturas que varían con la naturaleza de los suelos y de los climas. Cierta arqueología de las técnicas de producción y de las formas sociales que las acompañan ha creado, pues, a través de la prehistoria y de los primeros tiempos de la histo-

⁵ *Cfr.* Mircea Eliade, *Traité d'histoire des religions*, tr. fr. Payot, 1964, 393 pp. Véase, especialmente, la oposición entre los cultos solares de las sociedades pastorales (pp. 115-138) y los cultos lunares de las sociedades agrícolas (pp. 139-164).

ria, una pluralidad cultural que afecta, por ejemplo, el *habitat*, la alimentación, la vestimenta y las actividades laboriosas, de la que puede pensarse que ha constituido los primeros extractos sedimentarios de las herencias culturales y de lo que de ellas queda aún hoy.

En relación con ese proceso, dos aspectos esenciales de la vida colectiva de los seres humanos no sólo han distinguido a las sociedades unas de otras, sino que, además, las han separado y opuesto: las *lenguas* y las *religiones*. Así, nos parece necesario su examen para la elucidación de la cuestión cultural.

"Sistema de signos socializados", la lengua es la expresión inmediata del ser humano como ser social. Es el medio de comunicación que acompaña el proceso del trabajo y, a través de los demás procesos que están ligados con él, la vida colectiva de los seres humanos. La pluralidad de las lenguas es un fenómeno que no es enigmático en sí mismo, a menos que se le deje en el mito de la creación por Dios de un Adán único y de una Eva única, progenitores de toda la humanidad.

Por lo contrario, es sumamente probable que la aparición de la especie humana se haya producido simultáneamente en diversos puntos del globo y que los diferentes grupos humanos originales hayan forjado al mismo tiempo lenguas inevitablemente distintas por la utilización de tal fonema antes que de tal otro, y por el uso de tal combinación de fonemas antes que de tal otra.⁶ Así, en el origen, una lengua asegura la comunicación entre los miembros de una misma sociedad y excluye de la comunicación a los miembros de las otras sociedades. A través de la lengua se afirma una especie de identidad colectiva de los miembros de la sociedad que va acompañada de la exclusión del resto de la humanidad por relación a esta identidad colectiva.

Queda en pie que cada lengua ha conocido una evolución de la que se puede decir que ha sido tanto más diferenciante cuanto que se trataba de una lengua oral que daba lugar a numerosas variedades fonéticas, generadoras de variedades dialectales. A través de la dialectalización se han formado nue-

⁶ Hoy, se reconoce generalmente que el *Homo sapiens* hizo su primera aparición en África. Pero ello no excluye en absoluto el hecho de que esta aparición se haya realizado en diversos puntos a la vez, en la propia África.

vas lenguas, correspondientes a nuevas sociedades. Esto es lo que permite hablar de familias lingüísticas y lo que ofrece a los seres humanos posibilidades bastante cómodas de extender su comunicación más allá de la esfera de su lengua materna. Como se sabe, basta con una breve práctica para que la comunicación se establezca fácilmente entre los parlantes de las diversas lenguas latinas o de las diversas lenguas sudanogui-neanas. Pero, aún más allá de los límites de la familia lingüística, la comunicación llega, tarde o temprano, a establecerse siempre que los individuos en contacto tengan un verdadero interés en establecerla. El hecho de que una lengua sea traducible a otra prueba que el engendramiento del pensamiento humano a partir del trabajo productivo y de las otras prácticas sociales obedece a leyes comunes a las diversas sociedades y da lugar a una lógica que es la de toda nuestra especie. En cambio, el hecho de que una expresión determinada no sea traducible o no suficientemente traducible por una expresión correspondiente a otra lengua nos remite al carácter único de cada identidad colectiva.

Así, ninguno de esos dos hechos debe ser llevado al absoluto: ni la comunicabilidad universal que postula, en caso extremo, una lengua única para la humanidad. ni la expresión de cada identidad colectiva que postula, en caso extremo, un número tan grande de lenguas que los progresos de la comunicación general queden completamente bloqueados. La historia es igualmente rica en ejemplos de pueblos que conservaron su lengua durante milenios, y en ejemplos de pueblos que cambiaron de lengua en camino, como ocurre hoy a la mayoría de los que se llaman latinos y la mayoría de los que se llaman árabes. Antes que magnificar la conservación de una lengua en nombre del mantenimiento de la identidad colectiva, o de glorificar el paso a una comunidad lingüística más vasta en nombre del progreso de la comunicación —actitudes esencialmente ideológicas—, conviene estudiar el devenir de las relaciones sociales fundamentales sobre cuya base se han producido esos fenómenos lingüísticos. Pues, en definitiva, la lengua no es una fuerza socialmente constituyente, sino un medio de expresión que no tiene realidad sino a partir de los contenidos expresados. El estudio de las lenguas muestra que la cuestión cultural

no se reduce nunca a una cuestión lingüística y que cuando se plantea esta última, es en relación con otra cosa que ella misma.⁷

El otro elemento principal de oposición de las sociedades entre sí ha sido y sigue siendo, por una parte, la religión. Ésta, como la lengua, ha aparecido en el interior de los límites de cada sociedad. Dicho de otra manera, las religiones más antiguas, que se remontan sin duda a la prehistoria, han comenzado por ser, todas, religiones étnicas.

Conjunto de prácticas culturales y de representaciones cosmológicas y antropológicas que acompañan a esas prácticas, la religión étnica tendía a unificar a cada sociedad, a confortar su orden interno y, al mismo tiempo, a oponer esta sociedad a todas las demás. En realidad, las religiones de pretensiones universales, como el budismo, el cristianismo y el Islam, no aparecen en la historia y, sobre todo, no se desarrollan ahí más que en un cuadro plurietnico. Esas religiones tratan de unificar conjuntos que se identifiquen con la humanidad misma y suscitan entre ellos oposiciones y conflictos mucho más violentos que las viejas querrelas étnicas.

Lo que hemos llamado la "identidad colectiva", a saber, el sentimiento de los individuos de pertenecer a un conjunto humano que difiere de otros conjuntos y los excluye, es un fenómeno inseparablemente lingüístico y religioso. La forma más antigua de la ideología, la religión, no ha dejado de tener por función mantener el orden social contra las tensiones y los conflictos de interés entre los agrupamientos y las clases de una sociedad dada y mantener, correlativamente, tensiones y conflictos con las otras sociedades. La historia de la Europa medieval resulta muy significativa, en este aspecto, por la oposición mantenida entre las dos cristiandades: la del Occidente católico romano y la del Oriente ortodoxo griego, y por el conflicto de cada una de esas cristiandades con los pueblos islámicos, conflicto aparejado con una persecución del "enemigo inferior", a saber, de los judíos. Y ¿quién podría decir que esta

⁷ El panlingüismo propio de la ideología estructuralista sustituye el problema real de las culturas por una representación que constituye una auténtica desverguenza especulativa.

herencia cultural no pesa aún sobre las sociedades europeas de nuestros tiempos?⁸

La revolución democrática burguesa ha ido acompañada de una puesta en cuestión de la ideología religiosa que se había convertido, en la Edad Media, en la ideología de la clase feudal dominante. En nuestros días, la revolución socialista proletaria tiende a destruir las bases materiales de la enajenación, de las cuales la religión es un producto y una expresión invertida, en tanto que la burguesía, amenazada por el ascenso histórico del proletariado, ha vuelto hacia la religión como medio ideológico del conservadurismo social. Así, nos parece necesario apreciar la religión, como elemento esencial de la herencia cultural, con base en la función que asume en el devenir social.

A través de esta apreciación crítica de la religión, es la herencia cultural en su conjunto la que debe ser evaluada ella misma de manera crítica. Dicho de otra manera, el problema de la identidad colectiva no puede plantearse y tratarse sin incluir la crítica de la religión y de la herencia cultural de la cual ha sido por doquier un elemento esencial. En efecto, si se pretende "cultivar la diferencia" y practicar una respeto general de las herencias culturales, nos veremos así conducidos a revalorar las grandes religiones de pretensiones universales, casi a restaurar las religiones étnicas a partir de lo que queda de ellas; ello nos conduciría inevitablemente a diversas formas de conservadurismo social. Por lo contrario, si se pretende participar en los múltiples esfuerzos de liberación que confluyen hacia la revolución mundial, habrá que tomar la herencia religiosa como fuerza ideológica de conservación y aun de regresión social y, a través de ella, a la herencia cultural. Así, aparece que la cuestión cultural no consiste esencialmente en un "retorno a las fuentes" ni se reduce a una especie de empresa de mantenimiento.

La apreciación crítica de la herencia religiosa exige que la religión sea examinada en relación con la "base real" de las sociedades en las cuales ha funcionado durante tanto tiempo

⁸ Cfr. J. Delumeau, *La peur en Occident, XIV-XVIII siècles. Une cité assiégée*, Fayard, 1978, especialmente el cap. 8: "Les agents de Satan: I. Idolâtres et musulmans", y el cap. 9: "Les agents de Satan: II. Le Juif, mal absolu", pp. 254-304.

como forma privilegiada de la ideología dominante. En el modo de producción del comunismo primitivo, la religión sin duda fue la ideología única que aseguraba la cohesión del orden social, predicando la sumisión de las mujeres a los hombres y quizá, más generalmente aún, de los jóvenes a los mayores, a través del culto a los antepasados. En los modos de producción asiática, esclavista y feudal, aparecen y se desarrollan esas religiones calificadas de históricas y que, en adelante, rebasarán el antiguo marco estrecho de la etnia. Funcionando en sociedades divididas en clases, esas religiones justifican todas el orden existente e, invitando a los fieles a preparar su salvación en el más allá, contribuyen directamente al mantenimiento de este orden.

Sin duda, la creación de las obras del espíritu ha ido ligada, durante milenios, a la ideología religiosa. Así, la identidad colectiva expresada a través de esas obras se ha encontrado, ella misma, ligada a la función de conservación social de esta ideología. Uno de los aspectos principales de la cuestión cultural de hoy es, captando esos nexos, tratar de evaluar con rigor la herencia de la que resulta que, por la frecuentación de esas obras, somos portadores.

Por otra parte, el ascenso de la burguesía y el proceso de la revolución democrática burguesa han ido acompañados en la Europa occidental de un trastorno de la ideología religiosa que se ha expresado en la Reforma. Así, el modo de producción capitalista ha tratado de expresarse, en ciertos países, por el cristianismo reformado, en tanto que el catolicismo, a través del movimiento mismo de la Contrarreforma, se adaptaba, de hecho, a la gestación de las nuevas relaciones sociales fundamentales. Mientras tanto, la rapidez de los trastornos económicos y sociales determinados por el capitalismo ascendente se acomodaba mal al carácter inevitablemente conservador de la ideología religiosa. Así, las fracciones más avanzadas de la burguesía han encontrado su expresión privilegiada en la filosofía tendiente por ello, del siglo XVI al XIX, a convertirse en la misma ideología dominante.⁹ Pero, ante el avance histórico del proletariado, en la

⁹ De Giordano Bruno, quemado en Roma en 1600 por orden de la Iglesia, al materialismo francés del siglo XVIII (Diderot, Holbach, Helvetius), pasando por Gassendi, Hobbes y Spinoza.

segunda mitad del siglo XIX, la burguesía debía desviarse notablemente de la ideología filosófica que poco antes había fomentado, y remitirse cada vez más a la vieja ideología religiosa del cuidado de mantener el orden social. Hoy, la oposición intelectual al marxismo reviste en Occidente la forma cada vez más marcada de un "retorno a las fuentes" de carácter religioso.

Más generalmente, la situación cultural de los países llamados "avanzados" se presenta hoy de la manera siguiente: en los Estados capitalistas, las prácticas y las creencias religiosas continúan, generalmente, regresando a las masas, en tanto que la ideología dominante desarrolla cada vez más temas irracionales que toman formas de retorno a lo religioso y aun al misticismo y que dan lugar a un síndrome cultural oscurantista; en los Estados obreros burocráticos, el empleo, por la capa parasitaria y usurpadora dominante, de una terminología tomada del marxismo, determina resurgimientos religiosos, a veces espectaculars, pero probablemente temporales como el propio reinado de las burocracias.

Pero es a partir de la situación existente en los continentes dominados por el imperialismo que la cuestión cultural reviste las formas que exigen más explicaciones. Para tratar de darlas, hay que remontarse al hecho histórico inicial que ha consistido a la vez en el advenimiento del capitalismo tan sólo en algunos países europeos, y en la expansión mundial consecutiva de ese capitalismo a través del colonialismo, primero, y del imperialismo después.

Indiscutiblemente, esta expansión va acompañada de fenómenos de opresión cultural y aun de destrucción cultural (etnocidios que a veces suceden a genocidios) de los indios de América, los pueblos de Oceanía y en fin los de África y de Asia. Pero para comprender esos fenómenos no hay que contentarse con hacer inventario y describirlos; hay que analizarlos a partir de la "base real" de las sociedades en que han ocurrido, es decir, a partir de los trastornos que la expansión del capitalismo ha determinado de manera obligatoria en la "base real" en cuestión.

En efecto, por el proceso de la colonización, las burguesías europeas han implantado en los países colonizados relaciones capitalistas de producción que funcionan en su provecho. Han destruido o sometido a las antiguas clases dominantes de esos

países (terratlenientes, burguesías en formación), y han hecho de sus economías otras economías complementarias de las metrópolis, subordinándolas a ellas estrechamente. Es en relación con esos procesos fundamentales como las culturas de los países dominados han sido diversamente deterioradas, rechazadas y a veces hasta destruidas.

Dos especies de apreciaciones pueden hacerse de los fenómenos culturales que acabamos de evocar. La primera — esencialmente moral— consiste en deplorar el deterioro o la destrucción de la cultura propia de los pueblos que han caído, en los tiempos modernos, bajo el dominio del colonialismo y después del imperialismo. La segunda — más histórica y política— reside en la verificación del hecho de que la dominación extranjera ha impedido el desarrollo autónomo de las fuerzas productivas y de las relaciones sociales fundamentales en los países colonizados o sometidos y que, al hacerlo, ha fijado la parte de su antigua cultura que ha escapado de la destrucción. Según que se adopte una u otra de estas apreciaciones, se verá uno obligado a plantear de manera diferente la cuestión cultural en nuestros días.

En efecto, si se considera la herencia cultural de un pueblo como el fundamento de la identidad colectiva de sus miembros, y si se considera la alteración y, con mayor razón, la destrucción de esta herencia como un mal absoluto, habrá que predicar, ante el dominio colonialista o imperialista, el retorno a esta herencia, la restauración de la antigua cultura. Esta es la actitud que fue adoptada por ciertos intelectuales asiáticos y africanos, como Gandhi que pedía a los hindúes rechazar la modernización al mismo tiempo que la occidentalización, o como Césaire, Damas y Senghor que invitaban a los africanos y a los antillanos a un retorno a sus fuentes comunes, en nombre de la "negritud". Al mismo tiempo, los intelectuales árabes preconizaban, contra la expansión de la cultura occidental, unos esfuerzos con vistas a un renacimiento del Islam, en tanto que otros intelectuales judíos de Europa ante las persecuciones antisemiticas, llegaban a rechazar la asimilación y a preparar el "retorno a Jerusalén" que debía engendrar el sionismo.

Interfiriendo con la cuestión nacional o con la cuestión de diversas minorías oprimidas, la cuestión cultural ha dado lugar a reivindicaciones de identidad colectiva que sus promotores han

presentado como previas a la posición de cualquier otra reivindicación. La característica común a esos nacionalismos culturales es que han nacido y se han desarrollado en medios burgueses y pequeñoburgueses, en gran parte ajenos a las reivindicaciones y a las aspiraciones de las masas en nombre de las cuales, sin embargo, pretendían hablar.¹⁰

En efecto, las masas asiáticas y africanas sufrían la explotación, la opresión y la represión del colonialismo y del imperialismo sin dejar de conservar, a través de sus lenguas, sus costumbres y sus creencias, la parte que había quedado viva, aunque más o menos fija, de la herencia cultural de los pueblos en cuestión. Por lo contrario, los intelectuales burgueses y pequeñoburgueses de esos continentes se sentían divididos entre la cultura occidental a la que —contrariamente a las masas— tenían acceso, y la cultura de su pueblo, de la que les hacía alejarse la influencia del Occidente.¹¹ En reacción contra ese desgarramiento y esta enajenación cultural, diversos intelectuales africanos y asiáticos han erigido la cuestión cultural en cuestión disjunta de la lucha de las masas contra la explotación y el dominio colonialista e imperialista. Algunos hasta han pretendido o continúan pretendiendo que la desalienación cultural y la reapropiación de la herencia cultural estaban por encima de la liberación nacional de los pueblos sometidos y la liquidación de su estado de "subdesarrollo".

Sin duda, hay que reconocer que entre las dos guerras mundiales, los nacionalismos culturales asiáticos y africanos han dado una resonancia a los combates entablados por las masas de los continentes en cuestión contra la dominación extranjera. Pero, llevando a lo absoluto el combate del pueblo contra sus amos extranjeros y preconizando la "unión sagrada" entre las clases

¹⁰ Se encontrará un eco de esas posiciones culturalistas en la obra de Jacques Berque, *Dépossession du monde*, Seuil, 1964 (*La descolonización del mundo*, FCE, 1968).

¹¹ Los antropólogos han forjado el concepto de aculturación para explicar esta participación de un mismo individuo en varias culturas, las más de las veces en dos culturas opuestas, al menos parcialmente, la una a la otra. Pero, al aislar los fenómenos culturales, los teóricos de la aculturación han dejado en la sombra la base real, a saber, la explotación colonial, de la cual el conflicto de las culturas no es más que un aspecto ideológico.

del pueblo sometido, esos nacionalismos han contribuido grandemente a colocar bajo la dirección burguesa y pequeñoburguesa el enorme movimiento anticolonialista y antiimperialista de las masas. Así, después del fin del régimen colonial de administración directa de los territorios sometidos, el nacionalismo cultural se ha convertido en la ideología oficial de las clases dirigentes de los Estados que recientemente han accedido a la soberanía internacional.

Invocando la "negritud" en Haití y en el Senegal, la "african personality" en Nigeria, la "autenticidad" en Zaire, el "panarabismo" en Egipto, en Siria y en Irak, y, en diversas formas, la herencia cultural islámica en Libia, en Túnez, en Marruecos, en Mauritania y en Argelia, las clases dominantes de esos países han intentado e intentan impedir el desarrollo de la lucha de clases y apartar a las masas de los problemas de su miseria y de la sujeción del país al imperialismo, haciendo reflejarse ante ellas el ideal de la identidad cultural reconquistada. Si bien es cierto que en sus comienzos el nacionalismo cultural dio cierta resonancia al movimiento de las masas contra la dominación extranjera, aun que hiciera pasar ese movimiento bajo direcciones burguesas y pequeñoburguesas, no menos cierto es que hoy cubre la colaboración de las burguesías y de las pequeñoburguesas de Asia y de África con las burguesías imperialistas extranjeras y las burocracias reinantes.

Sin duda, se podría oponer a nuestra argumentación el lema de "república islámica" al cual se remiten, si no las masas iraníes en su conjunto, al menos una parte importante de ellas en el poderoso asalto que intentan contra el régimen del Sha y el imperialismo norteamericano, cuyo instrumento de dominación es aquel régimen. También allí, hay que distinguir con rigor el contenido del movimiento histórico y las formas ideológicas que reviste. El contenido del movimiento de las masas iraníes, en 1978-1979, es el rechazo de la miseria, de la dominación extranjera y de la represión militar-policíaca; es, al mismo tiempo, la aspiración al trabajo para todos, a un nivel de vida decente, a las libertades democráticas y a la independencia. En suma, ese movimiento es parte integrante del proceso global de la revolución mundial que tiende a cumplir con las tareas democráticas allí donde la revolución burguesa no lo

ha hecho ni lo puede hacer. En cuanto a la forma que ha tomado ese movimiento, consiste en oponer a la dominación extranjera lo que es nacional, a saber, el Islam chita, y a la coartación de las clases dominantes y de la corte del Sha una pureza de costumbres que se identifica con la propiedad musulmana. El lema de "república islámica", aun si por un tiempo es en gran parte mayoritario, no debe ser el árbol que oculte el bosque; no debe disimularnos la profundidad y la potencia del movimiento revolucionario que arrastra a las masas y que les hace consentir en la lucha los mayores sacrificios; en cambio, no hay duda de que después del desplome de la dictadura militar-policíaca del Sha, ese lema será utilizado por elementos de tipo feudal y por la burguesía para canalizar, limitar y contener el proceso revolucionario y para impedir por ejemplo la elección de una asamblea constituyente soberana y la formación de un gobierno obrero y campesino. Y, en ese momento, los gobiernos de Washington y de Moscú, que durante tanto tiempo sostuvieron al régimen del Sha, descubrirán las simpatías necesarias para una "república islámica" que contenga el avance de la revolución, como ya se ha podido comprobar.

Como quiera que sea, el nacionalismo cultural no sólo es una visión idealista de los procesos sociales contemporáneos: también es, y sobre todo, una ideología contrarrevolucionaria que se sirve de las aspiraciones culturales como de un medio, por no decir que como un pretexto. Los que, como Senghor, reclaman a grandes gritos un "nuevo orden cultural internacional" deben saber bien que semejante "reivindicación" no puede dejar de tener por función conservar todo el tiempo que sea posible la existencia del orden económico mundial dominado por el imperialismo. Y los que disertan sobre la urgencia que habría en instaurar un nuevo orden económico internacional saben que no se trata, de hecho, más que de un nuevo reparto de tareas entre las burguesías imperialistas y las burguesías dependientes a fin de conservar el sistema mundial existente.

La cuestión cultural debe ser planteada y tratada fuera de los callejones sin salida que acabamos de considerar. Para ello, debe volver a hundirse en el curso de la lucha de clases, a la escala de cada país y a la escala del mundo, pues es de allí de

donde objetivamente procede. Operando de tal manera, no puede dejarse de descubrir que las diferentes culturas del pasado tienen, esencialmente, dos fuentes: una se sitúa en las masas, es decir, durante milenios, en los campesinados; la otra se encuentra, por lo contrario, en los medios privilegiados de la clase dominante.

El *habitat*, la vestimenta, la alimentación, las actividades laborales y las actividades de distracción tienen, en todas las sociedades, orígenes rurales más o menos lejanos y en los que siempre es posible encontrar algunos rastros. Hasta las letras y las artes, la religión, la filosofía y las ciencias hunden sus raíces en las prácticas de antiguas comunidades rurales, en los saberes artesanales, en los saberes y las representaciones que siempre han acompañado esas prácticas. El mero origen de toda cultura, al menos de sus materiales, reside en esos terrenos sobre los cuales han vivido y creado pastores, cultivadores y artesanos.

Por otra parte, con la aparición en la antigüedad de las sociedades divididas en clases, la elaboración de las *formas culturales* se ha convertido en hecho de la clase dominante o, al menos, de elementos ligados a ella. Así, la arquitectura, la escultura, la música, el teatro y la literatura producen sus obras más ricas en relación con las clases nobiliarias, con el poder estatal y con la organización sacerdotal. Lo mismo puede decirse del arte de la vestimenta y del arte culinario. En cuanto a la religión, a la filosofía y a la ciencia, tienen por agentes a individuos especializados (pensadores sacerdotales o laicos) que crean en la dependencia del poder político y de las clases privilegiadas. El origen segundo de toda cultura, a través de los procedimientos de la elaboración de las formas, reside en el medio social de las clases dominantes en que se encontraban las riquezas y de donde llegaban las demandas planteadas por los poseedores de esas mismas riquezas.

Materiales de origen rural y formas de proveniencia aristocrática se han combinado a través de la historia, engendrando los diversos aspectos de culturas múltiples. Y cuando la burguesía ha realizado su ascenso histórico para apoderarse finalmente del poder político y crear su propio Estado de clase, ha trasladado las antiguas relaciones de equilibrio entre los materiales de origen rural y las formas de proveniencia aristocrática que ha-

bían caracterizado las culturas de la antigüedad y de la Edad Media en el mundo entero.¹²

Creadora de la actividad tecnocientífica moderna, como parte integrante de las fuerzas productivas industriales; organizadora de lenguas nacionales en detrimento de las otras lenguas relegadas desde entonces al rango de idiomas locales, y por último iniciadora de nuevos tipos de *habitat*, de vestimenta, de alimentación, de actividades de trabajo y de placer y aun de vida sexual, la burguesía se ha esforzado por desarrollar culturas diferentes entre sí por sus formas nacionales, pero idénticas en cuanto a su contenido, que no es otro que el del modo de producción capitalista.

Del Renacimiento al Siglo de las Luces, la creatividad cultural de la burguesía ascendente expresa, a través de todos sus aspectos, el movimiento histórico profundo del replazo del viejo mundo feudal por el nuevo mundo capitalista. Y durante esos tres siglos la burguesía que lucha por conquistar el poder de Estado, pero que aún no lo detenta, utiliza a su manera los materiales de origen rural y las formas de proveniencia aristocrática de la herencia cultural que ha recibido. Esto es, incluso, lo que da a las obras del Renacimiento y a las de la Edad Clásica sus rasgos comunes. A partir del momento en que la burguesía se ha convertido en la clase dominante en Europa y en el resto del mundo y en que el proletariado se levanta contra su poder, en tanto que las masas de los países colonizados tratan de destruir su yugo, la burguesía cambia política y culturalmente de signo. De creadora e iniciadora que era, se convierte en conservadora y defensiva. Su conformismo obstaculiza el devenir cultural de la humanidad como su dominación de clase obstaculiza su devenir económico, social y político.

Lo esencial de la cuestión cultural, en nuestros días, se encuentra planteado por la decadencia irremediable del modo de producción capitalista y de la burguesía y por el proceso de la revolución proletaria mundial, comenzada pero aún inconclusa, como lo hemos repetido muchas veces. Ello quiere decir que la cultura, en todos sus aspectos, sufre cada vez más los efectos

¹² Esto es lo que Antonio Gramsci ha estudiado, de manera penetrante, en su ensayo *Los intelectuales y la organización de la cultura*, publicado en italiano por Einaudi, en 1949.

esterilizadores o destructores de esta decadencia y que, por otra parte, lo inconcluso del proceso revolucionario contribuye, a su manera, al bloqueo general de la creatividad.

A partir de allí, la necesidad espontánea o artificialmente excitada de un "retorno a las fuentes" y las proclamaciones cada vez más comunes en favor de que vuelva a ponerse al frente la herencia colonial con el fin de conservar o encontrar identidades colectivas, comportan dos significados distintos. Por una parte, individuos cada vez más numerosos padecen por sus condiciones de vida y de trabajo y pierden, ante el espectáculo de la sociedad burguesa agonizante, toda confianza, casi todo respeto ante las normas antiguas de esta sociedad, es decir, la conciencia profesional, el gusto del ahorro y el sentimiento patriótico. A falta de una perspectiva revolucionaria clara, algunos entre ellos vuelven hacia las viejas entidades colectivas de naturaleza etnorregional, hacia las fuentes rurales de toda cultura y hacia nostalgias que nutren resurgimientos mágicomísticos. Por otro lado, las burguesías, asaltadas por las crisis económicas y políticas, y amenazadas, a largo plazo, por el movimiento revolucionario de las masas, fomentan todo lo que puede desviar a éstas de la lucha de clases y organizan, en grande escala, el oscurantismo, sobre todo por el empleo sistemático de los medios de comunicación de masas. Así pues, no hay nada de revolucionario ni aun de innovador en los temas que acabamos de evocar. Pero sería injusto confundir las manipulaciones de las clases dominantes y de los aparatos de Estado, en esta materia, con la espontaneidad de las vivencias individuales en busca de una alternativa en el cuadro cada vez más opresivo de la actual vida social.

Tratándose, por ejemplo, de lo que en Francia se llaman las lenguas regionales y que son, de hecho, las lenguas no francesas de los pueblos englobados en el Estado francés, primero monarcofeudal, luego, finalmente, burgués, hay que distinguir los casos en que son objeto de reivindicaciones democráticas y los casos en que son utilizadas como pretextos con vistas a obstaculizar la necesaria centralización del movimiento obrero en su lucha contra el capitalismo y el Estado burgués, él mismo fuertemente centralizado. En el primer caso, la reivindicación lingüística se inscribe en el marco de las reivindicaciones democráticas insatisfechas, y corresponde a la revolución proletaria tomarla en

cuenta y, finalmente, realizarla. En el segundo caso, se trata de una ideología cultural pequeñoburguesa recuperable y efectivamente recuperada por la burguesía que trata, por todos los medios, de oponerse al proceso revolucionario. Esto equivale a decir que sólo "el análisis concreto de una situación concreta", para retomar una fórmula de Lenin, permite encontrar la solución históricamente positiva, es decir, conforme a los intereses de la revolución. En todo caso, el rechazo por el poder central actual de las reivindicaciones lingüísticas regionales no confiere a éstas un alcance revolucionario general e indiscutible.

Por otra parte, los nacionalismos o los autonomismos regionales son, ellos mismos, fenómenos políticos ambiguos. Revuelven contra la obligación para los trabajadores de ciertas regiones de ir a buscar trabajo a otra parte, también tienen en una base social efectiva. Pero, poniendo la lucha por permanecer en el país por encima del combate de clase en el conjunto francés, obstaculizan, a su manera, la organización de ese combate y tropiezan por ello con los intereses más generales de la revolución. En caso extremo, la reivindicación de la autonomía regional o aun la de la independencia nacional es recuperable por la burguesía francesa; lo ha demostrado con relación a sus antiguas colonias. En cambio, la lucha de clases del proletariado contra la burguesía sigue siendo la única cosa que ésta es incapaz de recuperar.

De todas maneras, las reivindicaciones y las aspiraciones de que acabamos de hablar prueban que la "unidad nacional", que la burguesía había llegado, al menos en apariencia, a realizar fuera de su fase ascendente, se encuentra puesta en cuestión por su decadencia. La verdadera elección se sitúa entre formas de regresión hacia identidades colectivas históricamente superadas y la lucha por el advenimiento de un modo de producción nuevo que asegure la liberación de las fuerzas creadoras que constituye el problema cultural dominante en nuestros días para el conjunto de la humanidad.

En efecto, si tomamos en consideración los problemas de la creación cultural, en el sentido más vasto de esta expresión, es evidente que la tentación del retorno a las "fuentes rurales" es cada vez más fuerte, ante la decadencia actual, y que sin embargo no constituye más que un paliativo irrisorio. También es evidente que la búsqueda de formas nuevas, especialmente en las

letras y las artes, a menudo se convierte en una "investigación sobre la investigación" y, finalmente, en una puesta en cuestión del fundamento de las actividades de que se trata. Todos esos signos de agotamiento son efectos de la decadencia que caracteriza al modo de producción capitalista de hoy y, en diversos grados, a la producción contemporánea de las obras del espíritu. O bien, en efecto, se trata de búsquedas tecnocientíficas cuyo dinamismo sigue siendo considerable, pero ese dinamismo está sometido al capital o aun francamente contrariado por ese mismo capital, o bien se trata de la creación literaria y artística, y lo que aparece en ella es el empobrecimiento de los materiales y la abstracción cada vez más avanzada de las formas que conducen a un rompimiento entre las obras y el público. En cuanto a la vida cotidiana, considerada como la manifestación más general, más continua y más fundamental de la cultura, es víctima de una angustia creciente, de un sentimiento del absurdo y de un pesimismo del que la historia acaso podrá ofrecer fenómenos comparables durante el período final del imperio romano, el siglo XIV europeo o el fin de los grandes Estados imperiales de Asia, de África y de la América india.

A partir de allí, se podrá comprender que la cuestión decisiva para la cultura de hoy reside menos en la conservación de las herencias del pasado, de la que tanto se habla, que en el establecimiento de nuevas condiciones históricas que permitan, en el futuro, que se produzca por doquier, en el mundo, un nuevo auge de la creatividad. Y esas condiciones dependen, según nosotros, de la victoria completa e irreversible de la revolución proletaria mundial. Dicho de otra manera, es la victoria de las mismas fuerzas sociales la que nos parece la única capaz de asegurar, a la vez, la liquidación del "subdesarrollo" y un nuevo auge de la creatividad, pues para ser alcanzados, esos dos objetivos exigen que sea liberado el inmenso potencial de las fuerzas productivas que existe en nuestros días, pero que aún no está a disposición de la humanidad en su conjunto.

Desembocamos así, para terminar con la cuestión cultural, en el problema de las relaciones entre la cultura y la revolución. No pocos intelectuales aún creen que la revolución proviene de la difusión de ideas revolucionarias que finalmente se apoderan de las masas y las empujan a la acción decisiva. Según esta óptica, la

cultura sería generadora de la revolución o, al menos, la innovación cultural engendraría, a plazo más o menos largo, el proceso revolucionario. Por ello mismo, los intelectuales tendrían una misión capital en semejante desarrollo histórico.

¿Debemos recordar que el marxismo analiza los hechos de una manera diametralmente opuesta a la que acabamos de ver? Para el materialismo histórico, en efecto, la revolución surge espontáneamente del movimiento de las masas cuando llega a chocar frontalmente con las instituciones existentes y, a través de ellas, con el poder de la clase dominante. Ciertamente, Marx ha escrito en una obra de juventud: "La teoría se convierte en una fuerza material desde que penetra en las masas."¹³ Pero Marx ha precisado múltiples veces que semejante teoría sólo podía germinar en el terreno constituido por los intereses, las reivindicaciones y las aspiraciones de clase de las masas explotadas y oprimidas. Además, a partir de los años 1846-1847, ha consagrado toda su energía a la construcción del partido obrero revolucionario mundial destinado a transformar el proletariado de "clase en sí" —explotada e ideológicamente dominada por la burguesía— en "clase para sí" capaz de invertir el modo de producción capitalista y de construir en seguida la sociedad sin clases y sin Estado del comunismo. Para el materialismo histórico, la conciencia revolucionaria, lejos de provenir de la propagación de ideas revolucionarias, resulta de un esfuerzo incesante por adquirir las en relación estrecha con el trabajo de construcción de una organización de combate.

En suma, la cultura o, si se prefiere, la innovación cultural no engendra y no puede engendrar, por sí misma, el proceso histórico de la revolución. Al contrario: la revolución, al desarrollarse, crea bases nuevas para la innovación cultural, para el auge creador, por lo cual puede decirse que es generadora de cultura, en tanto que creadora de una sociedad nueva.

¹³ *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel* (1843).

XIV. GUERRAS Y REVOLUCIONES EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

LA ÉPOCA de las guerras y de las revoluciones de que hablaba Lenin es aquella en que nosotros vivimos. Y la gran cuestión, a este respecto, consiste en comprender cómo el proceso histórico de las dos guerras mundiales, de las últimas guerras coloniales y las conflagraciones militares llamadas locales y el proceso de la revolución por el poder socialista, comenzado en 1917, se distinguen uno del otro, se oponen entre sí y, sin embargo, se complementan.

Como lo hemos mostrado antes, a partir de los análisis de Lenin, las guerras del siglo xx son efectos directos, productos por así decir naturales del capitalismo llegado a su fase suprema, el imperialismo, durante el cual las contradicciones se exasperan hasta el punto de engendrar las más grandes conflagraciones de la historia de la humanidad. A este propósito, hay que recordar que son la velocidad desigual de desarrollo de las economías capitalistas y la competencia de los monopolios por la dominación de los diversos sectores del mercado mundial los factores que se hallan en el origen de los conflictos de 1914-1918 y 1939-1945. Hay que recordar también que el estado de debilidad del movimiento obrero internacional —proveniente no de las masas, sino de los aparatos dirigentes de ese movimiento— ha hecho posibles las dos guerras mundiales impidiendo que su desencadenamiento fuera seguido por la transformación de la guerra imperialista en guerra civil generalizada. Hay que recordar, por último, que la revolución mundial ha surgido, en 1917, del seno mismo de la primera Guerra Mundial y que, en 1943, del seno de la segunda Guerra Mundial, brotó el movimiento revolucionario de las masas que, en algunos años, había de entrañar el desplome del capitalismo en la Europa oriental y en China.

Nacidas de las contradicciones internas del capitalismo, las guerras del siglo xx se presentan, hasta cierto punto, como expedientes extremos para mantener el orden burgués mundial. Pero finalmente han quebrado este orden y determinado

una extensión de la revolución, aun si es verdad que ésta sigue inconclusa y se encuentra "desfigurada" y "traicionada" por la burocracia staliniana o de origen staliniano.

Si se quiere comprender el orden mundial actual y el movimiento histórico que se opone a él y tiende a destruirle, hay que remontarse a los acuerdos de Yalta y de Potsdam, en 1944-1945. En este periodo final de la segunda Guerra Mundial, los dirigentes de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña comprueban que el desplome del fascismo en Italia, del nazismo en Alemania y de los otros regímenes del mismo tipo en Europa va acompañado de un formidable avance de las masas que desean destruir el capitalismo, al mismo tiempo que el fascismo, es decir —para hablar como Bertolt Brecht—, el "vientre del que ha salido la bestia inmunda" junto con la propia bestia. Por su parte, Stalin, habiendo hecho la misma verificación, mide los riesgos de revolución política de allí resultantes para la burocracia usurpadora y parasitaria de la cual es jefe. Así los intereses contrarrevolucionarios comunes al imperialismo y a la burocracia ordenan que se efectúe una cierta división de las tareas, que se expresa en un reparto del mundo, especialmente de Europa. En virtud de los acuerdos de Yalta y de Potsdam, el imperialismo mantiene el control de la Europa occidental, de Grecia y de Turquía, y la burocracia recibe el encargo de contener y, si es necesario, de aplastar la revolución en Europa oriental, en tanto que Alemania, país dotado del proletariado más poderoso de Europa, es desmembrada entre las dos fuerzas organizadoras de la nueva Santa Alianza contrarrevolucionaria.

Como el orden mundial así fijado había de ser después trastornado por la revolución en China (1949), encontrándose muy gravemente amenazado, a partir de 1968, por el avance de la revolución social en los Estados imperialistas y en los Estados dependientes y por el avance de la revolución política en los Estados obreros burocráticos, resultaba indispensable poner al día la Santa Alianza; así se hizo en ocasión de los encuentros Nixon-Mao y Nixon-Brejnev, en el curso del año de 1972. Asimismo, con esta estructura contrarrevolucionaria tropiezan hoy todos los movimientos de masas que afrontan el orden existente: la revolución de Portugal, a partir de 1974, la revolución de Etiopía, desde 1975, los movimientos antiburocráticos en China,

en la URSS y en la Europa del Este en los últimos años, el levantamiento antiimperialista en Nicaragua en 1978, y, por último, la revolución antiimperialista en el Irán actual.

La comparación de la alianza actual entre el imperialismo y la burocracia con la Santa Alianza que reunió, contra el avance de la revolución en Europa, a Metternich, al Zar, al Estado prusiano, a la burguesía inglesa, a los Borbones y al Papa a partir de 1815, está ampliamente justificada. Y es Henry Kissinger, el ex jefe del Departamento de Estado norteamericano, el que lo confirma a su manera.

En efecto, en una obra histórica intitulada *Un mundo restaurado*, Kissinger analiza la situación actual de los Estados Unidos y, potencialmente, la suya propia, comparándola con la posición de Austria y la de Metternich en el periodo que siguió a las guerras de la Revolución francesa y del Imperio napoleónico.¹ Se trataba entonces, para Metternich, de obstrucular los nuevos desarrollos de la revolución democrática burguesa que había destruido el orden nobiliario y el Estado monarcofeudal en Francia y en los países vecinos, rompiendo el equilibrio entre las potencias en Europa, y de tratar de restaurar, si no el mundo anterior, al menos un orden y un equilibrio internacionales conservadores. Asimismo, según Kissinger, el gobierno de los Estados Unidos debe enfrentarse, en esta segunda mitad del siglo xx, a las tareas de la conservación de un orden mundial quebrantado por la Revolución de 1917 y amenazado permanentemente por sus consecuencias directas e indirectas por todo el planeta.

Así pues, si Austria, con Metternich a la cabeza, encontró, en su empresa contrarrevolucionaria, aliados, que fueron el Zar y el Papa, la burguesía inglesa y los Borbones, es fácil comprender que Kissinger verá, bastante lúcidamente, en la burocracia de Moscú y en la de Pekín —así como en sus satélites— los aliados indispensables de las burguesías imperialistas para cerrar el camino a los avances revolucionarios de las masas y para tratar de salvar, el mayor tiempo posible, el orden capitalista mundial. Así se comprende el orden actual que es, fundamentalmente, el del mercado mundial dominado por el imperialismo y que incluye su supervisión directa por las burocracias en el

¹ Henry A. Kissinger, *Un mundo restaurado*.

poder allí donde el dispositivo imperialista ha sido destruido por el movimiento de las masas, y su supervisión indirecta por el aparato internacional de la burocracia del Kremlin allí donde el mismo movimiento de masas lo pone gravemente en peligro.

Cierto, no pretendemos que la burguesía imperialista abandone de buen grado a la burocracia del Kremlin y su aparato internacional el cuidado de defender el orden existente. Sólo lo hace cuando el asalto revolucionario de las masas no le ofrece otra salida. Por ello, al nivel de las apariencias, Washington y Moscú se oponen. Pero sería una ilusión monstruosa creer que esta oposición, más aparente que real y, en todo caso, fragmentaria y sectorial en el cuadro de una colaboración fundamental, constituye el eje alrededor del cual se ordenan los acontecimientos de la historia contemporánea.²

Así como los liberales ingleses y los monarquistas constitucionales franceses hacían causa común con el Papa, el Zar y los absolutistas de Austria y de Prusia contra el movimiento revolucionario en la Europa del siglo xix, así también las burguesías imperialistas de Occidente y de Japón hacen, hoy, causa común con las burocracias de Moscú y de Pekín y sus satélites contra el avance de las masas que, en nuestros días, por doquier tiende a dislocar los Estados existentes y a destruir el orden mundial. Por ello, el peligro de una tercera guerra mundial, agitado como un fantasma durante los años cincuenta, no presenta ni actualidad quemante ni aun credibilidad un poco asegurada.

Raymond Aron cree explicar esta falta de peligro por lo que él llama el *equilibrio del terror* y que resultaría, según él, de la posesión por las grandes potencias y algunas otras de armas termonucleares y, más generalmente, de medios de exterminación masiva de la humanidad. En realidad, este esquema es aberrante,

² Tenemos plena conciencia de la dificultad de convencer, sobre este punto, al público, pues los medios de comunicación de masas actúan permanentemente para imponer la imagen de las dos "superpotencias", en lucha la una contra la otra con vistas a la dominación mundial. Queda en pie, por ejemplo, el sostén de Moscú a los gobiernos conservadores de la Europa occidental, de preferencia sobre los gobiernos de izquierda, que sólo se explica por la oposición del Kremlin a toda explosión revolucionaria, lo que le lleva a colaborar con el imperialismo para mantener la relación de fuerzas existente.

porque sugiere que los Estados Unidos y la URSS se encuentran en una situación de competencia por el dominio mundial que tan sólo pueden temperar los riesgos de aniquilamiento de la humanidad.³ Nosotros, por lo contrario, nos proponemos mostrar que las dos "superpotencias" y las fuerzas que de ellas dependen colaboran, en lo esencial, contra el movimiento revolucionario de las masas, que, por doquier y bajo diversas formas, pone en peligro la dominación de la burguesía imperialista y la de la burocracia staliniana y post-staliniana. En ese cuadro, Aron no ve o no quiere ver que el "equilibrio del terror" desempeña un papel circunstancial y relativo.

La prueba de lo que nosotros decimos reside en el hecho de que desde hace más de treinta años, el no desencadenamiento de la tercera guerra mundial va acompañado de una sucesión casi ininterrumpida de conflictos llamados locales.

En efecto, acabando de pasar la segunda Guerra Mundial, se inaugura el periodo de las últimas guerras coloniales, que comienza en Indonesia y en Indochina, en 1946, y termina en Argelia, en 1962. Esas guerras son caracterizadas, del lado de las potencias dominantes, por su carácter "defensivo". Para ellas, ya no se trata de conquistar los territorios ricos en materias primas y en mano de obra baratas, o que puedan ofrecer salidas a su comercio; tan sólo se trata de defender sus antiguas posesiones en las cuales el movimiento de masas alcanza un grado de potencia irreprimible. A través de esas guerras, el viejo colonialismo deja el lugar a las formas menos directas y mejor alternadas de la dominación imperialista.

Así, en Indochina, la burguesía francesa hace, de 1946 a 1950, una guerra de reconquista colonial y de mantenimiento de su dominio colonial sobre los pueblos de Vietnam, de Camboya y de Laos. Luego, a medida que la situación militar se degrada para el cuerpo expedicionario francés, los gobiernos de la Cuarta República se esfuerzan por "vietnamizar" el conflicto, es decir, por remitirse a la burguesía del país para que se encargue de obstaculizar el movimiento revolucionario de las masas. Al mismo tiempo, presentan, desde 1951 hasta la derrota de 1954, la guerra de Indochina como una conflagración entre el "mundo

³ Cfr. R. Aron, *Paix et guerre entre les nations*, Calmann-Lévy, 1964, 794 pp.

libre" o aun el "Occidente cristiano" y la agresión del "comunismo internacional", y aun del "totalitarismo soviético-chino".

Diríase que en el momento del desastre francés, Bidault, ministro de Asuntos Extranjeros del gobierno de Laniel, había solicitado de los Estados Unidos su intervención en el conflicto, y aun el empleo del arma atómica contra China, considerada como el aliado más próximo a las masas vietnamitas en lucha por su independencia nacional.

Manifiestamente, la burguesía francesa ya no estaba en condiciones de imponer su ley a los pueblos de Indochina, en 1954. Por otra parte, su imperio colonial se encontraba amenazado en otros puntos. En 1947, la insurrección malgache sólo había podido ser reducida por medio de una exterminación masiva, y el levantamiento general estaba a punto de estallar en Argelia. Esta decadencia del imperialismo francés y la impetuosidad de las masas indochinas determinaban una relación de fuerzas diferente de la de 1944-1945. Esto era lo que registraba la Conferencia de Ginebra en 1954 al repartir el Vietnam entre un Sur, consagrado a la dominación imperialista, y un Norte, sometido al control burocrático, con el aditamento de una Camboya y de un Laos "neutralizados". Así, el desplome del dispositivo colonial francés determina la extensión, a Indochina, de la Santa Alianza de Yalta y de Potsdam en el marco de la política de conservación del orden mundial existente.⁴

El desarrollo de la guerra de Argelia (1954-1962) presenta rasgos comparables. Durante la primera fase, correspondiente en Francia al periodo final de la Cuarta República (1954-1958), las operaciones de la guerra colonial se efectúan en nombre de la "soberanía francesa" sobre los tres "departamentos argelinos" y de la "indivisibilidad de la República". Habiendo accedido al poder en 1958, De Gaulle se pone en busca de "interlocutores" argelinos que den al imperialismo francés garantías contra el movimiento revolucionario de las masas. Los lemas finales de la "autodeterminación" y de la "Argelia argelina" expresan el paso

⁴ No es un "expansionismo" de Moscú o de Pekín el que ha arrojado al colonialismo francés de Indochina. Fue la revolución de las masas indochinas la que llevó a las burocracias de Moscú y de Pekín a hacerse cargo de un orden que el colonialismo y el imperialismo ya no lograban mantener.

del antiguo sistema colonial de la administración directa a un sistema adaptado a los intereses del imperialismo en un marco histórico que se caracterizaba por el ascenso del movimiento de las masas. Después de largas maniobras y tergiversaciones que prolongan la guerra, De Gaulle encuentra sus interlocutores en los dirigentes del Frente de Liberación Nacional argelino. Los acuerdos de Evian (1962) concretan la nueva relación de fuerzas entre la burguesía imperialista francesa y un aparato que representa a la vez los intereses de la burguesía argelina y los de ciertos elementos pequeñoburgueses que se han vuelto importantes a consecuencia de la debilidad histórica de esta última.⁵

En la guerra de Argelia, como en la de Indochina, las masas obreras y campesinas han destruido la armazón del colonialismo que las aplastaba pero, por consecuencia de su naturaleza no revolucionaria y hasta contrarrevolucionaria, el Vietnamh y el FLN han contenido cada uno a su manera, y al menos por un tiempo bloqueado, la revolución en curso: de allí el reparto de Indochina entre el imperialismo y la burocracia en Ginebra, y la formación de un Estado burgués argelino, con el sostén de la burocracia del Kremlin.

En cuanto a la guerra norteamericana en Vietnam, ha sido producto natural de los acuerdos de Ginebra, pues era imposible al imperialismo de los Estados Unidos estabilizar duraderamente al Estado sudvietnamita, a pesar de las inversiones financieras y militares considerables de 1955 a 1975.

A propósito, resulta interesante comparar la evolución de la situación en Vietnam y en Alemania, es decir, en naciones separadas entre dos Estados por resultado de la división del mundo entre el imperialismo y la burocracia. Como es sabido, en Alemania, la República Federal del Occidente ha llegado al rango de

⁵ Los acuerdos de Evian son las más de las veces mal comprendidos. Los antiguos "franceses de Argelia" han visto en ellos una tracción a sus intereses y una capitulación de De Gaulle ante lo que llamaban la "rebelión argelina"; la mayoría de los franceses de la metrópoli han visto en ellos el fin de una guerra cuyos gastos ya no querían pagar. Más allá de esas apreciaciones afectivas, los acuerdos de Evian han sido acuerdos de "estabilización" del orden capitalista en el Mediterráneo occidental, poniendo término a la última guerra colonial francesa y contentiendo, por un tiempo, el proceso histórico de la revolución en Argelia.

las grandes potencias porque su burguesía seguía siendo heredera del imperialismo alemán, en tanto que la República Democrática del Este, estrechamente controlada por la burocracia del Kremlin, sólo debía ser difícil supervivencia a las coacciones represivas más extremas, de las que el "muro de Berlín" es a la vez manifestación y símbolo. Eno significa que, para las masas alemanas, el Estado del Oeste aparecía y aparece como menos contrario a sus aspiraciones a la unidad que el Estado del Este, aun si es cierto que la división del país proviene de la responsabilidad conjunta del imperialismo y de la burocracia.

Muy diferente era el caso de Vietnam, pues la burguesía de Saigón, históricamente atrofada por la dominación colonial francesa, era totalmente incapaz de transformarse en una clase "nacional" que tomara la iniciativa de realizar las tareas de la revolución democrática en el Vietnam del Sur: revolución agraria, libertades fundamentales, independencia nacional verdadera y nuevo auge de las fuerzas productivas. Por lo contrario, del régimen dictatorial de Diem a la dictadura militar de los Minh, de los Ky y de los Thieu, esta burguesía se ha hundido cada vez más en su "compradorismo", acompañado de una corrupción y de una represión policiaca cada vez más insostenibles para las masas. A los ojos de estas masas, era el Estado del Norte, por muy burocrático que resultase, el que parecía más "nacional" o, en todo caso, más capaz de realizar la indispensable unidad nacional que el Estado del Sur, simple relevo de la dominación imperialista de los Estados Unidos.

La diferencia entre la Alemania Occidental y el Vietnam del Sur se debe al hecho de que la burguesía alemana occidental es una burguesía imperialista, en parte completa, aun si ciertos nexos de subordinación la unen a la burguesía de los Estados Unidos, en tanto que la burguesía sudvietnamita era una burguesía "compradora" íntegramente vasalla de la de los Estados Unidos e incapaz de liberarse de esta condición sometida. A partir de allí, la evolución política de la guerra norteamericana en Vietnam estaba condenada de antemano al desenlace que todos sabemos: a la derrota de 1975.

Hablando militarmente, el imperialismo de los Estados Unidos disponía, sin duda, de los medios requeridos para extinguir al pueblo vietnamita o para hacer durar el conflicto

largo tiempo sin que las burocracias de Moscú y de Pekín tuvieran interés en oponerse de manera decisiva. Pero la guerra abarca una política que es, según la famosa frase de Clausewitz, su continuación por otros medios.

Esta política de la guerra exterminadora y de muy larga duración ha tropezado con diferentes obstáculos: el rechazo cada vez más generalizado de los soldados norteamericanos a participar, o al menos, a participar activa y eficazmente en una guerra que no les parecía conforme a los intereses de su pueblo; la resistencia sorda pero auténtica de la clase obrera de los Estados Unidos a una guerra de naturaleza colonial, en que las contradicciones se exasperaban entre las clases y entre, por una parte, las minorías étnicas y, por otra parte, el Estado burgués en el interior mismo de la ciudadela norteamericana; el declinar progresivo de la influencia de Washington sobre las burguesías "compradoras" de la América Latina, de Asia y de África, a consecuencia del conflicto vietnamita y, por último, la radicalización revolucionaria de las masas en el propio Vietnam del Sur. A pesar del envío de militares del contingente por Kennedy, de los bombardeos del Vietnam del Norte por Johnson, y del recrudescimiento de esos bombardeos, así como de la extensión de la guerra a Camboya, por Nixon, el imperialismo norteamericano no logra obtener a su favor la decisión militar-política. Así, el norteamericano Kissinger y el vietnamita Le Duc Tho firman, en 1973, los Acuerdos de París, que ponen el poder de Vietnam del Sur en tres componentes: el Frente Nacional de Liberación, dirigido por la burocracia satélite del Kremlin, los partidarios de Thieu, vassallos del imperialismo de los Estados Unidos, y un tercer componente formado por elementos budistas y otros que se habían pronunciado en favor de una especie de neutralidad entre los dos primeros.

La significación de los Acuerdos de París es clara: impedir el desencadenamiento revolucionario de las masas del sur porque amenaza con una revolución social, y el régimen burocrático del norte, al que amenaza con una revolución política. Los Acuerdos de París, como los de Ginebra, se deben a la Santa Alianza mundial entre el imperialismo y la burocracia; son una actualiza-

ción adaptada a un cambio local de la relación de las fuerzas que el imperialismo y la burocracia se ven obligados a registrar.

La bancarrota de los Acuerdos de París, el desplome del régimen de Thieu y la unificación de todo Vietnam bajo la égida de la burocracia de Hanoi no son, en absoluto, obra de una iniciativa de las burocracias de la URSS, de China o de Vietnam del Norte. Resultan del movimiento de las masas que, en dos años, han destruido el edificio de la componenda imperialistaburocrática. En 1975, el régimen de Thieu y el tercer componente se descomponen, en tanto que las masas forman consejos obreros y capitalistas que se adueñan del poder en Hué, en Danang, en Cholon, en los campos y en el propio Saigón. Ante este avance irresistible de las masas, el régimen sudvietnamita se desploma y el aparato burocrático del norte reemplaza los consejos, surgidos espontáneamente, por su dirección burocrática. Como en China en 1949, la burocracia contiene y rompe la revolución constituyendo, a la escala del Vietnam por fin reunificado, un Estado obrero deformado y burocratizado.

Por ello, la liquidación del régimen de Thieu y la partida de las tropas norteamericanas de Vietnam, en 1975, constituyen una derrota considerable para el imperialismo de los Estados Unidos, en particular, y para el imperialismo internacional, en general. Ello no impide que, hablando positivamente, se trate menos de una victoria de la revolución vietnamita, en el fondo confiscada por la burocracia, que de una victoria del proletariado mundial al cual corresponde terminar conjuntamente con el imperialismo y con la burocracia.

Los enfrentamientos militares actuales entre Vietnam y Camboya revelan el carácter burocrático de los Estados en cuestión y el hecho de que, a través de ellos, las burocracias de Moscú y de Pekín continúan ajustando sus cuentas, que no tienen nada que ver con las de pueblos de intereses fundamentalmente comunes.

Las persecuciones de las autoridades vietnamitas contra los chinos que residen en ese país pueden explicarse, en parte, por el hecho de que esos chinos desempeñaron tradicionalmente un papel capital en los circuitos comerciales; también se deben al autoritarismo represivo de la burocracia que es in-

capaz de readaptar, como lo haría un Estado obrero revolucionario, diversas fracciones de la población.

Por otra parte, el régimen de Kampuchea (ex Camboya) no deja de dar las indicaciones más inquietantes. Al derrostrar, en 1970, el derrocamiento de la monarquía del príncipe Norodon Sihanouk y remplazarla por la "república" ferozmente represiva y profundamente corrompida de Lon Nol, el imperialismo de los Estados Unidos ha hundido a ese país en una tragedia que aún no termina. En 1975, los "Khmers rojos" iiquidaban el régimen de Lon Nol e instauraban un sistema político del cual se sabe que está ligado a la burocracia de Pekín y del que se puede pensar que ha sometido a su población a uno de los "experimentos" más totalitarios y más destructores que jamás se hayan conocido. Camboya es, probablemente, la expresión más avanzada de la confiscación del poder por la burocracia y de su acción contrarrevolucionaria más radical.⁸

Hemos de hablar ahora de un conflicto armado particularmente sangriento (más de un millón de muertos) que se ha desarrollado en África, de 1966 a 1971, y que algunos llaman la guerra civil de Nigeria, en tanto que otros lo designan con el nombre de guerra de Biafra. Habiendo accedido a la soberanía internacional en 1960, la Federación de Nigeria era una creación artificial y mezclada del colonialismo inglés. En este conjunto administrativo, cuya población alcanza hoy 80 millones de habitantes —el Estado más poblado de África—, hay que distinguir principalmente al pueblo haoussa en el norte, al pueblo yoruba, en el sudoeste, y al pueblo ibo, en el sudeste.

La política del colonialismo inglés siguió en Nigeria un camino comparable al del colonialismo francés en Camerún, en Togo y en el Congo-Brazzaville. En una primera parte, ha buscado sus colaboradores principalmente en las poblaciones costeras —en el caso, los ibo y los yoruba— y, cuando éstas se han levantado contra la dominación extranjera, ha utilizado contra ellas a las poblaciones del interior, del norte —en este caso, los haoussa. Así, el colonialismo ha creado contradicciones, prolon-

⁸ El régimen monstruosamente asesino de Pol Pot, apoyado por el antiguo clan maoísta en China, ha preparado, con sus asesinatos en masa, la invasión del Camboya por las tropas vietnamitas sometidas a la hegemonía del Kremlin.

gadas por el imperialismo, entre las burguesías ibo y yoruba y la clase nobiliaria dominante entre los haoussa.

El poder político concedido por el imperialismo inglés a los "feudales" haoussa, en 1960, debía troppezar no sólo con el movimiento general de las masas nigerianas, sino también con las competencias de las burguesías yoruba e ibo. Entre 1960 y 1966, la tensión más fuerte opone los burgueses yoruba a los "feudales" haoussa. En 1966, son los burgueses ibo y sus representantes en el ejército los que entran en acción y derrocan al poder haoussa, a lo cual el norte responde por una matanza de los ibos que se encuentran en el lugar. Una serie de golpes de Estado militar y de matanzas terminan en la secesión del sudoeste ibo bajo el nombre de Estado de Biafra —apoyado por los imperialistas franceses y portugueses y la burocracia de Pekín—, en tanto que los Estados Unidos, la URSS y la Gran Bretaña dan su apoyo al Estado central nigeriano, controlado por una coalición de los "feudales" haoussa y de la burguesía yoruba.

Una guerra de cinco años permite al régimen militar de Gowon liquidar, al precio de destrucciones humanas enormes, la secesión biafrana y restablecer la unidad del Estado nigeriano.

Así, en el país más poblado del continente africano, la energía potencialmente revolucionaria de las masas ha sido desviada de sus objetivos antimperialistas y ha sido utilizada en una "guerra civil" no revolucionaria, enfrentándose, por intermedio de haoussa, yoruba e ibo, los intereses financieros —principalmente petroleros— de las diversas potencias imperialistas con el concurso de las grandes burocracias, por primera vez en conflicto abierto: los rusos de un lado, los chinos del otro. Así pues, todo ha ocurrido como si la guerra de Nigeria-Biafra constituyera un episodio militar "local" indispensable para el mantenimiento de la paz entre las potencias, a la escala mundial.

A partir de allí, podemos interrogarnos sobre el significado histórico y la función política de las cuatro guerras que han enfrentado, en la región del Cercano Oriente, las fuerzas militares de los colonos sionistas —convertidas, en 1948, en las del Estado de Israel— y las de la mayor parte de los Estados árabes, en 1948, en 1956, en 1967 y en 1973.

El desplome del imperio otomano, en 1918, permite a los

imperialismos inglés y francés instaurar su control total sobre la región del Cercano Oriente, de grandes riquezas petroleras y en una posición estratégica de la mayor importancia. El imperialismo francés se apodera de Siria y de Líbano; durante un cuarto de siglo reinará oponiendo feudales y burgueses en los dos países y jugando, además, con las divisiones religiosas del Líbano. Esta dominación se encuentra en el origen de la descomposición actual del Estado libanés.

Ya instalado antes en Egipto, el imperialismo inglés instaura su dominación sobre Arabia, Irak y Transjordania, colocando en el lugar monarquías vasallas y apoyándose en los grandes terratenientes nobiliarios contra el movimiento de liberación de las masas. En Palestina, el imperialismo inglés se servirá de los colonos sionistas a los que ha prometido un "hogar nacional", por la declaración de Balfour, en 1917, para contener el movimiento de las masas, aún más poderoso allí que en los otros países de la región. También se apoyará sobre los feudales palestinos que, por lo demás, han favorecido la implantación sionista vendiendo, ellos mismos, una parte de sus tierras a los colonos judíos, desde el comienzo del siglo.

Colonos sionistas y árabes feudales son, evidentemente, los peones del imperialismo sobre el tablero del Cercano Oriente. Lo esencial para el imperialismo y también para la burocracia staliniana es que la revolución social no prive a las grandes potencias de su aprovisionamiento petrolero; no rompa el equilibrio precario de los Estados "compradores" del Mediterráneo y del Océano Índico, y, por último, no provoque un avance de la revolución política en el interior de la URSS, geográficamente próxima.

Al desencadenar el reparto de Palestina, al término del mandato británico, los sionistas crean en 1948 el Estado de Israel, inmediatamente reconocido por la URSS y los Estados Unidos. Estalla una guerra entre ese nuevo Estado y los países árabes vecinos. Pero los ejércitos de estos últimos, mal equipados, mal dirigidos y mal apoyados por gobiernos sometidos al imperialismo, son llevados a la derrota. Así, de esta derrota surgirán diversos desarrollos del nacionalismo árabe, especialmente el régimen de Nasser en Egipto.

Entre 1948 y 1955, ocurre un nuevo despliegue de las

fuerzas políticas y militares en el Cercano Oriente. Israel se convierte en la punta de lanza del imperialismo norteamericano en la región, mientras que la burocracia del Kremlin se encarga de la canalización y el rechazo del movimiento revolucionario en Egipto, en Siria y en Irak. Teniendo en cuenta ese movimiento, y obligado a darle algunas satisfacciones para mantener su régimen, Nasser nacionaliza, en 1956, la Compañía del Canal de Suez. Aprovechando las circunstancias, Ben Gurión, primer ministro israelí, se lanza a una política de expansión que apunta hacia el blanco de la región egipcia del Sinaí. Mientras que el imperialismo inglés y el imperialismo francés lanzan una operación aérea combinada contra el Canal de Suez y las ciudades del sector, Israel invade el Sinaí. La URSS, que acaba de aplastar la revolución de los colonos en Hungría (noviembre de 1956) se pone de acuerdo con los Estados Unidos para obligar a los ingleses, los franceses y los israelíes a detener sus operaciones de guerra y volver a sus puntos de partida.

El precario equilibrio de las fuerzas militares y políticas se rompe de nuevo en 1967; es la Guerra de los Seis Días durante la cual el ejército israelí deshace las tropas egipcias, sirias y jordanas, y ocupa Gaza y el Sinaí, la Cisjordania y las alturas del Golán. Pese a la condenación de la ONU, Israel aún mantiene, en 1979, la ocupación de casi todos los territorios egipcios, jordanos y sirios realizada durante la Guerra de los Seis Días. De hecho, el imperialismo de los Estados Unidos se ha comprometido a fondo del lado de Israel, y, en Occidente, tan sólo De Gaulle se desolidariza de esta agresión. En cambio, la burocracia del Kremlin se guarda bien de dar a los Estados árabes los medios de poner en cuestión el golpe israelí.

Expulsados, en gran parte, de Israel, en 1948, los palestinos se encuentran, en 1967, expulsados de la Cisjordania pero obligados a sufrir allí la ley del ocupante. Así la política del imperialismo y de la burocracia ha privado completamente de su territorio nacional al pueblo palestino, creando un irredentismo insoluble en el marco de los Estados existentes en el Cercano Oriente.⁷

Las aspiraciones de las masas palestinas de recobrar su tierra natal y terminar con la ocupación sionista, arrastran a las

masas árabes de la región a un gran movimiento antimperialista. Este movimiento amenaza al Estado jordano que colabora estrechamente con el imperialismo norteamericano y cuyo jefe, el rey Hussein, se apoya, en el interior, sobre los grandes señores feudales. En septiembre de 1970, Hussein hace que su ejército extermine un número considerable de palestinos refugiados en Jordania. Dirigida por movimientos burgueses o pequeñoburgueses, la Organización para la Liberación de Palestina da la espalda a la lucha de clases, predica la unión nacional entre todos los palestinos y busca el apoyo de los Estados árabes, incluso de los más reaccionarios, como el de la Arabia Saudita. Así, su principal dirigente, Yasser Arafat, se reconciliará después con Hussein, pese a las matanzas del "septiembre negro". Y la lucha de las masas palestinas será contenida y aislada por relación a las posibilidades de la lucha de clases en el Cercano Oriente.

En 1973, el imperialismo norteamericano siente el peligro que correría al no tener como aliados en la región más que a los dirigentes sionistas; además, desea la reapertura del Canal de Suez, cerrado desde 1956. Así pues, en septiembre deja que Egipto y Siria se lancen a una guerra por la reconquista de los territorios ocupados: por Israel desde 1967. Sorprendido y en peligro durante algunos días, Israel hace una reafirmación difícil, que permitirá llegar al fin rápido de una guerra "sin vencedores ni vencidos". Egipto recupera una pequeña banda del territorio del Sinaí, pero Siria es finalmente rechazada fuera del Golán que, en un primer movimiento, su ejército había liberado del ocupante sionista.

Finalmente, la guerra de septiembre de 1973 permitirá al imperialismo norteamericano restablecer plenamente su influencia sobre Egipto. Esta guerra le servirá de pretexto para tratar de hacer pagar, por los imperialismos de la Europa occidental y del Japón, los gastos de la crisis económica comentada, de hecho, en 1972. En efecto, Washington jugará, contra los imperialismos más débiles que el suyo, con el alza de los hidrocarburos en complicidad con los dirigentes feudalo-

⁷ *Cfr. Le conflit israélo-arabe*, Dossier, Les Temps Modernes, 1967, núm. 253 bis, 991 pp.

capitalistas de los Estados petroleros del Medio Oriente (Arabia Saudita, Emiratos del Golfo, Irán, etc.).

Principalmente refugiados en el Líbano después del "septiembre negro", los palestinos pagan todas estas operaciones. En relación con las masas libanesas, ponen en peligro al Estado de Beirut y su régimen corrompido. Y es la Siria de Assad, armada por la URSS, la que aplastará, en 1975-1976, a los palestinos y a la izquierda libanesa, es decir, la avanzada revolucionaria de las masas en ese país. Se contarán más de 60 000 muertos.

El problema palestino se ha convertido en el meollo de la cuestión del Cercano Oriente, zona dominada por el imperialismo con la colaboración de la URSS; zona donde el movimiento revolucionario de las masas sigue siendo amenazador para el orden mundial actual, pero donde las organizaciones políticas existentes están controladas por las fuerzas internacionales que perpetúan la situación que hemos visto.

Desde 1977, el imperialismo de los Estados Unidos mueve a Sadat y a Begin a un compromiso político-militar, a una paz separada egipcio-israelí, con el fin de evitar nuevas explosiones revolucionarias que destruirían los regímenes existentes. Pero, aparte de que ese compromiso es de una dificultad extrema, por no decir una casi imposibilidad, para el Estado sionista y el Estado egipcio, su realización no impediría a las masas de la región, especialmente a las masas palestinas, entrar en conflicto, tarde o temprano, con los dispositivos de la dominación imperialista, apoyados por la burocracia de Moscú. Fundamentalmente, la solución de la cuestión nacional, en el Cercano Oriente como en otras partes, no es realizable por la Santa Alianza del imperialismo y de la burocracia, ni está al alcance de las burguesías "nacionales"; pasa por el desarrollo de la lucha de clases y se un⁷ al curso histórico de la revolución mundial.

Un último ejemplo de conflicto armado nos parece igualmente revelador: el de las operaciones militares que se han desarrollado desde hace tres años en la región designada por los geógrafos con el nombre de Cuerno del África.

Por un lado, la República de Somalia—formada en 1960, de una antigua colonia italiana y de una antigua colonia ingle-

sa, que ha vivido hasta 1969 bajo un régimen seudoparlamentario y realmente corrompido, ha visto a las masas destruir ese régimen sin que un partido revolucionario llegara a crear un gobierno obrero y campesino; en ese vacío se instala al ejército, obligado verbalmente a responder al movimiento de las masas y que recurre para ello a la ayuda de la URSS y a unos lemas que se atribuyen el "socialismo científico" y el "marxismo-leninismo", pero sin tolerar, desde luego, la formación de organizaciones obreras y campesinas democráticas e independientes del poder. Del otro lado, el Imperio de Etiopía, convertido, al término de la segunda Guerra Mundial, en pieza maestra del imperialismo, especialmente el norteamericano, para toda el África oriental, se desploma, en 1974, bajo los golpes de los trabajadores y los estudiantes de Addis-Abeba y por el campesinado pobre en la mayoría de las regiones del país. Pero también allí, la ausencia de un partido revolucionario crea un vacío que el ejército ocupa, con el fin de salvar lo que pueda salvarse del aparato de Estado. Después de un período de nacionalismo, bajo el lema de "primero Etiopía", durante el cual el órgano supremo de la dictadura militar, el DERC, se esfuerza vanamente por obtener el apoyo de las masas para aplastar la insurrección del pueblo eritreano entregado a Etiopía por el imperialismo en 1945, los jefes militares comprenden que para mantenerse en el poder, tienen que utilizar otros medios y otro idioma. Se vuelven entonces del lado de la URSS y se atribuyen, en los discursos oficiales, el "socialismo científico" y el "marxismo-leninismo". A favor de esos nuevos lemas, el coronel Mengistu Hailé Mariam, convertido en amo del DERC en 1977, organiza una matanza de estudiantes en Addis-Abeba antes de ir a recibir a Moscú la confirmación de sus méritos por Brejnev.

Pero el año 1977 debía ser fértil en novedades para el Cuerno del África. Aprovechando la descomposición del Estado etíope, las masas campesinas destruyen las viejas estructuras nobiliarias y sacerdotales; se reparten las tierras mientras que en Addis-Abeba, el DERC se enfrenta a los obreros y los estudiantes. En la provincia de Ogaden, mayoritariamente poblada de somalíes, el movimiento de masas toma la forma de una secesión del imperio etíope y un retorno a la patria

somalí. Ante esta situación, el Estado somalí —pese a las presiones de Syaad Barré— se ve obligado a acudir en socorro de los somalíes del Ogaden. Por otro lado, el Estado etíope dirigido por Mengistu Hailé Mariam se ve obligado a impedir la secesión de Ogaden, lo cual representaría la dislocación y el desplome del Estado que dirige, teniendo en cuenta, por otra parte, la insurrección eritreana que estalla en el norte.

La guerra somalo-etíope estalla, pues, y toma proporciones tanto más importantes cuanto que Mogadiscio dispone de un material soviético nada desdenable, en tanto que Addis-Abeba puede utilizar a la vez los antiguos arsenales norteamericanos y los envíos soviéticos que comienzan a llegar. Así, la burocracia del Kremlin se ha encontrado en una contradicción extrema: había equipado a Somalia durante ocho años y dispuesto, en su territorio, de la base naval de Berbera, y se encontraba, en adelante, comprometida en Etiopía, país cuya importancia estratégica, superior a la de Somalia, no se puede cuestionar.

También los dirigentes somalíes, notando que Moscú juega la carta etíope, despiden a los ayudantes técnicos soviéticos y finalmente rompen con la URSS. En algunas semanas, la fraseología prosoviética, las referencias ideológicas al "socialismo científico" y al "marxismo-leninismo" desaparecen, y dejan el lugar a una propaganda árabe-islámica que cubre y justifica los nexos apresuradamente atados por Syaad Barré con el rey de Arabia y el Sha de Irán. Así puede tomarse la medida de esta "revolución otorgada", que durante ocho años había proclamado el régimen de Mogadiscio.

En cambio, los mismos lemas prosoviéticos y las mismas referencias "socialistas científicas" son utilizados cada vez más intensamente por la dictadura militar etíope, con los fines contrarrevolucionarios que todos sabemos. Las operaciones de guerra se desarrollan de la manera siguiente: durante todo el año 1977, las masas somalíes de Ogaden, ayudadas militarmente por la República somalí, obtienen victoria tras victoria. Este asalto libera todo Ogaden de la dominación etíope, y el ferrocarril de Djibouti a Addis-Abeba queda cortado en varios puntos. Al comienzo de 1968, la llegada de las armas provenientes de la URSS y la intervención de consejeros militares soviéticos y cubanos permiten al ejército etíope lanzar una con-

traofensiva que hace retroceder las tropas enemigas a la frontera somalo-etíope. En esas circunstancias, Washington y Moscú comulgan públicamente en la proclamación del mismo dogma: la intangibilidad de las fronteras coloniales del África.

Después de terminadas las operaciones militares de Ogaden, la burocracia del Kremlin y su auxiliar, la burocracia castriata, se esfuerzan por dar a la dictadura militar de Addis-Ababa los medios militares y políticos para terminar con la insurrección del pueblo eritreo, pues lo esencial es restablecer al Estado etíope, garante del orden mundial en esta región del África. Esto es lo que está desarrollándose actualmente, cuando la exterminación de los guerrilleros y de las poblaciones de Eritrea está en curso. Y, también allí, Moscú se encuentra en una contradicción extrema, puesto que los movimientos de liberación de Eritrea hace poco fueron ayudados por la URSS, y armados por ella, y puesto que, en adelante, a las fuerzas etíopes equipadas por la misma Unión Soviética se están enfrentando.

Las guerras del Cuerno del África, como las del Cercano Oriente, sólo se comprenden a partir del movimiento revolucionario de las masas que pone en duda el equilibrio de las fuerzas y el orden mundial en una región dada, y de las acciones conjuntas del imperialismo y de la burocracia del Kremlin por restablecer y salvaguardar este equilibrio y orden. Contrario a lo que afirma una opinión muy establecida por los medios de comunicación de masas, los Estados Unidos y la URSS no están en competencia por la dominación del continente africano. Tan sólo cuando el dispositivo de la dominación imperialista es dislocado y destruido en alguna parte por el movimiento de las masas, la burocracia de la URSS y de sus satélites interviene para frenar, desviar y, finalmente, contener ese movimiento en lugar del imperialismo, ya impotente—al menos por un tiempo—para hacerlo por sí mismo.

En cuanto a la burocracia de Pekín, es claro que su política está esencialmente dirigida por su oposición a la de Moscú. Asimismo, en el plano internacional, Pekín no vacila en hacer causa común con los Estados Unidos cuando se trata de oponerse a las formas específicas de la acción de Moscú. Queda en pie el hecho de que la burocracia china desempeña, en ad-

lante, su papel propio en el concierto de las potencias, es decir, en los esfuerzos conjuntos por mantener en su lugar el orden mundial existente.

En conclusión, hemos de denunciar los falsos relativos a una guerra mundial que enfrentará a las dos "superpotencias" y el falso antagonismo entre los Estados Unidos y la URSS, en supuesta competencia por la dominación del mundo. Estimamos, por lo contrario, que los riesgos de una tercera conflagración planetaria actualmente son débiles por el hecho de que el imperialismo y las burocracias reinantes tienen por interés común el mantenimiento del *statu quo* ante el proceso, igualmente amenazador para ellas, de las masas que tratan de hacer triunfar sus reivindicaciones y sus aspiraciones. Estimamos también que la "paz mundial", que reposa sobre la explotación del trabajo social, la opresión de las masas y de los pueblos y la represión generalizada bajo diversas formas, tiene, por contrapartida, una sucesión casi ininterrumpida de conflictos llamados locales a través de los cuales el imperialismo y la burocracia desvían las energías revolucionarias de las masas y ajustan, según las revoluciones en curso, sus relaciones de fuerza mutua.

Así pues, en nuestros días, la revolución mundial tropieza con las empresas guerreras organizadas contra ella. Por otra parte, esas empresas deterioran y dislocan la estabilidad de los Estados encargados de mantener el orden social interno y el equilibrio externo entre las potencias. Por ello, las guerras llamadas locales concurren, en definitiva, a acelerar el proceso histórico revolucionario que tenían por función inicial contrariar.

XV. ¿CONSTRUCCIÓN DEL SOCIALISMO POR PAÍSES O REVOLUCIÓN PERMANENTE?

El sentimiento de que el mundo actual está en crisis y de que no puede darse ninguna solución positiva a las aspiraciones esenciales y a las reivindicaciones fundamentales en el marco de semejante mundo está infinitamente más extendido de lo que creen los intelectuales; pues si bien estos últimos disertan fácilmente sobre la crisis, no deben olvidar que millones de asalariados y centenas de millones de campesinos pobres hacen cada día, sin disertar sobre ello, la experiencia de los bloqueos que son las manifestaciones concretas de la crisis en cuestión.

Así pues, lo que falta no es conciencia de la crisis, es, antes bien, la de los medios requeridos para superarla radicalmente, es decir, para destruir el orden social existente y remplazarlo por un modo de producción y de existencia nuevo. Ciertamente, los trabajadores saben que el triunfo de la menor reivindicación exige que ellos mismos organicen sus luchas. En los Estados burocráticos, ninguna organización obrera, independiente del Estado del partido reinante, es aceptada por la legislación en vigor ni tolerada por la policía. No por ello deja de ser cierto que surgen sindicatos no oficiales desde hace algunos años en la URSS y en la Europa oriental. En los Estados capitalistas de los continentes dominados por el imperialismo, la situación es bastante similar, aun cuando halla una relación diferente entre las clases sociales. No obstante, se crean agrupamientos clandestinos, que funcionan y actúan. Por último, en los Estados imperialistas, existen centrales sindicales legales y partidos obreros legales, pero los aparatos dirigentes de esas centrales y de esos partidos están entre las manos de jefes reformistas que practican la colaboración de clase con la burguesía, o entre las manos de jefes stalinianos que, para salvar las burocracias reinantes, se esfuerzan por mantener el orden capitalista contra el avance revolucionario de las masas.

Las masas en cuestión se sirven de los sindicatos reformistas o stalinianos y votan, cuando las competencias electora-

les, por los partidos dirigidos por esos mismos reformistas y esos mismos stalinianos porque no disponen, por el momento, de otros medios organizativos de expresar sus reivindicaciones y sus aspiraciones de clase. Ante esta situación, Trotsky preconizaba en 1938, la estrategia del frente único obrero contra el capitalismo, con vistas a causar la ruptura de las organizaciones proletarias existentes con la burguesía y, mediante esa estrategia, la construcción de un nuevo partido revolucionario internacional, destinado a remplazar las viejas direcciones reformista y staliniana del movimiento obrero con el fin de llevar la revolución mundial a su término victorioso. Y, por austera que parezca a algunos, esta problemática política sigue siendo, en nuestros días, perfectamente actual.

Queda en pie el hecho de que ante la mirada de las nuevas generaciones, pasa el tiempo sin que ese trabajo militante de construcción de una nueva dirección revolucionaria del movimiento obrero mundial haya llegado a cambiar visiblemente la faz de la tierra y, a *fortiori*, la propia tierra. Así algunos buscan —y esto es inevitable, por razón del peso de la ideología dominante— caminos más cortos, soluciones de remplazo, vías nuevas o formas de lucha calificadas de innovadoras y fundadas sobre un despliegue creador de la imaginación.

La descomposición del modo de producción capitalista y la represión burocrática en los países en que el capitalismo ha sido destruido hacen aparecer, con urgencia e intensidad particulares, ciertas cuestiones: la liberación de las mujeres por relación con la explotación y la opresión que pesan sobre ellas; la liberación de las generaciones jóvenes, aún más bloqueadas que las otras en sus aspiraciones; la liberación de pueblos oprimidos y reprimidos en sus luchas por la independencia nacional o por el reconocimiento de lo que se llama su "identidad cultural"; por último, la liberación de minorías de toda índole que exigen, en adelante, un "derecho a la diferencia".

Toda la cuestión está en saber si esas luchas de liberación pueden alcanzar eficazmente sus objetivos en el marco del mundo actual; consiste también en preguntarse si, fuera de la lucha de clases, quieren la menor oportunidad de éxito y si no se están arriesgando a constituir derivativos por relación al desarrollo de esta lucha fundamental y axial. Entonces, resulta

lícito pensar que el movimiento revolucionario de las masas debe, en su interés mismo, realmente hacerse cargo de las aspiraciones que acabamos de citar, pero que la cuestión de las cuestiones reside, siempre, en la organización de una dirección históricamente eficaz, es decir, revolucionaria de ese movimiento. Así queda replanteada la exigencia de la construcción de un nuevo partido obrero revolucionario internacional en la línea recta de lo que Marx y Engels, Lenin y Trotsky, han tratado de realizar por medio de las Internacionales Proletarias.

Pero esta exigencia sólo tiene sentido si previamente se encuentra reconocido el proceso de la revolución mundial que, con la mayor frecuencia inconscientemente, mueve a las masas contemporáneas a afrontar a las burguesías y a las burocracias reinantes y a quebrantar los aparatos de Estado existentes. Y sin el reconocimiento de ese proceso, la comprensión de los trastornos en curso desde hace más de 60 años resulta completamente imposible. De la Revolución rusa de 1917 a la revolución iraní actual, pasando por la revolución en la Europa oriental y en China, por la revolución en Portugal y en Vietnam, sin olvidar los asaltos de las masas a los Estados casi por doquier en el mundo, el proceso de la revolución mundial es visible, por poco que se atreva uno a juicios sobre acontecimientos o fracasos fragmentarios y que se desee pensar a la escala del mundo y a la escala del siglo.

La existencia de Estados obreros burocráticos, de la Alemania Oriental a Vietnam, no debe considerarse ni como un fracaso fatal de la revolución proletaria, ni como una etapa necesaria de su desarrollo histórico. Aparecido en la URSS, en el periodo de 1923-1927, el Estado obrero degenerado, el Estado obrero burocrático, ha expresado, ante todo, una relación entre las clases a la escala internacional—después de la derrota de la revolución alemana en 1923—y una relación de fuerza, en el interior de la URSS, entre el proletariado vencedor y una burocracia usurpadora y parasitaria que ha logrado apropiarse políticamente a ese proletariado. En cuanto a los demás Estados burocráticos, son productos históricos de lo inconcluso de la revolución mundial y de la colaboración entre el imperalismo y la burocracia del Kremlin, con el fin de que esa situación inconclusa se prolongue el mayor tiempo posible. A pesar

de ello, el capitalismo, como base real de la vida social, se ha desplomado en la Europa oriental, entre 1943 y 1945, en China, por 1949, y en el conjunto de la Indochina, en 1975. El espacio geográfico directamente dominado por la gran propiedad rural y la propiedad privada del capital se ha reducido, por tanto, en el curso del siglo, como la piel de zapa.

Si se reconoce que el modo de producción capitalista ya no está en condiciones de asegurar, cuantitativa y cualitativamente, el auge de las fuerzas productivas requerido por las necesidades fundamentales de la humanidad, entonces hay que preguntarse si, a partir del desplome del capitalismo en tal o cual región del mundo, es posible construir el socialismo en un solo país o en algunos países o si hay que recurrir, antes bien, a la práctica y a la teoría de la revolución permanente, debida a Marx y Engels y desarrollada por Trotsky.

Lo que tratamos de establecer es que la "teoría" de la construcción del socialismo en un solo país—o después y, como a regañadientes, en un grupo de países—es una ideología de justificación del poder de la burocracia que ha apropiado políticamente al proletariado vencedor en un espacio particular, en tanto que la doctrina de la revolución permanente es la expresión consciente del proceso de la lucha mundial de clases, en relación con el trabajo militante de construcción de la Internacional Proletaria.

El debate no se sitúa aquí entre una estrategia exigente del proletariado mundial que subordine sus luchas a la existencia de uno o varios Estados obreros, y una estrategia que implique que este Estado o estos Estados obreros se subordinen, en su política, a los intereses del proletariado mundial. El debate real, que se encuentra ilustrado por las personalidades antagónicas de Trotsky y de Stalin, a partir de 1923, es el que opone, por una parte, a la burocracia, expropiadora política del proletariado vencedor y colaboradora forzosa del imperialismo bajo el camuflaje ideológico de la construcción del socialismo en un solo país y, por otra parte, el movimiento real del proletariado revolucionario mundial—incluso en la URSS—, movimiento tendiente a generalizar y a internacionalizar el proceso de la revolución socialista, por medio de la organización y de la conciencia teórica de la revolución permanente.

Así pues, se trata de comprender lo que era el Partido Bolchevique en el Estado soviético; en 1923, y en lo que se había convertido en 1933. En efecto, en 1923, aún se trata de un partido revolucionario y de un Estado obrero, víctima de los fenómenos de la burocratización. Durante los diez años que siguen, la burocracia staliniana se esfuerza en apoyarse sobre las masas a las que ha traicionado contra las amenazas provenientes del imperialismo, y en sostenerse en este mismo imperialismo contra las masas portadoras de la revolución política. Pero, a partir de 1933, según el riguroso análisis de Trotsky, la Tercera Internacional dirigida por Stalin ha "pasado definitivamente al lado de la defensa del orden burgués", pues la burocracia del Kremlin no puede mantenerse en el poder más que por una política interior e internacional totalmente contrarrevolucionaria.¹

La oposición entre la "teoría" de la construcción del socialismo en un solo país y la doctrina de la revolución permanente no es, en absoluto, una oposición entre dos líneas estratégicas posibles para el proletariado revolucionario. Es la oposición entre, por una parte, la burocracia —obligada, para mantenerse en el poder, a colaborar con el imperialismo mundial— y, por otra parte, el proceso continuado de la revolución social y los esfuerzos militantes por darle una dirección eficaz, a través de la práctica y la teoría de la revolución permanente.

A decir verdad, esta ideología de terminología marxista que se llama la "teoría de la construcción del socialismo en un solo país" es inseparable de la teoría de la revolución por etapas contra la cual Marx y Engels, Trotsky y, finalmente, Lenin han combatido para hacer prevalecer los imperativos estratégicos del socialismo científico. En nombre de la construcción del socialismo en un solo país, el espacio real —el del mercado mundial— es remplazado por un espacio imaginario, dividido en dos regiones distintas en cuanto al proceso que allí se desarrolla: la región "socialista" y la región "capitalista". En nombre de la revolución por etapas —antigualla reformista a la cual

¹ Cfr. L. Trotsky, *Oeuvres*, tomo II, julio-octubre de 1933. Estudios y documentación internacionales, 1978, 315 pp., especialmente, *L'URSS et l'Internationale communiste* (24 de septiembre de 1933), pp. 222-228.

Stalin se adhería ya en febrero-marzo de 1917—, es el tiempo histórico real el que es remplazado por dos duraciones distintas: la de la revolución democrática burguesa y la de la revolución socialista proletaria, erigidas en "etapas" cuya diacronía excluye toda sincronía. Ahora bien, los marxistas saben, desde 1850, que allí donde la burguesía no ha logrado conquistar completamente el poder político, las tareas democráticas de su revolución no pueden y no podrán realizarse más que por el proletariado en el curso mismo de su revolución socialista.

No es por casualidad por lo que Stalin, en *Materialismo dialéctico y materialismo histórico*, ha reducido la historia de la humanidad al esquema de los modos de producción siguiente: comunismo primitivo, esclavismo, feudalismo, capitalismo, comunismo. Pues, aparte del "olvido" del modo de producción asiático, analizado por Marx, semejante presentación diacrónica mecanicista oscurece completamente el desarrollo real de la lucha de clases, el hecho de que un modo de producción impuesto a una sociedad desde el exterior pueda trastornar la sucesión dogmáticamente expuesta y, sobre todo, el hecho de que la historia universal, ordenada por la lucha de clases, no puede quedar reducida a una evolución lineal.²

En efecto, si bien es verdad que un modo de producción no puede desaparecer más que después de haber permitido el desarrollo de todas las fuerzas productivas que se encuentren en él, igualmente cierto es que el modo de producción capitalista, que ha llegado a ser predominante a través del colonialismo y el imperialismo para el conjunto del mundo, está condenado a una destrucción y a una superación que dependen de la lucha internacional de las clases, y no de la evolución continua de las relaciones entre las fuerzas sociales en un país o un grupo de países considerados aisladamente.

Los partidos obreros de la Segunda Internacional, gangrenados por el reformismo entre 1900 y 1914, ya habían roto con el socialismo científico de Marx y de Engels al pretender

² Cfr. *Histoire du Parti communiste (bolchévique) de l'URSS*, traducción francesa, Moscú, 1949: "La historia conoce cinco tipos fundamentales de relaciones de producción: la comuna primitiva, la esclavitud, el régimen feudal, el régimen capitalista y el régimen socialista". Stalin, p. 137.

que ante todo había que realizar la revolución burguesa, allí donde no había ocurrido, y pensar, después, en el paso a la revolución proletaria socialista. Ahora bien, esta perspectiva no era otra cosa que la subordinación del movimiento obrero a direcciones burguesas y el remplazo de la lucha de clases por la colaboración de clases. La degeneración burocrática del Partido Bolchevique, del Estado soviético y de la Tercera Internacional, a partir del periodo 1923-1927, reproduce, bajo otras formas y en el marco de la revolución mundial comenzada pero inconclusa, el mismo abandono de la lucha revolucionaria internacional del proletariado contra la burguesía.

La "teoría" staliniana de la construcción del socialismo en un solo país y su correlativo para el exterior, la revolución por etapas, deben ser comprendidos como justificaciones de la reacción burocrática y de las prácticas contrarrevolucionarias de la burocracia expropiadora política del proletariado vencedor. Lo que, en realidad, construye la burocracia no es el socialismo; es un sistema de dominación que se ve tanto más obligado a valerse de medios extremos de represión y, si se quiere, del totalitarismo, cuanto que emana no de una clase dominante nueva, sino de una capa usurpadora y parasitaria, de esencia pequeñoburguesa que permanentemente se encuentra amenazada en su poder y en sus privilegios en el nombre mismo de los principios que no puede dejar de reclamar, a saber, los de la revolución proletaria sin la cual no habría podido confiscar, en provecho propio, el poder de la clase del proletariado victorioso.

Todos los que, en nuestros días, especulan sobre la naturaleza del poder totalitario que se ha adueñado de la URSS, de China, de Indochina, de Corea del Norte y la Europa del Este tendrían interés, científicamente hablando, en reflexionar en la comparación sociológica siguiente: la burguesía tiende, por su naturaleza, a ejercer su función de clase dominante por medio de la democracia parlamentaria, y sólo cuando esta dominación se ve amenazada tiene que recurrir a los expedientes del bonapartismo o del fascismo; en cambio, como el poder político en la URSS, en la Europa oriental, en China, en Corea del Norte y en Indochina es ejercido, no por una nueva clase dominante, sino por una capa usurpadora y parasitaria, sin

fundamento en la "base real" de la sociedad, ese poder se ve obligado a recurrir a los medios extremos de la represión política generalizada y del totalitarismo; prueba no de fuerza, sino de debilidad histórica.

La "teoría" de la construcción del socialismo en un solo país desembocó, en 1936, en la declaración de Stalin según la cual, en lo esencial, la URSS ya es el "país del socialismo realizado", en el momento mismo en que organiza contra la oposición antiburocrática los procesos de Moscú, es decir, las fuerzas más monstruosas de la historia.³ Ocho años después, en el momento de la gran alianza de la burocracia del Kremlin con el imperialismo norteamericano y con el imperialismo inglés, Stalin desarrolla la tesis de la coexistencia pacífica que expresa, a su manera, el hecho de que la burocracia no tiene ningún interés en extender la esfera de la revolución socialista y que tan sólo trata de garantizar su zona de dominación por acuerdos de cooperación con el imperialismo. Pero, desgraciadamente para esta burocracia, un nuevo curso de la revolución mundial arruina las bases del capitalismo en la Europa oriental y se encuentra a punto de destruirlas en China.

En defensa propia, Stalin prolonga la "teoría" del socialismo en un solo país con la del "campo democrático y ant imperialista", para cubrir los países en los cuales, a su pesar, las relaciones capitalistas de producción se han hundido bajo los golpes de las masas en revuelta. La división ideológica del espacio y del tiempo encuentra aquí su expresión adaptada a las circunstancias, que denota el carácter circunstancial del stalinismo y, finalmente, su dependencia del imperialismo que, en lo esencial, queda como amo del mundo. Según esta ideología, el planeta se encuentra dividido en dos grandes zonas: una en que reina el modo de producción capitalista que es llamado, en consideración a los Estados que la controlan, el "campo impe-

³ A propósito de la Constitución staliniana de la URSS promulgada en 1936, se puede leer: "Por ello, la Constitución consagró ese hecho capital para la historia de la humanidad de que la URSS había entrado en una nueva fase de desarrollo: la de realización de la construcción de la sociedad socialista y del paso progresivo a la sociedad comunista, cuyo principio director en la vida social debe ser el principio comunista: De cada quien según sus capacidades, a cada quien según sus necesidades". *Ibid.*, p. 383.

rialista y antidemocrático", y aquella en que ese modo de producción se ha hundido y que es bautizada "campo democrático y antiimperialista". En el interior de ese campo, tan sólo la URSS es calificada de "socialista", en tanto que los Estados de la Europa del Este y China son considerados como "repúblicas democráticas populares". Ni siquiera la Revolución china de 1949 hará cambiar de caracterización a Stalin en ese punto. Por ello la "teoría" de la construcción del socialismo en un solo país se convierte en la ideología de la prohibición de la construcción del socialismo en otras partes; ello revela que el objetivo de la burocracia del Kremlin consiste en sobrevivir, disuadiendo todas las empresas internacionales que pudieran poner en peligro su *modus vivendi* con el imperialismo.

Lejos de ser un Gengis Khan de la revolución socialista, Stalin ha sido, cuando mucho, un Thiers de la burocracia, que se ha esforzado por mantener el poder usurpado de esta capa pequeñoburguesa evitando toda extensión exterior de la revolución susceptible de levantar contra ella al imperialismo y de inducir, en el interior de la URSS, un proceso de revolución política.

Desde el fin de la segunda Guerra Mundial, en 1945, a la muerte de Stalin, en 1953, es difícil apreciar el grado de lucidez de los principales dirigentes de los Estados imperialistas. En apartencia, la "guerra fría" oponía en competencia inextinguible esos Estados y el "campo" cuyo jefe indiscutido era Stalin; tal fue, por cierto, el periodo del apogeo histórico de la burocracia del Kremlin. Pero, en la realidad, esta burocracia desarrollaba, para imponerla en los países en que estaba gestándose un proceso revolucionario, la idea de que para ellos el objetivo no era el de la revolución proletaria socialista sino, cuando mucho, el de la "revolución nacional democrática y popular", etapa "necesaria" del desarrollo histórico. Y hoy es fácil comprender que a través de semejante ideología, era el equilibrio mundial de Yalta y de Potsdam el que quedaba defendido contra el movimiento de las masas. Puede expresarse el mismo juicio diciendo que la "revolución nacional democrática y popular" servía de defensa para mantener el orden mundial existente, justificado más generalmente por la "teoría" de la coexistencia pacífica entre los llamados dos mundos,

en realidad, el mundo del imperialismo y el mundo de la burocracia.

Las incursiones practicadas, después de la muerte de Stalin, por la burocracia del Kremlin, en Asia, en África y en la América Latina, lejos de ser empresas de extensión de la revolución mundial, aparecen hoy como lo que son, a saber, paliativos circunstanciales al hundimiento del orden capitalista, allí donde tales hundimientos fueron determinados por el movimiento de las masas. Los sucesores de Stalin han continuado su política internacional —fundamentalmente conservadora del orden mundial existente— adaptándola a las nuevas circunstancias resultantes de las revoluciones de la segunda mitad del siglo xx. La "teoría" de la revolución nacional democrática y popular (RNDP) es la consecuencia lógica de la "teoría" de la construcción del socialismo en un solo país y de la "teoría" de la revolución por etapas, expresiones ideológicas del reino de la burocracia, correlativo de la dominación del mundo por el imperialismo.

Es al nivel de las luchas antiimperialistas en los continentes dominados donde esta ideología ha cobrado y guarda hoy toda su significación política. De la victoria de la revolución en China, en 1949, hasta el avance revolucionario de las masas en diversos países de América Latina, de Asia y de África en el curso de estos últimos años, pasando por el desplome de la dominación imperialista en Indochina, la referencia a la RNDP ha servido y aún sirve para bloquear y camuflar el proceso de la revolución proletaria socialista, transformándolo en un proceso de "revolución democrática".

Es cierto que la propaganda oficial de las burocracias reinantes no dice que se trate de revoluciones democráticas burguesas porque, en realidad, las débiles burguesías de los países dominados por el imperialismo no dirigen esas revoluciones y hasta cierto punto, se hacen a sus expensas. Tan sólo pretende que se trata de una "etapa" caracterizada por la destrucción de la dominación extranjera y la alianza con vistas a este fin nacional de todas las clases del país, con excepción de un puñado de elementos "compradores". Las cosas ocurren como si el objetivo político de la RNDP fuera disuadir a las masas, en el interior del país donde está en curso y, además en el exterior, de

entablar el proceso de la revolución proletaria. Todo ocurre como si se tratara de aislar en el espacio y en el tiempo los movimientos de masas que han entrado o entrarán el desplome del capitalismo en tal o cual país. Aun cuando la explotación de los grandes terratenientes y de los capitalistas está consumada, se habla, en China, en Corea del Norte y en India, del régimen democrático popular y de la revolución nacional democrática y popular. El objetivo de las burocracias reinantes es, en este asunto, limitar hasta donde sea posible el alcance del movimiento revolucionario de las masas, del que saben bien que puede contribuir poderosamente a la explosión de la revolución antiburocrática en su país.

Fuera de los Estados obreros burocráticos cuyo acceso al gobierno ha necesitado ese movimiento de masas (en China, en Corea del Norte y en Indochina), la referencia a la RNDP desempeña su papel contrarrevolucionario en el resto del continente asiático, así como en África y en la América Latina. Partidarios de Pekín y partidarios de Moscú, los defensores de la RNDP han preconizado, unos y otros, la limitación, el freno y, finalmente, el bloqueo de la lucha de clases bajo pretexto de una unión tan grande como sea posible contra el imperialismo.

En el Congo-Brazzaville, en el Dahomey, convertido en el Benin, en Angola, en Mozambique y en Etiopía, así como en otros países, bajo el signo de la RNDP los gobiernos puestas en el poder, después de la dislocación y la caída del dispositivo imperialista, han conservado lo que quedaba del Estado, prohibido, reprimido y, llegado el caso, aplastado toda tentativa del proletariado y del campesinado pobre a dotarse de organizaciones de clase independientes. Bajo ese signo, los gobiernos en cuestión se han opuesto a la expropiación sin indemnización de los capitalistas, deseada por las masas y hasta, en ciertos casos, han establecido un código de inversiones con el fin de atraer los capitales extranjeros y de mantener un nexo con el imperialismo internacional.

Subproducto ideológico y táctico de la revolución por "etapas" y de la "construcción del socialismo en un solo país", es decir, del stalinismo, la RNDP es, allí donde las masas han mantenido los Estados que funcionaban bajo el control directo del imperialismo, el último reducho del orden mundial que re-

posa sobre la colaboración internacional del imperialismo y de la burocracia reinante.

Lo que la RNDP es para los países de los continentes dominados por el imperialismo, el "eurocomunismo" lo es, a su manera, para los países de la Europa occidental, cuyos Estados conocen una grave crisis política y donde la relación actual entre las clases está amenazada por la explosión de una crisis revolucionaria.

En Italia, la descomposición de la república parlamentaria está tan avanzada, desde 1976, que las masas en cualquier momento podrían echar abajo el edificio del Estado burgués, si el Partido Comunista de Berlinguer no se esforzara, con todos sus recursos, por evitar el principio de semejante crisis. Tan sólo por la gracia del pc el gobierno de la democracia cristiana dirige o, antes bien, se esfuerza aún por dirigir Italia. En España, la muerte de Franco ha abierto un nuevo período para la lucha de clases. Así, el pc de Carrillo, uniéndose a la monarquía de origen franquista, ha hecho lo máximo por impedir la explosión revolucionaria. Por último, en Francia, el avance de las masas conducía, en marzo de 1968, a una mayoría de izquierda en la Asamblea Nacional que, por el solo hecho de su existencia, tarde o temprano habría entrado el fin de la Quinta República. El pc, bajo la dirección de Marchais, ha hecho lo necesario para que semejante mayoría parlamentaria no se constituya. Y, en los tres países, los dirigentes eurocomunistas aprovechan sus posiciones en los aparatos sindicales para llevar al callejón sin salida las luchas reivindicadoras de los trabajadores que, por sí solas, todas ellas ponen en peligro los regímenes existentes.

Cualquiera que sea la importancia de las divergencias y aún de las contradicciones existentes en el aparato internacional de la burocracia del Kremlin, el eurocomunismo se presenta, en la realidad, como una táctica adaptada a la situación en Italia, en España y en Francia para evitar la apertura de la crisis revolucionaria o, al menos, para retardarla el más largo tiempo posible. ¿Quién no puede ver que esta política tiene como fin esencial proteger la burocracia reinante en la URSS y en la Europa del Este contra la revolución política que no podría dejar de sentirse alentada y grandemente favorecida por explosiones revolu-

rias en diversos países de la Europa occidental? El stalinismo ha sobrevivido a Stalin como dominación de la burocracia sobre el proletariado allí donde el capitalismo ha sido destruido, y como política contrarrevolucionaria, por doquier. El eurocomunismo no es más que su variante geográfica y su avatar histórico.

Mas para tratar de comprender los procesos sociales contemporáneos no hay que quedarse allí. Se debe tratar de discernir el desarrollo continuado de la revolución mundial. Ahora bien, precisamente, se observa que el estallido de una crisis revolucionaria se produce, las más de las veces, en un cuadro nacional determinado: tales son, entre los casos más recientes, los comienzos de la revolución en Portugal, en 1974, en Etiopía, en 1975, en Nicaragua y en Irán, en 1978. Y desde que surge semejante situación, el problema de la victoria de la revolución comprende a la vez una dimensión temporal y una dimensión espacial.

Temporalmente, para los trabajadores y el campesinado pobre de los cuatro países citados, se trata de actuar de manera que el proceso revolucionario no quede bloqueado por los aparatos reformistas y stalinianos que van a intentarlo con todas sus fuerzas. Así pues, es necesario que las masas en movimiento realicen las tareas democráticas aún no cumplidas y tendientes a sus propios objetivos de clase —sin lo cual, vendrán el reflujo y la amenaza de la contrarrevolución. Especialmente, es necesario para las masas insurgentes que las clases dominantes en los países circundantes y en el mundo no lleguen a aislarlas y que, por lo contrario, el proletariado internacional pueda ayudarlas de una manera decisiva. Así, la suerte de la revolución portuguesa depende del desencadenamiento de la crisis revolucionaria en España y, más generalmente, en la Europa occidental. Así, el porvenir de la revolución etíope está subordinado a la generalización del proceso revolucionario en el Cuerno del África, en el África oriental y en los países de la península árabe. Así, el destino de la insurrección nicaragüense está ligado al avance antiimperialista de las masas en la América Latina. Por último, lo que determinará el triunfo de la revolución en Irán será su extensión al Afganistán, a Irak, a los países del Golfo Pérsico, y el desarrollo de la revolución política en las repúblicas soviéticas

vecinas (Uzbekistán, Turkmenistán, Kazakstán, Kirguizia, Tadjikistán y Azerbaidján). De allí el monto formidable de esta revolución, teniendo en cuenta los intereses del imperialismo y de las burocracias rusa y china en la región interesada. O bien, el proceso victorioso en Irán se extiende a la zona geográfica en cuestión, y entonces se escribirá un nuevo capítulo de la revolución mundial. O bien, el levantamiento de las masas se verá limitado a Irán, y entonces, aun habiendo destruido el régimen del Sha, tarde o temprano será contenido y quebrantado por la contrarrevolución mundial.

Desde luego, la doctrina de la revolución permanente, cuyas enseñanzas tratamos de ilustrar en esos casos concretos, no afirma en absoluto que la revolución debe estallar y desarrollarse *simultáneamente* por doquier para triunfar de manera decisiva e irreversible. Muchas veces indicó Trotsky que el proceso revolucionario debía obedecer inevitablemente a los ritmos diferentes según los diversos países que le servían de terreno y que, en esas condiciones, la idea de la "simultaneidad" no podía ser más que falaz y mentirosa. También, para él, la función histórica de la Internacional revolucionaria consiste, no en realizar una imposible simultaneidad de los procesos revolucionarios a través de diversos países y diversos continentes, sino en facilitar el encadenamiento dialéctico de esos procesos y coordinarlos desde el punto de vista de los intereses históricos del proletariado mundial.

No hay por un lado, una estrategia simultaneísta de la revolución proletaria, que sería la del trotskysmo, y de la otra parte, una estrategia de la revolución por país y por etapas que sería, en el caso, la del stalinismo. Hay, por una parte, la herencia marxista desarrollada por Trotsky de la organización continua en el tiempo y en el espacio del movimiento revolucionario de las masas, y por el otro lado, la táctica staliniana contrarrevolucionaria del bloqueo, en el espacio y en el tiempo, de los procesos revolucionarios en curso. Entre la espontaneidad revolucionaria de las masas, sometida a las desigualdades de rapidez de los ritmos de su desarrollo, y la organización centralizada del proletariado mundial que no deja de construir o de reconstruir, se juega la suerte de las revoluciones que sus orígenes particularizan en el espacio y en el tiempo.

De la Revolución rusa a las revoluciones más recientes que acabamos de evocar, es el mismo curso global de la lucha de clases el que se ha desarrollado y continúa desarrollándose. Pero, en la medida en que las victorias obtenidas por el proletariado y el campesinado pobre han seguido siendo fragmentarias y localizadas en un grupo de países, mientras que el mercado mundial continuaba funcionando bajo la dominación del imperialismo, las oportunidades de una confiscación del poder obrero revolucionario por la burocracia han sido y siguen siendo grandes sin que, empero, haya que hablar de una fatalidad histórica de esta situación o del Estado burocrático, de una etapa "necesaria" en el proceso de la revolución mundial.

A partir de allí, el curso de esta revolución ha tomado las formas que en nuestros días conocemos, a saber, la tendencia a la revolución social anticapitalista en los países occidentales; en el Japón y en los continentes dominados por el imperialismo, y la tendencia a la revolución política antiburocrática, en la URSS, en la Europa oriental, en China, en Corea del Norte y en Indochina. Por otra parte, la colaboración entre el imperialismo y las burocracias reinantes es testimonio de su voluntad común de oponerse a la unificación de la lucha mundial de clases, es decir, a la fusión efectiva entre la revolución social y la revolución política como aspectos complementarios del proceso único de la revolución mundial.

Si no se reconoce esta oposición entre una revolución tendiente a unificarse en su movimiento planetario y la coalición imperialistaburocrática contrarrevolucionaria, los procesos sociales contemporáneos y los fenómenos a través de los cuales se manifiestan se vuelven ininteligibles. Además, los obstáculos que encuentra el proceso de la revolución mundial, al hacer más lenta la unificación de sus fuerzas, hacen aún más oscuro, a los ojos de las "ciencias sociales", los procesos y los fenómenos en cuestión, en tanto que los esfuerzos con vistas a esta unificación van acompañados de una perspectiva clarificante: la del materialismo histórico.

El error común a la mayor parte de los especialistas de las "ciencias sociales" consiste en admitir, más o menos oscura o claramente, que la historia actual y la de los decenios por venir

está dominada principalmente por la existencia de los diversos Estados cuyo poder pesa sobre las masas de la humanidad. En lo que concierne a los Estados burgueses, tanto países imperialistas como países dominados por el imperialismo, puede decirse que todos son víctimas de una crisis, más o menos aguda, según cada caso, pero por doquier en progresión. Así pues, es la relación de las fuerzas entre las masas explotadas y oprimidas y los Estados que sirven de instrumentos de dominación a las clases privilegiadas la que domina la evolución de la crisis y no la política de esos Estados considerada aisladamente.

En cuanto a los Estados obreros, son comparables, como lo indica Trotsky, a sindicatos que han tomado el poder. Pero, así como ciertos sindicatos, desde el siglo XIX, se han encontrado entre las manos de dirigentes contrarrevolucionarios, completamente infieles a los intereses de los asalariados, así los Estados obreros actuales están controlados por una burocracia usurpadora y parasitaria cuyos intereses de capa dominante son contrarios a los de las masas y que, para mantenerse en el poder, se ve obligada a colaborar con el imperialismo en el mantenimiento del orden mundial existente.⁴ Así pues, en las condiciones propias a las sociedades dominadas por esos Estados burocráticos, es la relación entre las masas y los Estados en cuestión la que domina, también allí, la evolución de la crisis, y no la política de los gobiernos del Este y del Extremo Oriente, considerada aisladamente.

Ante los Estados capitalistas y los Estados obreros burocráticos, el porvenir de la humanidad se forja, ante nuestros ojos, a través de todas las formas del movimiento revolucionario de las masas y a través de la expresión organizativa que trata de darse o, si se prefiere, que una vanguardia, que se remonta a Marx y a Engels, trata de darle; pues el proceso espontáneo que arrastra a las masas y las lanza, legado el caso, contra los aparatos de Estado, constituye la condición necesaria de la victoria de la revolución mundial. Pero no es su condición suficiente, la cual reside en la construcción del partido capaz de dirigir esta revolución.

⁴ L. Trotsky, *Difense du marxisme. URSS, marxisme et bureaucratie*, traducción francesa, Edt, 1972, p. 92.

La conclusión victoriosa de la revolución comenzada en 1917 exige, pues, que se asegure una *transición histórica* entre la situación alcanzada por las masas en su movimiento propio y los objetivos a los que tienden, sin poder alcanzarlos aún por causa de los obstáculos puestos en su camino por las burguesías y las burocracias en el poder. Las modalidades de esta transición, variables según los regímenes políticos de cada lugar, son o serán los momentos a través de los cuales la espontaneidad se hace o se hará organización y conciencia del proceso histórico en curso. Pero esto no puede hacerse solo.

El análisis de los procesos sociales contemporáneos está mucho más ligado de lo que generalmente lo imaginan los especialistas de las "ciencias sociales" a la creación de las modalidades de transición de que acabamos de hablar. Pues esas "ciencias" las más de las veces se quedan en el estudio de las instituciones o de los fenómenos instituidos, sin discernir el movimiento subyacente que determina el deterioro y la descomposición de tales instituciones y el surgimiento de otros fenómenos institucionales provenientes de las masas que afrontan lo que impide la realización de sus reivindicaciones y de sus aspiraciones. Más claramente, resulta lícito buscar en lo que hoy hacen el proletariado y el campesinado pobre, a través de sus luchas históricas, la preparación del nuevo modo de producción hacia el cual se dirige la humanidad.

La elección que el estudio de los procesos sociales y de sus diversas manifestaciones impone a todos los que en esto se ocupan, no es entre, por una parte, una visión centrada sobre las instituciones consideradas como fuente de la vida social y, por otra parte, un rechazo de lo institucional considerado como sometedor, en su esencia misma. Es entre las instituciones propias del modo de producción capitalista agonizante, en especial, los Estados capitalistas o burocráticos, y lo que, desde el seno de las masas, trata de institucionalizarse como medio de sus combates. Ello quiere decir que es grande el peligro para los investigadores de las "ciencias sociales" de atenerse a la consideración de los aparatos institucionales que aún dominan el escenario de la vida social, y de desconocer o subestimar los procesos de gestación organizativa que se desarrollan en las masas.

Luchando por el mejoramiento o simplemente la defensa de sus condiciones de vida, por el establecimiento o la defensa de las libertades democráticas, por reformas agrarias fundamentales, por la independencia nacional y por un nuevo avance de las fuerzas productivas, las masas de las diversas regiones del mundo quebrantan los regímenes políticos que pesan sobre ellas, el orden social interno y el equilibrio de las fuerzas en el mundo. Es en este eje donde hay que buscar las innovaciones institucionales y la creación de nuevos hechos sociales de importancia más o menos grande según las circunstancias. No es al nivel de la ideología donde se desarrollan esos engendramientos del porvenir; es al nivel de las relaciones entre las clases existentes en las diversas sociedades. Y la ideología, condenada a servir a las fuerzas socialmente dominantes, invariablemente tiende a ocultar, como se diría hoy, este nacimiento de lo nuevo, ya sea desdenándolo, ya sea presentándolo de manera invertida y proponiendo, en su lugar, antiguallas culturales, como si se tratara de creaciones del "espíritu del tiempo".

Sin la referencia al movimiento histórico de la revolución mundial que atraviesa, en nuestros días, todos los procesos y todos los fenómenos sociales, es imposible analizar científicamente estos últimos. Pero esta referencia no basta. Debe ir acompañada del examen paciente de las *determinaciones particulares* a través de las cuales se concreta este movimiento. La investigación *práctica* de las modalidades de transición que debían permitir al curso de la revolución alcanzar su objetivo final, es decir mundial, y la investigación *teórica* de las determinaciones particulares que acabamos de elucidar, son inseparables la una de la otra. El materialismo histórico es, precisamente, la concepción y el método que permiten avanzar por la vía abierta por tal conexión.

Hemos opuesto la teoría y la práctica de la revolución permanente a la ideología de la revolución por etapas y de la construcción del socialismo por países, porque el destino de la investigación relativa a los procesos sociales contemporáneos está ligado a esta oposición. O, antes bien, porque el porvenir de la humanidad y, a través de él, el del conocimiento científico de los hechos sociales están ligados a esta oposición y al

antagonismo de las fuerzas reales que, a su manera, traducen.

Finalmente, cuanto más se agrava y se extiende la descomposición del modo de producción capitalista, más se encuentra el análisis de los problemas sociales en situación de dependencia por relación a las luchas reales y a los movimientos revolucionarios efectivos que, al destruir estas instituciones y forjar otras, dominan el surgimiento de los contenidos y de las formas de la vida social. Al esforzarnos por demostrar esta proposición esencial, no hemos querido oponer a las "ciencias sociales" actuales un *corpus* científico que resultara de la concepción y del método del materialismo histórico. Solamente hemos querido establecer que esta concepción y este método, indisolubles uno del otro, habían abierto un camino hacia la ciencia sobre la base del proceso comenzado y continuado de la revolución mundial que, por su parte, abre una vía hacia un nuevo porvenir de la humanidad.

Nuestro deseo es que los especialistas de las "ciencias sociales" dejen de plantear las cuestiones de sus investigaciones en términos de ideologías que se podrían oponer unas a otras, y vengán a preguntarse si el marxismo, más allá de sus defectos de fabricación históricos circunstanciales, no es, como nosotros pensamos, el instrumento eficaz de la victoria completa de la revolución mundial y el medio de arrancar, al ritmo de la lucha de clases, los procesos sociales a la opacidad que los envuelve y a la inversión ideológica que los acompaña.

ÍNDICE

Primera Parte

NATURALEZA Y DESARROLLO DEL MODO DE PRODUCCIÓN CAPITALISTA

I. Las leyes del modo de producción capitalista	9
II. La fase imperialista del capitalismo	28
1. La concentración de la producción ha engendrado los monopolios	29
2. El papel dominante de los bancos ha desembocado en la constitución del capital financiero y de la oligarquía financiera	32
3. La exportación de los capitales es testigo del carácter imperialista del capitalismo monopolístico y financiero de nuestro tiempo	34
4. La fase imperialista del capitalismo ha determinado la repartición del mundo entre los agrupanientos capitalistas y las grandes potencias	36
5. El fin de la repartición del mundo ha hecho inevitables, en el marco del sistema capitalista, las guerras imperialistas	37
III. El mercado mundial y la crisis final actual del capitalismo	47
<i>Segunda Parte</i>	
EL MOVIMIENTO OBRERO	
IV. El proletariado y sus organizaciones	69
V. De la Comuna a los soviets	90
VI. ¿Reformismo o revolución?	109
VII. La cuestión nacional	129

Tercera Parte

LA REVOLUCIÓN MUNDIAL

VIII. La Revolución de octubre, comienzo de la revolución mundial.....	161
IX. La evolución del Estado soviético de 1923 a nuestros días.....	192
X. La Revolución china.....	220
XI. Luchas de clases y movimientos antiimperialistas en los continentes dominados.....	242
XII. La cuestión del "desarrollo".....	263
XIII. La cuestión cultural.....	283
XIV. Guerras y revoluciones en la segunda mitad del siglo xx.....	304
XV. ¿Construcción del socialismo por países o revolución permanente?.....	324

Esta obra se terminó de imprimir en Noviembre 1985 en Programas Educativos, S.A. de C.V. Calz. Chabacano 65-A Col. Asturias Delegación Cuauhtémoc 06850 México, D.F.

se tiraron 5 000 ejemplares